



MISCELANEA

126

COLECCION

DE IMPRESOS

MEDITACIONES

ECLESIASTICAS

BX880

M5

v. 126

004531



1080015546



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Comada raygu
MEDITACIONES

PARA USO

DE LOS ECLESIAÍSTICOS

Y ESPECIALMENTE

PARA LOS QUE SE PREPARAN Á RECIBIR LOS SAGRADOS
ÓRDENES.

ESCRITAS EN FRANCÉS

POR UN DIRECTOR DE UNO DE LOS SEMINARIOS MAYORES DE
FRANCIA

Y TRADUCIDAS

Por uno de los directores del Seminario
Clerical de Morelia



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Capilla Alfonsina

México. Biblioteca Universitaria.

IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE.
1859

BX 880

145

v. 126



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Señor Provisor:

Agustin de Jesus Torres, presbítero de la Congregación de la Mision, ocurre á V. S. humilde y respetuosamente, solicitando la licencia que conforme á la disciplina de la Iglesia necesita del ordinario para imprimir una obra, cuyo título es: "*Meditaciones para uso de los eclesiásticos, y particularmente para los jóvenes que se preparan á recibir los Sagrados órdenes.*" Aunque mi objeto, al traducirlas del frances, fué solamente prestar un servicio á los alumnos del Seminario clerical de Michoacan, creo que esas Meditaciones son de la mayor importancia para todos los que aspiran al estado eclesiástico; por lo que si V. S. lo tuviere á bien, suplico igualmente se digne recomendarla. Por tanto:

A V. S. suplico decrete favorablemente, en lo cual recibiré gracia y favor.

México 9 de Diciembre de 1858.—*Agustin de Jesus Torres.*

MEXICO 9 DE DICIEMBRE DE 1858.

Pase á la censura del presbítero D. Ramon Sanz. Lo decretó y rubricó el señor Provisor y Vicario general.—R.—*Lic. Paredes*, notario oficial mayor.

004531

Cumpliendo con lo que dispone el anterior decreto paso á esponer á V. S. mi dictámen acerca de las "Meditaciones para uso de los eclesiásticos, y especialmente de los que se preparan á recibir los Sagrados órdenes que ha traducido y desea dar á la prensa el presbítero suplicante. De mucho tiempo atras conozco esa obra y, aunque efectivamente, está apropiada para los que aspiran al estado eclesiástico, juzgo que, á escepcion de una que otra, todas son muy importantes aun para los sacerdotes, porque abundan en reflexiones muy hermosas, llenas de unción, sólidas y autorizadas, con pocas, y particularmente para los jóvenes que se preparan sajes de la Santa Escritura y de los santos Padres á recibir los Sagrados órdenes." Bajo el concepto, de sobre la sublime dignidad del sacerdocio, la santidad y grandeza de sus funciones, los deberes que impone el divorcio que debe haber entre el mundo y el eclesiástico. Esas Meditaciones elevan el corazon é inspiran positivos deseos de practicar las virtudes propias de eclesiástico, y de adquirir aquella limpieza de alma que piden las íntimas comunicaciones con Dios á que no obliga el santo ministerio. Solo tenia que examinar la fidelidad de la traduccion. En efecto, la he examinado y creo que nada ha perdido el original, que se han vertido bien las frases y espresado con exactitud los pensamientos. V. S., pues, haria no pequeño servicio á la juventud que aspira al estado eclesiástico y al clero todo de la República, no solo dando su licencia para la impresion, sino recomendando esa obra á los seminaristas y sacerdotes.

Tal es mi dictámen que sujeto enteramente al superior de V. S.

Casa central de la Mision en México, 11 de Diciembre de 1858.—*Ramon Sanz.*

santa. edificante: si obra por motivos

MEXICO, DICIEMBRE 11 DE 1858.

Visto el parecer del presbítero D. Ramon Sanz, concedemos nuestra licencia para la impresion de la obra titulada: "*Meditaciones para uso de los eclesiásticos, y particularmente para los jóvenes que se preparan á recibir los Sagrados órdenes.*" Bajo el concepto, de que antes de su publicacion, sea confrontada con el original por el Sr. Sanz, poniéndose por principio el dictámen y este auto.

Así lo proveyó y firmó el señor Provisor y Vicario general.—F.—*José María Covarrúbias.*—*Lic. José María Paredes*, notario oficial mayor.

Cumpliendo con lo que dispone el anterior decreto

santa, ejemplar, edificante: si obra por motivos

I.

MEDITACION

SOBRE LA

**NECESIDAD DE PENSAR EN EL ESTADO ECLESIASTICO
ANTES DE ABRAZARLO.**

ADOREMOS á Dios, que conociendo mejor que nosotros los peligros y la condenacion casi inevitable de los que se ligan al estado eclesiástico sin haber pensado en él, recomienda, por el órgano de su Pontífice, reflexionar en él maduramente antes de presentarnos al altar para recibir la unción santa: séamos dóciles á sus apremiantes invitaciones; y supuesto que aun tenemos tiempo, hagámoslo asunto de nuestras serias meditaciones. *Dum tempus est, cogitate.*¹

Consideremos que debemos pensar mucho tiempo antes en el estado eclesiástico: primero, porque la Iglesia se ocupa de esto con solícitud: segundo, porque nuestra salud se interesa en ello.

1. La Iglesia tiene necesidad de ministros; sin ellos ¿qué seria de sus hijos? Como ovejas descarriadas, bien pronto serian presa de los lobos;

pero recordemos que no necesita principalmente sacerdotes, sino buenos sacerdotes. Por esto, ¡cuántos son sus temores y sus alarmas en la época de las órdenes! Mientras que los fieles se regocijan viendo perpetuarse los guías de sus almas, esta esposa querida de Jesucristo, que los ha recogido desde jóvenes, que los ha formado, cultivado con tanto cuidado y solicitud, no los pare al sacerdocio sino con dolor; recela que aumentándose el número de sus ministros, vea multiplicar en su seno el desorden y el escándalo: por esto, ¡con qué madurez procede á su consagración! ¡Qué de exámenes, qué de pruebas exige antes de imponerles las manos! Para seguir el consejo del Apóstol, evita con cuidado las ordenaciones precipitadas: *Manus cito nemini imponeris.*² Quiere asegurarse de que los que presenta á los sagrados órdenes tienen la edad competente, la ciencia, virtudes, amor á la disciplina y una conducta bien probada: *Quid est cito manus imponere?* dice S. Leon, *nisi ante aetatem maturitatis, ante tempus examinis, ante meritum laboris, ante experientiam disciplinæ, sacerdotalem honorem, non probatis tribuere?* Hé aquí cuáles son los sentimientos de la Iglesia al acercarse las témporas; cuáles son ahora los nuestros? Hemos reflexionado bien en la importancia de la acción que vamos á hacer? Hemos considerado atentamente la santidad, la grandeza, la sublimidad del sacerdocio, las disposiciones que exige y los peligros á que espone? Hemos pensado que la gracia de la ordenación, siendo dada en virtud de un sacra-

santa, ejemplar, edificante: si obra por motivos

mento que no se reitera, sería esponernos á ser privados de ella para siempre, no llevando las disposiciones necesarias? ¡Oh, qué abundante materia de reflexiones! ¡Oh Dios mio! no permitas que yo sea tan temerario y tan presuntuoso que me presente á los piés de vuestro Pontífice, para recibir la unción santa sin haberlo pensado maduramente; hacedme la gracia de que me ocupe seriamente de este negocio, á fin de que, si algun dia soy sacerdote, lejos de afligir y deshonorar á la Iglesia, sea por el contrario su gozo y su consuelo.^{3 4}

2. Consideremos que un levita debe, en segundo lugar, pensar en el estado eclesiástico, porque en esto se interesa su salud y su eternidad. El que quiere ligarse al estado mas santo, debe examinar antes si podrá adquirir las virtudes que exige. Exámen importante que nos recomienda con instancia el Salvador del mundo: *Quis ex vobis volens ædificare turrim, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt ad perficiendum?*⁵ Aunque nuestro Señor dirige estas palabras generalmente á todos los hombres, los santos Padres las aplican en particular á los que aspiran al estado eclesiástico. El sacerdocio es verdaderamente esta torre, que no se puede levantar sino con grandes gastos; es un estado que requiere disposiciones y cualidades de que no todos son capaces: *Suntuosa siquidem turris est, et verbum grande, quod non omnes capere possunt*, nos dice San Bernardo. Es, pues, necesario, segun el consejo del Hijo de Dios, considerar antes de comprometerse, cuánta

es la altura del edificio que se intenta levantar; es decir, cuánta la sublimidad del estado á que se aspira; cuántas son las obligaciones que va uno á echar sobre sí para ver, dice San Agustin, si uno tiene bastantes fuerzas para concluir una obra tan grande y sostener un peso tan terrible; si está uno bastante firme en la virtud para poder sin temeridad comprometerse á guardar continencia todo el resto de sus dias, y trabajar sin descanso en su propia perfeccion. Hé aquí, dice S. Crisóstomo, lo que se llama calcular los gastos que deben prepararse para tan grande edificio, y debe hacerse este cálculo con mucha anticipacion y despacio, y tomar para esto todo el tiempo necesario, porque en una empresa de esta importancia todo equívoco es muy de temer, y frecuentemente irreparable. Mientras mas elevado es el lugar adonde uno quiere subir, dice San Ambrosio, mas precauciones se necesitan para evitar la caída; mientras mas perfecto es el estado á que uno quiere ligarse, mas se necesita reflexionar en él, antes de contraer sus obligaciones: *magna sublimitas magnam habere debet et cautelam. Honor grandis, grandiore debet sollicitudine circumvallare.*⁶ Un levita que ve aproximarse el momento de contraer el primer compromiso en el estado mas santo, ó estrecharse los nudos que lo ligan á él para siempre, debe sondear sus disposiciones y examinar delante de Dios si podrá sin temeridad presentarse á los sagrados órdenes; debe recordar que este es el punto decisivo para su eternidad. Si su vocacion es divina, si corresponde á ella por una vida

santa, ejemplar, edificante; si obra por motivos puros, es decir, si el celo de la gloria de Dios, de la salud del prójimo, y de su propia santificacion es lo que le anima, que cobre valor, él se salvará: pero si la ambicion, la vanidad, el interes, el amor al descanso, la carne y la sangre le dominan, que no pase adelante, el santuario está cerrado para él. El Señor no lo ha escogido; antes bien lo repele de sus altares; y si tiene la desgracia de salvar las barreras sagradas, su salvacion corre inminente riesgo.

Para prevenir este peligro que me amenaza, tomo la resolucion: primero, de dar á conocer á mi director todos mis pensamientos, mis deseos y mis inclinaciones; segundo, seguir en todo sus avisos y sus consejos, persuadido de que obediéndole, no me puedo estraviar.⁷

1 Pontif. Rom.

2 I. Tim. V. 21.

3 Ira est, non gratia, cum quis ponitur superventum, nullas habens radices in soliditate virtutem. Petr. Bless. de instit. ep. c. 3.

4 Ipsum sanctificationis ministerium sanctum est, imo sanctissimum: ad sancta vero vel sanctissima neminem fas est unquam ingredi; nisi aliqua præsignificatione præparatum. Guillel. Paris, de sacram. ordin. c. 2.

5 S. Luc. XIV. 28.

6 Apud. San Ambr. de dignit. Sacerd, c. 3.

7 Quis ea intentione gradus ecclesiasticos et ministeria sanctuarii quærit, imo quæritur, ut sine curis sæculi in sanctimonia cordis et corporis illuminandus accedat ad Dominum, et suam pariter ac proximorum operetur salutem, orationis studio, et verbo prædicationis. S. Bern. declamant. c. 5.

II.

MEDITACION

SOBRE LA INOCENCIA DE VIDA NECESARIA PARA RECIBIR
LOS ORDENES ECLESIASTICOS.

Adoremus á Dios nuestro Señor, que celoso del honor de su sacerdocio, no quiere confiarlo sino á hombres de una vida pura, santa é irreprehensible; no se decide á abrir las puertas de su santuario, sino á corazones enemigos de la iniquidad y que sean de una virtud probada: *Quis ascendet in montem Domini, aut quis stabit in loco sancto ejus? innocens manibus et mundo corde.* Permanezcamos prosternados al pié del trono de Dios, tres veces santo, y temamos, al aproximarnos á sus sagrados tabernáculos, no presentarnos con una alma bastante limpia de todas las inmundicias y pecados. Consideremos, que para presentarnos con confianza á la ordenacion, se necesita la inocencia bautismal, ó á lo menos, la inocencia suficientemente reparada.

1. La Iglesia, en los primeros once siglos, ha

escluido constantemente del santuario á todo el que hubiese cometido pecado mortal despues de su bautismo. Los concilios de Nicea, de Toledo, de Elvira y de Cartago, lo habian decidido así: la disciplina era tan severa sobre este punto, que el clérigo que, despues de ordenado, se habia hecho culpable de un pecado grave y público, era despuesto para siempre, y encerrado en un monasterio para hacer allí penitencia todo el resto de su vida; la razon que de esto dan los Padres de un concilio, es que manos culpables no deben tratar las cosas santas: *qui sancti non sunt, sancta tractare non debent.* Tal era el espíritu de la Iglesia, y tal fué constantemente su disciplina en estos siglos de oro, que hoy dia se elogian sin poderlos imitar: ¡dias felices en que fué tan celosa de la pureza de sus ministros! Consecuencia de esto es el aviso lleno de sabiduría que da S. Gerónimo al jóven Rústico, de preservar su juventud de toda mancha, de manera que pueda algun dia subir al altar con la integridad de una virgen y con los sentimientos de una alma pura, que vuela á los brazos de Jesucristo, para gozar de sus castas caricias: *Adolescentiam tuam nulla sorde commacules, ut ad altare Christi, quasi virgo procedas.*¹ No está uno, pues, suficientemente dispuesto á los santos órdenes, porque se sienta movido del deseo de convertirse y de mudar de vida, porque quiere hacer penitencia y satisfacer á la Justicia divina. Esta disposicion tan bella, y tan loable en apariencia, no es suficiente en sentir de los santos Padres, quienes, á una voz, exigen y reclaman la inocencia bautismal, como disposicion in-

dispensable para el estado sacerdotal. No debemos escoger, dice S. Cipriano, para el estado mas santo sino hombres de una reputacion intacta y de una vida irrepreensible: *In ordinationibus sacerdotum non nisi immaculatos et integros antistites eligere debemus*. Segun esto, ¿quién se atreverá hoy á acerearse á los sagrados órdenes? ¿Qué raros son esos corazones privilegiados que se han conservado siempre puros é inocentes delante del Señor! ²

2. Consideremos que si hemos tenido la desgracia de perder la inocencia bautismal, no debemos presentarnos á la ordenacion, sino despues de haberla reparado suficientemente. Por razones graves, y por una condescendencia siempre sábia, la Iglesia ha juzgado conveniente cambiar su disciplina de los primeros siglos. Hoy dia no exige ya de los ordenandos una inocencia tan rigurosa. Talentos distinguidos y una tierna piedad, la obligan á dispensar de una regla por otra parte tan respetable y tan santa; pero si su disciplina ha cambiado, su espíritu siempre es el mismo. Estrechada por la depravacion de sus hijos y por la decadencia de las costumbres, quiere contentarse para los santos órdenes con la inocencia reparada, pero la exige imperiosamente; quiere que los que se preparan al sacerdocio le aseguren que no solamente se han corregido de sus primeros desórdenes, sino que los han expiado tambien por una penitencia sincera y proporcionada á sus faltas; penitencia que, no solamente los reconcilie con Dios, sino que tambien les gane la estimacion y la confianza de los fieles. Si un levita tuviera la presuncion de presentarse á órdenes sin haber reparado

los desórdenes de que se ha hecho culpable, que recuerde estas palabras de S. Bernardo: "Estoy sobrecogido de espanto, considerando el punto de donde partís y el término adonde vais: *Horreo, fa-teor, considerans unde et quò vocaris*.³ Y si quereis que os diga ingenuamente lo que pienso de esto, tal vida no tiene proporcion ninguna con tal ministerio; mi espanto se aumenta por vos, considerando el poco intervalo que hay entre vuestra caída y vuestra elevacion: *Præsertim cum nullum intercesserit pœnitentiæ tempus, per quod periculosissimus hujusmodi transitus fiat*."⁴ "Desgraciados, añade el mismo Padre, ministros infieles que, sin haberos reconciliado aún con Dios, quereis reconciliar á los otros: *¡Væ ministris infidelibus qui nondum reconciliati, reconciliationis alienæ negotia apprehendunt!*"⁵ Si me hallo en este caso, ¿podré decir que soy llamado al sacerdocio? No, sin duda; yo no soy llamado á él, por lo nienos al presente. ¿Qué debo, pues, hacer? Pedir tiempo todavía para llorar y para reparar mis pecados pasados. Entonces podré presentarme con confianza á los piés del Pontífice para recibir la uncion santa.

Para recoger el fruto de esta meditacion, tomo la resolucion: primero, de examinar atentamente mi conducta pasada, para ver si tengo la inocencia, á lo menos suficientemente reparada, que requieren los sagrados cánones; segundo, de aprovechar el poco tiempo que me falta desde ahora hasta la ordenacion, para redoblar mis oraciones, mis penitencias, mis lágrimas, á fin de ablandar el corazon de mi Dios: *Qui divinis ministeriis applicantur, perfecti in virtute esse debent*.^{6 7}

- 1 S. Gerónimo. Ep. 4. ad Rustic.
- 2 Cum scriptum sit, ut prius quis proveatur, et sic minister multo amplius probandus est, qui populi intercessor assumitur ne fiant causae ruinae populi sacerdotes mali. S. Greg. L. 7, ep. 110.—Viros probatos oportet eligi, non probandos. S. Bernard L. 4. de consid., c. 4.
- 3 Id. Ep. ad Brun. Tolon. episc.
- 4 Ibid.
- 5 Ibid.
- 6 In 4 sent.
- 7 Ne imperfecti quique culmen arripere regiminis audeant ne, qui in planis stantes titubant, in praecipitio pedem ponant S. Greg. Pastor. part. I, c. 4.

tar toda ligereza y precipitacion en un negocio tan

III.

MEDITACION

SOBRE LA NECESIDAD DE LA VOCACION AL ESTADO
ECLESIASTICO.

Adoremos con todos los sentimientos de respeto, de reconocimiento y de amor, la sabiduría infinita de Dios, que ha establecido en el universo el bello orden que en él admiramos, y creando todos los seres, les ha señalado funciones particulares para cooperar á este gran todo. En el orden social, su Providencia ha fijado á cada hombre el estado por el cual debe concurrir al bien comun; en el orden religioso honra con una eleccion especial á quienes tiene por conveniente elevar al sacerdocio, y da al mismo tiempo á cada uno el gusto y los talentos propios para el estado que le designa: *Unusquisque proprium donum habet ex Deo; alius eundem sic, alius vero sic*¹ Conducta llena de bondad, y muy digna de nuestra mas viva gratitud. Consideremos que la necesidad de la vocacion eclesiástica se funda: primero, en la autoridad de

las divinas Escrituras; segundo, en la naturaleza de las funciones sacerdotales.

1. Aunque se admitiera que la vocacion de Dios no es necesaria para las otras condiciones, y que abandona la eleccion de estado á los caprichos de los hombres, siempre seria cierto que el sacerdocio exige una vocacion particular y divina. Abramos los libros santos, y encontraremos esta verdad fundamental grabada con rasgos luminosos, casi á cada página, en el Antiguo y Nuevo Testamento. Remontémonos hasta las primeras edades del mundo, allí veremos á Noé, á Abraham, Moises, Josué, Bezeléel, los profetas, todos los hombres en fin, revestidos de un ministerio extraordinario, especialmente llamados de Dios, sobre todo, cuando se trata de ofrecer sacrificios al Altísimo: *Et quos elegerit appropinquabunt ei.* ² Entre las doce tribus escogió la de Leví, para ser exclusivamente aplicada al servicio de sus altares; y entre esta tribu privilegiada elevó á Aaron por una eleccion particular al honor del sacerdocio supremo: *Ipsum elegit ab omni viventi offerens sacrificium Deo.* ³ En la nueva Ley, la necesidad de la vocacion se hace todavía mas notable. Contemplemos á Jesucristo, Pontífice por excelencia; su divinidad le daba derecho á la dignidad de Supremo sacrificador; y no obstante, no ha querido tomar por sí mismo esta gloriosa cualidad; ha esperado que su Padre lo revistiese de esta eminente prerogativa: *Christus non semetipsum glorificavit, ut Pontifex fieret, sed qui locutus est ad eum; filius meus est tu, ego hodie genui te: tu es sacerdos in æternum.* ⁴ Si este mismo Salvador quiere asociarse dignos coopera-

dores, él por sí mismo los escoge: *Elegi vos, et posui vos ut eatis et fructum afferatis.* Despues de tales ejemplos, ¿qué debe pensarse de aquellos que se precipitan como ciegos al estado mas santo; que quieren tratar nuestros mas terribles misterios contra la voluntad formal del Señor? ¿Puede llevarse mas lejos el orgullo, la presuncion y el delirio? ¿Qué triste porvenir el de ese temerario que así se atreve á forzar las puertas del santuario! Es un profano que mancha con su presencia los sagrados pavimentos; él se perderá y arrastrará, en su caída á los abismos, las almas que condujere contra la voluntad del cielo. ⁵

2. Considerémos que la necesidad de la vocacion se funda, en segundo lugar, en la naturaleza de las funciones eclesiásticas. Procurar la gloria de Dios, anunciar su divina palabra, consagrar el cuerpo y la Sangre de Jesucristo, abrir ó cerrar los canales de las gracias del cielo, reconciliar con Dios los pecadores, conducir, en fin, los hombres al cielo, he aquí el objeto del sacerdocio y de todo el orden eclesiástico. De manera que, el sacerdote es estrictamente y en el sentido mas riguroso el hombre de Dios: *Tu autem, homo Dei.* ⁶ Es escogido de una manera especial, no para tratar asuntos de la tierra, sino para sostener los intereses del Señor: *Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum.* ⁷ Tal es la idea sublime que nos da el Apóstol del sacerdocio evangélico. ¿Qué cosa puede mostrarnos mas evidentemente la necesidad de la vocacion divina para funciones tan augustas y tan elevadas sobre la debilidad humana? Porque ¿con

qué derecho querría alguno anunciar la palabra de Dios, si no ha recibido de él misión ninguna? ¿Cómo osaría introducirse en el santuario para ejercer allí el oficio de mediador y de sacrificador, sin una elección especial y una orden expresa del cielo? Un hombre sensato, dice San Cirilo, se avergonzaria y se llenaria de confusión si se viese en el rango de los ministros del Altísimo, después de haber forzado las puertas del santuario: *Sponte se ingerere, absurdum ac turpe est.*⁸ Por otra parte, el sacerdocio es un estado lleno de dificultades y de peligros; es el arte de las artes, dice San Gregorio. Las prendas del entendimiento, los talentos superiores no bastan para desempeñarlo bien; inútilmente planta y riega el hombre, si Dios no se digna bendecir sus trabajos y dar el crecimiento: *Neque qui plantat, neque qui rigat, est aliquid, sed qui incrementum dat Deus.*⁹ Pues bien, la gracia primitiva de la vocación es de donde manan todos los socorros necesarios para hacer el ministerio evangélico útil y fructuoso. De suerte que, el que se priva de la gracia de vocación, ciega para sí y para los otros la fuente de los dones celestiales. Dios ayuda y sostiene á los que él llama á su santuario: su misma elección es una especie de compromiso para venir á su socorro en la necesidad; pero también deja en el más triste abandono á los que se ingieren por sí mismos y contra su voluntad tratan sus intereses.

Para prevenir esta desgracia, tomemos la resolución: primero, de seguir el consejo que nos da el Apóstol: *Propterea nolite fieri imprudentes sed intelligentes quæ sit voluntas Dei.*¹⁰ Segundo, evi-

tar toda ligereza y precipitación en un negocio tan importante y tan decisivo de que depende nuestra eternidad.¹¹

1 I. Cor. cap. VII, v. 7.

2 Núm. cap. XVI, v. 5.

3 Eccli. XLV, 20.

4 Hebr. V, 5.

5 Quid istud temeritatis est, imò quid insanix est! ubi timor Dei! ubi mortis memoria! sponsa nec cubiculum, nec cellam ingredi, nisi rege introducente præsunit: tu irreverenter irruis nec vocatus, nec introductus. S. Bern. declam. C.

6 I. Tim. VI, 11.

7 Hebr. V, 1.

8 De ador. in spirt. et verit. l. 11.

9 I. Cor. III, 7.

10 Eph. V, 17.

11 Ex se namque et non ex arbitrio summi rectoris regnant, qui nullis fulti virtutibus, nequaquam divinitus vocati, sed sua cupiditate accensi, potius culmen regiminis rapiunt quam assuntur. S. Greg. post. part. I. cap. 1º

IV.

MEDITACION

SOBRE LOS MEDIOS DE CONOCER LA PROPIA VOCACION.

Adoremus á Jesucristo, que se dignó indicar por sí mismo los medios mas seguros para conocer sus designios sobre nosotros. Nos anuncia en su Evangelio que él es el camino por donde debemos llegar á su santuario: *Ego sum ostium; per me quis introierit, salvabitur.*¹ Pero nos previene a mismo tiempo, que el que tuviere la temeridad de entrar en él por otra vía, no será mirado como un ministro fiel, sino como un ladron y salteador: *Qui autem non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro.*² Que nuestros corazones se desahoguen en alabanzas del Señor por una instruccion tan importante. Consideremos que para conocer nuestra vocacion, debemos primero, sondear bien nuestras disposiciones; segundo, consultar á las personas encargadas de dirigirnos.

1. Cuando tenemos que tratar un asunto difi-

y de suma importancia, dice Pedro Blesense, debemos reflexionar en él maduramente: *Si rem proposueris arduam prius tecum delibera.*³ Ahora bien: ¿qué cosa mas oculta para nosotros que los designios de Dios en orden á nosotros mismos, y nuestras disposiciones para cumplirlos? ¿Quién es el que puede decir con seguridad: yo sé que el Señor me llama para honrarme con su sacerdocio? El que hablara así seria un temerario, dice San Bernardo: porque, agrega, ¿quién puede saber con seguridad si Dios lo llama ó no? Solo el Espíritu Santo que penetra la profundidad de los divinos misterios, lo sabe, y aquel á quien se digna revelarlo: *Utrum vero, vocatio Dei sit, an non, quis scire possit; excepto Spiritu, qui scrutatur etiam alta Dei, vel si cui forte revelaverit ipse?*⁴ Lo que nos importa, pues, examinar con el mayor cuidado es, si nuestra vocacion es divina. Despues de habernos convencido, tanto como podemos estarlo, de que el cielo ratifica nuestra determinacion de abrazar el estado mas santo, aun nos resta sondear nuestras disposiciones interiores para una profesion tan sublime. Debemos considerar atentamente cuáles son los motivos que nos deciden á abrazar esta carrera santa: *Quó affectu ac proposito accedunt ordinandi, videndum et accurate investigandum est.*⁵ Si nos proponemos la gloria de Dios, la salud de las almas, nuestra propia santificacion, y si desechamos toda mira de interes, de ambicion, de vanagloria, alentémonos; tenemos motivo para esperar que el Señor aceptará nuestro sacrificio, bendecirá nuestros pasos y nos colmará de sus favores. ¿Qué esfuerzos hemos hecho

¹ Joan X, 9.

Segundo, evi-

hasta hoy para descubrir nuestros verdaderos sentimientos, en orden al sacerdocio á que aspiramos. Nos ocupamos de las ciencias, nos entregamos con celo al estudio, pero no examinamos las disposiciones de nuestro corazon; y de este modo olvidamos el punto esencial. Pidamos perdon á Dios por tan culpable negligencia. *Videte vocationem vestram, ait vocatus apostolus, consideremus et nos, ut vocati venerimus, et vocati á Deo cujus nimirum hæc vocatio est.*⁶

2. El segundo medio de conocer nuestra vocacion es consultar á las personas encargadas de dirigirnos. Nada hagas sin consejo, dice el Espíritu Santo: *Sine concilio nihil facias.*⁷ En los negocios importantes y difíciles no te fies de tus propias luces: *Ne inittaris prudentiæ tuæ.*⁸ El que desdeña los consejos de otro, y no obra, sino según sus ideas y capricho, es un ciego que corre á su perdicion: *Qui confidit in corde suo stultus est.* Pero ¿á quién debemos consultar para conocer los designios de Dios sobre nosotros? Al guía de nuestras conciencias; él es á quien la Divina Providencia ha encargado ilustrarnos en todos nuestros pasos; él es ese amigo fiel que la Escritura llama un tesoro, que merece toda nuestra confianza, y para quien nada debemos tener oculto: *Qui invenit illum, invenit thesaurum.*¹⁰ El nos tiene un afecto tierno; quiere sernos útil; pero para dirigirnos con prudencia en la eleccion de un estado de vida, desea conocer á fondo nuestras verdaderas disposiciones. Manifestémosle, pues, nuestro corazon sin ficcion y sin rodeos: *Manifesta te ipsum.* Mostremos á él tales como somos: descubrámosle con-

ter hoc, hæc dicit Dominus. Ecce servi mei comedent et bibent de monte.

franqueza y sin disimulo nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras inclinaciones buenas ó malas; y después de haberle hecho conocer así los afectos mas íntimos de nuestra alma, esperemos con calma su decision, sin manifestar interes de que tome un partido mas bien que otro. Tal es el consejo que nos da San Bernardo: *Pendeat inter utrumque voluntas nostra aut saltem neutri parti nimis inhæreat, cogitans semper ne fortè altera pars magis Deo placeat, et parati simus voluntatem ejus sequi, in quamcumque partem eam cognoverimus inclinari.*¹¹

¿Nos hemos conducido así hasta hoy? ¿No hemos querido ingerirnos por nosotros mismos en el estado mas santo? ¿No hemos tenido la temeridad de pretender que nos conociamos bastante para juzgar de nuestras disposiciones, y no teniamos necesidad de los consejos de nadie para decidir de nuestra vocacion? ¡Ah! si hemos estado en tan deplorable ilusion, humillémonos delante de Dios; aprendamos á desconfiar de nuestras débiles luces; condenemos nuestra presuncion, recurramos con confianza á la esperiencia de aquellos que el cielo nos ha dado por consejeros y guías, y tomemos la resolucion de recordar frecuentemente que la mayor desgracia que pudiera venirnos, es presumir demasiado de nuestras propias fuerzas: *Est qui sibi soli credit, quod pessimum est.* Por el contrario, no podemos hacer cosa mas grata á Dios que pedir consejo á las personas sábias y prudentes, sobre todo, cuando se trata de consagrarnos al servicio de los altares.^{12 13}

¹ Joan X, 9.

hasta hoy para descubrir nuestros verdaderos sen-
 tidos y el acuerdo á que aspiramos.

- 2 Joan V, 1.
- 3 De inst. episc. C. 2.
- 4 Epist. 8, ad Brunon, epi. coloss. electum.
- 5 Conc. colon. ann. 1536, p. 1, c. 21.
- 6 S. Bern. declam., c. 5.
- 7 Eccli. XXXII, 24.
- 8 Prov. III, 5.
- 9 Prov. XXXVIII, 26.
- 10 Eccli. VI, 14.
- 11 S. Bern. Serm. de subject. Dei, volunt.
- 12 Petr. Bless. de inst. ep., c. 2.
- 13 Feceris rem Deo magnopere acceptam, si concilium ex-
 pectes: nemo enim invenietur qui non indignus sit conciliari.
 nisi Deus, et solus penes quem sapientia est omnis. B. Antioch.
 hom. 83.

*ter hoc, hæc dicit Dominus. Ecce servi mei come-
 dent et bibent de fonte.*

V.

MEDITACION

SOBRE EL PELIGRO DE ENTRAR AL ESTADO ECLESIASTICO
 SIN VOCACION.

Adoremos á Dios nuestro Señor, que ve con profundo pesar esa multitud de presuntuosos que, sin ser llamados, y contra su prohibicion formal, quieren tomar asiento entre los levitas de su santuario. Él prevé que si su loca temeridad los lleva hasta el grado mas sublime de la clericatura, vendrán á ser ministros inútiles y aun peligrosos para el pueblo fiel: *Non concupiscit multitudinem filiorum infidelium et inutilium.*¹ Temamos afigir el corazon de nuestro Dios; procuremos sondear nuestras disposiciones; y si tenemos motivos de sospechar que nuestra vocación no es divina, abandómonos sin dilacion un estado de que somos indignos. Consideremos que entrar al estado eclesiástico, sin vocacion legítima, es: primero, hacer á Dios un ultraje que le es muy sensible; segundo, es exponer nuestra alma á un inminente riesgo.

hasta hoy para descubrir nuestros verdaderos sen-

nos ha dejado en el castigo de los levitas Coré, Dathan y Abiron, quienes arrastrados por un falso celo, osaron ejercer las funciones del supremo Pontificado. Este es un rasgo de la justicia divina, dice San Agustin, que debe permanecer siempre vivo en el santuario para intimidar á todos los que se vean tentados á imitarlos: *Superbi illi levitæ Coré, Dathan et Abiron condemnati sunt, ut posteris daretur exemplum, ne quis præsumptione superbi spiritus, non sibi á Deo datum, munus pontificatus invaderet.*⁴ Ministros temerarios é imprudentes, esclama San Efren, vosotros no teneis encargaros de un terrible ministerio, ejercer las funciones sagradas del sacerdocio, aunque la voz del cielo y el grito de vuestra conciencia os alejan de él para siempre; por mí no puedo comprender vuestra ceguedad y vuestra locura; tiemblo por vosotros, cuando veo la muerte y los fuegos que acumulais sobre vuestras cabezas: *Ego vero obstupesco, fratres mei dilecti, ad ea quæ soliti sunt quidam insipientium audere, qui imprudenter ac temere sese conantur ingerere ad munus sacerdotii assumendum, licet non adsciti á gratia Christi, ignorantes miseri quod ignem et mortem sibi accumulent.*⁵

¡Oh Dios mio! no permitais que yo sea del número de esos ministros indignos de que habla el Profeta, que se entrometen contra vuestra voluntad en el orden levítico; porque si me hiciera alguna vez reo de semejante prevaricacion, yo cegaria para siempre la fuente de vuestras gracias; mientras que vuestros fieles servidores fueran enriquecidos de vuestros dones, yo quedaria en la mas espantosa indigencia: *Quæ nolui, elegistis: prop-*

*ter hoc, hæc dicit Dominus. Ecce servi mei comedent et vos esuriatis: ecce servi mei bibent, et vos sitietis.*⁶ Penetradme de un religioso temor, oh Dios mio, á vista de vuestro santuario, guiad vos mismo mis pasos inciertos en la carrera clerical. Yo quiero ser sacerdote, pero un sacerdote segun vuestro corazon. Hablad, pues, al mio, oh Señor; está pronto á seguir vuestras santas inspiraciones; todo debería temerlo, si llegara á desconocer vuestra adorable voluntad.

1 Eccli. XV. 22.

2 Ibid.

3 Osée VIII. 4.

4 Serm. 98, de temp.

5 S. Ephrem. de sacer.

6 Isa. LXV. 12-13.—Trahe me post te, trahit sua quemque voluptas, et odorem turpis lucri sectantes quæstum æstimant pietatem, quorum certa est damnatio. S. Bern. declam. C. 5.

no es mas perfecta que la de los escribas y fari-

MEDITACION

SOBRE LA NECESIDAD DE SER FIEL A LA VOCACION.

Adoremus á Jesucristo, esposo de nuestras almas, que llamándonos al sacerdocio por el mas insigne favor, quiere que nos conformemos á su divina voluntad acerca de nosotros: *Elegi vos et possui vos ut eatis et fructum afferatis, et fructus vester maneat.* Seria una ingratitud y una cobardía por nuestra parte, abandonar, por disgusto ó por inconstancia, una carrera tan honrosa para nosotros y tan gloriosa para Dios. Démosle gracias por el favor que nos hace colocándonos en el rango de los ministros del Altísimo, y procuremos corresponder á tan noble vocacion. Consideremos que debemos ser fieles á nuestra vocacion: primero, porque el Señor lo exige; segundo, porque así lo pide nuestro interes espiritual.

1. Cuando despues de un exámen serio, y de haber consultado á Dios en la oracion, hemos reconocido que nos llama al servicio de sus altar,

espantosa indigencia: *Quæ nolui, elegistis: prop-*

ya no nos es permitido dudar. Debemos mostrarnos prontos á ejecutar sus órdenes. ¿Quiénes somos nosotros para resistir á la voluntad de nuestro Dios? Somos libres, es verdad, para tomar consejo y examinar nuestras disposiciones interiores; el mismo Señor nos lo manda como un deber; pero una vez que Jesucristo ha hablado, y cuando en el fondo de nuestras almas ha dicho como á los Apóstoles: "Abandónalo todo y sígueme:" *Sequere me;*¹ entonces toda resistencia, toda dilacion, seria una prevaricacion de las mas injuriosas á su divina Majestad. Yo encuentro en la conducta de mi divino Maestro, un ejemplo notable de docilidad á la voluntad del cielo. La sangre de las víctimas no puede ya seros agradable, dijo á su Padre, héme aquí pronto á ejecutar vuestros designios adorables: *Tunc dixi: ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.*² Fieles imitadores de este perfecto modelo, los apóstoles muestran la mas pronta obediencia á las órdenes del cielo; Jesus los llama á que le sigan para prepararlos á la predicacion de su Evangelio: sin vacilar un instante, todo lo dejan, y le siguen: *Et relictis retibus, secuti sunt eum.*³ Samuel oye la voz de su Dios; sin deliberar corre, vuela adonde cree que le llama: *Ecce ego, quia vocasti me.* El ejemplo del profeta Isaías no es menos notable. Dios le confia una mision penosa y peligrosa; sin espantarse por las dificultades, dice al Señor: Héme aquí; enviadme adonde os agradare: *Ecce ego, mitte me.*⁴ ¡Ah Dios mio! Cuando yo preveo los peligros del santo ministerio y los sacrificios que exige, me veo tentado á esclamar: *Si possibile est, transeat á me calix iste.*⁵

no es mas perfecta que la de los escribas y fari-

Pero cuando, por otra parte, considero que vos sois quien me llamais, y que honrándome con vuestro sacerdocio, me preparais todos los socorros que me son necesarios para santificarme, me aliento, y digo entonces lleno de confianza: *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu.* ⁶ Yo sé que mi ignorancia y mi poca virtud me hacen indigno de un ministerio terrible á los mismos ángeles; pero á pesar de mis miserias y de mi incapacidad, yo sé que lo puedo todo en aquel que me conforta: *Omnia possum in eo qui me confortat.* ⁷

2. Consideremos, en segundo lugar, que nuestro interes espiritual, nos impone un deber de fidelidad á la gracia de nuestra vocacion. El Dios lleno de bondad, que tenemos la honra de servir, no nos pone en medio del peligro para dejarnos allí perecer; si nos conformamos á sus designios, si seguimos sus inspiraciones santas, su brazo poderoso nos sostendrá en el momento del peligro: *Fidelis est Deus, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere.* ⁸ El Señor conoce nuestra debilidad y nuestras miserias; sabe que, sin su auxilio, no podemos llenar dignamente las augustas funciones del sacerdocio: por eso se complace en enriquecer, con sus mas esquisitos favores, á los corazones que le están consagrados y que marchan con paso firme en la carrera eclesiástica; no los pierde de vista un instante; reanima su celo y su valor; los sostiene en el momento del combate, y los hace triunfar de todos sus enemigos. Pues bien: si Dios está por ellos, ¿qué tienen que temer? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* ⁹ Los Após-

toles, fieles á su vocacion, han sido sostenidos y han terminado gloriosamente su carrera. Todos los pontífices, todos los sacerdotes, cuya memoria y virtudes honra la Iglesia con un culto público, se dan ahora en el cielo el parabien de haber sido constantes en sus santas resoluciones: á ejemplo suyo, no vacilemos en la determinacion que hemos tomado de servir al Señor á la sombra de sus altares, y recibiremos bien pronto la misma corona: *Esto fidelis, et dabo tibi coronam vitæ.* ¹⁰ Pero si un eclesiástico fiel á su vocacion, tiene tantos motivos para contar con el socorro divino, ¿qué no debe temer el que la abandona cobardemente? Una vez alejado de las santas montañas para volver á entrar en el siglo, el Señor se retira de él, y no le hace ya sentir las dulces impresiones de su gracia. En los primeros momentos, el espectáculo de un mundo encantador lo preocupa y lo alucina; pero muy pronto, volviendo de su ilusion y su embriaguez, reconoce que todo es vanidad, escepto el servir á Dios. Siente en su alma un vacío espantoso; su corazon busca en vano la felicidad y la paz, y en ninguna parte la encuentra. Preguntemos á esos jóvenes clérigos que han dejado el seminario por disgusto ó ligereza; ellos nos responderán con las lágrimas en los ojos, que su conciencia está constantemente atormentada por los remordimientos, y les grita sin cesar que no habrá tranquilidad ni reposo, sino en la soledad que con tanta imprudencia abandonaron: *Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescam in te.* ¹¹

No permitais ¡oh Dios mio! que yo sea tan des-

espantosa indigencia: *Quæ nolui, elegistis: prop-*

no es mas perfecta que la de los escribas y fari-

graciado que abandone el estado santo á que os habeis dignado llamarme; hacedme antes bien comprender, que perseverando en él el resto de mis días, encontraré el principio, el colmo y la plenitud de todos los bienes. Me parece que estoy dispuesto á no querer sino lo que vos quereis y como vos lo quereis. Padre celestial, yo me someto á vuestras órdenes, yó lo quiero, porque tal es vuestro divino beneplácito: *Quoniam sic fuit placitum ante te.*¹²

1 Matth. VIII, 19.

2 Hebr. X, 9.

3 Matth. IV, 20.

4 Isa. VI, 8.

5 Matth. XXVI, 39.

6 Ibid.

7 Philip. IV, 13.

8 I. Cor. X, 13.

9 Rom. VIII, 31.

10 Apoc. II, 10.

11 S. Agus. Solil. c. 1.

12 Matth. XI.

espantosa indigencia: *Quæ nolui, elegistis: prop-*

penitencia; segundo, de cultivar con mas cuidado

VII.

MEDITACION

SOBRE LA SANTIDAD QUE SE REQUIERE EN LOS LEVITAS
DEL SEÑOR.

Adoremos á Dios, santidad por escelencia, que no quiere en su santuario sino ministros de una vida pura é inocente. Encargados por su estado de formarle un pueblo de santos, es indispensable que lo sean ellos mismos: no pertenece, en efecto, sino á hombres de una eminente virtud, conquistarle corazones adictos y fieles. Permanezcamos un instante prosternados á los piés de este Dios de bondad, y pidámosle nos dé esta justicia perfecta que exige de nosotros: *Sacerdotes tui induantur iustitiam.*¹ Considerémos que debemos ser santos: primero, porque nuestro estado nos lo exige; segundo, porque solo á título de inocencia quiere la Iglesia abrírnos las puertas del santuario.

1. Recibiéndonos en la gerarquía eclesiástica, Jesucristo nos dice á todos que si nuestra justicia no es mas perfecta que la de los escribas y fari-

graciado que abandone el estado santo á que os habeis dignado llamaros: *hacedme antes*

seos, no entraremos á su reino: *Dico enim vobis quia nisi abundaverit justitia vestra plus quam scribarum et pharisæorum, non intrabitis in regnum cælorum.*² Nos felicitamos, con razon, de que el Señor, por una predileccion singular, nos ha escogido de toda eternidad para ser ministros de sus altares; pero recordemos que si este Dios de bondad quiere honrarnos con su sacerdocio, es bajo la condicion, dice el Apóstol, de que nuestra vida sea enteramente celestial y angélica: *Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem ut essemus sancti et immaculati.*³ Destinados á ser un día imágenes y fieles imitadores de un Dios tres veces santo, debemos contentarnos con una virtud mediana. Una vez que hubiéremos recibido la unción sacerdotal, perteneceremos á la tribu santa; y desde entonces deberemos esceder tanto á los simples fieles en méritos y en virtud, cuanto nos hallamos elevados sobre ellos por la sublimidad de nuestro estado: *Quanto quis honoris gradu atque dignitate præstat, tanto cæteris omni specie virtutum deexcellere.*⁴ En la antigua Ley se veía escrito sobre la tiara del sumo sacerdote: *Sanctum Dominus.*⁵ Dios lo quiso así, para recordar al primer pontífice la obligacion que habia contraído de llevar una vida mas ejemplar y mas santa que el resto del pueblo. Fué tambien para recordarle que siendo sobre la tierra la imágen de la divinidad, debía retratar en sí mismo las divinas perfecciones, cuanto estaba de su parte. Nosotros no llevamos grabada sobre nuestras frentes esta honrosa inscripcion; pero debe estar impresa en nuestros corazones, y aun mas: como el sacerdocio evangélico

penitencia; segundo, de cultivar con mas cuidado

escede en mucho al sacerdocio levítico, estamos obligados á una vida mas perfecta y mas santa. ¿Hemos pensado en esto? ¡Ah! si volvemos sobre nosotros mismos, nos veremos precisados á confesar que no hemos reflexionado en ello suficientemente; he aquí por qué no mostramos casi ningun celo en adquirir la santidad de vida tan esencial á los ministros del Evangelio. Lloremos amargamente delante de Dios, nuestra culpable negligencia, y procuremos hacer revivir en nuestra conducta todas las virtudes de que Jesucristo nos ha dado ejemplo: *Si quis me ministrat, me sequatur.*⁶

2. Consideremos que solo á título de inocencia quiere la Iglesia abrirnos las puertas del santuario. Examinemos su conducta antes de conferirnos los santos órdenes. El Pontífice que la representa quiere asegurarse, antes de imponernos las manos, de que nos hemos hecho dignos por nuestras virtudes del alto rango á que el Señor nos llama; y no contento con nuestras primeras pruebas en los órdenes inferiores, exige, antes de conferirnos la unción sacerdotal, que protestemos á la faz del cielo y de la tierra, que en lo sucesivo no tendremos otro deseo ni otra ambicion que la de hacernos santos: *Filii dilectissimi, quos ad nostrum adjutorium, fratrum nostrorum arbitrium consecrandos elegit, servate in moribus vestris castam et sanctam vitam integritatem.*⁷ Debemos ser un día la alegría y el ornamento de la religion que nos honra con su eleccion, y que nos confia su autoridad; pero no la regocijaremos sino con una vida ejemplar: *Sit odor vite vestre delectamentum Ecclesie Christi.*⁸ Nosotros tenemos gran cuidado de que los vasos

graciado que abandone el estado santo á que os habeis dignado llamaros: *hacedme antes*

sagrados que deben servir al divino sacrificio, sean no solamente decentes, sino muy relucientes y muy puros, porque deben tocar y encerrar el cuerpo adorable de Jesucristo; pues bien, ¿con cuánta mas razon nuestros corazones y nuestras personas deben ser mas puros y mas santas, supuesto que despues de haber consagrado el cuerpo y sangre del Cordero sin mancha, los recibimos dentro de nosotros, los encerramos en nuestras propias entrañas, y venimos á ser de este modo templos vivos de Dios infinitamente santo: *Nescitis quid templum Dei estis?*⁹ Son, pues, indignos del supremo grado de la clericatura esos levitas mundanos, que, olvidando la santidad de su estado, afectan aun en su conducta aires y maneras que apenas se perdonan á personas del siglo, que se hallan sin aficion á la oracion, sin gusto por la piedad y sin celo por su adelanto espiritual. Si con disposiciones tan opuestas á la perfeccion de su vocacion sublime, tienen la temeridad de acercarse á los santos órdenes, afligirán á la Iglesia de Dios, deshonrarán el sacerdocio, y llegarán á ser la vergüenza y el oprobio de la religion.

Y yo, ¡oh Dios mio! ¿qué soy á vuestros ojos? ¿Cómo he mirado la santidad propia de mi estado? ¿La he creído indispensable para ejercer las tremendas funciones que vais á confiarme! ¿Qué he hecho hasta hoy para adquirirla? ¡Ah! estoy obligado á confesar mi indiferencia por vuestro servicio; gimo por ello ante vos y os pido perdón. Bendecid la resolucion que á vuestros piés tomo: primero, de redoblar el celo y el ardor en reparar mis desórdenes pasados por el pesar y la

penitencia; segundo, de cultivar con mas cuidado las virtudes que exige la santidad del estado que voy á abrazar: *Monstruosa res gradus summus et animus infimus, sedes prima et vita ima.*¹⁰ *Quid est dignitas in indigno, nisi ornamentum in luto?*¹¹

1 Psal. CXXXI, 9.

2 Matth. V, 20.

3 Ephes. I, 4.

4 Conc. Burdigalense.

5 Luc. II, 22.

6 Joan XII, 26.

7 Pontif. Rom. in ord. præsit.

8 Ibid.

9 I Cor. III, 16.

10 S. Bern. l. 2, de consid. c. 7

11 Salvien de cul. Cathol. liv. 2.

VIII.

MEDITACION

SOBRE LA SANTIDAD NECESARIA PARA OFRECER EL DIVINO SACRIFICIO.

Yo os adoro, ¡oh Jesus! soberano sacrificador, que os ofrecísteis á vuestro eterno Padre sobre la cruz, como una víctima purísima, santísima, única que podía aplacar la divina justicia; os doy gracias porque os habeis dignado darme vuestra sangre para expiar mis innumerables culpas. Recibid mis humildes agradecimientos, porque teneis á bien conferirme la potestad de renovar este augusto sacrificio. Dadme los méritos y las virtudes que exige tan terrible ministerio: *Omnis qui habuerit maculam de semine Aaron sacerdotis non accedet offerre Deo.*¹ Consideremos: primero, cuál es la santidad que exige el sacrificio de nuestros altares; segundo, cuánto debemos temer ofrecerlo indignamente.

1. Si en la antigua Ley los sacerdotes, hijos de Aaron, debian tener tanto cuidado de santificarse

antes de entrar en el templo para ofrecer al Señor la sangre de las víctimas; si, para presentar en el altar el incienso y los panes de la proposicion, estaban obligados á estar sin mancha y sin especie alguna de impureza: *Sancti erunt Deo suo et non polluent nomen ejus, incensum enim Domini et panes Dei sui offerunt,*² ¡cuál deberá ser la inocencia de vida y la eminente santidad de los ministros de la Nueva Alianza, que ofrecen al Eterno Padre la víctima mas pura y mas augusta; que hacen correr sobre nuestros altares la sangre adorable del Cordero sin mancha, que inmolan en sus manos al Verbo divino, al Rey de los cielos, al Redentor y salud de todo el género humano! S. Juan Crisóstomo, penetrado de esta verdad, esclama con un sentimiento de admiracion, mezclado de terror: Sacerdotes del Señor, ¡qué felices sois por estar encargados de un ministerio tan bello y tan honroso! Pero tambien, ¡qué integridad de vida! ¡qué fondo inagotable de religion debemos esperar de vosotros! *Quantam ab eo integritatem exigimus, quantam religionem!*³ ¡Oh! ¡qué santas deben ser vuestras manos para tocar tan frecuentemente el cuerpo adorable del Salvador! *Considera enim quales manus hæc administrantes esse oporteat.* ¡Oh! ¡qué pura debe ser vuestra lengua para pronunciar todos los dias las palabras terribles que abren el cielo y hacen descender al Dios de toda majestad! *Qualem linguam quæ verba illa effundat!* ¡Cuán enemiga del pecado debe ser vuestra alma, y cuán abrasada en el fuego del amor divino para alimentarse todos los dias con la carne virginal del Hijo del Eterno! *Qua denique rê non*

reparar mis desordenes pasados por el pesar y la

puriores sanctioresque esse conveniat animam quam tantum illum, tamque dignum Spiritum receperit! Se debería desear, añade el mismo Padre, que el sacerdote que ofrece diariamente la hostia de propiciación, estuviese tan adornado de virtudes como los santos que ven el rostro de Dios: tan puro como los ángeles que rodean su trono: *Idcirco necesse est sacerdotem sic esse purum ut si in caelis ipsis collocatus inter caelestes illas virtutes medius staret.* ¡Oh Dios mío! ¡Cuán lejos estoy todavía de poseer esas disposiciones que exigís de los sacrificadores del cuerpo y de la sangre de vuestro divino Hijo! Dignaos, Señor, penetrarme de ellas; de vuestra infinita misericordia espero tan señalado favor.

2. Consideremos que la santidad de vida es también necesaria para no esponerse á celebrar indignamente el divino sacrificio. Si no somos habitualmente fervorosos, tenemos riesgo de tratar con tibieza é indiferencia nuestros mas terribles misterios. Es cierto que á menudo nos causa mucho trabajo evitar, en medio de las acciones mas santas, esas sequedades y esos disgustos que han afligido á los grandes siervos del Señor; pero si, á ejemplo suyo, cuidamos de humillarnos por ellos delante de Dios, tranquilicémonos, porque esas distracciones y esas negligencias involuntarias no ofenden al Señor; conoce nuestra debilidad y perdona nuestra tibieza, cuando contrista nuestro corazón. Pero lo que le ofende de una manera sensible, es el poco esfuerzo que hacemos para mantenernos recogidos y atentos al renovar el mas augusto sacrificio de la religion. Y ¡cómo conser-

reparar mis desoruenes pasados por el pesar y la

dirige el Apóstol esta misma recomendacion. ¡Hemos pensado en ella hasta este día!

var este recogimiento y atencion habituales, si no somos abrasados del amor divino, si no somos santos? Hé aquí por qué el grande Agustin nos dice á todos: *¡Oh sacerdotes! si anima cujuslibet justis sedes est Dei, multo magis sedes, et templum Dei esse debetis mundum et numaculatum.*⁴ Pero lo que sobre todo debe hacernos sentir la necesidad que tenemos de santidad, es que, sin ella, es muy difícil no profanar nuestros divinos misterios; si, cuando no toma uno á pechos su santificación, cuando no se procura ser mas perfecto cada dia, uno se relaja, se abandona, cae en la tibieza, y de la tibieza precipitase rodando en el abismo del pecado;..... y, sin embargo, se continúa celebrando, desde entonces se comienza esta horrible cadena de profanaciones y de sacrilegios, que viste á la Iglesia de luto, contrista al cielo y abre nuevamente las sagradas llagas del Salvador.

¡Oh Dios mío! dentro de algunos años, tal vez de algunos meses, me será permitido subir al altar para consagrar el cuerpo y la sangre de mi Salvador; pero, ¡ay de mí! ¡seré digno de ello? No, no lo seré, si con más celo no trabajo en corregirme de mis defectos, si no manifiesto más ardor en adornar mi alma de todas las virtudes que hacen los ministros segun vuestro corazón. Estoy confundido de mi tibieza en vuestro servicio; pero espero, Señor, ayudado de vuestra divina gracia, ser fiel á la resolucion que tomo en este momento: primero, de prepararme, por medio de una vida cada dia mas santa, para ofrecer el divino sacrificio; segundo, de combatir con un valor, cada dia nuevo, todas mis imperfecciones y mis defectos,

maiores sanctioresque esse conveniat animam quae

que de otro modo me harian indigno de él: *Sacerdotes quoque qui accedunt ad Dominum, sanctificentur ne percutiat eos.*⁵

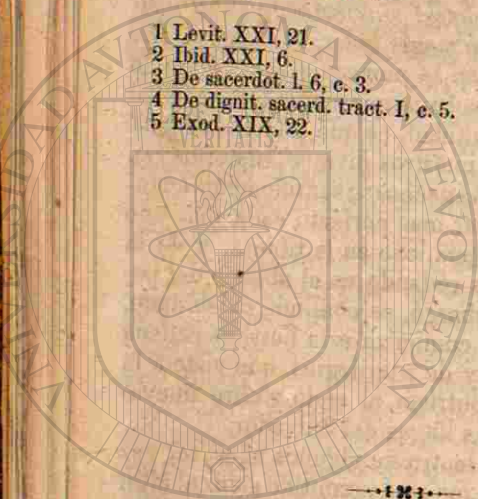
1 Levit. XXI, 21.

2 Ibid. XXI, 6.

3 De sacerdot. I, 6, c. 3.

4 De dignit. sacerdot. tract. I, c. 5.

5 Exod. XIX, 22.



dirige el Apóstol esta misma recomendacion. ¡Hemos pensado en ella hasta este día!

IX.

MEDITACION

DE LA SANTIDAD NECESARIA PARA ORAR POR LOS FIELES.

Adoremos á Jesucristo, que haciendo de la oracion su ocupacion habitual, ruega por la Iglesia, por sus discípulos, y en particular ruega por San Pedro á fin de que su fé no desfallezca. Pasa las noches enteras en oracion, y hace consistir sus delicias en conversar con Dios su Padre: *Erat pernoctans in oratione Dei.*¹ Desahoguemos nuestros corazones en accion de gracias de este ejemplo que nos da, y hagámonos un deber el imitarlo; consideremos: primero, que uno de nuestros mas esenciales deberes es el de rogar por los fieles; segundo, que no podemos hacerlo con utilidad si no somos sacerdotes santos.

1. El Señor, honrándonos con el sacerdocio, nos obliga á esponer con frecuencia á sus piés las necesidades y los votos de los fieles; á nuestra voz abre ó cierra el tesoro de sus gracias: por nuestro carácter, tenemos mas fácil acceso junto

á su Divina Majestad, á nosotros toca solicitar en favor de nuestros hermanos, y obtener de la divina misericordia todas las mercedes que necesitan. Los reyes de la tierra quieren que sus ministros les hagan conocer las necesidades de sus pueblos, y por su conducto distribuyen sus gracias; el Rey del cielo quiere tambien que sus sacerdotes le espongan las necesidades de los cristianos que les son confiados; escucha favorablemente las preces que le dirigen, y por su mediacion derrama en las almas fieles sus féculdas bendiciones. Las ovejas que saben que su pastor tiene sin cesar las manos levantadas hácia el cielo para obtener de él los socorros que les son necesarios, le confían de buen grado todos sus intereses espirituales: tienen la dulce esperanza que serán oídos siempre que este ministro caritativo quiera abogar por su causa ante el Señor. Correspondamos á su confianza, y jamas dejemos de llenar un ministerio tan honroso para nosotros y tan ventajoso para ellos. En la Antigua Ley, Aaron, por su estado, tenia el deber de rogar por todo el pueblo: *Dixit Moyses ad Aaron: tolle thuribulum: et hausto igne in altare, mitte incensum desuper, pergens cito ad populum ut roges pro eis.*² El grande Apóstol exhorta y conjura á su querido Timoteo á mirar la obligacion de rogar por los fieles como el primero de sus deberes; le insta para que dirija al Señor por todos los hombres, de cualquier rango ó dignidad que sean, votos, súplicas y acciones de gracias: *Obsecro, igitur, primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones pro omnibus hominibus.*³ A nosotros tambien nos

dirige el Apóstol esta misma recomendacion. ¡Hemos pensado en ella hasta este dia? ¡Ah! Respetto á esto tal vez tenemos mucho que reprocharnos. Humillémonos por ello delante de Dios, y veamos en el punto segundo de qué manera podremos llenar este deber.

2. Consideremos que si no tenemos la santidad que nuestro estado requiere, no podemos orar con utilidad para los fieles. ¡Qué socorros espirituales se pueden esperar de un eclesiástico indevoto que rara vez se ve al pié de los altares, que con trabajo sacrifica algunos instantes del dia para recitar á toda prisa el oficio divino, que no parece en la iglesia sino cuando las funciones de su ministerio lo llaman á ella? Con una indiferencia tan marcada por el santo ejercicio de la oracion, ¿qué podrá obtener del cielo para las almas que le están confiadas? ¡Algunas oraciones vocales dichas con frialdad podrán llegar hasta el trono del Eterno? ¡Conmoverán su corazon, desarmarán su cólera? No, sin duda: solamente los votos que salen del corazon que el amor y el fervor animan, son oídos por el Señor: *Dominus propè est omnibus invocantibus eum in veritate.*⁴ Pero tambien, ¿qué imperio no tienen sobre el corazon de Dios las preces de un sacerdote santo? Me parece verle en el templo del Señor prosternado humildemente á los piés de nuestros santos tabernáculos, ofreciéndose como víctima de su rebaño, pidiendo al soberano Pastor, ya la conversion de los pecadores endurecidos que por largo tiempo resisten á la gracia, y ya la perseverancia de las almas piadosas y fervientes, que son el dulce consuelo de su ministe-

rio, y ya en fin, colocándose entre Dios ofendido y los hombres culpables, con la misma confianza y la misma libertad que Moisés para oponerse á los terribles golpes de la justicia divina. ¿Cómo creéis que el Señor mirará á este celoso mediador? ¿Puede, acaso, desdeñar los votos ardientes, los suspiros y las lágrimas de este ministro, segun su corazon? No, sin duda: al contrario, se conmueve al ver su abnegacion y su fervor; oye favorablemente sus oraciones, y no dejará que se levante del sagrado pavimento sin haber cumplido sus deseos: *Et non discedet donec Altissimus aspiciat.* ⁵ Feliz el rebaño que tiene un pastor como el que acabamos de pintar! Posee un rico tesoro. ¿Qué tiene que temer, ó mas bien, qué no tiene que esperar de tan poderoso intercesor para con Dios?

Pronto, ¡oh Dios mio! voy á estar yo mismo encargado de todos los intereses espirituales de una parroquia: será preciso que á mi voz se abra el cielo y haga descender el divino rocío; pero ¿qué imperio podré tener sobre vuestro corazon si no soy un sacerdote piadoso y ferviente, en una palabra, si no soy un santo? Para llegar á serlo, voy á trabajar con mayor celo, á fin de conseguirlo, tomo en este momento la resolucion de acordarme: primero, que ser sacerdote y ser santo son dos cosas de tal manera unidas, que no es posible separarlas sin violencia; segundo, que siendo sobre la tierra el mediador entre Dios y su pueblo, no puedo llenar oficio tan honroso sin tener las virtudes que requiere: *Erat autem, hujusmodi visus: Oniam qui fuerat summus sacerdos, virum bonum et benignum. . . orare pro omni populo Judæorum.* ⁶

- 1 Luc. VI, 12.
- 2 Num. XVI, 46.
- 3 I. Tim. II, 1.
- 4 Psal. CXLIV, 18.
- 5 Eccl. XXXV, 21.
- 6 II. Mach. 15, 12 et seq.

tierra, y que nos manda encender por todos pa-

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

X.

MEDITACION

SOBRE LA SANTIDAD INDISPENSABLE PARA PREDICAR
CON FRUTO.

Adoremos á Jesucristo, que queriendo hacernos gustar sus divinas máximas, ha comenzado por practicarlas él mismo: *Cœpit Jesus facere et docere.* ¹ Ejemplo memorable que enseña á todos los que se preparan para el santo ministerio, á poner primero en práctica las lecciones de virtud que deben dar á los otros. Demos gracias á este Dios de bondad por haber puesto en nuestras manos un medio tan eficaz de hacer fructuosas nuestras predicaciones á los fieles. Meditémosle hoy para penetrarnos bien de él. Consideremos que los predicadores del Evangelio deben ser santos: primero, porque el Señor lo manda; segundo, porque el interés de los fieles lo exige.

1. Por su palabra omnipotente ha creado Dios el universo; por esta misma palabra lo quiere salvar; mas para que produzca los frutos de salud que tie-

ne derecho á esperar de ella, desea, y aun exige que sean santos los ministros que la anuncian. Si Jesucristo envia sus apóstoles á predicar su Evangelio á todas las naciones, no es sino despues de haberlos afirmado en la práctica de todas las virtudes. Por este motivo, al subir al cielo, les prohíbe dejar su retiro hasta que sean revestidos con la fuerza de lo alto; es decir, hasta que estén llenos de piedad, de celo y de santidad: *Sedete in civitate quoad usque induamini virtute ex alto.* ² Conducta admirable, que debe hacernos comprender cuánto nos importa ser hombres ejemplares y perfectos, si queremos ejercer un dia con fruto el ministerio de la palabra: porque si nuestra conducta, dice S. Gerónimo, no correspondiese á la santidad de las divinas máximas que anunciamos, nuestros oyentes podrian decirnos: Ministros del Señor, ¿por qué no es tan edificante vuestra vida como los discursos que nos dirigís? ¿Por qué rehusais ir al frente de nosotros y poner en práctica lo que nos enseñais? *Non confundant opera tua sermonem tuum; ne, cum loqueris in Ecclesia, tacitus quilibet respondeat: cur, ergo, hæc quæ dicis, ipse non facis?* ³ Luego es cierto que debemos ser santos si queremos santificar á los otros; que debemos estar inflamados en el amor divino antes de encender este fuego sagrado en el corazón de los fieles. ¿Cómo, en efecto, pueden salir palabras de fuego de una alma que es un hielo para con Dios? ¿No debe, por ventura, estar abrasado en estos ardores celestiales para comunicar á los otros ese fuego divino que el Hijo de Dios vino á traer sobre la tierra, y que nos manda encender por todas par-

tes? *Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur?*⁴ ¡Ah! Cuando yo desciendo al fondo de mi alma, ¡qué es lo que allí encuentro? Tibieza, indiferencia, un frío glacial. ¡Cómo, con disposiciones tan imperfectas y tan contrarias al espíritu del sacerdocio, me atreveré á presentar en la cátedra de la verdad? ¡Ah! Señor: moved mi corazón por vuestra gracia: derretid este hielo que os entristece; llenadme de ese espíritu de celo y de fervor que da tanta fuerza y eficacia al ministerio de la palabra santa que nos mandais anunciar en vuestro nombre. *Si justitiam quis diligat, labores hujus magnus habent virtutes...* disponam populos et nationes mihi erient subdite.⁵

2. Consideremos que el interés de los fieles exige también, por parte de los predicadores del Evangelio, una conducta ejemplar y santa. Los eclesiásticos de una eminente virtud, son los que hacen amar la religión y los deberes que impone. Se predica con bastante elocuencia cuando no se dice á los otros, sino lo que uno mismo practica. La experiencia de todos los días nos enseña, que una sola palabra de edificación, de un sacerdote que tiene la reputación de un santo, hace mas impresión en los corazones, convierte mas almas, infunde mas horror al pecado, hace mas amable el servicio de Dios, que los discursos mas patéticos y mas estudiados. Nos sorprendemos y afligimos, viendo que nuestras predicaciones causan hoy día tan poca impresión en los corazones de los oyentes. Pero ¿por qué nos asombramos de esto, cuando vemos nuestra conducta? No queremos decidarnos á predicar con el ejemplo. Imponemos

á los otros, cargas que no queremos tocar con la punta del dedo. Nosotros, pues, somos los que impedimos el fruto de la divina palabra. ¡Ah! si tuviéramos mas virtud y mas celo por nuestro adelanto espiritual, los fieles se edificarían de esto y se apresurarían á caminar en seguimiento de nosotros: *Vestra æmulatio provocabit plurimos.*⁶ Se queja uno del poco fruto de las meditaciones; pero ¿cómo puede un sacerdote indevoto, que no cumple sus funciones sino por rutina, que carece de caridad para con el prójimo, y es un hielo para con Dios, anunciar la palabra santa? El mismo no siente lo que dice: nada le conmueve, nada le penetra. Así los oyentes salen de sus sermones secos, fríos, helados, y con frecuencia hastiados, descontentos, quejándose altamente de que el orador no haya dicho nada á su corazón para conmovirlo, enterocerlo y decidirlo á practicar el bien. En la boca de este ministro, desprovisto de las virtudes de su estado, parece que la palabra santa ha perdido toda su fuerza; esta divina semilla cae en los corazones, es verdad, pero no produce ningún fruto; debería convertirlos, y, sin embargo, permanece estéril. Digamos, pues, con San Bernardo, que la mejor predicación es el ejemplo de una vida santa.

¡Oh Dios mío! en el seminario me siento estimulado de un deseo ardiente de predicar, de catequizar, de ganar almas para vos; pero hoy comprendo que no debo todavía ocuparme de los otros, sino que al contrario, he de trabajar en mi propia santificación. Sería una temeridad, por mi parte, presentarme en medio del pueblo cristiano para anunciarle los divinos preceptos, si yo mismo no los

observase. Bendecid, pues, Señor, la resolución que tomo: primero, de trabajar cada día con nuevo ardor, para hacer mi conducta mas y mas edificante; segundo, de corregir en mí todos los defectos y todas las imperfecciones que escandalicen á mi prójimo, y que serian un obstáculo para el buen éxito del ministerio sagrado de la predicación que pronto debo ejercer: *Rape ad amorem quos potes, et dic eis: amemus, redamemus in quantum possumus, non inveniemus meliorem.*⁷

1 Act. I, 1.

2 Luc. XXIV, 49.

3 Hieron. ep. 34.

4 Luc. XII, 49.

5 Sap. VIII, 7-14.

6 II. Cor. IX, 2.

7 S. Aug.

XI.

MEDITACION

SOBRE LA SANTIDAD NECESARIA PARA EDIFICAR
A LOS FIELES.

Adoremos á Dios, queándonos á su Hijo, modelo perfecto de todas las virtudes, quiere que tengamos fijos los ojos en él, para que seamos sus fieles imitadores.¹ Caminando sobre las huellas de este divino ejemplar, podremos edificar algún día al rebaño que se nos confiare.² Consideremos que los alumnos del santuario deben ser santos: primero, para no escandalizar á los fieles; segundo, para animarlos á la práctica de sus deberes.

1. Un eclesiástico debe estar convencido de que su conducta no puede ser indiferente para el pueblo cristiano; si no edifica, escandaliza.³ Todas sus obras aparecen como á medio día; son objeto de las miradas de todos, como una ciudad colocada en la cima de una montaña.⁴ En vano se esforzaria para sustraerse al ojo penetrante, atento y curioso de un mundo corrompido, que procura en-

ramente gratuito, que nunca sabremos apreciar

contrar en él defectos para autorizar sus propios escesos. Si tiene la desgracia de separarse de los senderos de la justicia: si es ligero en sus maneras, inconsiderado en sus propósitos y procedimientos, tibio y frío en el cumplimiento de sus deberes religiosos; en una palabra, si no tiene toda la piedad, el fervor y la santidad de vida que exige su estado, desde luego hará caer en el mayor desaliento á las almas piadosas, alegra á los pecadores, contrista á la Iglesia, pone en duelo á la religion, envilece y degrada el sacerdocio evangélico. ¡Ah! si en el silencio de la meditacion, y prosternado al pié de los altares, recordara yo estas reflexiones, qué de esfuerzos haria para abstenerme aun de las menores faltas, como lo aconseja el Apóstol. ⁵ Qué ardor y qué celo mostraria cada dia para hacer mi conducta mas y mas regular y edificante, para no comprometer el ministerio sacerdotal. ⁶ Cuál seria mi atencion en arreglar bien todos mis procedimientos, para tener algun dia el consuelo y la dicha de ser un modelo completo de reserva, de gravedad, de perfeccion y de santidad. Esta es, ¡oh Dios mio! la gracia que pido á vuestra infinita bondad: *In omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum in doctrina, in integritate, in gravitate, verbum sanum, irreprehensibile.* ⁷

2. En segundo lugar, debemos trabajar con celo en nuestra santificacion, porque el ejemplo de nuestras virtudes contribuirá poderosamente para animar á los fieles á la práctica del bien, si tenemos las virtudes que exige nuestro estado. Seremos como lámparas resplandecientes en la casa del Señor; alumbraremos al pueblo cristiano; le mostra-

remos sus deberes, y observando nosotros los nuestros, lo determinaremos á imitarnos: en el retiro y en el bullicio del mundo, en el seminario y en el ejercicio de las funciones sacerdotales, por todas partes llevaremos el suave olor de Jesucristo. ⁸ Nuestro valor al caminar con paso firme, en la carrera de la perfeccion, doblará las fuerzas de los que sean testigos de nuestro celo y fervor en el servicio del Señor. ¡Qué felices somos! decía á este propósito San Ambrosio; nos basta aparecer en el público con las virtudes de nuestro estado, para ser útiles al prójimo; porque el imperio de la santidad sobre el corazon es tan grande, que el cristiano menos arreglado en su conducta no puede ver un eclesiástico ejemplar, sin verse precisado á respetar la virtud y á ruborizarse de sus desórdenes. ¡Ah! ¡si todos los sacerdotes tuvieran una conducta ejemplar, muy pronto ya no habria necesidad de tantas predicaciones, ó á lo menos harian una impresion mas viva en el corazon de los que las escuchan! La conducta de un santo pastor es la mejor censura de todos los vicios que reinan en una parroquia. Su vida ejemplar es una predicacion continua, cuya elocuencia muda, gana mas almas á Dios, que los discursos mas persuasivos. Hé aquí por qué la Iglesia no tiene tanta necesidad de sacerdotes, cuanta de buenos sacerdotes. Un solo pastor, segun el corazon de Dios, hará mas servicios á la religion que ciento, si no tienen el espíritu de su estado. No se necesitaron mas que doce Apóstoles para convertir el universo; un S. Agustín para conservar la fé en toda la Africa; un Carlos Borromeo para santificar á todo Milan; un Fran-

ramente gratuito, que nunca sabremos apreciar

cisco de Sales para hacer que volviesen á entrar al seno de la Iglesia católica setenta mil herejes; un Vicente de Paul para hacer prodigios de celo y de caridad, que asombrarán hasta al fin de los siglos, y un Francisco Javier para conquistar veinte reinos á Jesucristo. No es, pues, esencial á la Iglesia tener muchos sacerdotes; pero sí importa sobremanera no tener sino ministros santos.

¿Tendré yo, oh Dios mio, la dicha de ser algún día un sacerdote segun vuestro corazón? Yo lo espero y lo deseo con toda mi alma. Vivamente reconocido porque la Iglesia quiere honrarme con su eleccion y su confianza, procuraré ser su alegría y su corona; muy lejos de contristarla con una vida opuesta á la santidad de mi vocacion, me esforzaré por ser su gloria y ornamento por mis virtudes. Estas son, Señor, las resoluciones que tomo en vuestra divina presencia; concededme la gracia de que sea constantemente fiel á ellas. *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum, et animam meam faciet.*⁹ *Nemo adolescentiam tuam contemnat, sed exemplum esto fidelium.*¹⁰

1 Inspice, et fac secundum exemplar. Exod. XXV, 40.

2 Forma facti gregis ex animo. I. Petr. V, 3.

3 Hic positus est in ruinam, et in resurrectionem multorum. Luc. II, 34.

4 Non potest civitas abscondi supra montem posita. Matth. V, 14.

5 Ab omni specie mala abstinete vos. II. Ep. Thess. V, 24.

6 Nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum. II. Cor. VI, 3.

7 Tit. II, 7 et 8.

8 II. Cor. II, 15.

9 I. Reg. II, 35.

10. I. Tim. IV, 12.

004531

XII.

MEDITACION

SOBRE LA TONSURA CLERICAL.

Adoremos á Jesucristo, que por un insigne favor se ha dignado escogernos para ser la porcion mas querida de su rebaño. Al separarnos del mundo ha querido ligarnos á su servicio de la manera mas íntima é inviolable; pero mientras mas predileccion y bondad nos muestra, mayor derecho tiene para esperar de nosotros celo y consagracion.¹ Démosle gracias por este señalado beneficio, y prometámosle amor y fidelidad. Consideremos en la meditacion de hoy: primero, cuál es el precio y escelencia de la tonsura; segundo, cuáles son las disposiciones que exige.

1. Para formarnos una idea de la escelencia de la tonsura, recordemos que por esta augusta ceremonia, somos sacados de la ignominia del siglo para ser colocados el resto de nuestros dias en el santuario del Señor; dón inestimable, favor enteramente gratuito, que nunca sabremos apreciar

cisco de Sales para hacer que volviesen á entrar al seno de la Iglesia católica setenta mil herejes; un Vicente de Paul para hacer prodigios de celo y de caridad, que asombrarán hasta al fin de los siglos, y un Francisco Javier para conquistar veinte reinos á Jesucristo. No es, pues, esencial á la Iglesia tener muchos sacerdotes; pero sí importa sobremanera no tener sino ministros santos.

¿Tendré yo, oh Dios mio, la dicha de ser algún día un sacerdote segun vuestro corazon? Yo lo espero y lo deseo con toda mi alma. Vivamente reconocido porque la Iglesia quiere honrarme con su eleccion y su confianza, procuraré ser su alegría y su corona; muy lejos de contristarla con una vida opuesta á la santidad de mi vocacion, me esforzaré por ser su gloria y ornamento por mis virtudes. Estas son, Señor, las resoluciones que tomo en vuestra divina presencia; concededme la gracia de que sea constantemente fiel á ellas. *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum, et animam meam faciet.*⁹ *Nemo adolescentiam tuam contemnat, sed exemplum esto fidelium.*¹⁰

1 Inspice, et fac secundum exemplar. Exod. XXV, 40.

2 Forma facti gregis ex animo. I. Petr. V, 3.

3 Hic positus est in ruinam, et in resurrectionem multorum. Luc. II, 34.

4 Non potest civitas abscondi supra montem posita. Matth. V, 14.

5 Ab omni specie mala abstinete vos. II. Ep. Thess. V, 24.

6 Nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum. II. Cor. VI, 3.

7 Tit. II, 7 et 8.

8 II. Cor. II, 15.

9 I. Reg. II, 35.

10. I. Tim. IV, 12.

004531

XII.

MEDITACION

SOBRE LA TONSURA CLERICAL.

Adoremos á Jesucristo, que por un insigne favor se ha dignado escogernos para ser la porcion mas querida de su rebaño. Al separarnos del mundo ha querido ligarnos á su servicio de la manera mas íntima é inviolable; pero mientras mas predileccion y bondad nos muestra, mayor derecho tiene para esperar de nosotros celo y consagracion.¹ Démosle gracias por este señalado beneficio, y prometámosle amor y fidelidad. Consideremos en la meditacion de hoy: primero, cuál es el precio y escelencia de la tonsura; segundo, cuáles son las disposiciones que exige.

1. Para formarnos una idea de la escelencia de la tonsura, recordemos que por esta augusta ceremonia, somos sacados de la ignominia del siglo para ser colocados el resto de nuestros dias en el santuario del Señor; dón inestimable, favor enteramente gratuito, que nunca sabremos apreciar

cisco de Sales para hacer que volyiesen á entrar

con esceso. No es poca cosa para vosotros, decia Moisés á los hijos de Leví, que el Señor os haya separado del pueblo, para contraer con vosotros una alianza particular, en virtud de la cual estais especialmente consagrados á su culto.² No es para vosotros, un pequeño beneficio, se puede decir á los tonsurados, que el Señor se haya dignado desprenderos de los embarazos del siglo, introducir en su santuario, y ligaros para siempre al servicio de sus altares: eleccion honrosa, que no os distingue del resto de los fieles sino para haceros la porcion mas querida de su herencia.³ Eleccion gloriosa, que colocándoos en el rango de los ministros del Altísimo, os impone la obligacion de llevar una vida santa é irrepreensible.⁴ Por la tonsura, el levita deja la ignominia del vestido seglar para revestirse de la ropa de inocencia, símbolo de la vida santa á que se consagra. Por la tonsura viene á ser rey de los pueblos y sacrificador futuro del cuerpo y sangre de Jesucristo, dos augustas cualidades marcadas por la corona real y sacerdotal, á un tiempo, que se le imprime en la cabeza.⁵ Por la tonsura toma al Señor por su herencia. ¡Qué bella es la porcion de su herencia! ¡Puede desear cosa mas grande, mas rica, mas consoladora ni mas feliz? Cuántos motivos tiene para esclamar con el Profeta: *Benedicam, Domini, qui tribuit mihi intellectum, etenim hæreditas mea præclara est mihi!*⁶

2. Consideremos que, en aquellos que se preparan para la tonsura, se requieren disposiciones proporcionadas á la santidad del estado á que aspiran. La primera que exige la Iglesia, es renun-

ciar sinceramente al mundo y sus vanidades, para consagrarse totalmente al culto del Señor y al servicio de su Iglesia.⁷ La segunda disposicion es una grande pureza de costumbres y un perfecto desprendimiento del pecado. El santuario, dice S. Bernardo, no debe estar abierto sino para hombres bien afirmados en la práctica del bien y consumados en la práctica de las virtudes: *In clero autem, viros probatos deligi oportet, non probandos*; porque seria profanar el estado mas santo y manchar la casa del Señor, introducirse en ella despues de una larga cadena de debilidades y extravíos. El Señor desdeña los restos impuros de una vida usada en el servicio del mundo. Desecha lejos de su santuario las sobras del siglo. Seria, en efecto, insultar la majestad de un Dios tres veces santo, venir á mezclarse con el coro de los ángeles despues de haberse cansado en los senderos impuros del vicio. La tercera disposicion es desear ardientemente el santo hábito con que la Iglesia quiere revestirnos. Este hábito es el símbolo de las mas escelentes virtudes, el custodio fiel de las que hemos adquirido ya, y el medio seguro de adquirir otras. Cuando lo hubiéremos recibido de manos del Pontífice, debemos respetarlo, amarlo y llevarlo con alegría. Felices nosotros si sabemos honrarlo siempre por nuestros méritos y nuestras virtudes! La cuarta disposicion es morir enteramente al mundo. En el momento en que nos corten los cabellos debemos decir de corazon: *funes ecciderunt mihi in præclaris*; ⁸ mis cadenas caen en fin, se rompen por fin mis ligaduras: mundo engañador, yo te abandono, te dejo para siempre, te digo

cisco de Sales para hacer que volviesen á entrar

un adios eterno, y lo hago saltando de alegría: entro lleno de gozo en el santuario de mi Dios, cuyas sagradas barreras se abren hoy para mí: yo encontraré allí la paz del alma, las dulzuras celestiales, los consuelos de la gracia: allí encontraré á mi Dios, allí gustaré las delicias enteramente espirituales que reserva á sus fieles servidores.

Penetrado de estos consoladores pensamientos, tomo la resolución: primero, de formarme con tiempo una alta idea de la tonsura clerical; segundo, de disponerme á ella desprendiéndome desde hoy del mundo, del pecado y de todo lo que pudiera hacer mi sacrificio menos perfecto. ⁹ *Notas mihi fecisti vias vitæ; adimplebis me letitia cum vultu tuo, delectationes in dextera tua usque in finem.*

1 Quos elegerit appropinquabunt es. Num. XVI. 5.

2 Num purum vobis est, quod separabit vos ab omni populo, et juxit sibi, ut serviretis in cultu tabernaculi, et ministraretis ei? Num. XVI. 9.

3 Dominus elegit te hodie, ut sis ei populus peculiaris. Deuter. XXVI. 18.

4 Ut sis populus Sanctus Domini Dei tui; sicut locutus est. Ibidem. 19.

5 Decus regale; ecclesiasticum diadema. Sinod. Paris. 1514.

6 Ps. XV. 7-6.

7 Expoliantes veterem hominem et induentes novum, ut fidelem Deo cultum exhibeant. Col. III. 9-10.

8 Ps. XV. 6.

9 Ps. XV. 11.

XIII.

MEDITACION

DE LAS VIRTUDES QUE LA IGLESIA EXIGE DEL TONSURADO.

Adoremos á Jesucristo, que quiere que las virtudes de todos los ministros de su santuario brillen á los ojos de los hombres. ¹ Al dar el primer paso en la gerarquía eclesiástica, el jóven clérigo debe sentir toda la estension de sus deberes. No le basta ya ser un cristiano perfecto, es preciso que tambien sea un levita ejemplar. Penetrémonos bien de esta verdad en la meditacion de hoy. Consideremos que un jóven al recibir la tonsura debe: primero, morir al mundo; segundo, no vivir sino para Jesucristo.

1. Todas las ceremonias de la tonsura recuerdan al levita, que con ella es honrado, la necesidad de morir al mundo. Desde luego la Iglesia lo despoja de la profanidad del siglo, obligándolo á desecher lejos de sí esos vestidos seglares que no sirven sino para alimentar su vanidad, y recibir la santa sotana, que es un vestido de penitencia y de duelo.

Cubriéndolo con la librea de Jesucristo, la Iglesia le dice: Despojaos del hombre viejo; dejad al mundo; renunciad sus máximas y usos; desde hoy ya no le pertenecéis. No basta al tonsurado dejar el comercio del mundo y mantenerse lejos de sus compañías peligrosas, es necesario que también desprenda de él su corazón. De nada le servirá tener el hábito eclesiástico y vivir en un seminario, si conserva todavía el afecto á los bienes, los honores y placeres del mundo. El amor de las cosas de la tierra no puede conciliarse con el amor á Jesucristo.² Por tanto, el joven que recibe la tonsura, y que no muere enteramente al mundo, no sacrifica al Señor sino la mitad de la víctima; como si dijera al Señor interiormente: He aquí, Señor, mi cuerpo, yo os lo doy; pero yo reservo mi corazón, mis gustos y mis afectos al mundo. ¿Con qué ojos creemos que verá el Señor tan culpable disposición? Escuchad las palabras de un gran siervo suyo; sin duda os avergonzaréis de vuestra conducta: "ninguno debe hacerse clérigo para entregarse al deleite, satisfacer sus curiosidades, contentar su ambición ni buscar cualquiera otro bien terreno, sino solo para poseer á Dios, á quien ha escogido por herencia, y de quien ha sido escogido cuando fué incorporado al clero.... Por tanto, los que, por el oficio del clericato buscan otra cosa que no sea Dios, ni son escogidos por Dios, ni ellos han escogido á Dios, supuesto que le anteponen ó equiparan una creatura."³

2. Consideremos que el segundo deber de un clérigo tonsurado, es no vivir sino para Jesucristo. El hábito eclesiástico no puede honrar á un levita

que no está revestido del hombre nuevo, es decir, de Jesucristo, que es la verdad, la justicia y la santidad por excelencia: *Et induite novum hominem qui creatus est in justitia et sanctitate veritatis.*⁴ Estar revestido de Jesucristo es estar animado de su espíritu, es seguir sus divinas inspiraciones, tomarlo por modelo, caminar sobre sus huellas, seguir sus ejemplos; es también despojarse de su propio espíritu, dejar sus malos hábitos, combatir sus inclinaciones viciosas; es, en fin, dejar todo lo que pertenece al hombre viejo, cambiar de corazón, de inclinación, de pensamientos y de sentimientos, de manera, que pueda decirse con verdad de un aspirante á los sagrados órdenes, que desde su primer paso en el santuario no es ya el mismo; que es un hombre enteramente nuevo.⁵ Los padres del Concilio de Trento no quieren que se admita á la tonsura al que no está todavía desengañado de las ilusiones del siglo, y que no está decidido á consagrarse por siempre al servicio del Señor.⁶ Examinad cuáles son las disposiciones de vuestro corazón: ¿podeis decir que sois sinceramente de Dios? ¿Teneis mas gusto á la oración? ¿Mostrais mas atractivo á la santa comunión? ¿Sentís mas placer en hallaros al pie de los altares? ¿No os separais de ellos sino con pesar? ¿Se os ve mas celosos, mas diligentes en adquirir las virtudes de vuestro estado? Si son estos vuestros sentimientos, consolaos; sois dignos de tomar lugar entre los ministros del santuario, sois dignos de recibir las bendiciones que el Señor reserva á los levitas fieles.⁷

Para no perder el fruto de estas piadosas re-

flexiones, tomad la resolucíon: primero, de recordar que la ceremonia de la tonsura os separa del mundo para siempre: segundo, que habiendo escogido á Dios por vuestra herencia, seria hacerle el mas sensible ultraje conservar el menor afecto al siglo.⁸ *Cui portio Dei est, nihil curare debet præter Deum ne alterius impediatur munere.*⁹ *Qui Deum hæreditate possident absque ullo impedimento sæculi Deo servire studeant, et pauperes spiritu esse contentant, ut congrue illud spalmitæ dicere possint: Dominus pars hæreditatis meæ.*

1 Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona. Matth. V, 16.

2 Nescitis quia amicitia hujus mundi inimica est Dei? Quicumque ergo voluerit amicus esse sæculi hujus, inimicus Dei constituitur. Jacob. IV, 4.

3 Nemo debet ad hoc fieri clericus, ut serviat voluptati, studeat curiositate, inhiat ambitioni, nec aliud querat, nisi ut Deum hæreditate possideat quem elegit, et á quo electus est quando in clericum assumptus est. undé qui per clericatus officium aliud querit quam Deum, nec á Deo electus est nec Deum elegit qui in sorte sua creaturam creatori aut prapositioni, aut æquiparavit. Ivo. carnol. serm. de excellent. sacr. ord.

4 Eph. IV, 24.

5 Si qua in Christo nova creatura, vetera transierunt; ecce facta sunt omnia nova. II. Cor. V, 17.

6 Prima tonsura non initientur. de quibus probabilis conjectura non sit, eos, non sæcularis judicii fugiendi fraude, sed ut Deo fidelem cultum præstent, hoc vitæ genus elegisse. Sess. 23, de reform. c. 4.

7 Hi accipient benedictionem á Domino. Pontif. Rom.

8 S. Aug. de fuga sæcul. cap. 2.

9 S. Isidor. Hispal. l. 2, de offi. c. 1.

XIV.

MEDITACION

SOBRE EL HABITO CLERICAL.

Adoremos á Jesucristo, que se dignó revestirse de nuestra carne y de nuestros hábitos, para rendir á su Padre perfectos homenajes, para sufrir y satisfacer su justicia.¹ Demos gracias á este Dios Salvador, por el honor que ha hecho á nuestros cuerpos y á nuestros vestidos, y pidámosle que nos infunda el mayor respeto al santo hábito que la Iglesia ha tenido á bien dar á sus ministros. Consideremos que un clérigo debe: primero, estar lleno de respeto al santo hábito que ha recibido de manos del Pontífice; segundo, mirar como un deber el llevarlo constantemente.

1. Para concebir el respeto que merece el hábito clerical con que la Iglesia reviste al tonsurado desde su entrada en el santuario, basta recordar las denominaciones honrosas que le dan los santos; unos lo llaman, *habitus religionis*, *habitus sancti nominis*: otros, *habitus religiosus*, *sacra vestis*; ca-

flexiones, tomad la resolucion: primero, de recordar que la ceremonia de la tonsura es un sacramento.

lificaciones augustas y respetables, que nos enseñan con qué sentimientos debemos recibirlo y qué aprecio debemos hacer de él. Un eclesiástico que tiene el espíritu de su estado, se complace en estar revestido de él; lo mira con una especie de veneracion; lo besa respetuosamente todas las mañanas al tomarlo. Sabe que ésta es la librea santa que lo honra á los ojos de los fieles, y le gana la confianza; pero tambien tiene cuidado de no profanar su santidad con adornos vanos y superfluos, sino que conserva toda su sencillez. Se esfuerza en sostener su dignidad con una vida prudente, modesta y edificante: está convencido de que de nada le serviría llevar un hábito santo, si no procura adquirir las virtudes que exige: *Ut sicut immutantur in vestibus, ita dextera manus ejus virtutis tribuat eis incrementa.*² Considerad qué aprecio teneis por el hábito clerical; qué respeto, qué amor teneis á la sotana, que á los ojos de la religion es vuestro mas bello ornamento. ¿Teneis de ella la misma idea que han tenido los sacerdotes mas recomendables por su piedad y sus virtudes? ¿La mirais con los mismos ojos con que la miraba aquel grande arcediano, que decia: "La sotana es el grande hábito de la religion del clero, la gloria y el honor del sacerdocio, el diseño de la nueva creatura que Dios comienza á formar en aquellos que lo han tomado por su herencia, y la señal visible del divorcio perfecto que han hecho con el mundo?" Rogad al Señor que os inspire los mismos sentimientos.^{3 4}

2. Consideremos que no basta respetar el hábito eclesiástico; es necesario tambien llevarlo. Aunque el hábito no da á los sacerdotes las virtudes

de su estado, no obstante, dicen los Padres del Concilio de Trento, deben estar vestidos de una manera conveniente á su condicion, para que por su compostura exterior hagan brillar por de fuera las virtudes con que sus almas están adornadas: *Etsi habitus non faciat monachum, oportet tamen clericos vestes proprio congruentes ordini, semper deferre, ut per decentiam habitus extrinseci, morum honestatem intrinsecam ostendant.*⁵ Notad esta palabra, *oportet*: es necesario, es un deber, y un deber esencial para todos los clérigos de cualquier órden que sean, jóvenes ó ancianos, constituidos en dignidad ó nó, estén en la ciudad ó en el campo, la obligacion es general y no exceptúa persona alguna, ningun lugar, ningun tiempo: *oportet*..... *semper deferre*, conviene siempre llevarlo. San Carlos impone la misma obligacion en su cuarto concilio de Milan: *Habitu talari tum domi, tum foris utantur.* Un religioso ama su hábito y jamas lo deja; un militar se presenta siempre revestido con el suyo, y lo tiene á honra. No se ve sino en el clero, que ministros relajados y mundanos miren su hábito como una carga de que se libran lo mas frecuentemente que pueden; una visita, un viaje, una indisposicion ligera, el mas débil pretesto, es para ellos una razon suficiente para tomar de nuevo la librea del siglo, aunque la hayan solemnemente renunciado á la faz de los santos altares. Si debemos deplorar una conducta tan poco eclesiástica, elogiemos la de aquellos piadosos levitas que han tomado la generosa determinacion de no presentarse jamas en parte alguna sino con el hábito de su estado. La sotana les servirá de escudo

flexiones, tomad la resolucíon: primero, de recordar que la coronación de la tonsura...

en el combate, de ángel de guarda en las ocasiones peligrosas; ella les recordará la modestia, la moderación y la decencia en todos sus pasos; ella los rodeará de respeto por parte de aquellos á quienes tuvieren que tratar.

Para conseguir estas grandes ventajas, tomemos la resolucíon de recordar: primero, que la sotana es un hábito santo que debemos venerar, amar y llevar constantemente; segundo, al tomarla por la mañana, pensemos en revestirnos de Jesucristo, que es el primer ornamento de los sacerdotes, como dice San Gregorio: *Magna sacerdotum tunica. Qui habitum religionis in eis in perpetuum conservet.... quibus in tuo sancto nomine habitum sacra religionis imponimus. Et si eloquium quiescat, ipse habitus sonat: grande pallii beneficium est, sub cuius recogitatu improbi mores vel erubescunt.*

1 Holocaustum non tibi placuerunt.... tunc dixi ecce venio. Heb. X, 6-7.

2 Pontif. Rom.

3 Expoliavi me tunica mea; quomodo induar illa? Lavi pedes meos; quomodo inquinabo illos? Cant. V, 3.

4 Clericus professionem suam, et in habitu et incessu probet et nec vestibus, nec calceamentis decorem querat. IV Conc. Cartag. Cant. 45.

5 Sess. 14 de ref. c. 6.

6 Pont. Rom. in ord. clerc.

7 Tert. de Pal. c. ult.



XV.

MEDITACION

SOBRE LA CORONA CLERICAL.

Adoremos á Jesucristo, que por un efecto de su bondad, ha querido ser coronado de espinas, para cenirnos en el cielo una corona de gloria inmortal. ¹ Démosle mil gracias por este insigne beneficio; pero al mismo tiempo, para asegurarnos la recompensa que él nos promete, marchemos con él por el camino de los sufrimientos y humillaciones; mostremos, al recibir sobre nuestras cabezas la corona clerical, que tenemos á honra ser discípulos de un Dios crucificado. Consideremos que la Iglesia, al abrirnos las puertas del santuario, nos impone la obligacion: primero, de apreciar la corona clerical; segundo, de llevarla con fidelidad.

1. Si queremos conocer el precio de la corona, que es una ceremonia de la tonsura, recordemos las nobles ideas que inspira. Primeramente, nos hace recordar el glorioso triunfo que hemos adquirido sobre el mundo, hollando bajo nuestros

los mismos sentimientos, examinemos un instante

piés sus bienes y sus placeres. Despreciando sus honores, renunciando sus encantos falaces, hemos alcanzado de él una gloriosa victoria, y por precio de nuestro valor, la Iglesia coloca sobre nuestras cabezas una corona para recordar nuestro triunfo. La corona clerical nos enseña también, que la clericatura es una especie de reinado sobre la tierra, pues que el levita y el sacerdote después de haberse elevado sobre las pretensiones orgullosas del siglo, reina sobre él como soberano.² En segundo lugar, la corona nos hace recordar que un eclesiástico debe tener una alma bastante grande y fuerte para destruir en sí todos los vicios que le tiranizan, á fin de que una vez victorioso de sus pasiones, y libre de todo afecto á las superfluidades mundanas, pueda elevarse rápidamente hacia su Dios, escuchar sus divinas inspiraciones y seguir con prontitud los movimientos de la gracia. En tercer lugar, la corona nos recuerda que un clérigo, viendo caer bajo el corte de tijeras la superfluidad de sus cabellos, debe renunciar para siempre las solicitudes del siglo, porque los cuidados temporales alejan de Dios, y ponen obstáculos á la contemplación de las cosas del cielo.⁴ Examinemos ahora con qué ojos hemos mirado la corona clerical, tan gloriosa á los sacerdotes del Señor. ¿Hemos considerado los misterios que representa, y las señales de virtud que nos da? ¡Ah! tal vez hasta ahora nunca hemos pensado en esto: humíllemonos delante de Dios, y no olvidemos en el sucesivo todo lo que ella nos representa instructivo y capaz de movernos.⁵

2. Consideremos que si la corona, con que la

Iglesia tiene á bien adornar nuestras cabezas, es tan bella y tan gloriosa á los ojos de la fé, debemos imponernos la obligacion de llevarla constantemente. Los reyes de la tierra no solo miran como un deber, sino como una honra llevar la corona de su imperio. Un clérigo, desde su entrada al santuario, participa del reino sacerdotal: *Vos genus electum, regale sacerdotium.*⁶ ¿Por qué se ha de avergonzar de llevar sobre la cabeza la señal distintiva de esta soberanía espiritual? Un conquistador recibe con agradecimiento, de manos de su príncipe, la corona de laureles que ha merecido por sus gloriosos hechos: un clérigo, consagrándose al Señor, triunfa del mundo y de sí mismo: Dios quiere recompensar su heroísmo, coloca sobre su cabeza una especie de diadema: *Veni, coronaberis.*⁷ Y este levita indigno la desecha y la desprecia; ¡qué injuria, qué ultraje á la Majestad divina! Jesucristo se presenta á él coronado de espinas; quiere asociarlo á su cruz y á sus sufrimientos, y este cobarde ministro retrocede de espanto; quisiera ser coronado de flores: ¡pero ha olvidado que, para triunfar con los escogidos en el cielo, es necesario tomar parte en la tierra en los combates y en las ignominias del Salvador!⁸ Llevemos con placer la corona eclesiástica, y si exige de nosotros algunos sacrificios, hagámoslos con alegría; tengámonos por felices de tener ese rasgo de semejanza con nuestro divino Maestro; gloriémonos con el Apóstol de estar crucificados al mundo y á nosotros mismos.⁹

Tomemos la resolucion: primero, de llevar constantemente la corona clerical, segun el orden que

los mismos sentimientos, examinemos un instante

háyamos recibido, y de renovarla cada ocho días como lo mandan los sagrados cánones; segundo, recordar al renovarla, que habiendo hollado bajo nuestros piés, al mundo y sus falsos placeres, no debemos presentarnos ya en él sino con pesar, y solamente para combatir sus peligrosas máximas. ¹⁰ *Clerici ac sacerdotes singulis hebdomadibus tondentur, ita ut corona recenter abrasa omnia capita ecclesiasticorum exornentur.* ¹¹ *Tonsura sit conspicua, non ea quidem in omnibus clericis una sed major sacerdotis digitis tribus unde quaque á vertice pateat, duobus diaconalis, semidigito subdiaconalis angustior, minorum ordinem omnium minima et digito undique sit deducta.*

1 Domine, in scuto bona voluntatis tuæ coronasti nos. Psal. V, 13.

2 Ut significetur regale esse Christi sacerdotium cujus gubernatione tali corona redimitos esse oporteat. Isid. 1. 2.

3 Ut significetur ecclesiasticum animum, qui est in homine sicut vertex in capite esse mundatum á vitiis debere, spoliatum affectu superfluitatis, ac demum apertum, et expeditum ad divinas inspirationes facile percipiendas. Isid. 1. 2.

4 Pilos mea parte capitis incidimus, in qua novam sapientiam id est Christum inesse cognoscimus, per hoc signantes malam terrenarum rerum sollicitudinem nostræ mentis oculos ad Deum contemplandum impedire. San Ang. Serm. de contemp. mundi, c. 3.

5 Sicut similitudinem coronæ tuæ gestare facimus in capite, sic tua virtute hæreditatem subsequi mereantur æternæ beatitudinis. Pont. Rom. orat in ord. cler.

6 I. Pet. II, 9.

7 Cant. IV, 8.

8 Non coronatur, nisi legitime certaverit. II. Tim. II, 5.

9 Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu-Christi per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. Galat. VI, 14.

10 Anicetus. ep. ad Gall. c. 4.

11 Conc. Tolos. anno 1590, p. 1, c. 4, de clericis.

XVI.

MEDITACION

DEL MERITO DEL OSTIARADO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, que deseando honrar el orden del ostiario, tuvo á bien desempeñar él mismo este oficio. Ve con dolor que se profana su templo por un indigno tráfico; para conservar su honra y santidad arroja de él á todos los traficantes: *Et intravit Jesus in templum Dei, et ejiciebat omnes vendentes et ementes in templo.* ¹ Si queremos concebir la escelencia de este orden, consideremos: primero, la eminencia de sus funciones; segundo, el aprecio que de él han hecho los santos.

1. Los eclesiásticos que no miran los deberes del portero sino con ojos de carne, no encuentran en él cosa que satisfaga su orgullo y su vanidad; por el contrario, los que lo miran con los ojos de la fé, nada encuentran que no sea grande y digno de su respeto. Si queremos estar penetrados de los mismos sentimientos, examinemos un instante

háyamos recibido, y de renovarla cada ocho días como lo mandan los sagrados cánones; segundo, recordar al renovarla, que habiendo hollado bajo nuestros piés, al mundo y sus falsos placeres, no debemos presentarnos ya en él sino con pesar, y solamente para combatir sus peligrosas máximas. ¹⁰ *Clerici ac sacerdotes singulis hebdomadibus tondentur, ita ut corona recenter abrasa omnia capita ecclesiasticorum exornentur.* ¹¹ *Tonsura sit concipua, non ea quidem in omnibus clericis una sed major sacerdotis digitis tribus unde quaque á vertice pateat, duobus diaconalis, semidigito subdiaconalis angustior, minorum ordinem omnium minima et digito undique sit deducta.*

1 Domine, in scuto bona voluntatis tuæ coronasti nos. Psal. V, 13.

2 Ut significetur regale esse Christi sacerdotium cujus gubernatione tali corona redimitos esse oporteat. Isid. 1. 2.

3 Ut significetur ecclesiasticum animum, qui est in homine sicut vertex in capite esse mundatum á vitiis debere, spoliatum affectu superfluitatis, ac demum apertum, et expeditum ad divinas inspirationes facile percipiendas. Isid. 1. 2.

4 Pilos mea parte capitis incidimus, in qua novam sapientiam id est Christum inesse cognoscimus, per hoc signantes malam terrenarum rerum sollicitudinem nostræ mentis oculos ad Deum contemplandum impedire. San Ang. Serm. de contemp. mundi, c. 3.

5 Sicut similitudinem coronæ tuæ gestare facimus in capibus, sic tua virtute hæreditatem subsequi mereantur æternæ beatitudinis. Pont. Rom. orat in ord. cler.

6 I. Pet. II, 9.

7 Cant. IV, 8.

8 Non coronatur, nisi legitime certaverit. II. Tim. II, 5.

9 Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu-Christi per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. Galat. VI, 14.

10 Anicetus. ep. ad Gall. c. 4.

11 Conc. Tolos. anno 1590, p. 1, c. 4, de clericis.

XVI.

MEDITACION

DEL MERITO DEL OSTIARADO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, que deseando honrar el orden del ostiario, tuvo á bien desempeñar él mismo este oficio. Ve con dolor que se profana su templo por un indigno tráfico; para conservar su honra y santidad arroja de él á todos los traficantes: *Et intravit Jesus in templum Dei, et ejiciebat omnes vendentes et ementes in templo.* ¹ Si queremos concebir la escelencia de este orden, consideremos: primero, la eminencia de sus funciones; segundo, el aprecio que de él han hecho los santos.

1. Los eclesiásticos que no miran los deberes del portero sino con ojos de carne, no encuentran en él cosa que satisfaga su orgullo y su vanidad; por el contrario, los que lo miran con los ojos de la fé, nada encuentran que no sea grande y digno de su respeto. Si queremos estar penetrados de los mismos sentimientos, examinemos un instante

háyamos recibido, y de renovarla cada ocho días: como lo mandan los sagrados cánones; segundo,

las obligaciones de este primer orden de la Iglesia. El pontifical nos enseña seis principales: abrir y cerrar la iglesia; sonar las campanas á las horas convenientes para convocar á los fieles á los divinos oficios; tener cuidado de la sacristía y preparar los altares; impedir que se cometan irreverencias en el templo del Señor durante la misa; hacer salir á todos los que sean indignos de participar de los sagrados misterios; presentar, en fin, el libro al obispo cuando predica la palabra de Dios. Ahora bien, ¿se encuentra algo en todo esto que deshonor y degrade á un levita? ¿No es por el contrario, mucho honor para un miserable mortal ser colocado como centinela en la puerta de la Iglesia de Dios para exigir que se le tenga respeto? ¿No es muy glorioso para él cuidar de la decencia y pompa de los divinos oficios, mantener limpios los vasos sagrados, los lienzo, los ornamentos destinados al culto, inspirar el espíritu de modestia y de recogimiento á los fieles en nuestros santos templos? Aunque todos estos oficios fueran bajos y viles en sí mismos, la fé les daría siempre precio y mérito, dice el gran papa San Leon: *Quæ enim per se vilia sunt fides efficit pretiosa*. Pero ¿cómo podrían mirarse con poco aprecio funciones que Jesucristo mismo ha tenido bien honrar en su persona? ² Llenémonos, pues, de respeto y admiración á los mas pequeños oficios de la Iglesia; cumplámoslos con celo, convencidos de que frecuentemente en los ministerios mas humildes se complace Dios en derramar las mas abundantes gracias. ³

2. Consideremos que el alto grado de estimación en que estaba el orden de portero en los tiem-

pos apostólicos, la grande idea que de él tenían los santos y el religioso temor en que estaban de que se les forzase á recibirlo: nos hace comprender todavía mejor toda su excelencia. Lo comparan, unas veces á una grada que sirve para subir al altar de los sacrificios, otras veces, á un escalon para elevarse en la gerarquía de los espíritus celestiales. Mas por esto, ¿con qué santo terror se han acercado á él! ¿con qué exactitud han cumplido sus funciones! Vos lo sabeis, decia á Dios, en la amargura de su dolor, San Paulino de Nola, vos lo sabeis, Señor; que á pesar mio he sido consagrado sacerdote, demasiado era ya para mí el oficio de portero en que yo habia comenzado á servir. ⁴ Tales eran los sentimientos de este hombre justamente célebre, á quien San Ambrosio juzgó digno de sucederle en la Silla de Milan; que el mundo entero, segun el testimonio de San Martin, se tenia por feliz en poseer. ⁵ Despues de ejemplos tan memorables y tan capaces de mover, ¿podria todavía un jóven levita mostrar repugnancia sobre vigilar la limpieza de nuestros santos templos; tendria por indigno de su estado barrer en la iglesia, asear los altares, recoger los ornamentos? Si se mostrase difícil en desempeñar esos ministerios, por este solo hecho manifestaria que su fé es muy débil, que su religion está muerta, y que todavia no sabe que todo lo que sirve al culto del Señor, es siempre grande y honroso, cuando se hace con miras sobrenaturales. Penetrémonos de los bellos sentimientos de la reina de Sabá, que de tal manera le asombró el poder y la dignidad de los primeros oficiales del templo de Jerusalem, que es-

háyamos recibido, y de renovarla cada ocho días como lo mandan los sagrados cánones; segundo,

clamó llena de admiracion: *Beati servi tui qui assistunt coram te omni tempore.*⁶

Para no perder de vista estas reflexiones, tomemos la resolucio: primero, de prestarnos espontaneamente á todo lo que puede contribuir á la decencia y pompa del culto divino; segundo, de tenernos por muy felices cuando cumplamos los ministerios menos honrosos en la casa de Dios. *Beatus qui vigilat ad fores meas quotidie.*⁸ *Ista cura est introitus ecclesie servare, et res pervigilare custodire: unde eis dicitur: Sic agite quod rationem Deo reddituri de rebus quæ eis clavibus recluduntur.*

1 Matth. XXI, 12.

2 Hæc officia Dominus noster Jesus-Christus in propria persona sua ostendit, et Ecclesie suæ exhibenda monstravit ut forma quæ præcessit in capite representaretur in corpore. Ivo. cat. nat. serm. de excell. sacr. ord.

3 Videte, quæ in domo Dei agere debeatis. Ostiarium oportet percutere cymbalum et campanam; aperire ecclesiam et sacramentum; et librum aperire ei qui prædicat. Providete igitur, ne per negligentiam vestram, illarum rerum quæ intra ecclesiam sunt aliquid depereat, certisque horis domum Dei aperiatis fidelibus et semper claudatis infidelibus. Pontif. in ord. ost.

4 Presbyteratus initiatus sum invitatus, quia ab ædificatio nemine et officio optavi sacramentum incipere servitutem. Epist. 6. Server.

5 Beatumque esse præsens sæculum tantæ fidei, virtutis documento. Sulpit. Sever. in vita S. Martini.

6 II. Paral. IX, 7.

8 Prov. VIII, 33.

9 Pont. Biblio, apost. in exort. ad ostiar.

XVII.

MEDITACION

DEL CELO QUE EL OSTIARIO DEBE TENER POR LA CASA DE DIOS.

Adoremos á Jesucristo, trasportado de un santo celo por la casa de su Padre; no quiere sufrir allí la menor profanacion; se irrita viendo que se hace de él un lugar de negocio y tráfico; mi casa, esclama con una voz amenazadora, es una casa de oracion, y vosotros osais convertirla en una cueva de ladrones.¹ ¡Qué bella es esta conducta de nuestro divino Maestro! ¡Ojalá nos inspire el mismo valor para defender el honor de nuestros santos templos! Consideremos que el ostiario para cumplir debidamente su ministerio, debe: primero, inspirar á los fieles un profundo respeto á la casa de Dios; segundo, dar él mismo el ejemplo de este respeto.

1. Para que el ostiario corresponda al espíritu que debe animarlo, ha de velar para que no se cometa irreverencia alguna en el lugar santo; no de-

lesias, para inspirar al jóven clérigo un grande

be tolerar risas inmodestas, esas conversaciones escandalosas, esos aires disipados, esas posturas poco respetuosas que afligen á las almas piadosas: debe tener cuidado de que en la sacristía, así como en la iglesia, se guarde un estricto silencio; debe vigilar para que los niños y los jóvenes no se entreguen á la disipacion; debe fijar constantemente la vista sobre ellos, procurando infundirles temor por un aire siempre grave y modesto; su vigilancia siempre debe estenderse al exterior de la iglesia y al cementerio; apartando de él cuanto sea posible, las reuniones tumultuosas y turbulentas: como esa es tierra de santos, no debe tolerar que sea manchada con nada profano. He aquí de qué manera debe el ostiario hacer respetar el lugar santo; obrando así, podrá decir al Señor con el rey profeta: *Domine dilexi decorem domus tuæ, et locum habitationis gloriæ tuæ.* ² Entonces es verdaderamente cuando se verá devorado de un santo celo por el honor y la gloria de la casa de Dios. Pero ¡ah! ¡qué raro es entre los clérigos y aun entre los sacerdotes y pastores de almas este celo divino por el honor de nuestros santos templos. Es uno testigo de las irreverencias, de la disipacion, y aun de los escándalos que allí reinan, y no se conmueve uno; sea timidez, indiferencia ó falta de fé, no se toma providencia alguna para hacerlo cesar; se ve una iglesia en el estado mas deplorable, los altares cubiertos de polvo, los ornamentos sucios, desgarrados, cayendo á pedazos, no se sabe hacer el menor sacrificio para poner todo en un estado de decencia y aseo. Quiere uno tener para sí habitaciones muy compuestas y ricas

mente amuebladas, y se deja una iglesia, una sacristía sin ornamentos, sin decoracion y en una pobreza capaz de hacer gemir todas las almas religiosas y cristianas; examinemos si somos del número de estos eclesiásticos indiferentes, y en este caso pidamos perdon al Señor. ⁴

2. Consideremos que el que es honrado con el ostiarado, no solo debe hacer respetar el lugar santo, sino que lo debe respetar él mismo. El Señor, decia en otro tiempo á los levitas, hijos de Aaron: *Sanctuarium meum metuite, ego Dominus.* ⁵ Dice tambien á los levitas de la Nueva Ley: *Pavete ad sanctuarium meum.* ⁶ Los eclesiásticos, dice un santo prelado, son los ángeles del Todopoderoso. Pues bien, los ángeles del cielo están siempre respetuosos delante del Señor, no se acercan á su trono sino con temor y temblor: ⁷ con este mismo respeto y recogimiento debe el joven clérigo aparecer delante de nuestros santos tabernáculos. Cuando se presenta en el coro para cantar el oficio divino, ó para asistir á nuestros sagrados misterios, debe guardar el silencio mas respetuoso; es preciso que su porte sea grave y modesto, que todos sus procedimientos sean de tal manera compuestos y arreglados, que cuantos sean testigos de ellos comprendan que no trata él ya con hombres sino con Dios. ⁸ Examinemos si nos portamos así en la casa de Dios. ¡Ah! ¡de cuántas irreverencias nos hemos hecho culpables! ¡Cuántas palabras inútiles! ¡cuántas miradas inmodestas! ¡cuántas precipitaciones en las ceremonias de la Iglesia! ¡Qué de ligerezas en nuestros procederes! Los fieles los ven con pena y se escandalizan de ellos. ¡Ah! ¡que

...objetos que son muy propios, en nuestras iglesias, para inspirar al joven clérigo un grande

no nos sea dado ver á los ángeles que rodean nuestros sagrados tabernáculos! ¡Su porte respetuoso

respeto, son: primeramente la presencia de Jesucristo en nuestros santos tabernáculos; debe, al acercársele, adorarle profundamente, y mostrar por su actitud religiosa que se halla al pié del trono de la divina Majestad. ² Es tambien necesario que su celo le rinda todos los honores que merece; que enseñe á los fieles á estar en su presencia, como conviene, durante los oficios, y sobre todo, al tiempo de la celebracion del santo sacrificio de la Misa. ³ Es un sagrado deber suyo hacer que en las oraciones públicas, en las procesiones y en la recepcion de los sacramentos, se manifieste un recogimiento que edifique, un gran fondo de piedad y de religion que mueva á los fieles. ⁴ El segundo objeto, digno de todo el respeto de un levita, son las reliquias de los santos. Las hay en todas las iglesias en el altar mayor, y algunas veces en los altares particulares; debe rendirles un culto particular, venerarlas con frecuencia, dirigir fervientes súplicas á los santos, cuyos restos preciosos se esponen á su veneracion. Esta era la gran devocion de San Carlos, de San Agustin, de San Ambrosio. A él pertenece reanimar la misma devocion en los corazones de los fieles. Pocas prácticas de piedad hay mas sólidas y mas saludables. En fin, los otros objetos de su veneracion, son los vasos sagrados, los ornamentos, las cruces, los altares; en una palabra, todo lo que está destinado á la celebracion de los divinos misterios, ó á la administracion de los sacramentos. Debe hablar de ellos con veneracion, tocarlos con reverencia; y por decirlo así, temblando; doblarlos con aseo y guardarlos exactamente bajo de llave, como lo reco-

mienda el Pontífice en su ordenacion. ⁵ Pidamos á Dios que nos conceda la gracia de tener á las cosas santas el mismo respeto y el mismo celo que tenia Nepociano. Meditemos atentamente el bello elogio que hace de él San Gerónimo: sus palabras son notables. ⁶ *Erat sollicitus si niteret altare, si parietes, sine fuligine, si pavimenta tersa, si janitor creber in porta, vel semper in ostiis, si sacrarium mundum, si vasa luculenta, et in omnes cæremonias pia sollicitudo disposita, non minus non majus negligebat officium.*

2. Consideremos cuán pocos levitas se encuentran, honrados con el ostiarado, que muestren este grande respeto á las cosas santas. Sigámoslos en nuestros santos templos; entran en ellos sin reflexionar en la divina Majestad que los llena; apenas se dignan inclinarse ante nuestros santos tabernáculos, que los ángeles que los rodean, reverencian; ó si lo hacen, es con una ligereza y una indecencia, que tiene mas aire de insulto que de homenaje. No era así como se presentaba el Profeta Rey en el templo del Señor. Escuchemos y avergoncémonos de nuestra poca fé. ⁷ Estos levitas de que hablamos, no manifiestan mas respeto á los vasos sagrados que dejan en tal estado y tal falta de limpieza, que un hombre decente no se atreveria á acercarlos á sus labios; ven á sangre fría los lienzo, los ornamentos de la Iglesia, misales despedazados, y tan repugnantes, que no se atreverian á presentarlos sobre su mesa; ¿se atreven, no obstante, á hacer reposar allí el cuerpo adorable del Salvador? Por eso las gentes del mundo, los enemigos de la religion, se rien de estas indecencias y se

no nos sea dado ver á los ángeles que rodean nuestros sagrados tabernáculos! ¡Su porte respetuoso

burlan de ellas, mientras que gimen las almas piadosas.⁸ Y si se hallan en la Iglesia reliquias expuestas á la veneracion de los fieles, ninguna atencion les merecen; al mismo tiempo que las almas fervorosas se apresuran á pagarles sus deberes respetuosos, estos eclesiásticos quedan allí indiferentes, como si esta santa práctica fuera indigna de ellos. ¡Ah! ellos cambiarían de sentimientos y de conducta, si meditaran atentamente el cánon que sigue: *Reliquias sanctorum velut divinæ gratiæ olim receptacula, verissima Christi membra, et pura spiritus sancti domicilia, monemus in ecclesiis, vel ob id proponendas et religiosa pietate venerandas.*⁹

¡Oh Jesus mio! yo sé que Dios, vuestro celestial Padre, no puede ser perfectamente adorado sino por vos. Mis homenajes por sí mismos nada son, y no merecen sino en cuanto son unidos á los vuestros. Con vos y por vos, quiero yo alabarlos, bendecirlos y glorificarlos en su templo. Inspiradme esa virtud de religion que me haga rendir á las cosas santas, tanto interior como exteriormente, el culto y la veneracion que le son debidos.¹⁰ *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo patri omnipotenti, omnis honor et gloria.*¹¹ *Honorifica Patrem meum et vos inhonorastis me.*

1 Sanctificabitur altare in gloria mea: sanctificabo et tabernaculum testimonii cum altari. Exod. XXIX, 43-44.

2 Cum in eo loco estis, memores estote adesse Christum Jesum Dominum, cui servite cum timore et tremore. Med. IV, cost. p. 3, c. 7.

3 Instruite etiam eos quam religiosè non solum in missæ sacro, verum etiam in divinis aliis officiis versandum. Ibid.

4 Rursus quam sanctè, quam religiosè, et quam demisso, hu-

milique habitu, in supplicationibus, litanis et stationibus, versandum sit. Ibid.

5 Sit ei fidelissima cura in domo Dei, diebus ac noctibus. Pontif. Rom.

6 S. Hier. de Nep. ep. 3, ad Heliod.

7 Introibo in domum tuam adorabo ad templum sanctum tuum in timore tuo. Psal. V, 8.

8 Quæ nimirum impiis oculis subjecta cernentibus, et levibus exequuntur risum, et sapientes provocant ad lamentum. Petr. Dam. opusc. 26, in ignar. clericorum.

9 Conc. Moguntino, anno 1549, can. 43.

10 Can. Missæ.

11 Joan. VIII, 49.

milique habitu, in supplicationibus, litanis et stationibus, versandum sit. Ibid.

5 Sit ei fidelissima cura in domo Dei, diebus ac noctibus. Pontif. Rom.

6 S. Hier. de Nep. ep. 3, ad Heliod.

7 Introibo in domum tuam adorabo ad templum sanctum tuum in timore tuo. Psal. V, 8.

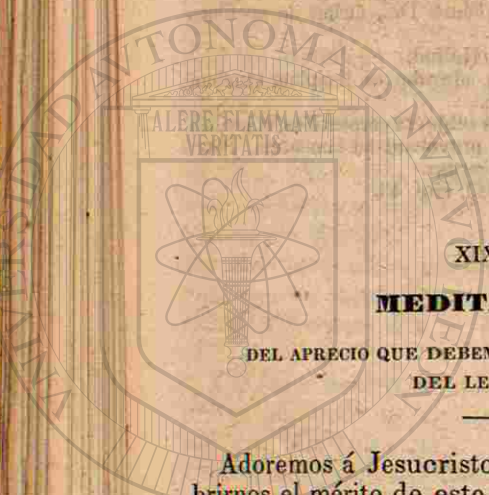
8 Quæ nimirum impiis oculis subjecta cernentibus, et levibus exequuntur risum, et sapientes provocant ad lamentum. Petr. Dam. opusc. 26, in ignar. clericorum.

9 Conc. Moguntino, anno 1549, can. 43.

10 Can. Missæ.

11 Joan. VIII, 49.

no nos sea dado ver á los ángeles que rodean nuestros sagrados tabernáculos! ¡Su porte respetuoso



XIX.

MEDITACION

DEL APRECIO QUE DEBEMOS HACER DEL ORDEN
DEL LECTOR.

Adoremos á Jesucristo que, queriendo describirnos el mérito de este orden, tuvo á bien llenar por sí mismo sus funciones. Se presenta en una asamblea de judíos, pide el libro de las divinas Escrituras, lee algunos versículos, lo cierra, lo devuelve al presidente y continúa luego su discurso ejemplo memorable que debe hacernos comprender toda la excelencia de las funciones eclesiásticas que muchas veces nos parecen de poca importancia.¹ Consideremos en esta meditacion: primero, cuán digno es de nuestro aprecio el orden del Lector; segundo, cómo lo han mirado los santos.

1. Para apreciar el mérito del orden que hace al asunto de nuestra oracion, recordemos desde luego que toma su origen y su forma de los profetas. La funcion de estos hombres inspirados consistia en hacer conocer á los pueblos la voluntad

del Señor, reprenderles sus extravíos y animarlos á caminar por la senda de los divinos preceptos. La mision de los lectores tiene el mismo objeto y el mismo fin. Si no son depositarios de los secretos de la divinidad, ni órganos del Espíritu Santo, son al menos guardianes de los divinos oráculos, cualidad honrosísima de que deben sobremanera gloriarse.² En segundo lugar, la Iglesia, para dar al Lector una alta idea de su orden, le anuncia por su pontífice, en el momento de su ordenacion, que está asociado á las sublimes funciones del apostolado, y que, si llena fielmente sus deberes, recibirá algun dia la misma recompensa que los divinos predicadores del Evangelio: *Si fideliter et utiliter impleveritis ministerium vestrum, partem habituri cum eis qui verbum Dei benè administraverint ab initio.*³ No conoce, pues, la dignidad de su estado el lector que, en lugar de apreciarlo, de hablar de él con honor, y mirarlo como muy superior á su mérito, no hace mas que despreciarlo, ó al menos lo mira con indiferencia, y espera con impaciencia el momento en que sus superiores le digan: *Ascende superius.*⁴ Sentimiento culpable que deja percibir un corazon soberbio y orgulloso, que muy lejos de hacerlo digno de un rango mas elevado en la santa gerarquía, deberá cerrarle para siempre las puertas del santuario. Entremos ahora dentro de nosotros; procuremos sondear nuestro corazon para ver si somos del número de aquellos que tienen en poco el orden del Lector, cuyas augustas prerogativas acabamos de considerar.⁵

2. Consideremos que si queremos concebir una

justa idea de la escelencia del orden del Lector, debemos tener presente el aprecio en que lo tenían los santos. San Cipriano hacia tanto aprecio de él, que no creyó podia recompensar las virtudes, ni coronar mas gloriosamente los combates que habian sostenido por la Iglesia los ilustres confesores Aurelio y Celerio sino haciéndolos Lectores. ⁶ Escapados como por milagro de los suplicios y de una muerte que parecia inevitable, estos dos héroes cristianos van á arrojar en los brazos de su obispo: éste los acoge y los recibe con alegría, y se apresura á hacer de ellos el mas bello ornamento de su clero. Escuchémosle explicándose por sí mismo: Nada mas conveniente, dice, hablando de la ordenacion de estos dos generosos atletas, nada mas conveniente ni mas edificante que ver anunciada la palabra de Dios por la misma boca que la llevó triunfante delante de los tribunales. Un hombre que ha confesado á Jesucristo delante de los tiranos, es una bella predicacion en la asamblea de los fieles. El Evangelio que hace á los mártires, sienta bien en la boca de aquel que lo ha sellado con su propia sangre. Es muy bello ver pasar á un cristiano del ecúleo al púlpito de la Iglesia. ⁷ Si tuviera yo ¡oh Dios mio! estos bellos sentimientos, ¡qué veneracion tendria yo al orden del Lector! Orden santo y respetable que coloca á un jóven clérigo en el rango de los profetas, de los apóstoles y predicadores del Evangelio: orden menor, pero venerable, que los santos siempre han estimado tanto, que los confesores de la fé han mirado como una digna recompensa de sus triunfos sobre los enemigos del nombre cristiano;

sistia en hacer conocer á los pueblos la voluntad

pero ¡ah! orden divino que no considero, que yo aprecio muy poco, porque no conozco todo su mérito: haced, Señor, que las reflexiones que acabais de inspirarme, cambien mis sentimientos y mis ideas respecto del Lectorado. Que yo me tenga por dichoso con estar revestido de él, y que redoblando el celo y el fervor, me haga yo digno de cumplir sus augustas funciones. ⁸ *Sunt lectores, qui verbum Dei prædicant, quibus dicitur: Clama, ne cesses.* ⁹ *Præeo, expositor misteriorum Christi, doctor audientium.*

1 Et intravit in synagogam, et surrexit legere, et traditus est illi liber Isaia propheta, et ut revolvit librum invenit locum ubi scriptum erat: Spiritus Domini super me et cum plieisset librum, reddidit ministro, et sedit. Luc. IV, 1.

2 Lectorum ordo formam et initium à prophetis accepit. San Isid. l. 2, offi. c. 11.

3 Pontif in ord. lect.

4 Luc. XIV, 10.

5 Doctor et lector unum sunt. Lectores negotia Domini habent quibus dicitur: negotiamini dum venio. Amalar. fortunat. de eccl. officio, cap. 11.

6 Merebatur ordinationis gradus incrementa majora, non de annis suis, sed de meritis æstimans: sed interim placuit ut ab officio lectionis incipiat. Ep. 33, ad cler. et pleb. de Aur. ord.

7 Quia nihil magis congruit voci quæ Dominum gloriosa prædicatione confessa est, quam celebrandis divinis lectionibus personare: Post Christi verba quæ martyrium perlocuta sunt evangelium legere unde martyres fiunt. ad pulpitem post catas tam venire. Ibid.

8 Conc. Aquisgr. an. 816, l. 1, c. 3.

9 S. Ambr.

XX.

MEDITACION

DE LAS FUNCIONES DEL LECTOR.

Adoremus á Jesucristo, que, queriendo hacer sentir á los clérigos que se presentan al pie de los altares para recibir el orden del Lector la importancia de sus funciones, les dice por boca de su ministro: "Comprended toda la estension de vuestros deberes, y tomad medidas prudentes para cumplirlos bien: *Officium vestrum agnoscite, et implete.*"¹ Recibamos con respeto esta advertencia, y grabémosla profundamente en nuestras almas para no olvidarla jamas. Consideremos: primero, cuáles son las funciones del Lector; segundo, de qué manera debemos cumplirlas.

1. La primer función del Lector es, cantar las antífonas y las lecciones, ya en el oficio divino, ya en la misa: la segunda es, leer las actas de los mártires, algunos rasgos de la vida de los santos, las homilias de los Padres, las circulares enviadas á las Iglesias, rezar el símbolo de los Apóstoles y

la oracion dominical; la tercera es, enseñar á los niños los elementos de la doctrina cristiana; en fin, la cuarta es, bendecir los nuevos frutos.² Entre estas funciones del Lector, las unas, es verdad, no se acostumbran hoy dia; pero muchas, no obstante, se conservan y practican: así el Lector puede, aun en nuestros dias, cantar las lecciones y las antífonas del oficio divino; enseñar el catecismo á los niños en la iglesia, con la autorizacion del pastor de la parroquia; hacer lecturas piadosas; leer las vidas de los santos, cuando los pastores lo juzgan conveniente, para la edificacion de los fieles. Funciones tan augustas, ¿no son tan gloriosas para aquel á quien se confian, como instructivas para el pueblo? ¿Se necesita acaso otra cosa para hacernos conocer el mérito de este orden, y enseñarnos al mismo tiempo las disposiciones que exige? Procuremos penetrarnos bien de su importancia antes de recibirlo.³

2. No basta al Lector conocer sus obligaciones; es necesario tambien que sepa cómo debe cumplirlas. Mientras mas importantes son sus deberes, tanto mas cuidado debe tener en cumplirlos bien; por eso la Iglesia, por el órgano de su Pontífice, lo exhorta á cumplir con exactitud sus funciones, á fin de que el ejercicio de su ministerio sea un objeto de edificacion para todos los fieles: *Studete verbo Dei, videlicet lectiones sacras, distinctè et aperte ad intelligentiam, et ædificationem fidelium, absque omni mendacio falsitatis proferre.*⁴ Reflexionad en estas dos palabras: *distinctè et aperte*; es decir, que se debe leer de una manera clara y distinta, teniendo cuidado de cargar el acento

sistia en hacer conocer á los pueblos la voluntad

donde convenga; de observar las comas y puntos, porque seria vergonzoso para un eclesiástico pronunciar mal lo que debe leer ó cantar en la iglesia. Esto seria, ademas, comprometer el sentido de la Escritura, hacer difícil su inteligencia, ofender el oído de sus oyentes, muchas veces provocar á risa y hacer despreciar al lector y al clero. Por eso S. Cipriano decia en otro tiempo, que antes de ordenar á un Lector, se le examinase para ver si sabia leer perfectamente, á fin de no esponer este misterio á la risa del pueblo. Si en nuestros dias se hiciera este exámen, muchos jóvenes se encontrarían incapaces de ejercer la funcion del Lector y lo que hay de mas afflictivo para el sacerdote es, que un gran número de sacerdotes y aun pastores de almas, leen sin regla, sin gusto y sin interés. Esto no debe asombrarnos; jamas se ha tomado el trabajo de leer correctamente, porque nunca han conocido su importancia. Es, pues, una consecuencia natural lo que vemos, y es que sea objeto de la burla y de la crítica de los enemigos de la religion; mientras por otra parte las almas justas gimen por este desdoro de la Iglesia. Si mansion en el seminario, es el tiempo mas oportuno para que un joven clérigo se ejercite en lectura; no debe temer quitar algunos instantes á su descanso, para acostumbrarse á pronunciar bien; y si ha de pronunciar lo que estudia, debe tener el mismo cuidado. Tenga presente que la lectura hecha con interes y con gusto, hace muchas veces una viva impresion en las almas.

Tomemos la resolucion: primero, de aplicarnos á conocer bien todas las funciones del orden

sive baptizatos, sive catechumenos. ² Hélo aquí,

Lector; segundo, dedicarnos á cumplirlas de una manera que honre al estado clerical y edifique á los fieles, y para esto grabemos profundamente en nuestro corazon los siguientes avisos que nos da un concilio. ³ *Qui ad lectoris provehitur gradum, iste erit doctrina et libris imbutus, sensuumque ac verborum scientia perornatus..... Plerumque enim imperiti lectores in verborum accentibus errant, et solent irridere nos imperitiæ hi qui videntur habere notitiam, detrahentes et jurantes penitus nos nescire quod dicimus.*

¹ Pontif. in ord. lect.

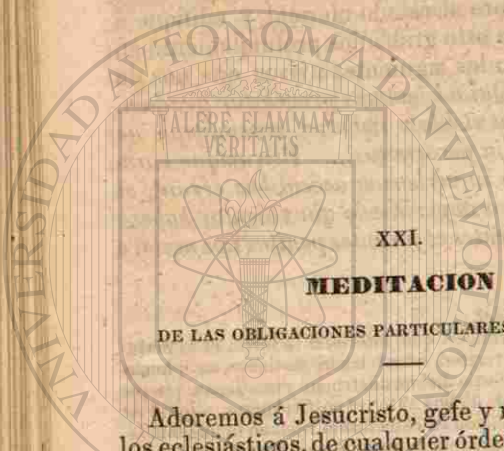
² Ad lectorem pertinebit quæ interdum in missa et in matutino officio lectiones recitari solent, legere distincte, antiphonas in choro præcipere, festis diebus doctrinam christianam pueros edocere, atque in ipsis diebus ante vel post vespas, aliquid de vita Sanctorum aut aliquid ex catechismo romano in linguam latinam, converso recitare, edicta præterea vel litteras pastorales reverendissimi Episcopi pari rationi populo legere atque evulgare. Stultia, Joan. Bonhom. ver. ep.

³ Lector in ecclesia prophetias, quæ in missa legendæ sunt, et lectiones pronuntiet, quæ ex veteri et novo testamento in matutinis dicuntur, pueros si ita Episcopo videtur, prima fidei rudimenta doceat. Conc. Mediol. 1, p. 2, de lectore.

⁴ Pontif. exhort. ad lector.

⁵ Conc. Aquisgr. anno 1816, de offic. eccles.

donde convenga; de observar las comas y puntos,
 porque seria vergonzoso para un eclesiástico pro-



Adoremos á Jesucristo, gefe y modelo de todos los eclesiásticos, de cualquier orden y dignidad que sean; el cual predica á los judíos su divina moral, los exhorta á conformar á ella su vida; mas para hacer en su corazon una impresion mas viva, él practica primero lo que les enseña. ¹ Ejemplo capaz de movernos, que los lectores no deben perder jamas de vista, y que les enseña que antes de esponer á los pueblos las santas máximas del Evangelio, ellos mismos deben conformar á ella su conducta. Consideremos que la Iglesia impone á sus lectores dos deberes esenciales; el primero es estar bien instruidos en la doctrina que leen á los pueblos; el segundo es ser fieles observantes de ella.

1. El Señor ordena al Lector, como en otro tiempo á Ezequiel, que tome el libro de las divinas Escrituras y se alimente de él; es decir, que lo lea atentamente, lo estudie, lo medite con fre-

sive baptizatos, sive cathecumenos. ² Hélo aquí,

cuencia y lo grabe en su memoria y en su corazon. Solo despues de haberse penetrado de él, podrá presentarse con confianza en la asamblea de los fieles para anunciar los divinos oráculos. No siga el ejemplo de esos ministros ignorantes de quienes habla el Apóstol, que predicán sin cesar, sin tomarse el trabajo de adquirir la ciencia de su estado: *Semper discentes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes.* ² Cuánto mas prudente seria imitar á los cristianos de Tesalónica que recibieron con una santa avidez los libros santos, é hicieron de ellos cada dia un estudio profundo para conformar á ellos su conducta. ³ El jóven eclesiástico debe saber que la Santa Escritura es el fanal luminoso que el Señor le ha concedido para dirigir sus pasos en medio de las tinieblas de esta vida, segun la espresion de un santo Padre: *Scriptura sacra in nocte vite presentis quasi quædam nobis lucerna est posita.* ⁴ Convencido de su ignorancia busca en los libros santos, como en un tesoro de luces, los conocimientos que exige su estado. Allí es donde aprende la verdadera sabiduría, allí donde se instruye de las máximas de esta religion santa que algun dia debe predicar á los otros. ⁵

2. No basta al Lector estar instruido en la doctrina evangélica; es necesario tambien que la ponga en práctica. Esta es la obligacion que le hace presente el pontífice en el momento de su ordenacion: *Agenda, dicant, et dicta opere compleant.* ⁶ No le basta, pues, hablar el lenguaje de la piedad, representar á los otros sus deberes, sino que debe tambien edificar al pueblo fiel con una vida santa, re-

donde convenga; de observar las comas y puntos,

gular y verdaderamente eclesiástica; solo con esta condicion le confia la Iglesia el depósito sagrado de las Divinas Escrituras, para leerlas y explicarlas á sus hijos. ⁷ Muy poco servirá proclamar con la boca los sagrados oráculos, si no los cree con una fé viva y no los pone en práctica; porque los oyentes esperan de él, no solo una instruccion edificante y sólida, sino tambien una vida regular y ejemplar. ⁸ Debe recordar sin cesar que la Iglesia, colocándolo en el púlpito, que es el lugar mas elevado en el templo del Señor, no solo es su intencion que sea visto y escuchado de todos sus oyentes, sino que tambien quiere que les esceda en virtud tanto como se distingue por el lugar que ocupa; de suerte que viéndolo, conozcan el grado de perfeccion adonde ellos deben llegar. ⁹ ¿Hemos reflexionado en todos estos deberes que nos impone el lectorado? ¿Qué esfuerzos hemos hecho para llegar á ser modelos de nuestros hermanos? ¿Nuestra vida es bastante arreglada, bastante edificante para servir de ejemplo á los fieles? ¿Todos los que nos ven y nos oyen, descubren en nosotros ese conjunto de cualidades y de virtudes que hacen al cristiano fervoroso y al eclesiástico perfecto? ¡Ah! ¡qué motivo de humillacion es vernos revestidos de un órden tan santo, y mostrar todavía en nuestra conducta tantas imperfecciones y defectos! Tomemos la resolucion de trabajar con un celo enteramente nuevo para conformar nuestra vida á las divinas máximas que estamos encargados de anunciar á los otros. ¹⁰ *Verbum meum, quod egredietur de ore meo, non revertetur ad me vacuum, sed faciet quæcumque volui, et properabitur in his ad quæ misi illud.*

sive baptizatos, sive cathecumenos. ² Hélo aquí,

- 1 Cœpit Jesus facere, et docere. Act. I, 1.
- 2 II. Epist. Timot. III, 7.
- 3 Susceperunt verbum Dei cum omni aviditate, quotidie scrutantes scripturas, si hæc ita se haberent. Act. XVII, 11.
- 4 S. Greg. post. 3, p. 25.
- 5 Non recedat volumen legis hujus ab ore tuo: sed meditare in eo diebus ac noctibus, ut custodias et facias omnia quæ scripta sunt in eo: tunc diriges viam tuam, et intelliges eam. Josue I, 8.
- 6 Pontif. Rom.
- 7 Et in utroque sanctæ ecclesiæ exemplo sanctitatis suæ consulant. Pontif. Rom.
- 8 Quatenus auditores vestros verbo pariter et exemplo vestro docere possitis. Ibid.
- 9 Ideo dum lêgitis, in alto loco ecclesiæ stetis, ut ab omnibus audiamini, et videamini figurantes positione corporali, vos in alto virtutum gradu debere conversari, quatenus cunctis, à quibus audimini, et vidimini, cœlestis vitæ formam præbeatis. Ibid.
- 10 Isa. LV, 11.

donde convenga; de observar las comas y puntos.



XXII.

MEDITACION

DEL MERITO DEL EXORCISTADO.

Adoremos á Jesucristo, que dió á sus Apóstoles un poder soberano sobre los espíritus de las tinieblas; al imperio de ellos, en nombre de su divino Maestro, los demonios salen de los cuerpos poseídos. ¹ Admiramos la bondad del Salvador, que ha dignado comunicar el mismo poder aun á los levitas. Démosle gracias por esta preciosa prerrogativa, y preparémonos á aprovecharla para bien de nuestros hermanos. Consideremos que el exorcistado es: primero, grande á los ojos de la fé; segundo, grande á juicio de los santos.

1. Queriendo la Iglesia inspirar al exorcista una alta idea del orden que le confía, le dice en su ordenacion: Recibe el poder de imponer las manos sobre el poseído, y no olvides jamas la grandeza y la estension de este privilegio que el Señor te concede: *Accipe et commenda memoria, et habeto potestatem imponendi manus super energumenos.*

sive baptizatos, sive cathecumenos. ² Hélo aquí, pues, revestido de un poder divino que hace estremecer al infierno; poder que los demonios temen, porque destruye su imperio, rompe las cadenas de los poseídos y libra al género humano de la dura cautividad de los espíritus inmundos. ³ Se admira y teme el poder de los reyes de la tierra, que á una señal de su voluntad, conmueven las naciones y los imperios; y ¿por qué no hemos de estar nosotros llenos de admiracion y de respeto al orden del exorcista que hace temblar los demonios, los arroja de la tierra y los forza á volver entrar en sus calabozos encendidos? De ahí viene que la Iglesia llame á los exorcistas: *spirituales imperatores*; porque, notad, dice Tertuliano, que el exorcista, para hacerse obedecer de las potestades infernales, no emplea ni súplicas, ni promesas, sino que habla con autoridad, y manda con imperio; y estos espíritus soberbios y orgullosos se ven precisados á obedecer. ⁴ Si reflexionamos algunas veces en este poder que nos confía la Iglesia, lo apreciaremos sin duda, hablaremos de él con mas respeto y miraremos como una dicha estar revestidos de él. Pidamos á Dios la gracia de hacernos comprender su precio y valor. ⁵ *Sint spirituales imperatores ad abjiciendos dæmones. . . cum omni nequitia eorum multiformi, probabiles sint medici Ecclesiæ gratia curationum, virtuteque cælesti confirmati.*

2. Consideremos que el orden del exorcista, es tambien grande en la estimacion de los santos. San Martin lo tenia en tanta veneracion, que fué necesario usar de violencia y de sorpresa para hacérselo recibir. Este hombre, poderoso en obras y en pa-

labras, que parecia haber adquirido el derecho de mandar toda la naturaleza, lejos de avergonzarse del orden del exorcista, tiene á honra ejercer sus funciones, y las mira como muy superiores á su mérito; sentimientos llenos de modestia y de humildad, que fueron tan agradables al Señor, que los recompensó aun en esta vida, dándole un imperio absoluto sobre los demonios; ⁶ pero sentimientos que deben confundir á tantos levitas, á tantos eclesiásticos mundanos, que tienen en tan poca estimacion este orden respetable, que se crearían deshonrados desempeñando sus funciones. Lo que á los ojos de los santos parecia superior á sus méritos, á todos sus servicios y á todos sus talentos, pasa ahora por abyecto á los ojos de aquellos que no conocen otra grandeza que la del mundo. Se envanecerían ejerciendo los menores oficios en los palacios de los reyes de la tierra, y tienen por nada un orden respetable que los coloca sobre todos los potentados del mundo: si es verdad, que no hay pequeños oficios en la corte de los soberanos, lo es mucho mas, que en la casa del Rey de los reyes todas las funciones son sublimes. Aquí es donde debiéramos esclamar con el Profeta Rey: *Homo cum in honore esset non intellexit.* ⁷ ¿No somos nosotros del número de los que tienen en poco este orden de que hablamos? ¿No lo miramos solo como un grado para subir mas alto, sin reflexionar en el poder eminente que confiere? Confesémoslo sin rodeos; jamas lo hemos visto con los ojos de la fé, y por eso lo hemos apreciado tan poco. Tomemos la resolucion: primero, de mirar siempre como grande y venerable todo lo que contri-

buye á la gloria de nuestro Dios; segundo, de dar gracias al Señor por habernos conferido una autoridad tan superior á nuestros méritos, y de la que los mas grandes santos se tienen por indignos. ⁸ *Nunc judicium est mundi: nunc princeps hujus mundi ejicietur foras.*

1 Dedit illis potestatem.... ejiciendi Dæmonia. Marc. III, 15.

2 Pont. Rom. in ord. exor.

3 Spiritum immundum auferam de terra. Zach. XIII, 2.

4 Spiritus alia nequitia, non quidem conscientia, sed inimica scientia novimus, nec invitatoria operatione sed expugnatoria dominatione tractamus. Tert. de anima, c. 57.

5 Pontif. de exor.

6 Terribilis hostis dæmonibus reditur. S. Dhrysot. in Matth. XVII, 20.

7 Psal. XLVIII, 13.

8 Joan XII, 31.

XXIII.

MEDITACION

DE LAS FUNCIONES DEL EXORCISTA.

Adoremos al Salvador del mundo, que vino á la tierra para destruir el imperio del demonio. Este enemigo del género humano desde que triunfó el primer hombre, tenia en una vergonzosa opresión á sus desgraciados descendientes. ¹ Jesucristo llega y triunfa á su vez de Satanás y de sus ángeles. Admiramos el poder y la caridad del Hijo de Dios; demosle gracias por haberse dignado comunicarnos una parte de esa autoridad soberana que tiene sobre los espíritus de las tinieblas. Consideremos primero, cuáles son las funciones del exorcista; segundo, de qué manera se deben cumplir hoy día.

1. La primera función del exorcista es espantar los demonios de los cuerpos de los poseídos: ² la segunda es, alejar del altar á los que no están dispuestos para recibir la sagrada comunión, á fin de que puedan aproximarse los que están preparados. ³ La tercera es, preparar la agua que la Igle-

sia acostumbra bendecir los domingos para arrojar los espíritus inmundos. ⁴ Debe al mismo tiempo cuidar que no falte agua en las fuentes benditas, y de que se renueve oportunamente. ⁵ La cuarta es, asistir al sacerdote cuando administra el santo bautismo, preparar la sal, presentarle el libro de los exorcismos. ⁶ Todas estas funciones son bellas á los ojos de la religion: los eclesiásticos deben regocijarse al verse honrados con ellas; pero lo que debe consolarlos mas, dice San Lucas, es que sus nombres están escritos en el cielo: *Verumtamen in hoc nolite gaudere, quia spiritus vobis subiciuntur, gaudete autem quod nomina vestra scripta sunt in cælis.* ⁷ Esforcémonos por merecer la corona que nos espera, si practicamos las virtudes que exige la grandeza y santidad de la autoridad que se nos ha confiado. ¿Cuál seria nuestra vergüenza y nuestra desesperacion, si algun día tuviéramos la desgracia de bajar á los infiernos, sobre los cuales nosotros podemos hoy ejercer un poder tan absoluto? ⁸ *Studete igitur, ut, sicut á corporibus aliorum dæmones expelitis, ita mentibus, et corporibus vestris omnem immunditiam et nequitiam ejiciatis, ne illis succumbatis quos ab aliis, vestro ministerio, effugatis.*

2. Es afflictivo, sin duda, para la Iglesia, que sus levitas no tengan ya ese fervor y esa santidad de vida que caracterizaba á los ministros de la primera época del cristianismo, y que esta tierna madre no se atreva ya á permitirles hoy imponer las manos sobre los poseídos. Una fé viva, una virtud sólida y ejemplar, podian en otro tiempo autorizar el ejercicio de una función tan impor-

tante; pero ¿dónde encontrar en nuestros días disposiciones tan santas? Por otra parte, por grande que fuera la pureza de vida de un exorcista, no se le encargaria, sin temblar, una mision que estre mecia á los mas grandes santos: hé aquí por qué la Iglesia ha determinado muy sabiamente que esta funcion no sea ya desempeñada sino por los sacerdotes; y aun estos no pueden usar de este poder sino con licencia especial del obispo. Sin embargo, dice un prelado ilustre, aunque solo los sacerdotes pueden ahora hacer exorcismos, es útil que los jóvenes eclesiásticos, animados del celo de la caridad y abrasados en un deseo santo de llegar á una vida verdaderamente eclesiástica, sean honrados con esta respetable dignidad.⁹ El exorcista, pues, tiene el poder radical de ejercer las funciones de su orden; pero hoy debe limitarse á las que no están especialmente reservadas á los sacerdotes, y debe mostrar una grande exactitud en cumplirlas. Si ya hemos recibido el orden de Exorcista, hagamos un estudio particular de los deberes que nos impone; y si aun no hemos sido honrados con él, procuremos disponernos con mayor cuidado.¹⁰ *Ordinandi, filii carissimi, officio exorcistarum, debetis noscere quid suscipitis.*¹¹ *Discite per officium vestrum vitiis imperare in moribus vestris aliquid sui juris inimicus leat vindicare.*

1 In hoc apparuit Filius Dei ut dissolvat opera diaboli. Jo. III, 8.

2 Exorcistam oportet abjicere demones. Pontif. Rom. ord. exorcis.

3 Et dicere populo, ut qui non communicat det locum. Ib.

4 Et aquam in ministerio fundere. Ibid.

far para siempre de este enemigo tan cruel. Reinad vos solo en mi alma: dadme vuestra gracia.

5 Exorcistæ cura erit, ut numquam in vasis aqua benedicta deficiat. Bonhom. ep. vere.

6 Cum baptismus sacer á parochia administratur adsit sal ipsi in tempore exhibiturus, librumque de quo parochus exorcismos legere posit, ante illius oculos sustineat. Ibid.

7 Luc. X, 20.

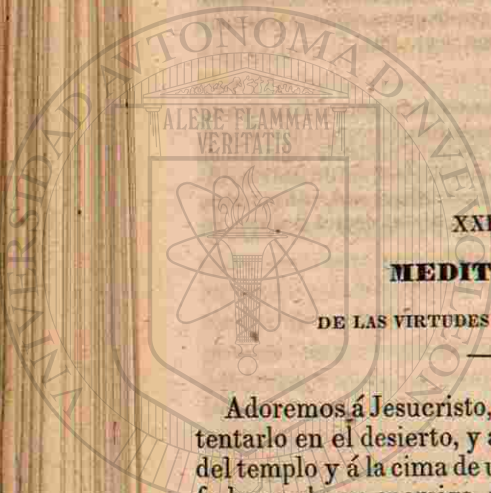
8 Pontif. Rom.

9 Quamvis exorcizandi officium vix hodie committi tuto possit nisi sacerdotibus, propter refrigerentem clericorum charitatem, et deficientem in dies magis in ecclesiæ ministris sanetitatem; non abs re erit tamen minores aliquos clericos, qui divinæ charitatis zelo, spiritualisque vitæ studio ardentiores sunt, ad hanc etiam functionem præstandam constituere. Statut. decret. Bonhom. verè, de ord. finet.

10 Pontif. Rom. in ord. exorcist.

11 Ibid.

tante; pero ¿dónde encontrar en nuestros días dis-



XXIV.

MEDITACION

DE LAS VIRTUDES DEL EXORCISTA.

Adoremos á Jesucristo, que permitió al demonio tentar en el desierto, y aun trasportarlo á lo alto del templo y á la cima de una montaña; pero triunfa luego de su enemigo, y lo pone en fuga por el mérito de sus virtudes y de su poderosa palabra. Ejemplo memorable, que nos enseña el secreto infalible de vencer al espíritu de las tinieblas. Meditémoslo frecuentemente, y hagamos de él una regla de nuestra conducta. Consideremos que el exorcista, para cumplir con buen éxito sus honorables funciones, debe tener: primero, una gran pureza de corazón; segundo, un gusto pronunciado por la oración y mortificación.

1. Pretender espeler al demonio de los cuerpos de los poseídos, mientras que lo deja uno reinar tranquilamente en su propio corazón, es engañarse groseramente. Solo después de haber destruido su imperio en nuestras almas, podremos

far para siempre de este enemigo tan cruel. Reinad vos solo en mi alma: dadme vuestra gracia.

emprender salvar á los energúmenos de su esclavitud: *Debet habere spiritum mundum, qui spiritibus imperat immundis.*² Aprended, dice el Pontífice á los nuevos exorcistas, á subyugar á vuestros vicios y vuestras pasiones, si quereis que los demonios os obedezcan; no los combatiréis con buen éxito, sino cuando nada encuentren en vosotros que echaros en cara, ni cosa alguna que les pertenezca.³ En efecto, ¿cómo puede uno tener imperio sobre el espíritu inmundo, si por el pecado es uno su esclavo? ¿No es una temeridad atreverse, con un corazón manchado de mil iniquidades, atacar al que solo se hizo culpable de un crimen? ¿No sería esponerse á los reproches que hacia á los judíos, de que se habla en los Hechos apostólicos? *Jesum scio, et Paulum novi: vos autem qui estis?*⁴ Si yo soy el demonio de la soberbia, ¿no estais vos hinchado de orgullo? Si soy el espíritu inmundo, ¿no dejais reinar en vuestro corazón la pasión vergonzosa? ¿Con qué derecho venís á turbar la paz de mi imperio? No; yo no os reconozco, ni quiero obedeceros. Temamos estos reproches tan justos y tan fundados, y, para prevenirlos, conservemos nuestras almas en la inocencia; temamos aún la sombra de las menores faltas; purifiquémonos mas y mas, diciendo con el Profeta real: *Amplius lava me ab iniquitate mea, et á peccato meo munda me.... Cor mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.*

2. No basta la pureza del corazón; es necesario tener también espíritu de oración y de mortificación. Los Apóstoles, volviendo de una misión, se quejaban á su divino Maestro de que no habían po-

tante; pero ¿dónde encontrar en nuestros días dis-

dido espeler al demonio de algunos poseidos; Jesus les respondió: Hay ciertos espíritus inmundos que no pueden ser arrojados, sino por la oracion y el ayuno.⁶ Es, pues, necesario orar para triunfar del demonio; pero es necesario que esta oracion esté llena de fé, porque el Salvador dice á sus Apóstoles, que su incredulidad los hace impotentes sobre los espíritus de las tinieblas.⁷ Es tambien necesario que esta oracion sea humilde. El Todopoderoso, que resiste á las almas soberbias y desecha sus súplicas, se complace en escuchar los votos del que se humilla á sus pies. Para confundir el orgullo de Satanás, fuerza Dios á este espíritu soberbio á obedecer las órdenes de un hombre que se complace en confesar su nada.⁸ Es necesario, ademas, juntar el ayuno á la oracion. El que á una oracion ferviente, dice San Crisóstomo, sabe unir el espíritu de mortificacion, llegará á ser un enemigo formidable á los demonios, que lucharán en vano contra él; fuerza les será ceder y confesar su debilidad.⁹ Si San Antonio adquirió tan grande imperio sobre los espíritus de las tinieblas, fué por medio de la oracion y del ayuno; y por este mismo medio obtuvo San Martin una autoridad absoluta sobre aquellos. Sigamos su ejemplo, y el cielo nos concederá igual poder. Cuán vergonzoso es para mí ¡oh Dios mio! ser esclavo del demonio que debería temblar en mi presencia. Tengo poder para arrojarlo de los cuerpos de los poseidos, y carezco de valor para lanzarlo de mi corazon: debería mandarle, y soy débil hasta obedecerle. Dadme, Señor, el valor y la fuerza necesarias para romper sus lazos, pulverizar sus cadenas y triun-

far para siempre de este enemigo tan cruel. Reinad vos solo en mi alma: dadme vuestra gracia; solamente vos podeis ser mi consuelo y mi felicidad.¹⁰ *Qui eripuit nos de potestate tenebrarum et transtulit in regnum Filii dilectionis suæ.*¹¹ *Et expoliatis principatus, et potestates traduxit confidenter palam triumphans illos in semetipso.*

1 Tum dicit ei Jesus; vade Satana: tunc reliquit eum Diabolus. Matth. IV, 10-11.

2 Debet habere spiritum mundum, qui spiritibus imperat inmundis. Ivo, carnat. serm. de exel. sacr. ord.

3 Discite per officium vestrum vitis imperare; ne in moribus vestris aliquid, sui juris inimicus valeat vindicare. Tunc enim recte in aliis, demonibus imperabitis, cum prius in vobis eorum multimodam nequitiam superabitis. Pontif. Rom. in ord. exorcist.

4 Act. XIX, 15.

5 Psal. cap. L, 4-12.

6 Hoc autem genus (demoniorum), non ejicitur nisi per orationem et jejunium. Matth. XVII, 20.

7 Propter incredulitatem vestram. Ibid XVII, 19.

8 Et ignobilia mundi et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret. I. Cor. I, 28.

9 Qui enim orat et jejunat..... terribilis hostis demonibus redditur: nihil enim est., homine orante potentius. In Matth. XVII, 20.

10 Coloss. I, 13.

11 Ibid II, 15.

XXV.

MEDITACION

DE LA DIGNIDAD DEL ORDEN DEL ACOLITO.

Adoremus á Jesucristo, que queriendo honrar el orden del acolitado, se ha dignado desempeñar funciones durante su vida. Yo soy la luz del mundo, dice; el que marcha en pos de mí no puede engañarse; será iluminado y andará los senderos que conducen á la vida. *Hoc officium Dominus se habere testatur in evangelio dicens: ego sum lux mundi: qui sequitur me non ambulabit in tenebris, sed habebit lumen vite.*¹ Para concebir una idea elevada del orden del acolitado, consideremos: primero, que es el mas eminente de todos los órdenes menores; segundo, que confiere un poder digno de toda nuestra estimacion.

1. En nuestras meditaciones precedentes hemos admirado de la dignidad de los órdenes portero, lector y exorcista. Antes de haber reflexionado acerca de ellos, los mirábamos tal vez con ojo indiferente; pero nuestras ideas han ca-

biado ya totalmente con respecto á ellos. No los miramos ya sino con respeto y veneracion; mas si estos tres primeros órdenes son tan dignos de estima, ¿cuánto mas lo será el de acólito? Porque si los primeros nos conducen hasta las puertas del santuario, éste nos las abre y nos permite penetrar hasta los piés de nuestros santos altares: *Introibo ad altare Dei, qui lætificat juventutem meam.*² El acólito, como los ángeles, está encargado de velar por la guarda de nuestros sagrados tabernáculos; de formar la corte del Rey de los reyes, de contribuir á la magnífica pompa de nuestros divinos misterios, de conservar el fuego sagrado en la casa de Dios, como lo hacian los levitas de la Antigua Ley en el templo de Jerusalem, segun lo nota un ilustre autor.³ ¡Qué honor para el acólito! ¿Hemos pensado alguna vez en ello? Si quisiéramos reflexionarlo detenidamente, ¿cuánta estimacion tendríamos por este orden menor que tal vez consideramos con demasiada ligereza!⁴

2. Consideremos que las funciones respetables del orden de acólito, son muy propias para darnos de él una idea digna de toda estimacion. La primera es, de hacer el oficio de turiferario, de encender las velas al tiempo del sacrificio, de preparar el pan y el vino necesarios para la celebracion de los santos misterios.⁵ La segunda es, preceder al diácono y al subdiácono en todas las ceremonias de la Iglesia, y prestarles todos los servicios necesarios.⁶ La tercera es, llevar los ciriales en la misa solemne al Evangelio, en las procesiones, en la elevacion, en la comunion de los enfermos.⁷ La cuarta, en fin, es ayudar la misa revestido de

sobrepelliz, y acompañar al obispo y al sacerdote en la administracion de los sacramentos, segun la indica la etimología de su nombre.⁸ Basta reflexionar sobre tan honrosas funciones, para comprender el precio y el mérito del orden de acólito. Por cuán feliz debe tenerse un jóven levita al poder aproximarse de esta suerte á nuestros santos altares, rodear el trono del Cordero sin mancha, y servir, en fin, á los sacrificadores del cuerpo y de la sangre de Jesucristo.

Los acólitos que se muestran indiferentes por el cumplimiento de sus deberes, que no los llenan por decirlo así, sino á su pesar, por fuerza, violentados, sin gusto, sin diligencia y sin aficion, no conocen la dignidad de su orden. Volvamos sobre nosotros mismos, examinemos si, llegado el caso seríamos del número de esos levitas negligentes, indevotos; y para penetrarnos de los sentimientos que corresponden á nuestro estado, resolvamos primero, tener á honor llenar las funciones de acólito, aun cuando fuésemos subdiáconos, diáconos, ó, por último, sacerdotes; segundo, hablar de ellas en toda ocasion con estimacion y respeto, convencidos de que en la casa de Dios todos los oficios son grandes y honrosos.⁹

1 Ivo, carnat. in exort. ad acolit.

2 Psal. XLII, 4.

3 Acolytorum typum præferebam alii, qui Domini mandata in tabernaculo lucernas quotidie accendebant super candelabris positas. Rabanus. l. 1, c. 9, de inst. cleric.

4 Clericus ne sacerdoti in altari ante ministret, quum illius ministerii ritu instructus sit, et ab eo probatus qui in altari aut etiam in singulis orbis regionibus, et in unaquaque plebe caeremoniarum muneri. perfectus sit. Conc. Mediol. p. 2, tit. 8.

5 Acolytum oportet ceroferarium ferre, luminaria ecclesiae accendere, vinum et aquam ad Eucharistiam ministrare. Pontif. in ord. acol.

6 Acolytus diaconum et subdiaconum ad ministerium procedentes anteire debet, eisque prout res exigit ministrare. Stutula Bonhom. ep. verc. de exod.

7 In processionibus, cruci duo lumina anteferre, urciolos nitidos, cum aqua et vino cum pellicula pro missæ sacrificio præparare. Cum missam solemnem celebrari oportet duo acoliti præire debent. Pontif. Rom.

8 Episcopum comitari, á quo acoliti nomem accepit; sacerdotibus etiam celebrantibus in aliis omnibus ministrare debent. Pontif. Rom.

9 Ardeat lucerna semper in tabernaculo testimonii et collocabunt eam Aaron et filii ejus, ut usque mane luceat coram domino. Exod. XXVII, 20-21.

No permitais ¡oh Dios mio! que yo sea jamas

que llevais en vuestras manos: si no se hallase en vos esta luz por medio de ejemplos edificantes; si con obras de tinieblas escandalizaseis á los que debeis iluminar con vuestras virtudes: esa luz exterior y visible solo serviria para atraer sobre vos los castigos de un Dios justamente irritado: *Non enim Deo placere poteritis, si lumen Deo manibus praeferentes, operibus tenebrarum inserviat, et per hoc aliis exempla perfidia perferatis.* ² Llegados á ser la luz del mundo, añade el prelado, estais obligados á hacerla brillar á los ojos del hombre, y á llevarla en medio de esta nacion perversa, cuyas tinieblas debeis disipar. ³ Si en vuestra vida puede cada cual ver como en un espejo fiel la regla invariable que debe seguir, si una vida casta y costumbres puras os hacen ser victimas dignas del Cordero sin mancha: pareceréis siempre con dignidad en los santos altares, y vuestro ministerio no podrá menos de ser grato al Señor. ⁴ El buen ejemplo; hé aquí la virtud propia de los acólitos; virtud preciosa que en sí las encierra todas ó las supone; virtud que debe brillar particularmente en los que son llamados á vivir en el santuario del Señor, y que tienen el honor de ser consagrados al ministerio del altar. Pesemos con madurez delante de Dios todas estas reflexiones, y hagamos de suerte que nos sean provechosas. ⁵

2 Consideremos, en segundo lugar, que la vida del acólito ha de ser de tal suerte edificante, que en lugar de escandalizar guie á todos á la virtud, y haga respetar bajo todos respectos el ministerio eclesiástico: este es el dictámen del Apóstol: *Nemini dantes ullam offensionem: non vituperetur mi-*

XXVI.

MEDITACION

DE LAS VIRTUDES NECESARIAS AL ACOLITO.

Adoremos á Jesucristo, que por medio de sus Apóstoles nos enseña que estábamos sumergidos en las tinieblas del error y del pecado; pero que ha dignado sacarnos de él por su gracia, y recibiendo el orden del acólito hemos llegado á ser hijos de luz. Por tanto, á nosotros toca practicar ahora obras de luz. ¹ Consideremos que el acólito, siendo en la casa de Dios un espectáculo agradable para los ángeles y los hombres, debe, primero, ser el modelo de todas las virtudes; segundo, evitar con cuidado escandalizar en lo mínimo á los fieles.

1. El acólito debe, en primer lugar, ser un perfecto modelo de todas las virtudes; esta es la obligacion que el Pontífice procura inculcarle al tiempo de conferirle el orden, haciéndole tocar el cíngulo y candelero: Pensad, le dice, en difundir en vuestras costumbres y en toda vuestra conducta la

nisterium nostrum. ⁶ Si los buenos ejemplos de los clérigos alienta á los fieles á la práctica de las virtudes cristianas, y les inspira un profundo respeto por el ministerio eclesiástico; la conducta de los levitas y de los sacerdotes, cuando se aparta del camino de la modestia y de la virtud, destruye la piedad de los fieles, los alienta y los impele al vicio, y arroja el escarnio y menosprecio al carácter sacerdotal. Desde el momento que la vida de un eclesiástico es motivo de escándalo para el pueblo que se le ha confiado, dice San Gregorio, desde entonces su ministerio está enteramente paralizado; en vano predicará, en vano exhortará á las ovejas; todas sus instrucciones quedarán sin fruto, y lejos de ser útil á la gloria de Dios y á la salud de sus hermanos, hará al Señor el ultraje mas sensible. ⁷ Ministro del Señor, exclama el profeta Oseas, penetraos de esta aterradora verdad: vuestra conducta no es conforme á la santidad de vuestro estado; el pueblo lo ve y se escandaliza: ¡desgraciado! haceis caer almas inocentes en los lazos que les tendéis, y en seguida las arrastrais con vos al abismo. ⁸ Comprendedlo tambien vosotros, levitas del santuario, dice otro profeta, porque si teneis la desgracia de ser motivo de escándalo á los hijos de Israel, el Señor os prohibirá la aproximacion de sus altares, y os privará para siempre del honor de su sacerdocio. ⁹ Reflexionemos delante Dios sobre las funestas consecuencias del escándalo, y para prevenirlas resolvamos: primero, trabajar con un celo, siempre nuevo, en corregir lo que en nosotros hay mas defectuoso y menos edificante; segundo, ser en extremo reser-

No permitais ¡oh Dios mio! que yo sea jamas

vados en nuestra conducta, en nuestros discursos y en todos nuestros proceder, á fin de que no haya en nosotros nada que ofenda y escandalice al prójimo. *Scandalizastis plurimos in lege..... propter quod et ego dedi vos contemptibiles et humiles omnibus populis.* ¹⁰ *In omnibus teipsum præbe exemplum bonorum operum.* ¹¹

1 Eratis enim aliquando tenebræ, nunc autem lux in Domino; ut filii lucis ambulate, fructus enim lucis est in omni bonitate, et justitia et veritate. *Eph. V, 8-9.*

2 Pontif. Rom. in ord. scoli.

3 In medio nationis prave et perversæ lucete tamquam lumina in mundo. Pontif. Rom.

4 Tunc etenim Dei sacrificio dignè vinum suggeretis et aquam, si vos ipse Deo sacrificium per castam vitam et bona opera oblatis fueritis. Pontif. Rom.

5 Omnia in clerico debent esse vocalia, ut veritatem mente concipiat, non inanem virtutis speciem et toto in suo habitu resonet et ornato, ut quicquid agit, quicquid loquitur in doctrina populorum. S. Hieron.

6 II. Cor. VI, 3.

7 Cujus vita despicitur, quid restat nisi ut prædicatio contemnatur? Nullum, puto, ab aliis magis præjudicium quam à sacerdotibus tolerat Deus, quando eos quos ad aliorum correctionem posuit dare, de se exempla pravitatis cernit. S. Greg. hom. 17, in evang.

8 Audite hoc, sacerdotes, quoniam laqueus facti estis speculationi, et recte expansum Thabor, et victimas declinastis, in profundum. Osee. V, 1-2.

9 Facti sunt domui Israel in offendiolum iniquitatis: idcirco.... portabunt iniquitatem suam, et non apropinquabunt ad me, ut sacerdotio fungantur mihi. *Ezech. XLIV, 12-13.*

10 Malach. II, 8-9.

11 Tit. II, 7.

No permitais ¡oh Dios mio! que yo sea jamas

Trinidad Beatísima, á María, á los ángeles y á los santos, se interesen por este jóven levita que está próximo á consagrarse al Señor: preciso es que el paso que va á dar sea importante á los ojos de la religion, puesto que es necesario que el cielo y la tierra tomen en él tan grande parte. Sí, sin duda; porque se trata de un generoso y heroico sacrificio: es un jóven que á la flor de su edad muere á los goces y á las vanidades del mundo: se inmola á su Dios por todo el resto de sus dias; le hace ofrenda entera y perfecta de su cuerpo, de su corazon y de toda su persona como una hostia viva, santa y agradable á Dios. ² Veo á este valeroso levita tendido en el pavimento del santuario, reflexionando por la última vez esta advertencia que le hace la Iglesia: *Quod si hunc ordinem suceperitis, amplius non licebit à proposito resilire.* ³ Y en el momento de sus mas serias meditaciones, el pontífice suplica al cielo derrame sobre él sus gracias, le bendiga, le santifique y le consagre para siempre al culto de los altares: *Ut hos electos benedicere, sanctificare, et consecrare digneris.* ⁴ No hay en la religion ceremonia mas respetable ni que mas conmueva; por eso, todos los asistentes se enternecen hasta verter lágrimas: unen sus preces á las de la Iglesia, aplauden el valor del nuevo subdiácono, y hacen sinceros votos para que un dia llegue á ser un ministro segun el corazon de Dios. ¡Cuán bella es la religion que forma tales héroes, que saben ganar sobre sí mismos tan gloriosas victorias; que triunfan inmolándose; que desafían y menosprecian un mundo que se gloria de arrastrar en pos de sí tantos esclavos! ¡Todo es efecto de vuestra gracia ¡oh Dios mio! sed por ello bendito para siempre! ⁵

XXVII.

MEDITACION

DE LA DIGNIDAD DEL SUBDIACONO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, que queriendo ensalzar á nuestros ojos el sagrado órden del subdiaconado, se dignó desempeñar por sí mismo sus funciones en la última cena. Prepara cuanto es necesario para el sacrificio de su cuerpo y su sangre; se ciñe un lienzo; vierte agua en un brillo y lava los piés á sus discípulos. ¹ Admiramos aquí la humildad del Hijo de Dios, y reconocamos al mismo tiempo el precio y el mérito del subdiaconado. Consideremos que la grandeza del subdiaconado consiste: primero, en las ceremonias que consagran al que está revestido de él; segundo, en el poder que le confiere.

1. La grandeza del subdiaconado se patentiza ya en las ceremonias que se observan en su ordenación. Antes que la Iglesia reciba y bendiga sus compromisos sagrados, hace que todos sus hijos oren para obtener el socorro del cielo: suplica á

2. Consideremos que la grandeza del subdiaconado se manifiesta todavía mas en el poder que confiere. El primer oficio del subdiácono es preparar el agua necesaria para el santo sacrificio de la misa: *Subdiacono oportet aquam ad ministerium altaris præparare.*⁶ El segundo, servir inmediatamente al diácono y mediatamente al sacerdote en el altar, en la celebracion de los sagrados misterios: *Diacono ministrare.*⁷ El tercero, lavar las palias y los corporales: presentar el cáliz y la patena al diácono para la ofrenda de la divina Víctima: *Pallas altaris et corporalia ablueré, calicem et patenam in usum sacrificii eidem offerre.* Funciones muy sublimes á los ojos de la fé, pues que en cierto modo hacen al subdiácono sacrificador con el sacerdote, colocando sobre el altar la materia que debe ser ofrecida y consagrada al Señor; funciones de tal manera honrosas, que los soberanos pontífices no hallaban en otro tiempo medio mejor de recompensar con mas magnificencia á los emperadores, de los servicios señalados que habian hecho á la Iglesia, que dándoles, no el orden, sino el poder desempeñar el oficio de subdiácono cuando el papa ó algun obispo oficiaban.⁸ Si el orden de subdiácono es tan grande, tan noble á los ojos de la religion, ¿de qué procede que tantos sacerdotes lo estimen tan poco? ¿De dónde viene que muestren tanta repugnancia á desempeñar sus funciones? ¡Qué! ¡Jesucristo ejerce sus funciones, los reyes de la tierra tienen á grande honra desempeñar sus oficios, y los sacerdotes se creerian deshonorados si se prestasen á este santo ministerio!

No permitais ¡oh Dios mio! que yo sea jamas del número de estos eclesiásticos indiferentes; haced que me penetre de estimacion por un orden tan venerable, que me eleva sobre todo cuanto el mundo encierra de mas grande; tan escelente, que vuestro pontífice, movido de su dignidad, no halla espresiones con que poder manifestarla, y no puede explicarse de otro modo que con sentimientos de admiracion: *Videte cujus ministerium vobis traditur!* Que yo no olvide jamas la invitacion urgente que me hace de desempeñar de una manera digna de Dios los deberes que me impone un orden que me consagra á él para siempre.^{9 10}

1 Cum accepisset linteum, præcinxit se, deinde misit aquam in pelvim, et cepit lavare pedes discipulorum. Joan XIII, 4-5.

2 Ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem. Rom. XII, 1.

3 Pontif. Rom. in ord. Sub.

4 Pontif. Rom.

5 Reddat tibi Dominus pro opere tuo, et plenam mercedem recipias à Domino Deo Israel ad quem venisti, et sub cujus confugisti alas. Ruth. II, 12.

6 Pontif. Rom. in ord. Sub.

7 Idem.

8 Pontificem ad altare descendentem sequitur imperator et illi in locum subdiaconi calicem et patenam cum hostiis offert, deinde aquam infundendam in vino. Lib. sacr. cerem. et pontif. vetus de coron. imper.

9 Ideo vos admoneo ut ita vos exhibeatis, ut Deo placere possitis. Pontif. Rom. in ord. Sub.

10 Studete itaque, ut ista visibilia ministeria que diximus, nitide, et diligentissime complentes, invisibilia exemplo perficiatis. Pontif. Rom. in ord. Sub.

XXVIII.

MEDITACION

DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS AL SUBDIACONADO.

Adoremos al Dios de toda santidad, que ordena á sus levitas purifiquen sus manos y santifiquen sus corazones antes de presentar al altar los vasos destinados á los divinos oficios: *Mundamini qui fertis vasa Domini.*¹ Para hacerlos dignos de tan santa y tan augusta funcion, quiere que se consagren á su culto por el voto mas solemne y mas inviolable. Exige que mueran al mundo y á sus locas vanidades, y que puedan decir, nosotros pertenecemos al Señor, él es nuestro bien y nuestra única herencia: *Dominus ipse, est hæreditas eorum.*² Consideremos que son necesarias dos disposiciones para recibir dignamente el subdiaconado: la primera, pensar en él con madurez delante de Dios; la segunda, es un largo ejercicio de las virtudes propias á este orden.

1. La primer disposicion es meditar profundamente delante de Dios en el formidable peso con

que vamos á cargarnos. ¿Quién, en efecto, podrá reflexionar en él sin espanto? Los santos no lo han visto y aceptado sino temblando: ¡ah! ellos mejor que nosotros comprendian toda la estension de los deberes que impone, de las virtudes que exige, de los peligros que le rodean. Por esto el pontífice, en nombre de la Iglesia, dice á los que se presentan para recibirle: Queridos hijos míos, en el momento de ser promovidos al orden sacro del subdiaconado, no hagais nada á la ligera; considerad atentamente el paso que vais á dar; pesad con la mayor madurez posible las obligaciones que vais á contraer.³ Comprendamos, si es posible, todo el sentido que encierran estas palabras; *iterum atque iterum considerare debetis.* Para tomar un partido tan decisivo del cual depende nuestra eternidad, no basta pensarlo con solo algunos dias de anticipacion; es preciso examinarlo seriamente; es necesario reflexionarlo por largo tiempo; cuanto mas importante para la salud eterna es la accion que se va á practicar, tanto mas exige que se pese y se considere maduramente. Y si con dolor se ven jóvenes levitas llegar á ser sacrílegos y prevaricadores despues de haber recibido el subdiaconado, es porque se han comprometido antes de haberlo suficientemente meditado. Pidamos al Señor nos preserve de tal desgracia, y para evitarla sigamos el aviso que nos da por su ministro: *Videte cujus ministerium vobis traditur.*⁴

2. La segunda disposicion necesaria al subdiaconado, es un prolongado ejercicio de las virtudes propias á este orden santo. No basta tener la idea competente para ser ordenado subdiácono; es pre-

ciso además, dice el santo Concilio de Trento, ser de costumbres puras y de una vida sólidamente virtuosa.⁵ Hé aquí por qué el quinto concilio de Milan quiere que los que están encargados de examinarlos y presentarlos á la ordenacion, puedan asegurar que han hecho progresos satisfactorios en las virtudes que exigen los diferentes órdenes que han recibido ya.⁶ Pero, ¿cuál es, pues, esta vida santa y ejemplar que la Iglesia exige de los futuros subdiaconos? ¿Cuáles son esas virtudes eminentes que deben brillar en su conducta? Lo hallamos fielmente consignado en estas palabras que le dirige el Pontífice: *Estote ergo, tales qui sacrificiis divinis, et ecclesiae Dei digne servire valeatis.*⁷ Hé aquí por qué si hasta ahora habeis sido negligentes, perezosos en visitar los templos del Señor, debeis desde este momento ser mas solícitos de encontraros al pié de los altares. Si hasta este momento habeis parecido como adormecidos en el servicio del Señor, sed ahora mas atentos y mas vigilantes en hacer siempre lo que le sea mas agradable.⁸ Si hasta hoy os habeis hallado faltos de templanza y sobriedad, es preciso que desde ahora mortifiqueis vuestro cuerpo y le entregueis á los santos rigores de la penitencia.⁹ Si hasta este momento no habeis sido bastante modestos y puros en vuestras palabras, en vuestros pensamientos y deseos, ahora por el contrario, mostraos mas asiduos á conservar esta virtud angélica que constituye el mas bello ornamento de un levita.¹⁰

Hé aquí, Dios mio, las virtudes que exigís del que se prepara á recibir el subdiaconado. ¿Puedo decir que las poseo? ¡Ah, Señor! Vos conocéis el

alma de un eclesiástico puro y casto es donde el

fondo de mi alma y vos descubris en él muchas miserias y muchos defectos todavía. Os amo tan poco, que ningun celo tengo por lo que toca á vuestro santo servicio. Así, pues, carezco de las disposiciones requeridas para este orden sagrado. Para adquirirlas, resuelvo: primero, pensar con madurez, hasta que me ordene en la dignidad eminente á que soy llamado; segundo, procurar fortalecerme en la piedad, el fervor, la castidad y el espíritu de penitencia.¹¹

1 Isaie. LII, 11.

2 Deuter. XVIII, 2.

3 Filii dilectissimi, ad sacrum subdiaconatus ordinem promovendi, iterum atque iterum considerare debetis quod onus hodie appetitis. Pontif. Rom. in ord. subd.

4 Videte cujus ministerium vobis traditur. Ibid.

5 Sciant tamen episcopi, non singulos ea in ætate constitutos debere assumi, sed dignos duntaxat et quorum vita probata se-nectus sit. Concil. Trid. Sess. 25, cap. 13.

6 Quamobrem in primis videant examinatores, an per singulos ordinum gradus, et in vitæ spiritualis disciplina profecerint. Concil. Mediol. 5, part. 3.

7 Pontif. Rom.

8 Ibid.

9 Ibid.

10 Ibid.

11 Qui sacris ordinibus.... initiandi sunt.... sicut ad altioris dignitatis gradum ascendunt, ita virtutum et probitatis, et doctrinae quodam quasi ascensu præstare debent. Concil. Mediolan. V, p. 3, t. 2:

ciso además, dice el santo Concilio de Trento, ser

alma de un eclesiástico puro y casto es donde el

tes de recibir sus compromisos y sus promesas. Viéndolo postrado á sus piés, pidiendo con instancia la gracia de ser consagrado al culto del Señor, no le pregunta si tiene ciencia, piedad, espíritu de oracion y otras virtudes necesarias; sino que fija toda su atencion en la virtud de la castidad. Pensadlo seriamente, le dice, ahora aun sois libre, y por lo mismo podeis, si quereis, volver á la vida del siglo; pero si recibís este órden sagrado, no podréis ya retroceder, porque será necesario que, con la gracia de Dios guardéis castidad toda vuestra vida. *Castitatem Deo adjuvante, servare oportebit.*² Y si despues de haber conocido toda la estension de este compromiso, el futuro subdiácono da el paso decisivo, hélo ya consagrado para siempre á la castidad: no podrá ya en lo de adelante llevar sus miradas al siglo: su compromiso es público, solemne é irrevocable; lo ha contraído en nombre del Señor, en presencia de la corte celestial, en el acto mismo del mas tremendo sacrificio, y lo ha sellado con la sangre de Jesucristo en la sagrada comunión. Por esta razon no dudan los Padres y los teólogos compararlo con el voto solemne de perpetua castidad, y tratar á sus violadores de perjuros y sacrílegos. ¡Qué materia tan vasta de reflexiones para el que se prepara á recibir este órden sagrado! ¡Nunca se puede pensar demasiado en ella; porque va de por medio la salvacion, la eternidad! *Proinde, dum tempus est, cogitate.*³ Debe, sobre todo, procurar que el Espíritu de Dios sea quien lo gobierne en un paso tan crítico. *Et si in sancto proposito perseverare placet, in nomine Domini hunc accedite.*

XXIX.

MEDITACION

—
SOBRE EL VOTO DE CASTIDAD.

Adoremos á ese Dios, abismo de limpieza y santidad, que no quiere en su santuario sino hombres puros y castos. *Quis stabit in loco sancto ejus? Innocens moribus et mundo corde.*¹ Destinados á vivir al pié de los altares y á rendir al Altísimo profundos homenajes, sus ministros deben tener la pureza y santidad de los ángeles. Demos gracias al Señor por haberse dignado llamarnos á un estado tan honroso y tan santo; supliquémosle que él mismo nos disponga para este sacrificio íntegro de nuestros corazones y de nuestras personas. Consideremos: primero, que un subdiácono contrae la obligacion de conservar toda su vida la amable virtud angélica; segundo, que esta obligacion le trae los mas dulces consuelos.

1. No puede dudarse que la castidad sea el primero y mas esencial de los deberes del subdiácono; este es el que le hace presente el pontífice an-

ciso además, dice el santo Concilio de Trento, ser

2. Consideremos que si la obligación de guardar castidad es indispensable al subdiácono, es al mismo tiempo muy consoladora. El celibato honra al que se consagra á él, y le prepara los mas preciosos favores en el tiempo y en la eternidad. Primero, honra al que se consagra á él. La castidad es una virtud que reprime las pasiones y las pone bajo el yugo de la religion y de la razon. Ella nos levanta de la tierra y sobre nuestros sentidos, uniéndonos mas á Dios, nos hace dignos de sus mas íntimas comunicaciones. La castidad nos hace semejantes al Hombre Dios; á Maria, la mas pura de las vírgenes; á San José, protector y guarda de la castidad; á San Juan, el discípulo muy amado del Salvador. Es verdad que esta virtud exige un grande sacrificio por parte del que á ella se consagra, pero tambien le merece en la casa de Dios un nombre distinguido y honrosísimo; un nombre que vivirá de siglos en siglos, y que no perecerá jamas: *Dabo eis in domo mea, et in meritis meis locum, et nomen melius à filiis, et nomen sempiternum dabo eis quod non peribit.*⁴ *Virgines enim sunt.*⁵ Segundo, es verdad que estamos expuestos á los ataques del espíritu impuro que no respeta ni al santuario ni los compromisos mas sagrados; pero tambien, ¡qué fuerza divina! ¡qué poderosos auxilios debemos esperar de Jesucristo! ¿No tenemos una especie de derecho á los favores y gracias mas especiales? ¿Qué puede en efecto rehusarnos este Dios Salvador, que jamas se desvencen en generosidad, y que promete el céntuplo desde esta vida al que por amor suyo hollare bajo sus piés las esperanzas y delicias del siglo?

alma de un eclesiástico puro y casto es donde el Salvador se complace en reposar; en colmarla de delicias puras é inefables; quiere ser su apoyo y su asilo contra los repetidos ataques del espíritu tentador. Pero sobre todo, en el cielo es donde Jesucristo se complace en recompensar los corazones castos: *Dabitur illi sors in templo Dei acceptissima*, dice el testo sagrado; *bonorum enim laborum gloriosus est fructus.*⁶ *Dedi coronam decoris in capite tuo, et profecisti in regnum; quia perfecta eras in decore meo.*⁷ Mas para merecer esta corona prometida á la virginidad, no basta hacer voto de conservarla toda la vida; es necesario que sea uno fiel á sus promesas: tal es ¡oh Dios mio! la resolución que tomé en este momento, dignaos bendecirla; y como por mí mismo no soy sino flaqueza, tened á bien sostenerme con vuestra gracia en el momento del peligro.⁸

1 Psal. XXIII, 3-4.

2 Pontif. Rom.

3 Ibid.

4 Isaías, LVI, 5.

5 Apoc. XIV, 4.

6 Sap. III, 14-15.

7 Ezech. XVI, 12-13.

8 Ut scivi quia non possum aliter esse continens, nisi Deus det; adi Dominum et deprecatus sum, ex totis precordiis meis. Sap. VIII, 21.

XXX.

MEDITACION

DE LA OBLIGACION DE REZAR EL OFICIO DIVINO.

Adoremus á Dios, que impone á sus ministros la obligacion de rendirle, en nombre de los fieles el culto solemne que tiene derecho á esperar de sus hijos. ¹ ¡Qué dicha para nosotros poder llenar sobre la tierra las funciones de los ángeles, alabar y bendecir como ellos al Señor todos los dias y casi á cada instante! Tributemos acciones de gracias á nuestro Dios por esta prerogativa singular y roguémosle nos conceda la gracia de desempeñarla santamente. Consideremos: primero, cuán estricta y rigurosa es para el subdiácono la obligacion de rezar el oficio divino; segundo, cuán importante es para la salud eterna.

1. Al recibir el primero de los órdenes sagrados el subdiácono queda obligado por la Iglesia á pagar en su nombre y en el del pueblo cristiano, el justo tributo de adoracion y de gratitud que es debido al Señor. Todos los sacerdotes y todos los ministros del altar, dice Sto. Tomas, desde el momento

que han recibido los órdenes sagrados, deben, bajo pena de pecado mortal, rezar el oficio divino. ² Obligados por derecho divino á rendir á Dios el culto que se le debe, están en la precision de rezar el oficio divino, que es el mas excelente sacrificio de alabanza que puedan ofrecer al Señor despues del de los santos altares; sacrificio que han de ofrecer por todos los pecados de los hombres, segun el parecer del Apóstol: *Ut offerat dona et sacrificia pro peccatis.* ³ Hé aquí, pues, al subdiácono hecho el intérprete de los votos de la Iglesia, el mediador público entre Dios y los hombres, y en calidad de tal, obligado á presentarse cada dia al pié de su trono para calmar su indignacion y pedir gracia para los culpables. ⁴ Obligacion santa que le hace tener con Dios las comunicaciones mas íntimas; obligacion deliciosa y llena de encantos, que ameniza y hace gratos los penosos trabajos del ministerio evangélico; pero tambien obligacion terrible que espone la salvacion al mayor de los peligros, si se diere la desgracia de verla con negligencia. Hé aquí un gran motivo de reflexion para todos los alumnos del santuario. Si todavía no están ligados á los órdenes, deben examinar maduramente delante de Dios toda la estension de la obligacion que se disponen á contraer. Si están ya comprometidos por su estado, deben recordar que el mas indispensable, mas estricto y mas riguroso de todos sus deberes es, el de rezar el oficio divino. ⁵

2. Consideremos en segundo lugar, que la obligacion de rezar el santo oficio, es un deber importante para la salvacion. Cuando un jóven clérigo

es ordenado subdiácono, debe tomar el santo breviario en sus manos, mirarlo con un respeto mezclado de religioso temor, y decirse á sí mismo: *Hic positus est in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel.*⁶ Hé aquí un libro que será para mi perdicion ó para mi salvacion; hé aquí un gran medio de santificacion que me suministra la Providencia, ó un gran motivo de ruina y de reprobacion. No, este libro divino, que la Iglesia me confia como un depósito sagrado, no es para mí una cosa indiferente; si rezo con piadosa exactitud y con religiosa atencion los salmos, los himnos y los cánticos que encierra; si lo hago en el tiempo, en los dias y en las horas que la Iglesia me lo prescribe, sacaré de él un manantial inagotable de gracias para sostenerme y fortificarme en los senderos de la virtud; pero si llevo el olvido y el desórden hasta el punto de no celebrar las alabanzas del Señor sino por costumbre, por rutina, por necesidad, sin gusto, sin amor, sin unción; si, sobre todo, tengo la desgracia de ser bastante prevaricador para omitir voluntariamente y de propósito deliberado, por sistema de indiferencia y de impiedad, el rezo de mi breviario, ¡ah! entonces es cuando puedo decir que halla la muerte, precisamente allí mismo donde está el manantial eterno de la vida: *Hic positus est in ruinam.* No debemos disimulárnoslo: esta alternativa de vida ó de muerte amenaza á cuantos están obligados al divino oficio, y hé aquí lo que debe empeñar á todos los que contraen este importante compromiso á pensarlo maduramente; sepan que no se necesita sino un momento para ligarse; pero que una vez ligados, es para toda la vida.⁷

sus piés las esperanzas y delicias del siglo: 1

he rezado el oficio divino? ¿Qué motivo de confu-

Ahora comprendo, Dios mio, la estension del deber que voy á contraer recibiendo el subdiacnado: hacedme la gracia de que llegue á ser un hombre entregado á la oracion, á fin de que durante mi vida toda, pueda rezar el oficio divino con el recogimiento, la piedad y el fervor que exigís; no permitais olvide jamas que esta obligacion es uno de mis mas esenciales deberes. En vuestra presencia tomo la resolucion: primero, de prepararme con cuidado antes de rezar el santo oficio; segundo, de alejar cuanto me fuere posible, las distracciones, combatirlas y rechazarlas con fuerza, á fin de evitar la desgracia con que me amenaza el Profeta: *Oratio ejus fiat in peccatum. Laudabo Dominum in vita mea Psallam Deo meo quamdiu fuero.*⁸

1 Implemini Spiritu Sancto, loquentes vobismetipsis in psalmis et in hymnis, et canticis spiritualibus cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino. Ephes. V, 18-19.

2 Dicendum quod ad has septem horas tenentur sacerdotes et alii clerici constituti in sacris ordinibus. Opase. 65, 4.

3 Hebr. V, 1.

4 Legatus intercedet deprecatorque est apud Deum. Ibid.

5 Reddam tibi vota mea, quae distinxerunt labia mea. Psal. LXV, 13-14.

6 Luc. II, 34.

7 In secula seculorum laudabunt te. Psal. LXXXIII, 5.

8 Psal. CXLV, 2.

es ordenado subdiácono, debe tomar el santo bre-

he rezado el oficio divino? ¿Qué motivo de confu-

nas.³ Este punto es tan esencial, que San Bernardo asegura que en todo el oficio divino no hay ni una sola letra de que un día no tengamos que dar rigurosa cuenta: *Omnium quæ ibi dicuntur usque ad unam litteram, se pro certo novetur debitorem*. Debemos, en segundo lugar, decirlo sin interrupción, al menos por lo que respecta á cada hora. En efecto, es injuriar á Dios dirigirle algunas palabras é interrumpir en seguida el discurso para conversar con las criaturas. Navarro cree que habria pecado grave, si esta interrupción fuese notable y sin un motivo poderoso. San Buenaventura es del mismo parecer. Estas interrupciones frecuentes y sin razón legítima, dice, son faltas que Dios castiga con mucha severidad en la otra vida, si no se tiene cuidado de expiarlas en este mundo por medio de una penitencia proporcionada á su gravedad. ¡Ay de mí, Señor! ¡Cuántos reproches no tengo que hacerme sobre estos dos puntos! ¡Cuántas veces he rezado el oficio divino sin pronunciar bien las palabras, y sin articular bien todas las sílabas! Y también, ¡cuán á menudo lo he interrumpido bajo los mas frívolos pretextos y con muy considerables intervalos! Hoy reconozco mi falta; me arrepiento de ella, y quiero en adelante tomar las medidas necesarias para ser mas exacto y desempeñar bien un deber de tanta importancia.

2. Consideremos que para rezar bien el oficio divino, es preciso decirlo entero y sin omitir nada; *intégrè*: omitir por negligencia, por indiferencia ó por un olvido voluntario, una parte notable del oficio, seria hacerse culpable de una falta mortal;

XXXI.

MEDITACION

DE LA MANERA DE REZAR BIEN EL SANTO OFICIO.

Adoremus á Jesucristo, perfecto adorador de Dios su Padre, á quien ofrece los mas puros y mas profundos homenajes; nada iguala la sinceridad y el fervor de sus votos. Cumplamos nuestros deberes siguiendo este excelente modelo, y para imitarle, esforcémonos en rezar el oficio divino con las mas santas disposiciones. Felices si llenamos dignamente un deber tan dulce y tan consolador á todo eclesiástico.¹ Consideremos con San Buenaventura, que para rezar bien el oficio divino, es preciso rezarlo: primero, distintamente y sin interrupción; segundo, completo y con buen orden y método.²

1. Para rezar bien el santo oficio debemos, en primer lugar, pronunciar de una manera firme y distinta todas las palabras y todas las sílabas, evitando siempre que una pronunciación descuidada, ó hecha con precipitación, nos haga omitir algu-

es ordenado subdiácono, debe tomar el santo bre-

esta verdad es incontestable; el parecer de los doctores y de los teólogos es unánime sobre este punto; más arriba hemos visto ya lo que acerca de él piensa San Buenaventura. Al recibir el orden sacro del subdiaconado, hemos contraído la obligacion solemne de rezar las horas canónicas; pero es de notar que este deber no mira tan solo á una parte del oficio, sino á todo sin escepcion: *Iota unum, aut unus apex non prateribit á lege.*⁴ La obligacion es grave, y merece la mas seria atencion; mas ¡ah, Señor! tal vez no he meditado bastante en este deber; de ahí es que demasiado á menudo, bajo el mas liviano pretexto, he omitido mi rezo en todo ó en parte: la menor indisposicion, un viaje, un número mayor de ocupaciones, que las que de ordinario tengo, me han parecido motivos suficientes para resolverme á ello. Hoy comprendo, que si hubiese sentido mejor toda la estension de mi deber, jamas me hubiera resuelto á tan culpable olvido. En fin, debemos rezar el oficio divino en el orden y segun las reglas que la Iglesia nos prescribe; rehusar sujetarse á ellas, es señal manifesta de una alma desarreglada: *Inordinati est animi in exterioribus ordinem non curare*, dice San Buenaventura. Seria exacto en observar este orden, si rezo el oficio tal como se indica en el directorio de la diócesis, si lo rezo en los tiempos y horas que lo permite la congregacion de ritos; si, en fin, sigo las rúbricas que arreglan una funcion tan santa. Meditando todas estas verdades, me siento animado á redoblar mi celo en el cumplimiento de esta obligacion tan esencial, y que puede serme tan provechosa. Yo

he rezado el oficio divino? ¿Qué motivo de confu-

os suplico, Dios mio, que bendigais la resolucion que tomo hoy: primero, de recordar frecuentemente las reglas que los santos me dan para rezar el oficio divino; segundo, de volver á leer de tiempo en tiempo las rúbricas que fijan el orden que debo seguir; tercero, de no comenzar jamas á rezar el oficio divino sin haberlo previsto antes en el directorio.⁵

1 Sacrificium laudis honorificabit me, et illic iter quo ostendam illi salutare Dei. Psal. XLIX, 23.

2 Debent dicere officium distinctè, continuè, integrè, ordinatè. De discipl. officii extra chorum, cap. 16.

3 Ne verbum masticando, vel exiliter proferendo, nimum festinando, dicenda confundant. De Bonav.

4 Matth. V, 18.

5 Immola Deo sacrificium laudis. . . sacrificium laudis honorificavit me, et illic iter quo ostendam illi salutare Dei. Psal. XLIX, 14-23.

es ordenado subdiácono, debe tomar el santo br.



Adoremos al Señor nuestro Dios, que exige que todos cuantos le adoran, le adoren en espíritu y en verdad: *Spiritus est Deus, et eos qui adorant eum in spiritu et veritate oportet adorare.*¹ Rezando el oficio divino debe uno acordarse sin cesar de que habla á Dios como embajador, mediador é intercesor: bajo este supuesto, cuanto se puede imaginar de mas grande y mas profundo en el respeto interno y externo, debe acompañar un acto tan religioso y tan divino.² Consideremos que las tres disposiciones esenciales para rezar el oficio divino de una manera provechosa á la salvacion, son: primero, rezarlo con respeto; segundo, con atencion; tercero, con devocion.

1. Siendo el oficio divino una cosa santísima y que pertenece inmediatamente á Dios, la religion nos obliga de un modo muy particular, segun lo

he rezado el oficio divino? ¿Qué motivo de confu-

nota San Buenaventura, á no rezarlo sino con un profundo respeto.³ Por otra parte, como las palabras que pronunciamos son de Dios mismo, seria una especie de sacrilegio tratarlas ó decirlas indignamente. Si viésemos tratar con irreverencia el cuerpo sacratísimo de nuestro Señor Jesucristo, quedariamos hondamente afligidos. La misma pena debemos experimentar cuando tratamos sin respeto y sin consideracion su santa palabra, que, segun el pensamiento de San Agustin, no merece menos miramientos y atenciones. Yo confieso, Dios mio, que no siempre he rezado el oficio divino con el respeto debido: no he reflexionado que estaba en vuestra presencia, que me escuchabais, que estabais á mi lado y enfrente de mí; si yo hubiese pensado en ello, ¡oh cuánto mas modesto y mas recogido hubiera estado durante una accion tan augusta y tan santa! Mas ahora para estar con mas respeto en vuestra presencia, traeré á la memoria estas palabras del piadoso autor de la Imitacion: *Statue Jesum ad dexteram tuam et Mariam ad sinistram suam et omnes sanctos in circuitu eorum.*⁴

2. Debo en segundo lugar rezar el santo oficio con atencion. Cuando uno se presenta delante del Señor para orar, dice un concilio, es preciso evitar la ligereza y la precipitacion, y conservar el espíritu constantemente recogido y atento.⁵ Hay un defecto que es preciso evitar con el mayor cuidado dice San Bernardo, *magna abusio est habere os in choro, cor in foro.* Esto seria imitar á los fariseos, de quienes nuestro Señor se queja en Isaías: *Populus meus labiis me honorat, cor autem*

es ordenado subdiácono, debe tomar el santo bre-

eorum longè est à me. ⁶ Para rezar con la atencion debida el santo oficio, debo alejar de mi espíritu los pensamientos que lo disipan y escitar en mí otros santos que lo ocupen de continuo. Por otra parte, no tengo que temer las distracciones voluntarias: amo demasiado á Dios, segun me parece, para ofenderle de propósito deliberado; pero lo que debo recelar y evitar cuidadosamente, es dar lugar á las distracciones ó no hacer casi nungun esfuerzo para desembarazarme de ellas. Estos dos defectos, demasiado ordinarios por cierto, son propios para sumergirme en justas inquietudes. Me importa sobre manera que en adelante los mire con la mas seria atencion.

3. Debo rezar el oficio divino devotamente; esta es la tercera disposicion. El respeto y la atencion son necesarias, como acabo de ver; pero no bastan para una accion tan santa. Es tambien necesaria la devocion del corazon. La prueba de esto se encuentra en estas bellas palabras de San Bernardo: *Immolantes hostiam laudis jungamus sensum verbis, affectum sensui, exultationem affectui, gravitatem exultationi.* ⁷ No debo, pues, contentarme, al rezar el oficio divino, con un rezo frio y seco; sino que mi corazon debe estar santamente conmovido: *Si orat psalmus, orate; si gemit, gemit; si gratulatur, gratulamini; si sperat, sperate; si timet, timete.* ⁸ En fin, para rezar el oficio divino de un modo grato á Dios y útil á mi salvacion, es necesario que mi corazon suplique, que se inflame y que se abraze con los acentos celestiales de las divinas palabras que pronuncio. ¡Ah! ¡Lo he hecho yo, Dios mio, todas las veces que

he rezado el oficio divino? ¡Qué motivo de confusion para mí cuando reflexiono en la manera tan fria, tan disipada, tan poco respetuosa con que lo rezo todos los dias? Yo gimo á vuestros piés por esta falta, y para cumplir mejor en lo sucesivo con una obligacion tan importante, resuelvo; primero, rezar el oficio cuanto sea posible, de rodillas, á ejemplo de muchos santos sacerdotes, ó á lo menos en una postura respetuosa y decente; segundo, tener en el rezo constantemente una atencion sostenida, adhiriéndome fuertemente al sentido literal de los salmos y al pensamiento de la presencia de Dios; tercero, cumplir esta honrosa funcion con alegría y amor, teniéndome por dichoso con desempeñar un oficio propio de los ángeles. ⁹

¹ Joan IV, 24.

² Eum qui... pro universo terrarum orbe legatus intercedit, deprecatorque est apud Deum, qualem, quæso, oportet esse.

³ Chrysost. lib. 6, de sacer. c. 4.

⁴ Tanto amplius reverentia, et diligentia studium divino debetur officio, quanto in Deo immediatius exhibetur. Specul. discipli. cap. 16.

⁵ Imit. cap. 8.

⁶ Si quis principem seculi rogaturus, prolatione non præcipite, sed distincta attentaque mente studet. Conc. Basil. I, 21.

⁷ Matth. XV, 8.

⁸ S. Bern. I, in cantic.

⁹ S. Aug. in spal. XXX, enar. 4.

¹⁰ Si orem lingua... mens mea sine fructo est. I. Cor. XIII, 14.

MEDITACION

DE LA ESCELENCIA DEL DIACONADO.

Adoremus á Jesucristo, que estableció en su Iglesia este bello orden, esta distincion de ministros subordinados unos á otros, unidos al mismo tiempo por los lazos de la caridad, armados todos con los de la fé, todos sumisos al Salvador, su director, no gefe, combatiendo bajo sus estandartes, triunfando por él y con él de todos sus enemigos, visibles é invisibles, y formando á la religion un muro impenetrable á todos los esfuerzos del infierno. ¡Qué honor para nosotros pertenecer á esta milicia santa! Procuremos corresponder á todos los designios de Dios sobre nosotros. Para formar una idea de la escelencia del diaconado, debo: primero, considerarlo en sí mismo; segundo, en los poderes que confiere.

1. El diaconado, considerado en sí mismo, es grande y sublime. Para convencerme de esto, basta recordar que es de institucion divina.

verdad que la Santa Escritura no hace una mencion espresa de ella; pero la tradicion constante y no interrumpida, no deja lugar á duda sobre este punto. Desde el nacimiento de la Iglesia, y aun en tiempo de los apóstoles, este orden sagrado se tenia ya por muy honroso. Él imprime en el alma del que le recibe, un carácter sagrado que lo consagra de una manera especialísima al servicio de los altares. Mientras mas se acerca uno á los divinos tabernáculos, mas se necesita que esté uno santificado por una consagracion especial. Dios lo habia ordenado así aun á los levitas de la antigua Ley.² En fin, lo mas propio para darme una alta idea del diaconado, es que la Iglesia parece dar la misma importancia á la ordenacion de los diáconos, que á la consagracion de los sacerdotes. Ella pide á su Pontífice que tenga á bien imponer las manos á los subdiáconos que se presentan, y consagrarlos diáconos: *Postulat sancta mater ecclesia, ut hos præsentis subdiaconos ad onus diaconii ordinetis.*³ ¡Qué cosa mas á propósito para convencerme de la grandeza y escelencia de este santo orden? ¡Puedo decir que esta es la idea que yo he concebido hasta ahora del diaconado? ¡No lo he considerado mas bien como un simple grado, por el que era necesario pasar para llegar al sacerdocio, sin reflexionar en la idea sublime que me dan de él la Iglesia y los santos? Os doy gracias, Dios mio, por los pensamientos saludables que acabais de inspirarme: yo los meditaré frecuentemente, y procuraré penetrarme bien de ellos.⁴

2. Para acabar de convencerme de la escelencia del diaconado, recordaré la grandeza de los

² *trahentes mysterium naei in conscientia pura. I. Tim. III. 9.*

poderes que confiere. Es verdad que en cuanto á su ejercicio, están en parte restringidos por la disciplina actual de la Iglesia; pero el diácono no los recibe menos; se reducen á tres: *Oportet diaconum ministrare ad altare, prædicare et baptizare.*⁵ Estas tres honrosas prerogativas, merecen mi más seria atención. La primera funcion del diácono es servir en el altar, y por este motivo es condecorado con el título de ministro de Jesucristo: nombre augusto, dignidad eminente, que le da derecho para acercarse y servir muy inmediatamente al altar y al sacerdote, de cooperar á la oblacion del divino sacrificio, de contribuir á la consagracion del cuerpo y de la sangre del Salvador. *Ministri Christi cooperatores et ministri corporis et sanguinis Domini.*⁶ Los ministros inferiores sirven tambien al altar, pero de lejos; mientras que el diácono sube allí, se coloca cerca del sacerdote, le presenta la materia del sacrificio y la ofrece con él. La segunda funcion del diácono es predicar. ¡Qué bello y qué honroso es para un levita desempeñar un ministerio que los Apóstoles creian no convenir sino á los primeros ministros de la Iglesia, y que los obispos por espacio de muchos siglos se habian reservado á sí mismos, juzgando que la palabra santa no debia ser anunciada sino con mucha dignidad! Cuando he obtenido licencia para ejercer este ministerio verdaderamente divino, ¿lo he hecho con todo el cuidado y el celo que merece? ¿No he subido al púlpito sin haberme preparado? ¿He conocido mi indignidad al anunciar á los fieles los oráculos de mi Dios? ¿Lo he hecho con la modestia, la humildad y la desconfianza de mí mismo

que requiere este honroso empleo? ¡Oh! ¡De cuántas negligencias tengo quizá que acusarme! En fin, la tercera funcion del diácono es bautizar. Todo cristiano, en caso de necesidad, puede bautizar, pero sin pompa ni solemnidad. El diácono puede, con licencia del que tenga derecho para ello, administrarlo con las ceremonias públicas de la Iglesia; el Pontífice le confiere esta potestad en su ordenacion. Ahora que conozco las funciones del diaconado, debo meditarlas, estimarlas y apreciarlas como merecen, á fin de ejercerlas cuando convenga, con las disposiciones santas que exigen.

Mis resoluciones serán: primero, recordar frecuentemente que el diaconado es un orden grande y sublime á los ojos de la fé; segundo, considerar cuán indigno soy de desempeñar las eminentes funciones que confiere, y trataré de hacer mi vida mas y mas edificante, para merecer ejercer algun dia un empleo tan honroso á los ojos de la religion.⁷

1 Terribilis ut castrorum acies ordinata. Cant. c. 6, v. 3

2 Sanctificabor in iis qui appropinquant mihi. Levit. X, 3.

3 Pontif. Rom.

4 Quis sicut Dominus Deus noster..... suscitans de terra inopem, et de stercore erigens pauperem; ut collocet eum cum principibus, cum principibus populi sui. Psalm. CXII, 5, 7, 8.

5 Pontif.

6 Pontif. Rom.

7 Vide ministerium quod accepisti in Domino, ut illud impleas. Col. IV, 17. Hi probentur primum, et sic ministrent; nullum crimen habentes. I. Tim. III, 10.

MEDITACION

DE LAS VIRTUDES NECESARIAS AL DIACONO.

Adoremos á Jesucristo, que queriendo hacernos apreciar este órden sagrado, desempeña él mismo sus funciones. Vino á la tierra en una condicion de siervo; anuncia á los pueblos la divina palabra, bautiza sus apóstoles, y les distribuye con sus propias manos, en la última cena, su cuerpo y su sangre adorables. ¹ Demos gracias al Salvador por el ejemplo que nos da y procurémos imitar este divino modelo. Consideremos que un diácono debe primero, ser casto, sincero y templado; segundo, tener una fé viva y una virtud probada.

1. Los diáconos, dice el Apóstol, deben ser hombres castos: *Diaconos similiter pudicos.* ² Destinados por su estado á subir frecuentemente al altar de un Dios purísimo é infinitamente santo para ofrecer con el sacerdote la sangre preciosa del

Cordero sin mancha, no pueden presentarse allí sino con un corazon limpio aun de las menores manchas. Colocados en torno de los santos tabernáculos, como los ángeles de Dios para defenderlos, importa mucho que tengan la pureza y la inocencia de estas inteligencias celestiales; este es el pensamiento de San Ignacio mártir: *Columna altaris angelicæ virtutes.* ³ Los diáconos, dice San Policarpo, no son ministros de los hombres, sino de Jesucristo; y en calidad de tales, deben hacer ver en su vida una inocencia angelical. ⁴ Deben tambien ser francos, sinceros y amigos de la verdad: *non bilingues.* ⁵ Encargados por su estado de anunciar los oráculos de un Dios de verdad, la mentira y el doblez jamas deben manchar sus labios. Qué escándalo para los fieles si viesen á un diácono que les anuncia las verdades eternas, faltar á la franqueza y sinceridad en sus discursos. Preservadme, Señor, de un defecto tan humillante para los ministros de los altares. Los diáconos deben ser sobrios y templados: *Non multo vino deductos.* ⁶ El amor al vino envilece y degrada al hombre: aun en el mundo se desprecia altamente al que se entrega á esta pasion; pero, cuál no debe ser la vergüenza de un levita del santuario que no sabe preservarse de ella? El Apóstol aconseja tomar vino á su querido Timoteo, pero en pequeña cantidad, y á causa de sus frecuentes enfermedades. ⁷ Un eclesiástico que se olvida de la templanza, deshonor su ministerio, provoca las burlas de la impiedad, y se prepara un desgraciado porvenir. Cuando yo veo, Dios mio, reinar este desórden en el santuario, tiemblo por mí mis-

⁶ habentes mysterium nati in conscientia pura. 1. Tim. III. 9.

mo, pues puedo caer en el esceso que ahora condeno y deploro. Solo vuestra gracia puede preservarme de él, y yo la reclamo de vuestra infinita bondad.

2. Consideremos que los diáconos deben también distinguirse por una fé viva.⁸ Es necesario que todas sus acciones y procedimientos estén animados de sentimientos sobrenaturales y divinos; que como el justo, todos los dias se alimenten de la fé: *Justus ex fide vivit*. Es necesario que recuerden sin cesar, que sin esta virtud fundamental no harán cosa que pueda agradar á Dios: sin fé es imposible agradar á Dios.⁹ Dignaos ¡oh Dios mío! penetrarme bien de este espíritu de fé que animaba á los patriarcas, los apóstoles, los mártires y todos los santos, y en particular San Estéban, mi patron y mi modelo. Es necesario, además, que los diáconos tengan una virtud probada por mucho tiempo.¹⁰ Una virtud débil aún, que no está profundamente arraigada en el corazón, no puede convenir á los que han sido honrados con el sagrado orden del diaconado; los Padres del Concilio de Trento exigen, como el Apóstol, una virtud sólida, probada, y que resplandezca á los ojos de los fieles que son testigos de ellas.¹¹ Antes de presentarme á los sagrados altares para recibir este orden santo, debo examinar delante de Dios si tengo todas las disposiciones que la Iglesia exige de los diáconos. ¡Ah! ¡qué lejos estoy de ellas! No puedo pensarlo sin cubrirme de confusion, sobre todo, cuando pienso que los diáconos no deben tener defecto ninguno que los haga indignos de su ministerio.¹² Los pueblos tienen sin cesar los ojos

Iglesia! ¡Quereis ser nuestros gefes y nuestros

fijos sobre los levitas del Señor; si advierten la menor mancha en su conducta, se escandalizan de ella, pierden la confianza y no tienen ya ni el mismo respeto ni la misma estimacion por ellos. Debo, pues, aplicarme mucho mientras estoy en este retiro, á corregirme de todas mis imperfecciones, y para ayudarme á trabajar con buen éxito en la enmienda de mi espíritu, recordaré con frecuencia este aviso que me va á dar el pontífice al imponerme las manos: *Estote nitidi, mundi, puri, casti, sicut decet ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei*.¹³ De este modo mereceré ser asociado á los hijos de Leví, y participar de todos los privilegios de esta tribu predilecta á que voy á incorporarme.¹⁴

Para penetrarme mas y mas de estos piadosos sentimientos, tomo la resolucion: primero, de recordar frecuentemente las virtudes que exige el orden del diaconado; segundo, de pedir las á Dios todos los dias en la misa, en mis comuniones, y durante mis visitas al Santísimo, no perdiendo de vista este oráculo sagrado: *Cui commendaverunt multum plus petent ab eo*.¹⁵

1 Hoc officio usus est Dominus, quando post Cœnam proprio ore ac propriis manibus Sacramenta confecta dispensavit. Iver de Chafr. ser. de excell. sacr. ord.

2 I. Tim. III, 8.

3 Sauc. Ignat. epist. ad Trallianos.

4 Inculpati esse debent, sicut ministri Christi et Dei, et non hominum. Epist. ad Philip.

5 I. Tim. III, 8.

6 Ibid.

7 Modico vino utere propter stomachum et tuas frequentes infirmitates. I. Tim. V, 23.

8 Habentes mysterium fidei in conscientia pura. I. Tim. III, 9.

mo, pues puedo caer en el exceso que ahora con-

- 9 Sine fide impossibile est placere Deo. Heb. XI, 6.
- 10 Et hi proventur primum I. Tim. III, 10.
- 11 Diaconi ordinentur habentes bonum testimonium et probati. Sess. 23 de refor., c. 13.
- 12 Et sic ministrent nullum crimen habentes. I. Tim. III, 11.
- 13 Pontif. Rom.
- 14 Ut digni addamini ad numerum ecclesiastici gradus, et hæreditas et tribus amabilis Domini esse mereamini. Ibid.
- 15 Cui commendaverunt, multum plus petent ab eo. Luc. XI.

Iglesia! ¿Quereis ser nuestros gefes y nuestros

XXXV.

MEDITACION

DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS PARA RECIBIR
EL DIACONADO.

Adoremos al Espíritu Santo, que se comunica á los diáconos de una manera especial en el momento de su ordenacion. El conoce los combates á que están destinados; los asaltos que deben sostener, para conservarse puros á los ojos del Señor; hé aquí por qué los reviste de su fortaleza divina: *Accipe Spiritum Sanctum ad robur.*¹ Demos gracias á este Espíritu divino por un favor tan singular, y procuremos hacernos dignos de él. Consideremos que para recibir el diaconado, es necesario ser, segun el testimonio de los Apóstoles: primero, hombres animosos y de una probidad conocida; segundo, llenos de sabiduría y del Espíritu Santo.²

1. El órden sagrado del diaconado no se debe conferir sino á hombres de un carácter maduro, fuerte y decidido: *Viros*, dicen los Apóstoles, es decir, hombres en quienes ya no se adviertan esas

mo, pues puedo caer en el esceso que ahora con-

ligerezas, esas debilidades y esas inconstancias tan ordinarias en la infancia, ó en la primera juventud. Esta honrosa dignidad exige corazones generosos que sepan desafiar el peligro, que sean superiores á todas las persecuciones; que á ejemplo del ilustre San Estéban y los esforzados San Lorenzo y San Vicente, sean capaces de las mayores empresas, de sostener los mas gloriosos combates por honor del Evangelio y la salud del prójimo. Hé aquí á los que la Iglesia juzga dignos del diaconado. Quiere tambien que á estos sentimientos de heroismo y de magnanimidad, junten una probidad conocida; porque debiendo por su estado ser los guías de los pueblos en los caminos de Dios, y encargados de anunciarles la palabra divina, de alimentarlos con la doctrina evangélica, deben predicar aun mas elocuentemente con su ejemplo que con sus discursos: es, pues, necesario que su vida sea de tal manera edificante, que si los fieles fueran interrogados sobre la regularidad de su conducta antes de su ordenacion, todos pudieran darle un testimonio lisonjero.³ Examine-mos ahora delante de Dios, si nuestra conducta es bastante arreglada y ejemplar para merecer el elogio y la aprobacion del público. ¿Qué cuidado tenemos en corregirnos de muchos defectos, sobre los cuales quizá nos hacemos ilusion, y que ofenden las miradas de los que nos rodean? Nosotros nos presentamos á la ordenacion llenos de confianza, mientras los asistentes, asombrados de nuestra temeridad, nos dicen esclamando en secreto: ¡Desgraciados! ¿dónde vais? huid, retiraos: ¡sois indignos del grado de honor á que va á elevaros la

Iglesia! ¿Quereis ser nuestros gefes y nuestros maestros, y no teneis mérito alguno que os distinga de nosotros!⁴

2. Consideremos que los que se presentan á recibir el diaconado, deben estar, en segundo lugar, llenos de sabiduría y del Espíritu de Dios: *Plenos Spiritu sancto et sapientia.*⁵ Debiendo ser un dia los modelos del pueblo fiel, es preciso que sus virtudes brillen con claridad á sus ojos. De manera que una piedad comun, que nada tuviera de notable, nada capaz de atraer, de mover los corazones fríos é insensibles para las cosas de Dios, no seria suficiente para los que quieren tomar asiento entre los Estébanes, Lorenzos y Vicentes. El diaconado exige corazones fervorosos, ardientes en celo por la causa sagrada que deben defender. Ya, al recibir el subdiaconado, el levita ha recibido el espíritu de sabiduría, de piedad y de temor de Dios. Este Espíritu divino ha debido despertar su celo, reanimar su valor, doblar sus fuerzas, y dar á su alma un ardor singular por la perfeccion; pero hoy que la Iglesia le dice: *Ascende superius,*⁶ es preciso que su virtud adquiriera un nuevo lustre; que se engrandezca, que se fortifique, que se eleve á proporcion del grado eminente donde el cielo quiere colocarlo; porque ¿no seria una vergüenza y un verdadero desórden dar un paso tan honroso en la clericatura y no adelantar nada en la carrera de las virtudes? ¿No seria, como dice San Ambrosio, comprometer evidentemente la dignidad con que se nos honra, no sostenerla por las buenas obras y por actos de virtud tan edificantes que todos se admiren de ellos y bendigan al Señor por

tudes: ~ Por tu conducta, por tu exterior modesto

haberse preparado tan dignos ministros? ⁷ Espíritu divino, autor de todo dón perfecto, fuente de toda justicia, dignaos echar sobre mí una mirada de misericordia! Venid á mi corazón, inflamadlo en el fuego sagrado de vuestra caridad, acabad de purificarlo aun de las menores manchas; porque yo sé que no podeis complaceros en una alma donde reina el pecado: *In malevolam animam non intrabit sapientia.* ⁸ Mi mayor deseo es agradaros y seguir vuestras divinas inspiraciones; pero ¡ah! soy todavía tan imperfecto, tan tibio, tan frío en vuestro servicio. ¡Ah! Dios mío: por vos mismo os lo suplico; cambiadme, convertidme, á fin de que caminando con paso firme por los senderos de la justicia, me haga digno del grado eminente adonde me queréis elevar.

1 Pontif. Rom.

2 Considerate viros boni testimonii septem, plenos Spiritu Sancto et sapientia. Act. VI, 3.

3 Habentes testimonium bonum ab iis qui foris sunt. I. Tim. III, 7.

4 Quomodo potest observari à populo, qui nihil habet secretum à populo, dispar à multitudine? Quid enim in te miretur, si sua in te cognoscat, si nihil in te aspiciat quod ultra se inveniat. Si quæ in se erubescit in te quem reverendum arbitrat, offendat! S. Amb. ep. 6, alias 20, ad Tren.

5 Act. VI, 3.

6 Luc. XIV, 10.

7 Decet actuum operumque nostrorum talem esse publicam æstimationem et attestationem, ne derogetur muneris, ut qui videt ministrum altaris congruis ornatum virtutibus, auctorem prædicent, et Dominum veneretur qui tales servulos habet. L. I, de offic. c. 5.

8 Sap. I, 4.—Optavi, et datus est mihi sensus, et invocavi et venit in me Spiritus Sapientiae. Sap. VII, 7.—Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum. Joan. XV, 5.—Si quis vestrum indiget sapientia, postulet à Deo, qui dat omnibus affluenter. Jacob. I, 5.

XXXVI.

MEDITACION

SOBRE LA DIGNIDAD DEL PRESBITERADO, SACADA DE LA ETIMOLOGIA DE LA PALABRA "PRESBYTER."

Adoremos á Jesucristo, electo y consagrado sacerdote por su Padre celestial; título glorioso, digno de todos nuestros respetos, dignidad eminente que los ángeles del cielo veneran; nombre augusto y santo, con que se tiene á bien honrarnos por mas indignos que seamos. Hacedme comprender ¡oh Salvador mío! toda la sublimidad de este honroso nombre, para que sepa yo respetarlo con mi conducta. ¹

1. Queremos ser sacerdotes, este es nuestro designio y nuestro deseo; pero ¿sabemos bien lo que es un presbítero? ¿Conocemos la etimología de esta palabra? ¿hemos comprendido su verdadero sentido? Los Padres de la iglesia griega han llamado al sacerdote Presbyter, es decir, *præbens iter, scilicet, populo de exilio hujus mundi ad patriam cælestis regni.* ² El camino del cielo es poco

tudes: Por tu conducta, por tu exterior modesto

sabido de la mayor parte de los cristianos; es estrecho y difícil, no se camina por él sino con trabajo: Dios escogió en la tierra hombres á quienes honra con su poder y su confianza, y que, en su nombre y por sus órdenes, abren á los fieles la senda que conduce á una feliz eternidad. Son estos como ángeles de la tierra, que conducen y dirigen á las almas por en medio de mil escollos hasta el puerto de salvacion. ¡Qué noble, qué sublime mision! Esta es la que me será confiada algun dia; ¡qué gloria, qué honra para mí! ¡Puedo pensar en ella sin anonadarme y confundirme de vista de mi indignidad? Allanar el camino del cielo á mis hermanos, conducirlos, dirigirlos en este camino peligroso, proporcionarles los socorros del cielo que necesitan para hacerlos llegar felices á la inefable bienaventuranza que el Señor les reserva; he aquí la honrosa funcion de que me voy á encargar por la augusta cualidad de sacerdote. Los cristianos son en la tierra unos infelices desterrados: el sacerdote es enviado á ellos para consolarlos y librarlos de su dura esclavitud: *Prophetam populo de exilio hujus mundi ad patriam celestis regni*. A su voz se rompen sus cadenas, sus prisiones se hacen pedazos; los lazos que los ligaban á los bienes perecederos de este mundo, caen á sus piés como los de San Pedro á la palabra del ángel.³ Libres entonces de las solicitudes de la tierra, buscan á Dios, lo alaban, lo bendicen, y fieles á su ley santa, se aseguran la corona inmortal: he aquí lo que hace un buen presbítero. ¡Oh! es el momento de esclamar con San Efrén: *Opus testas ineffabilis quæ in nobis habitare dignata*

1. El sacerdote es llamado así, porque su estado lo obliga á anunciar á los fieles la palabra de

per impositionem manuum sanctorum sacerdotum! O quam magnam in se continet profunditatem formidabile et admirabile sacerdotium! Estas bellas palabras me hieren y me mueven; ellas me hacen comprender el sentido de la palabra presbítero; yo no lo habia conocido bien; aun no lo habia meditado: no es extraño que aun no tuviera una justa idea de ella. Aun necesito vuestra gracia, Dios mio, para penetrarme mas y mas de su nobleza y de su grandeza.⁵

2. Debo considerar en segundo lugar cuál es el otro hermoso título con que seré honrado cuando haya recibido la uncion sacerdotal. Al que los griegos llaman *Presbyter*, los latinos dan el nombre de Senior, anciano; es decir, maduro, grave, prudente, sabio, venerable, que nada tiene ya de la infancia ni de la juventud; de suerte que se le pueda dar como á los padres, la cualidad de grande y primero en el pueblo: *Majores*. A él se dirigen estas palabras del Apóstol: *Juvenilia autem desideria fuge*.⁶ El sacerdote es llamado anciano no por el número de años, sino por la sabiduría y la virtud: *Dicitur senior, non ætate sed sensu*.⁷ Anciano por la prudencia y la reflexion, que sabe obrar y contemporizar cuanto conviene, caminar y detenerse oportunamente, reprender con fuerza y consolar con dulzura; anciano por el imperio que debe tener sobre sus pasiones, y por una castidad tan sólida, que no esté ya sujeto á la ley de sus miembros.⁸ Jóven presbítero, ¡has merecido con justicia el nombre de venerable, de anciano, de presbítero por el conjunto de todas estas virtudes?⁹ Por tu conducta, por tu exterior modesto

sabido de la mayor parte de los cristianos; es es-

y grave, por tu aire edificante, debes hacerte digno de este nombre é inspirar una especie de veneracion á tu persona. ¹⁰ Cuando un jóven eclesiástico, como el jóven Tobías, nada hace que indique ligereza ni precipitacion; ¹¹ cuando se conduce siempre con reserva y madurez, bien pronto se gana la estimacion, las atenciones y la confianza de todo el mundo. Se habla de él con elogio, se solicitan sus consejos, se le descubre el corazon, y el Señor se complace en bendecir su ministerio.

Yo soy diácono, y me preparo á ser muy pronto sacerdote; pero ¡ah! Dios mio: ¿puedo yo decir que tengo esa madurez, esa prudencia, esa gravedad, esa sabiduría que exigís de vuestros levitas para elevarlos á tan alta dignidad? ¡Ah! ¡vos sabéis bien cuán lejos estoy de esto! Pero quiero desde este momento corregir en mí lo que tengo aun de pueril y de ligero, para que, si no puedo aun merecer el nombre de anciano por mis años, adquiera este título venerable por el ejercicio de todas las virtudes sacerdotales.

1 Videte fratres, vocationem vestram, eminentiam et dignitatem ordinis vestri. Petr. Bless. Serin. 61.

2 Honor. Aug. l. I, de Presbyteris.

3 Et ceciderunt catenæ de manibus ejus. Act. XII, 7.

4 Ephrem. de sacerdotibus.

5 Quid mirum si illos vestra pietas honorare debeat, quibus in suo eloquio honorem tribuens, eos Deus ipse etiam appellat Deos. S. Greg. Mauritio Imper. refect. 11 quæst. I, c. de sacerdotibus.

6 II. Tim. II, 22.

7 Hon. Aug.

8 Senectus non annis cana, sed gratiis; non cariosa artubus sed gratiis vetusta; per longam siquidem temporum experientiam in senibus viget sapientia et ex defectu caloris naturalis in iisdem viget continentia. S. Hilar. Arelat.

1. El sacerdote es llamado así, porque su estado lo obliga á anunciar á los fieles la palabra de

9 Non tam ætate quam morum gravitate. Petr. Bless.

10 Ut cunctis afferant venerationem. Conc. Trid. sess. 22.

11 Cumque esset junior, nihil tamen puerile gerit in opere. Tob. I, 4.—Dicuntur senes hac similitudine, quia quod senes habent beneficio ætatis, id isti habent exercitio virtutis. Petr. Bless.

sabido de la mayor parte de los cristianos; es es-



DE LA DIGNIDAD DEL PRESBITERADO, SACADA
DE LA PALABRA "SACERDOS."

Yo os adoro, ¡oh Jesus, salvador mio! y os rindo mil acciones de gracias porque os dignais honrarme con un título augusto y con un ministerio sagrado, digno de todo mi respeto. Que no puedo yo, á ejemplo de vuestro Apóstol, conducirme de una manera tan edificante y tan santa, que todos los fieles, al verme revestido de un carácter tan bello y tan divino, bendigan vuestro nombre y rindan al sacerdocio los honores y los homenajes que le son debidos? Comenzaré por penetrarme y mis mismo de los sentimientos de la mas profunda veneracion á esta sublime dignidad: *Ministerium meum honorificabo*.¹ Consideremos que los ministros del Señor son llamados sacerdotes, porque están encargados: primero, de predicar y orar; segundo, de inmolar la víctima santa y edificar á los fieles.

1. El sacerdote es llamado así, porque su estado lo obliga á anunciar á los fieles la palabra de salvacion: *Sacerdos dicitur, quasi sacrum dans, dat enim sacrum de Deo, id est prædicationem*.² Funcion eminente y del todo divina que lo coloca al frente del pueblo cristiano, para recordarle sus deberes y dirigirlo por el camino de la justicia. Funcion augusta y honrosa que lo hace el maestro y doctor de sus hermanos, para disipar su ignorancia y hacer brillar á sus ojos las verdades eternas; pero funcion indispensable, dice Santo Tomás, que todo sacerdote debe mirar como un deber inherente á su estado.³ Yo debo recordar que para merecer anunciar el Evangelio de una manera útil á los fieles, debo imitar á mi divino maestro que comenzó á practicar él mismo antes lo que despues enseñó á los otros.⁴ Se predica muy elocuentemente cuando no se recomienda á los otros, sino lo que él mismo hace. Una sola palabra de edificacion de un sacerdote que tiene la reputacion de santo, hace mas impresion en los corazones que los discursos mas estudiados y mas patéticos. Se llama tambien sacerdote el ministro del Señor, porque está encargado de llevar al pié del trono de Dios los votos y las necesidades de los pueblos: *Sacerdos dat sacrum Deo*.⁵ Esta es, sin duda, una de sus funciones mas honrosas. Los fieles que tienen una alta idea de su virtud y de su crédito cerca de Dios, depositan en sus manos sus ofrendas, suplicándole que se interese por ellos delante de Dios.⁶ ¿Quién soy yo, Dios mio, para llenar cerca de vuestra divina majestad tan alto ministerio? ¿Quién, para acercarme á vuestro

1. Cosa mas propia para merecerlos que los sentimientos de los santos en órden al sacerdocio.

trono? Para tener imperio sobre vuestro corazon, es necesario ser vuestro amigo; ¿lo soy yo? Es necesario ser hombre de oracion y de súplicas. ¡Oh! ¡qué lejos estoy de serlo! No sé orar para mí mismo, ¿cómo osaré encargarme de los votos y de las súplicas de los otros? Purificad mis labios y mi corazon, á fin de que pueda dirigirme á vos con confianza. ⁷

2. Consideremos que un ministro de los altares se llama sacerdote porque inmola la víctima santa: *Sacerdos dicitur quasi sacrum dans, dat enim sacrum Dei, id est, carnem et sanguinem.* ⁸ He aquí la mas bella prerogativa del sacerdote; he aquí el privilegio que lo eleva sobre los hombres y sobre los ángeles. Puedo yo pensar en él sin anonadarme y confundirme, á vista de mi indignidad y de mis miserias? El sacerdote es el sacrificador del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Colocado entre el cielo y la tierra, manda al mismo Hijo de Dios, el Hijo de Dios le obedece; lo toma del seno mismo de su Padre, lo recibe en su boca, lo come y lo da á comer á los otros: dispone de él á su arbitrio y lo ve anonadado entre sus manos. ¡Oh manos mil veces felices porque tocaís tan frecuentemente el cuerpo virginal de un Dios! ¿no os habeis hecho jamas indignas de semejante honor? ¡Oh salvador mio! purificadme por vuestra sangre, por esa sangre preciosa que hace germinar vírgenes! ¡Qué desgracia seria la mia, si llegara yo á manchar estas manos que han sido santificadas, consagradas por la unción mas augusta y mas solemne en el momento de mi ordenacion! De cuán horrible profanacion, de qué espantoso sa-

gundo, de inmolar la víctima santa y euincarla á los fieles.

crilegio me haria yo culpable si las hiciera servir á la iniquidad! ⁹ En fin, el ministro del altísimo se llama sacerdote, porque está encargado de edificar al pueblo fiel por el buen ejemplo. ¹⁰ Orar, predicar, ofrecer el divino sacrificio, son las funciones esenciales é indispensables del sacerdote; pero le falta que cumplir un deber no menos importante, y es el de edificar por una conducta ejemplar: *Exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione.* ¹¹ El es, segun el lenguaje del Evangelio, la luz del mundo ¹² sobre lo cual San Crisóstomo dice: *Tenetur lucere quem Dominus voluit habere officium lucernæ.*

He aquí, ¡oh Dios mio! las verdades penetrantes que vos quereis que medite frecuentemente durante mi mansion en el seminario. ¡Puedo yo, en efecto, reflexionar en ellas sin concebir una alta idea del sacerdocio y de los deberes que impone? ¡Ah! yo os conjuro por vuestras entrañas de misericordia, que me penetréis profundamente de la escelencia y de la sublimidad de mi vocacion; bendecid la resolucion que tomo en vuestra presencia: primero, de pensar en ella frecuentemente al pié de vuestro altar; segundo, de aplicarme todos los dias á imitar la vida de mi salvador que se dignó asociarme á su sacerdocio.

1 Rom. XI, 13.

2 Petr. Bless.

3 *Proprie officium sacerdotis est mediatorem inter Deum et populum, in quantum scilicet divina populo tradit. S. Thoma.*

4 *Cœpit Jesus facere et docere. Act. I, 1.*

5 Petr. Bless.

6 *Preces populi Deo offert, et pro eorum peccatis Deo aliquantiter satisfacit. Unde Apostolus dicit: omnis pontifex ex ho-*

1. *Trava mas proprio para movernos que los sentimientos de los santos en órden al sacerdocio.*

minibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis que sunt ad Deum ut offerat dona et sacrificia pro peccatis. S. Thom. p. 3, quæst. 22.—Heb. V, 1.

7 Qui cum Deo versatur ad maximam similitudinem ejus, quoad fieri potest; effectum expresseque esse oportet. S. Dion. Areop., ep. 8, ad Demoph.

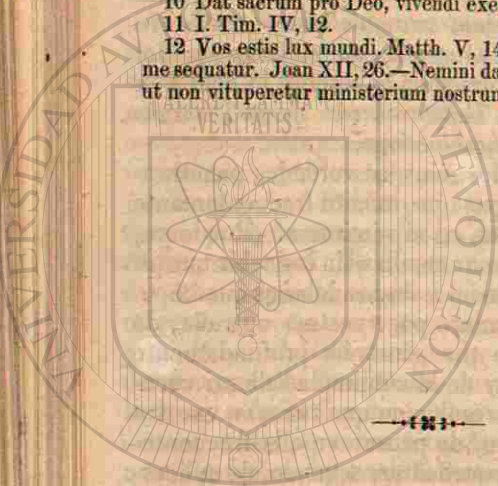
8 Petr. Bless.

9 Si haberes angelicam puritatem, et Sancti Joannis Baptiste sanctitatem, non esses dignus hoc sacramentum accipere, nec tractare. Imit. 1, 4, c. 5.

10 Dat sacrum pro Deo, vivendi exemplum. Petr. Bless.

11 I. Tim. IV, 12.

12 Vos estis lux mundi. Matth. V, 14.—Qui mihi ministrum sequatur. Joan XII, 26.—Nemini dantes ullam offensionem ut non vituperetur ministerium nostrum. II. Cor. VI, 3.



DIRECCIÓN GENERAL

guntos, de memoria la víctima santa y eucaristía a los fieles.

siempre grave, modesta y arreglada, á fin de que viéndome, se conserve la estimacion y la conside-

XXXVIII.

MEDITACION

DE LA ESTIMACION EN QUE DEBEMOS TENER AL SACERDOCIO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, supremo Sacerdote, que honró en su sagrada persona este título glorioso que ha recibido de su Padre. A ejemplo de este divino modelo, amemos, estime-mos el sacerdocio con que tiene á bien revestirnos. ¡Qué honor para los débiles mortales representar sobre la tierra al Verbo eterno, trabajar en su nombre en la obra de la redencion, y concurrir tan poderosa y eficazmente á poblar la Jerusalem celestial! ¹ Alabemos y demos gracias á este divino Salvador por la honra que se digna hacernos. Consideremos en esta meditacion: primero, el grande aprecio que los santos padres han hecho del sacerdocio; segundo, el que nosotros debemos hacer de él.

1. Nada mas propio para movernos que los sentimientos de los santos en orden al sacerdocio.

minibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis que sunt ad Deum ut offerat dona et sacrificia pro peccatis. S. Thom. p. 3, quæst. 22.—Heb. V, 1.

7 Qui cum Deo versatur ad maximam similitudinem ejus, quoad fieri potest; effectum expresseque esse oportet. S. Dion. Areop., ep. 8, ad Demoph.

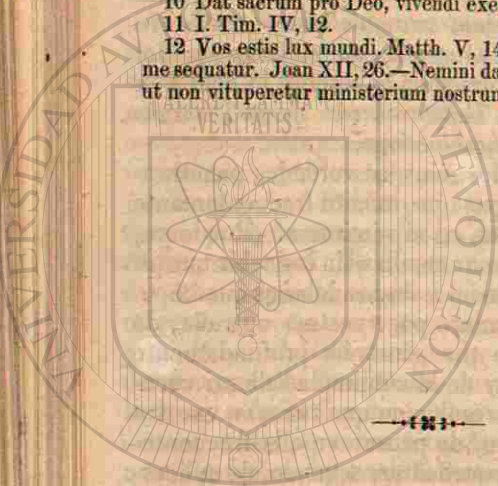
8 Petr. Bless.

9 Si haberes angelicam puritatem, et Sancti Joannis Baptiste sanctitatem, non esses dignus hoc sacramentum accipere, nec tractare. Imit. 1, 4, c. 5.

10 Dat sacrum pro Deo, vivendi exemplum. Petr. Bless.

11 I. Tim. IV, 12.

12 Vos estis lux mundi. Matth. V, 14.—Qui mihi ministrum sequatur. Joan XII, 26.—Nemini dantes ullam offensionem ut non vituperetur ministerium nostrum. II. Cor. VI, 3.



DIRECCIÓN GENERAL

guntos, de memoria la víctima santa y eucaristía a los fieles.

siempre grave, modesta y arreglada, á fin de que viéndome, se conserve la estimacion y la conside-

XXXVIII.

MEDITACION

DE LA ESTIMACION EN QUE DEBEMOS TENER AL SACERDOCIO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, supremo Sacerdote, que honró en su sagrada persona este título glorioso que ha recibido de su Padre. A ejemplo de este divino modelo, amemos, estime-mos el sacerdocio con que tiene á bien revestirnos. ¡Qué honor para los débiles mortales representar sobre la tierra al Verbo eterno, trabajar en su nombre en la obra de la redencion, y concurrir tan poderosa y eficazmente á poblar la Jerusalem celestial! ¹ Alabemos y demos gracias á este divino Salvador por la honra que se digna hacernos. Consideremos en esta meditacion: primero, el grande aprecio que los santos padres han hecho del sacerdocio; segundo, el que nosotros debemos hacer de él.

1. Nada mas propio para movernos que los sentimientos de los santos en orden al sacerdocio.

minibus assumptas, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum ut offerat dona et sacrificia pro peccatis. S. Thom. p. 3, quæst. 22.—Heb. V, 1.

San Efrén lo llama un milagro sorprendente y una potestad inconcebible: *Stupendum miraculum et inexplicabilis potestas*.² San Isidoro asegura: que es cierta cosa divina y el mas alto punto de excelencia y de elevación adonde se puede llegar entre los hombres.³ San Ignacio mártir, dice: que es el colmo de la gloria y de todos los bienes que pueden poseerse sobre la tierra.⁴ San Bernardo, dirigiéndose á los sacerdotes, les dice con un santo entusiasmo: Ministros del Dios vivo, ¡oh! ¡qué grande es el privilegio de vuestro orden! Dios os ha colocado sobre los reyes y los emperadores; ha preferido vuestro orden á todos los otros órdenes; ¡qué digo? os ha preferido á los ángeles y á los arcángeles, á los tronos y á las dominaciones; porque del mismo modo que el Verbo divino no ha unido á su persona la naturaleza angélica, sino la sangre de Abraham para hacer el oficio de Redentor; así tampoco ha confiado á los ángeles sino á los hombres, el ministerio de consagrar su cuerpo y su sangre.⁵ Estos nombres honrosos, de gefes, guías, médicos, doctores, padres de los pueblos, embajadores, ministros de Jesucristo, que los santos padres dan á los sacerdotes de la Nueva Alianza, ¡no son otras tantas pruebas palmarias de la alta estimación en que tenían su augusto ministerio? Por eso jamas hablaban de él sino con profundo respeto; procuraban siempre rodearlo de las consideraciones que merece; hacian resaltar su brillo por sus discursos y sus escritos; pero sobre todo, mostraban su estimación á este estado santo y venerable, por una conducta ejemplar y verdaderamente sacerdotal. ¡Dichoso yo si puedo ser

siempre grave, modesta y arreglada, á fin de que viéndome, se conserve la estimación y la conside-

heredero de estos sentimientos, como debo serlo del sacerdocio que ellos han sabido hacer respetar! ⁶

2. Puesto que, segun el lenguaje de San Ambrosio y el de todos los Padres de la Iglesia, nada hay mas grande ni mas elevado en el mundo que el sacerdocio de Jesucristo: *Nihil excellentius hoc sæculo*,⁷ ¡cuál debe ser la estimación en que debo yo tenerlo? Esta estimación debe manifestarse en mis palabras y en mi conducta. Si considero el sacerdocio con los ojos de la fé; si atiendo á que Jesucristo fué revestido de él por su Padre; que él mismo desempeñó sus augustas funciones; que lo ha confiado á sus Apóstoles para ejercerlo en su nombre; que los mismos Apóstoles lo han mirado constantemente como su mas glorioso título: *Corona gloriæ in manu Domini*;⁸ ¡con qué ojos debo yo verlo? Si yo lo estimo, si lo amo tanto como merece, debo hacer su elogio siempre que convenga, debo hablar de él con honor, sostener su dignidad, mostrarme su defensor, combatir sus injustos detractores y proclamar por todas partes sus divinas prerogativas. ¡Es esto, Dios mio, lo que he hecho hasta el presente? No me atreveré á decirlo; por el contrario, confieso, para mi vergüenza, que he hablado de él sin estimación, y aun á veces sin respeto; mi corazón no se ha afligido cuando lo he visto ultrajado, despreciado por los discursos del impío, y, lo confieso para confusión mia, he dejado escapar una sonrisa criminal, al oír indignos calumniadores insultar el estado mas santo. ¡Cómo con disposiciones tan culpables y que hieren en lo mas vivo el corazón de Dios, me atreveré

minibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum ut offerat dona et sacrificia pro peccatis. S. Thom. p. 3, quæst. 22.—Heb. V, 1.

yo á acercarme al altar y dejar imponerme manos?

3. Mi conducta probará el aprecio que hago sacerdocio, si lo respeto en la persona de los ministros del Señor; sobre todo, si mi vida corresponde á la santidad que exige este santo estado. Podré yo no tener en sumo aprecio á un sacerdote cuando considero que es el vicario de Jesucristo en la tierra: *Christi vicarii*; ⁹ que ocupa su lugar y desempeña sus augustas funciones: *Vicem runt Christi summi sacerdotis*? ¹⁰ Podré yo no recibir la mas alta idea de él cuando leo y medito atentamente estas admirables palabras: *Sacerdos habet primatum Abel, patriarchatum Abrahamæ, bernaculum Noë, ordinem Melchisedech, dignitatem Aaron, auctoritatem Moysis, virtutem Samuelem, paupertatem Petri, unctionem Christi*. ¹¹ Las gloriosas prerogativas no me imponen la obligación de no mirar jamás á un ministro de los santos sino con la mas profunda veneración? Pero, sobre todo, debo manifestar mi aprecio al sacerdote por mi conducta: sabia, regular, edificante y verdaderamente eclesiástica. Me haria ilusion, si tendiera rodear el ministerio evangélico de consideraciones que merece, sin tener cuidado de practicar sus virtudes.

Por fruto de esta meditacion, tomo en vuestra divina presencia ¡oh Dios mio! las siguientes resoluciones: primero, manifestaré en todas circunstancias mi estimacion y mi respeto al sacerdote á que aspiro; segundo, hablaré de él siempre de una manera honrosa, para sostener su dignidad en los ojos de los fieles; tercero, mi conducta

siempre grave, modesta y arreglada, á fin de que viéndome, se conserve la estimacion y la consideracion que merece el ministerio de los altares. Bendecid, Dios mio, estas resoluciones, concededme la gracia de ser fiel á ellas; pues de este modo se me podrán aplicar estas bellas palabras de San Próspero: *Isti sunt ministri Verbi, adjutores Dei, oraculum Spiritus Sancti*. ¹²

1 Pro Christo legatione fungimur tamquam Deo exhortante per nos. II. Cor. V, 20.

2 Ephr. De Sacerdotio, c. 32.

3 Divinum quiddam ac rerum omnium præstantissimum, et omnium quæ inter homines expectantur velut extrema meta. S. Isid. 2, ep. 52.

4 Omnium honorum, quæ in hominibus sunt, apex. S. Ign. ep. ad Smyrn.

5 Quanta est prærogativa ordinis vestri! Prætulit vos Deus regibus et imperatoribus; prætulit ordinem vestrum omnibus ordinibus; imo prætulit vos angelis et archangelis, tronis et dominationibus: sicut enim non angelos, sed semen Abrahamæ apprehendit ad faciendam redemptionem, sic non angelis, sed hominibus, solisque sacerdotibus dominici corporis et sanguinis commisit consecrationem. S. Bern. serm. ad past. in syn. c. 1.

6 Attende tibi, et vide cujus ministerium tibi traditum est per impositionem manus episcopi. Imit. l. 4, c. 5.

7 S. Ambr. de Sacerdot.

8 Petr. Bless.

9 Concil. Trid.

10 Pontif. Biblioth. apost.

11 Petr. Bless. serm. 60, ad sacerdot.

12 Prosp. lib. 1 de vita. contemplat. sacerdot. c. ult.

á su Hijo muy amado y lo consagra sacerdote segun el orden de Melquisedech: ³ el Verbo eterno viene á la tierra, cumple su mision divina; pero para perpetuar su sacerdocio, antes de volver al seno de su Padre, escoge doce Apóstoles, los revisa de su sagrado carácter, de su autoridad y de su poder: *Sicut misit me Pater et ego mitto vos.* ⁴ Hélos ahí honrados con un poder sublime y enteramente divino; hélos ahí consagrados sacerdotes de la Nueva Alianza, y encargados de llevar á todo el universo la buena nueva, de predicar por todas partes y á toda criatura la palabra de vida: *Euntes, docete omnes gentes.* ⁵ Pero para que no olviden jamas de dónde les viene esta gloriosa prerogativa, el Salvador les recuerda que por un dón enteramente gratuito han sido elevados á esta augusta dignidad. ⁶ Si hay en la Iglesia de Dios diversos órdenes, todos ellos tienen por autor á Jesucristo. Las funciones de apóstoles, de evangelistas, de profetas, de pastores y doctores, vienen del mismo Señor. ⁷ Es uno mismo este Dios que ha echado sobre nosotros una mirada de benevolencia, que nos ha escogido entre mil, que nos ha colocado en su santuario, que nos quiere confiar su poder, hacernos depositarios de sus misterios, consagrarnos, en fin, sacerdotes para ser sus representantes en la tierra. ⁸ ¡Oh sacerdocio de mi Dios, qué grande me pareces! ¡Ministerio divino, cuán digno eres de mis homenajes! ¡Qué grande honor me vais á hacer, Dios mio, confiándome un poder tan eminente y tan noble! ¡Cómo podré yo agradecer tan grande beneficio? ¡Cómo podré manifestaros mi gratitud? Sed por siempre bendito,

XXXIX.

MEDITACION

DE LA DIGNIDAD DEL SACERDOCIO CONSIDERADO CON
RELACION A SU INSTITUCION Y DURACION.

Yo os adoro ¡oh Jesus! mi amable Redentor, que por un insigne privilegio me habeis escogido para trabajar con vos en destruir el pecado y conquistar las almas. ¹ ¡Qué honor para mí ser asociado á la mision del Salvador del mundo! ¡Hay cosa mas noble y mas honrosa sobre la tierra! ¡Que no pueda yo celebrar dignamente un dón tan gratuito y tan generoso! ¡Dios de amor, sed siempre y por siempre bendito! ¡Alma mia, salta de gozo y publica los favores del cielo! ² Para formarnos idea de la excelencia del sacerdocio, consideremos: primero, que Dios mismo lo ha instituido; segundo, que debe durar eternamente.

1. El Padre celestial quiere salvar á los hombres que el pecado precipita diariamente al abismo. Para realizar estos designios de misericordia, elige

Dios mio, porque os habeis dignado poner los ojos en el mas indigno de vuestros servidores.⁹

2. Consideremos, ademas, que el sacerdocio con que muy pronto seremos honrados, debe durar eternamente. El sacerdocio de la antigua Ley era, sin duda, muy recomendable, pues que tenia por autor al mismo Dios; pero no debia subsistir sino por cierto tiempo, segun lo habian anunciado los Profetas. No sucede lo mismo con el sacerdocio evangélico. El Padre Eterno, consagrando sacerdote a su divino Hijo, le da un sacerdocio eterno;¹⁰ y como todos los sacerdotes de la nueva Ley son herederos del sacerdocio de Jesucristo, siguen que una vez consagrados sacerdotes, lo son para siempre. La unción sacerdotal imprime en nuestras almas un carácter sagrado, que subsistirá tanto como Dios; carácter enteramente divino que nos consagra al Señor; carácter infinitamente honroso que la mano de Dios graba en nuestros corazones de la manera mas indeleble; carácter precioso por el que la divinidad se retrata en nosotros con los mas hermosos rasgos;¹¹ en fin, carácter eterno que nada podrá debilitar ni borrar; los años, los siglos pasarán, el universo será destruido y el carácter sacerdotal siempre será. En vano sacerdotes indignos de este nombre, se esmerarán en su vida impía, libertina y escandalosa en hacer que el público olvide que son sacerdotes; se harán culpables, si se quiere, de todas las bajezas indignas de un hombre de honor; renunciarán sus mas bellos títulos de nobleza y de grandeza, renegarán de la fé sacerdotal, llegarán aun á apostatar; por una conducta tan indigna como ésta, llegarán

los ojos de los fieles; tercero, mi conducta

de sacrificador. Esta es sin contradicción la función mas honrosa, mas augusta y mas sagrada

ser el ludibrio de los pueblos, pero nunca jamás conseguirán alterar ese carácter divino que los ha consagrado sacerdotes. Lo llevarán al juicio de Dios, lo llevarán á los infiernos, y allí será para ellos por toda la eternidad un carácter de vergüenza, de ignominia y de oprobio.

Dios mio, yo me preparo á recibir muy pronto este augusto carácter, ¿será para mí en la eternidad un título de gloria ó un distintivo de criminal? No lo sé: lo que sé es, que si yo lo amo, si lo respeto, si lo honro, si me dispongo á recibirlo dignamente, será para mí en el cielo un título de gloria y de triunfo. Tomo, pues, la resolución de ocuparme desde este momento en prepararme para recibirlo con las mas santas disposiciones. Para esto concebiré de él la mas alta idea: pensaré en él frecuentemente; yo grabaré en mi alma estas palabras del grande Apóstol: *Ministerium meum honorificabo.*¹²

1 Dei adjutores sumus. I. Cor. III, 9.

2 Benedic anima mea Domino; et noli oblivisci omnes retributiones ejus. Psal. CII, 2.

3 Tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech. Psal. CIX, 4.

4 Joan. XX, 21.

5 Matth. XXVIII, 19.

6 Non vos me elegistis, sed ego elegi vos. Joan. XV, 16.

7 Ipse dedit quosdam quidem apostolos, quosdam autem prophetas, alios vero evangelistas, alios autem pastores et doctores ad consummationem sanctorum. Ephes. IV, 2.

8 Elegit nos ante mundi constitutionem. Ephes. I, 4.

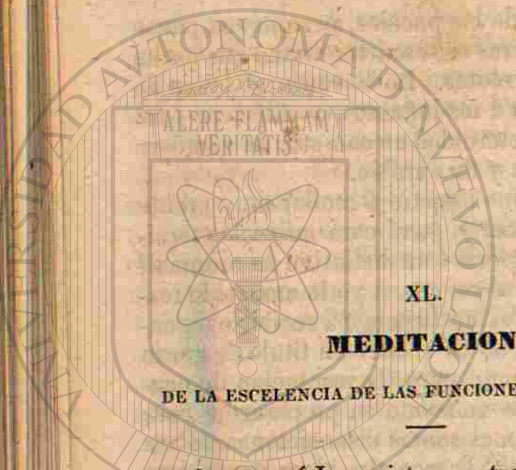
9 Et nunc in omni corde, et ore collaudate, et benedicite nomen Domini. Eccli. XXXIX, 41.

10 Tu es sacerdos in æternum. Psal. CIX, 4.

11 Signatum est super nos lumen vultus tui Domine. Ibid IV, 7.

12 Rom. XI, 13.

Dios mio, porque os habeis dignado poner los ojos en el mas indigno de vuestros servidores.⁹



MEDITACION

DE LA ESCELENCIA DE LAS FUNCIONES SACERDOTALES.

Adoremus á Jesucristo, nuestro dueño soberano, que se digna confiarnos las funciones mas altas y sublimes. Pidámosle hoy la gracia de concebir la mas alta idea de ellas; mientras mas las estimemos, mas cuidado tendremos de desempeñarlas dignamente. ¡Qué honor para nosotros ser revestidos de un poder que no ha sido confiado ni á los ángeles mismos, y que los santos no han mirado sino temblando! Cada seminarista debe considerar que una vez consagrado sacerdote, tendrá deberes importantes que cumplir para con el pueblo cristiano que le fuere confiado; deberes honrosos y penosos. Los deberes de un sacerdote en el santo ministerio, son: primero, de mediador y pastor; segundo, de guía y sacrificador.

1. El primer deber de un sacerdote es: ser mediador entre Dios y los hombres. Para cumplir esta funcion tan esencial, obliga la Iglesia á todos

de sacrificador. Esta es sin contradiccion la funcion mas honrosa, mas augusta y mas sagrada.

sus ministros á rezar diariamente las horas canónicas. Los fieles, ocupados casi todos los instantes del dia en trabajos penosos que disipan, no pueden aplicarse sino rara vez á la oracion: nos dejan el cuidado de dirigir al cielo sus votos y súplicas; por eso nos confian sus ofrendas, y nos ruegan que las presentemos al Señor, esperando que nosotros seremos mas favorablemente escuchados.² Seria, pues, faltar á su confianza y traicionar sus mas caros intereses no trabajar en hacerles propicio el cielo. El sacerdote, dice el profeta Joél, debe constantemente colocarse entre el vestíbulo y el altar para pedir gracia en favor del pueblo.³ Para esto es necesario ser hombre de súplicas y de oracion, hallarse frecuentemente al pie de los altares; gemir sobre sus propias infidelidades y sobre los pecados de los fieles confiados á su cuidado. Estando el sacerdote por razon de su estado, colocado entre el cielo y la tierra, debe interponer su mediacion para obrar entre Dios y el pecador una perfecta reconciliacion. Es tambien el sacerdote pastor de las almas, y, en calidad de tal, debe instruir su rebaño y dirigirlo por los caminos del Señor.⁴ Como depositario de la ciencia, debe desmenuzar en favor de sus ovejas el pan de la divina palabra.⁵ El pueblo cristiano tiene necesidad de ser ilustrado, sostenido, animado; de otra manera, llegará á ser ignorante, infiel y vicioso. Por eso San Pablo esclama: *Væ mihi si non evangelizavero.*⁶ Todo pastor debe tener el mismo lenguaje y está obligado á dar á todos instrucciones convenientes: á la infancia, los primeros principios de la doctrina cristiana; á la juven-

Dios mio, porque os habeis dignado poner los ojos en el mas indigno de vuestros servidores.⁹

tud, lecciones llenas de firmeza y de prudencia; á la edad madura, una direccion llena de bondad y de mesura; á la vejez, condescendencias y miramientos, que puedan conciliarse con la severidad de las reglas. En fin, se debe todo á todos; para ganarlos á todos á Jesucristo.⁷

2. Consideremos que el sacerdote es tambien guía de las conciencias; funcion delicada, pero grande; honrosa y del todo celestial. ¡Qué maravilla, exclama San Juan Crisóstomo, y quién lo creyera? El siervo es constituido juez sobre la tierra, y el Señor ratifica en el cielo sus sentencias: *Servus sedet in terra, et Dominus sequitur sententiam*. El cielo recibe de la tierra la regla y la forma de justicia que debe seguir: *A terra judicandi formam cælum accipit*. ¡Hay cosa mas augusta sobre la tierra? Un sacerdote en el santo tribunal es el delegado de Jesucristo para concluir esa grande paz que se negocia entre el cielo y la tierra, entre un Dios ultrajado y el hombre culpable; él es á quien el soberano del universo remite su causa y sus intereses.⁸ Por enemigo de Dios que sea el pecador, detestando su falta, confesándola, llorándola, si recibe la gracia de la absolucion, hélo ya restituido á su amistad, el Señor perdona todo lo que el sacerdote perdona, retiene todo lo que el sacerdote retiene; pudiéndose decir que el cielo se abre ó se cierra á su arbitrio.⁹ Se puede, pues, decir que todo lo que hay de mas santo y sagrado está á disposicion del sacerdote. El da á las almas su primera inocencia; se las restituye cuando la han perdido; las conduce hasta el seno de Dios. En fin, el sacerdote sube al altar para hacer el oficio

de sacrificador. Esta es sin contradiccion la funcion mas honrosa, mas augusta y mas sagrada que puede el hombre desempeñar sobre la tierra. ¡Quién podria imaginar, si la fé no lo enseñara, que Dios se digna obedecer la voz de un débil mortal?¹⁰ Si, en el momento mismo en que el sacerdote pronuncia las tremendas palabras de la consagracion, el cielo se abre, el Verbo Divino descende de su trono y va á las manos de su ministro. Así es como un hombre débil y mortal, frecuentemente muy indigno, puede, en virtud de su carácter, producir en un instante, y cuando él quiere, á su Criador y á su Dios, tocar su sagrado cuerpo, inmolarlo, alimentarse de él, y distribuirlo á los fieles. Lo que los ángeles no pueden mirar sino temblando, él lo puede hacer, y lo hace todos los dias. Abramos los ojos de la fé para considerar la escelencia y el precio de la víctima que ofrecemos en los santos altares: ella es el tesoro del mundo, la gloria del cielo y de la tierra, es el cuerpo sagrado del Salvador, es la sangre del Cordero sin mancha. ¡Podemos nosotros ver tantos objetos, tan augustos y tan venerables al traves de las nubes eucarísticas, sin sentirnos sobrecogidos de un religioso terror? ¡Oh! ¡en qué abismo de anonadamiento se hundiria un sacerdote si comprendiera lo que hace cuando celebra nuestros divinos misterios!

Muy pronto tendré yo ¡oh Dios mio! la dicha de subir al altar; concededme la gracia de prepararme dignamente; dadme una alta idea de tan sublime funcion: purificad mi lengua que debe pronunciar las terribles palabras que consagran el cuerpo y la sangre de Jesucristo; purificad mis

mos estos tronos radiantes de gloria donde celebramos

manos que van á tocarlo y llevarlo; purificad mi corazon que será su santuario vivo: *Mundamini qui fertis vasa Domini.*¹¹

1 Grande mysterium et magna dignitas sacerdotum: quibus datum est quod angelis non est concessum. Imit. p. I. 4, c. 5.

2 Offerre holocaustum et deprecare pro te et pro populo. Levit. IX, 7.

3 Inter vestibulum et altare plorabunt sacerdotes, ministri Domini et dicent: parce, Domine, parce populo tuo. Joel. II, 17.

4 Pascite qui in vobis est gregem Dei. Petr. V, 2.

5 Labia enim sacerdotis custodient scientiam et legem requirunt ex ore ejus. Malach. II, 7.

6 I. Cor. IX, 16.

7 Omnibus omnia factus, ut omnes facerem salvos.

8 Judicate inter me et vineam meam. Isa. V, 3.

9 Quorum remisistis, peccata, remittuntur eis et quorum retinueritis retenta sunt. Joan XX, 23.

10 Obediente Domino voci hominis. Jos. X, 14.

11 Isa. LII, 11.

XII.

MEDITACION

DE LA RECOMPENSA RESERVADA AL MINISTERIO SACERDOTAL.

Adoremos á Jesucristo, que se complace en remunerar magníficamente á sus ministros fieles que están generosamente consagrados á su servicio y la conquista de las almas. ¡Qué motivo de alegría y propio para animarnos, pensar que el Dios á quien servimos no se deja vencer en liberalidades, y que en el gran día de su justicia, en el que retribuirá á cada uno segun sus obras, colocará sobre nuestras sienes las mas brillantes coronas! Consideremos que nuestra felicidad en el cielo será grande: primero, por parte de Dios, á quien habremos hecho glorificar; segundo, por parte de los escogidos á quienes habremos salvado.

1. Sobre la tierra, el sacerdocio queda sin recompensa, frecuentemente los ministros de la religion no recogen otros frutos de sus trabajos mas que persecuciones, insultos y desprecios; solo el

fin, el sacerdote sube al altar para hacer el oficio

mos estos tronos radiantes de gloria donde estamos

cielo es el lugar de su triunfo. Allí es donde recibirán de Dios el precio de su penoso ministerio. Sí: en el cielo se complacerá Dios en colmar de felicidad y de ventura á sus ministros fieles. Regocijaos, nos dice Jesucristo en la persona de sus apóstoles, porque la recompensa que os espera en el cielo será grande y magnífica: *Gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis.*² El Salvador, es verdad, se muestra liberal para con todos sus escogidos, á todos los recompensa con generosidad; pero reserva á sus ministros un rango mas elevado, un lugar mas distinguido, un trono mas magnífico, una corona mas brillante y testimonios de un amor mas afectuoso y mas tierno. El mismo es quien nos enseña esa verdad consoladora. Sus apóstoles le preguntaban un día cuál sería el precio de todos los sacrificios que habian hecho para seguirle, y les contestó: Vosotros que lo habeis abandonado todo, parientes, amigos, bienes, placeres, para ser mis discípulos y predicadores de mi Evangelio: *Vos qui secuti estis me*, al fin de los siglos, cuando el Hijo del Hombre esté sentado en el trono de su majestad,³ os sentaréis á mis lados para juzgar á las doce tribus de Israel. Para darnos una idea de la bienaventuranza de los santos sacerdotes, el Espíritu Santo compara su felicidad á la de los otros predestinados, y nos enseña que estos brillarán en el cielo como el firmamento, porque fueron dóciles á las lecciones de sus pastores.⁴ Pero que, aquellos que les hubieren enseñado el camino de su salvacion, brillarán como astros en la ciudad celestial; su felicidad será tan perfecta, que exclamarán en un santo

fin, el sacerdote sube al altar para hacer el oficio

conocer los designios de Dios sobre mí; pero mien-

trasporte: *Nimis honorificati sunt amici tui Deus! nimis confortatus est principatus eorum!*⁵ Yo he sido testigo de vuestros trabajos, les dirá el Salvador, conozco todas vuestras virtudes, vuestros méritos y vuestras buenas obras; soy sensible á todo lo que habeis practicado por mi gloria y mis escogidos; habeis sido siervos buenos y fieles, entrad ahora al gozo de vuestro Dios, embriagaos ahora con los torrentes de sus delicias.⁶ Vosotros habeis renunciado en la tierra todas las felicidades mundanas, me habeis consagrado la castidad de vuestro cuerpo; ese voto solemne y perpetuo ha movido mi corazón, ese generoso sacrificio no puede quedar sin recompensa; vosotros formaréis en lo de adelante mi comitiva, entonaréis un cántico de inefable bienaventuranza que colmará de alegría á la corte celestial.⁷

2. Consideremos que en el cielo, Jesucristo no solo tendrá para sus ministros fieles una recompensa particular y les prodigará mil señales del amor mas tierno, sino que los ángeles y los santos ensalzarán tambien sus virtudes y su triunfo; publicarán tambien con placer sus victorias sobre el infierno y sobre el mundo; les mostrarán como otros tantos trofeos de su gloria, tantas almas santificadas por sus cuidados; esas almas afortunadas que su celo habrá ganado á Jesucristo, se agolparán en torno de ellos para espresarles su alegría y su gratitud. ¡Benditos seais por siempre, exclamarán en un santo transporte, vosotros nuestros caritativos guías! Vosotros sois, despues de Dios, los autores de nuestra eterna salvacion; á vosotros debemos estos tronos radiantes de gloria donde estamos

cielo es el lugar de su triunfo. Allí es donde reci-

sentados; á vosotros somos deudores de esta corona, de este cetro, de este ropaje de inmortalidad; de esta mansion deliciosa donde nos vemos inundados en un torrente de felicidad; sed por siempre glorificados. ⁸ El santo ministerio exige frecuentemente, es verdad, sacrificios penosos; muchas veces se le encuentra sin dulzuras y sin consuelos; con frecuencia está acompañado de disgusto, de tristeza y de amargura; pero alentaos, todas estas tribulaciones se cambiarán muy pronto en alegría. ⁹ *Tristitia vestra vertetur in gaudium.*

En el cielo seremos superabundantemente recompensados por todo lo que hubiéremos sufrido por nuestro Dios y la salud de nuestros hermanos. ¹⁰ Conque yo seré feliz ¡oh Dios mio! Si en el ejercicio del santo ministerio experimento algunas penas, si tengo que sufrir algunos combates, que padecer algunas persecuciones; este es el mas seguro medio para afianzar la corona que me habeis prometido. ¹¹ Me siento muy consolado ¡oh Dios mio! en vista del magnífico galardón que reservais en el cielo á vuestros ministros fieles. Por esto tomo con placer la resolución que vos mismo me inspirais de trabajar generosamente para adquirir las virtudes que exige el santo ministerio: no me arredraré, no desmayaré por los obstáculos que se me presenten, persuadido de que si soy fiel, seré coronado. ¹²

1 Et cum apparuerit princeps pastorum percipietis immarcescibilem gloriæ coronam. Petr. V, 4.

2 Matth. V, 12.

3 In generatione cum sederit filius hominis in sede maiestatis sue. Matth. XIX, 28.

conocer los designios de Dios sobre mí; pero mien-

4 Qui docti fuerint, fulgebunt quasi splendor firmamenti. Dan. XII, 3.

5 Psal. CXXXVIII, 17.

6 Euge serve bono et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis super multa te constituam, intra in gaudium Domini tui. Matth. XXV, 21.

7 Virgines enim sunt, hi sequuntur agnum quocumque ierit; et cantabant quasi canticum novum. Apoc. XIV, 3-4.

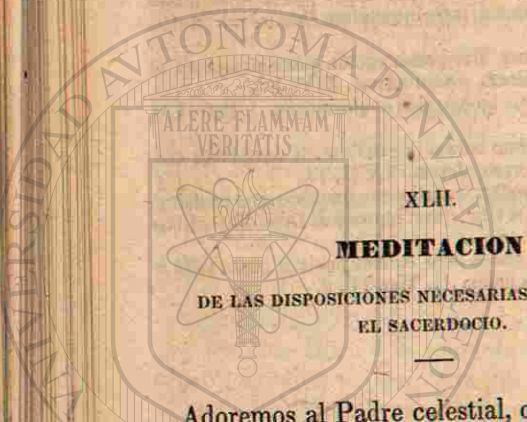
8 Exultabitis letitia inenarrabili et glorificata. I. Petr. I, 8, 9 Joan. XVI, 20.

10 Convertam luctum eorum in gaudium, et consolabor eos, et lætificabo à dolore suo. Jerem. XXXI, 13.

11 Beatus vir qui suffert tentationem; quoniam cum probatus fuerit accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Jacob. I, 12.

12 In reliquo reposita es mihi corona justitiæ quam reddet mihi in illa die justus iudex. II. Tim. IV, 8.

cielo es el lugar de su triunfo. Allí es donde reci-



XLII.

MEDITACION

DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS PARA RECIBIR
EL SACERDOCIO.

Adoremos al Padre celestial, que dió á su muy amado Hijo la unción sacerdotal, porque amó la justicia y aborreció la iniquidad.¹ Para merecer nosotros este insigne favor, debemos tener un horror santo al pecado, y un amor sincero á la justicia y á la piedad. Pidamos á Jesucristo estas santas disposiciones antes de presentarnos á recibir la unción santa y la imposición de manos que debe consagrarnos sacerdotes del Altísimo. Consideremos que las disposiciones necesarias para recibir el sacerdocio son: primero, una vocación cierta; segundo, una ciencia competente; tercero, la santidad de vida.

1. La primera disposición es una vocación segura. Ya he meditado frecuentemente este grande asunto; he reflexionado maduramente sobre las instrucciones y los avisos que se me han dado para

conocer los designios de Dios sobre mí; pero mientras mas me acerco al momento en que debo ascender á este grado eminente de la cléricatura, mas debo sondear mis disposiciones para ver si realmente la Providencia divina me llama. Hoy mas que nunca, debo seguir el consejo del Apóstol: *Videte vocationem vestram fratres.*² ¡Qué desgracia para mí si llegara á ingerirme por mí mismo en un estado tan santo! En lugar de recibir las gracias y las bendiciones que el cielo reserva á los levitas que el Señor mismo se ha escogido, yo no debería esperar sino los rayos y anatemas de un Dios celoso de su sacerdocio. Para evitar esta justa severidad, yo diré frecuentemente con el Profeta real: *Notam fac mihi viam in qua ambulem.*³ y con el Apóstol: *Domine, quid vis me facere?* Dichoso yo si por mis fervientes oraciones consigo conocer la santa voluntad de Dios sobre mi próxima ordenación.

2. La segunda disposición necesaria es la ciencia competente. ¡Qué grande, qué vasta y extendida es la ciencia que Dios exige de sus ministros! Deben ser la luz del mundo: *Vos estis lux mundi.*⁴ Deben ser una lumbrera siempre brillante para iluminar á los fieles en los caminos de Dios: *Lucerna ardens et lucens.*⁵ ¡Qué he hecho yo durante los cursos del seminario, para adquirir esta ciencia tan indispensable! ¡Puedo lisonjearme de haber empleado siempre bien el tiempo? ¡Ah! ¡Cuántas horas, cuántos dias y tal vez semanas enteramente perdidas! Si hubiera yo sabido utilizarlas; sobre todo, si hubiera yo tenido la prudencia de no aficionarme á estudios estraños á mi

gusto sacerdocio. Moises es el escogido para ser

estado, ¡cuántos rápidos progresos hubiera yo hecho en las ciencias eclesiásticas! ¡Cuántos pesares me hubiera evitado para lo sucesivo, y con qué seguridad vería aproximarse el momento de mi ordenación! Me queda felizmente un recurso: y es, reparar tantos días perdidos con un nuevo celo y un nuevo ardor en el estudio. Tengo un poderoso motivo para redoblar mi trabajo en el estudio. Este motivo lo encuentro en estas sagradas palabras, que debería tener siempre presentes: *Quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi.*⁶

3. La tercera disposición para recibir el sacerdocio, es la santidad de vida. No se trata aquí de una santidad perfecta y consumada. ¡Ah! ¡Quién pudiera pretender el sacerdocio si se creyera necesaria? La que se exige á los diáconos que se preparan al sacerdocio, es una santidad proporcionada á la grandeza de su vocación; santidad especial y no común: encuentro la prueba de esto en estas palabras del Profeta, que he leído frecuentemente, pero no meditado bastante: *Quis ascendet in montem Domini? aut quis stabit in loco sancto ejus? Innocens manibus et mundo corde.... Hic accipiet benedictionem á Domino, et misericordiam á Deo salutari suo.*⁷ Luego es verdad que estoy obligado á ser santo; los vínculos particulares que me deben unir á Jesucristo, que es la santidad por excelencia, y las funciones divinas que debo cumplir, me imponen un riguroso deber: *Qui in erudiendis atque instituendis ad virtutem populus occurrit, necesse est ut in omnibus sanctus sit, et in nullo reprehensibilis habeatur.*⁸ Veo por estas pa-

labras, que el sacerdocio es un estado instituido para santificar á los otros: no llenaría su objeto, si aquellos á quienes Dios coloca en él, no fueran santos.⁹ La santidad especial que Dios exige de mí como disposición esencial para el sacerdocio, consiste, primero, en la exención, no solo de todo pecado voluntario, sino también de toda imperfección que no esté necesariamente inherente á la naturaleza viciada, de que desgraciadamente estamos revestidos;¹⁰ segundo, en el conjunto de todas las virtudes, á lo menos en un grado tal, que se hayan subyugado las pasiones y estirpado por algún tiempo los hábitos contrarios, y, en fin, en una firmeza tal, que si, por ejemplo, pusiera Dios al sacerdote en el caso de sacrificarlo todo por la salud de una alma, ó de morir por la justicia, no vacilara.¹¹ Hé aquí una amplia materia de reflexión. Si yo hubiera pensado maduramente en esto, ¡cuántos progresos hubiera hecho en el estudio y en la piedad, mientras he tenido la dicha de estar en el seminario! No tendría ahora el pesar de advertir en mí tan pocas disposiciones para el orden eminente á que voy á ser promovido. Debo, pues, apresurarme para suplir esta falta, corrigiéndome de todas mis imperfecciones, adornando mi corazón con las virtudes que exige el sacerdocio; debo, sobre todo, despojarme del hombre viejo y de todas las afecciones terrenas. ¡Dichoso yo si todavía puedo romper algunos de los lazos que me tienen aún apegado á la tierra, y aficionar me mas y mas á los deberes indispensables de mi santa vocación; ¡con qué facilidad acabaría yo la obra de mi perfección! Para esto meditaré

El antiguo sacerdocio. Moisés es el escogido para ser

con frecuencia estas santas palabras: *Perfectus eris et absque macula coram Domino Deo tuo.*¹² Y estas otras del grande Apóstol: *Mundemus nos ab omni inquinamento carnis ac spiritus perficientes sanctificationem in timore Dei.*¹³

Por fruto de esta meditacion, tomo la resolucion: primero, de reflexionar frecuentemente sobre las disposiciones esenciales que exige el orden sacerdotal; segundo, de trabajar con nuevo celo en afirmar mi vocacion, en perfeccionarme en la ciencia de mi estado y purificar mi corazon de las menores manchas, para que pueda decir con el Profeta en el dia de mi ordenacion: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.*¹⁴

1 Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo exultationis. Hebr. I, 9.

2 I. Cor. I, 26.

3 Act. IX, 6.

4 Matth. V, 14.

5 Joan. V, 35.

6 Osé. IV, 6.

7 Psal. XXIII, 3, 4, 5.

8 Isid. I, 2, de sacer. c. 5.

9 Eos qui sacerdotum munere funguntur sanctiores ac puriores illis esse oportet qui ad montes se contulerunt. Isid. Pelus. I, 2, ep. 284.

10 Elegit sacerdotes sine macula, voluntatem habentes in lege Domini. Macch. IV, 42.

11 S. Alphons. Ligor. De sacramentis in gen. á n.º 63 ad 81.

12 Deut. XVIII, 13.

13 II. Cor. VII, 1.

14 Psal. LXXVI, 8.

digios; vos el que, para convertir al mundo, no quisisteis volveros sino de doce pobres pescadores.

XLIII.

MEDITACION

DE LAS DISPOSICIONES PROXIMAS PARA EL SACERDOCIO.

Adoremos á Jesucristo que, celoso del honor de su sacerdocio, invita á todos los que se preparan á él, á no recibirlo, si sus corazones no están puros y adornados con la santidad: *Sanctificabor in iis qui appropinquant mihi.*¹ No nos acerquemos, pues, á los sagrados pavimentos, y guardémonos de dejarnos imponer las manos, si nuestra alma está manchada aún con alguna iniquidad, y si ademas no tenemos todas las disposiciones que exige el alto grado de la clericatura á que vamos á ser elevados. Consideremos que las disposiciones próximas para el sacerdocio son: primero, el retiro y el espíritu de fé; segundo, un religioso temor y la devocion del corazon.

1. La primer disposicion próxima para recibir el sacramento del orden, es hacer un retiro de algunos dias. En la soledad fué donde nació el antiguo sacerdocio. Moisés es el escogido para ser

con frecuencia estas santas palabras: *Perfectus*
Domino Deo tuo. 12

el libertador de Israel, despues de un retiro de cuarenta años; Aaron y sus hijos se preparan para la ceremonia de su consagracion por un retiro de siete dias íntegros. ² Jesucristo mismo es condescendido por el Espíritu de Dios al desierto para pararse al ejercicio de su divino ministerio. ³ Nosotros, los Gregorios Naciancenos, los Agustinos, los Cárlos Borromeos, los Franciscos de Sales y los Vicentes de Paul; no nos atrevamos á echar sobre nosotros la pesada carga del sacerdocio, sino despus de habernos preparado todo el tiempo necesario en el retiro, á imitacion de aquellos santos. Si quiero recibir en mi ordenacion la gracia sacerdotal y llegar á ser un sacerdote segun el corazón de Dios, debo consagrar algunos dias al recogimiento, antes que el pontífice me imponga las manos. En la soledad es donde yo podré consultar al Señor y oir su voz. Allí en mis comunicaciones íntimas con mi Dios y en el fervor de mi oración miraré con los ojos de la fé el orden eminente de santificacion que me suministra, los escollos de santificacion que me suministra, los escollos que presenta para mi salvacion, y decidiéndome conforme á las máximas de la prudencia cristiana abrazaré el partido que querré haber tomado á hora de mi muerte. La segunda disposicion es fé viva, que penetrando todos los velos ponga delante de mis ojos á Jesucristo como soberano tutor de las almas, como el gefe supremo del orden eclesiástico, su sacerdocio como un profundo misterio; el carácter augusto con que honra y el ministerio á que me asocia, como

digios; vos el que, para convertir al mundo, no quisisteis valeros sino de doce pobres pescadores.

Si tengo esta fé celestial y divina que debe animar á los ministros de los altares, tendré sin cesar los ojos fijos sobre Jesus, mi gefe y mi modelo; le daré pruebas de mi reconocimiento por haberme hecho participante de su glorioso ministerio; me esforzaré para llegar á ser su fiel imitador, á ejemplo del grande Apóstol. Sobre todo, en el momento de mi ordenacion, me esforzaré por entrar en los sentimientos que animaban á mi divino Salvador cuando recibió de su Padre la uncion sacerdotal. Como Él me ofrece como una víctima por la salud de mis hermanos: feliz yo si mi sacrificio es agradable al Señor. ⁵ Consideremos que un temor religioso es tambien disposicion esencial para la ordenacion. La vista del estado sublime á que nos eleva el sacerdocio, los peligros á que nos espone, son muy propios para inspirarnos un terror santo. Temblad á la vista de mi santuario, decia en otro tiempo el Señor á Aaron y á sus hijos. ⁶ Y la Iglesia, para inspirar este mismo temor á los levitas de la Nueva Ley, al acercarse al santuario, mas formidable aún, donde todo es crítico para la salvacion, se vale de la voz de su pontífice para decirle con los acentos de un justo terror: *Cum magno quippè timore ad tantum gradum ascendendum est, quatenus nec nos de vestra profectione, nec vos de tanti officii subversione damnari à Domino, sed remunerari potius mereamur.* ⁷ ¡Quién podria asegurarse, al recibir este orden eminente, que ha sido recogido de espanto á los mayores santos? Por haciendo prodigios para sacar á sus hermanos del abismo, estos nuevos apóstoles temian caer

con frecuencia estas santas palabras: *Perfectus*
Domini. Deo tuo.

en él.⁸ San Vicente de Paul, particularmente, estaba de tal modo asombrado de la dignidad sacerdotal y de los deberes que impone, que exclamaba en sus justas alarmas: ¡Ah! ¡si yo hubiera conocido mejor el peso del sacerdocio, jamás hubiera tenido la temeridad de recibirlo; ha sido necesario que yo tuviera una venda sobre los ojos para dejarme imponer semejante carga! ¿Después de unos ejemplos tan capaces de intimidar, tendré yo la temeridad de acercarme al santuario del Señor y dejarme imponer las manos? No me asusta la dignidad sublime con que voy á ser revestido, pero precisamente este poco temor debe sobrecogermelo de espanto, camino como un ciego, no comprendo la importancia del paso que doy; ¡habré, pues, perdido la fé y el temor de Dios? Iluminadme, Señor, dirigid mis pasos; no permitais que me comprometa imprudentemente en un estado donde la salud corre tan grandes riesgos: haced, por el contrario, que se pueda decir de mí: *Qui me invenerit in viam, et hauriet salutem à Domino.*⁹ En la última disposicion próxima á la ordenacion, una devocion tierna durante la ceremonia. Si sentís profundamente lo que voy á hacer, al presentarme á los piés del pontífice; si reflexiono en el carácter sagrado que voy á recibir; en los poderosos auxilios divinos que se me van á confiar, y en los santos compromisos que voy á contraer con Jesucristo, sentiré despertarse mi piedad en el momento de inclinarme ante los sagrados altares para recibir la uncion sacerdotal. No es posible que mi corazón quede insensible, que mi alma no se abra en una llama celestial, amando á un Dios que

digios; vos el que, para convertir al mundo, no quisisteis valeros sino de doce pobres pescadores.

complace en colmarme de tantos favores. ¡Cómo, en efecto, podré mirar todas las misericordias de mi Dios, y todo lo que su brazo omnipotente se digna hacer para elevarme y fijarme en su santuario sin quedar penetrado y vivamente enternecido por tanta bondad y generosidad? Yo no podré resistir los trasportes del mas vivo reconocimiento; diré con los mismos sentimientos del Rey Profeta: *Hæc recordatus sum, et effudi in me animam meam; quoniam transibo in locum tabernaculi admirabilis usque ad domum Dei.*¹⁰

Por fruto de esta meditacion, tomo la resolucion: primero, de conservar habitualmente el espíritu de recogimiento y de retiro; segundo, de penetrarme mas y mas de un religioso terror á vista del ministerio evangélico; tercero, de reanimarme cada dia con los sentimientos de piedad y de fervor indispensables para recibir con abundancia la gracia sacerdotal.¹¹

¹ Levit. X, 3.

² De ostio quoque tabernaculi non exibitis septem diebus, usque ad diem quo compleatur tempus consecrationis vestrae. Levit. VIII, 33-35.

³ Statim spiritus expulit eum in desertum. Marc. I, 12.

⁴ Aspicientes in auctorem fidei et consummatorem Jesum. Heb. XII, 2.

⁵ Hoc est enim vere sacrificium primitivum, quando unusquisque se offert hostiam et à se incipit ut postea munus suum possit offerre. Ambr. l. 1. de Abel. c. 6.

⁶ Pavete ad sanctuarium meum. Levit. XXVI, 2.

⁷ Pontifical.

⁸ Ne forte cum aliis prædicaverim, ipso reprobis efficiar. I. Cor. IX, 27.

⁹ Prov. VIII, 25.

¹⁰ Psal. XII, 5.

¹¹ Qui timent Dominum præparabunt corda sua, et in conspectu illius sanctificabunt animas suas. Eccli. II, 20.

con frecuencia estas santas palabras: *Perfectus*
Domini. Deo tuo. 12

XLIV.

MEDITACION

PARA LA VÍSPERA DE LA ORDENACION DE SACERDOTE.

Adoremos al Señor nuestro Dios, que recuerde hoy á los diáconos, próximos á recibir el sacerdocio, las notables palabras que Josué dirigió en otro tiempo á los israelitas antes de pasar el Jordán: *Santificamini, eras enim faciet Dominus inter vos mirabilia.* ¹ El cielo debe obrar mañana en vosotros una grande maravilla, un portento asombroso de gracia y de bondad. Vamos á ser consagrados sacerdotes del Altísimo; demos anticipadamente las gracias al Señor por un favor tan singular, procuremos hacernos dignos de él por las disposiciones mas santas. Al presentarnos al pie de los altares para recibir la unción sacerdotal, debemos estar animados: primero, de sentimientos de amor y de admiración; segundo, de sentimientos de humildad y desconfianza de nosotros mismos.

1. En la víspera de ser elevado al supremo grado

digios; vos el que, para convertir al mundo, no quisierais valeros sino de doce pobres pescadores.

193

de la clericatura, debo decirme á mí mismo: Mañana seré sacerdote, es decir, ministro del Altísimo y el hombre de Dios. ² Será, pues, necesario estar separado de los pecadores, mas aún por la santidad de mi vida, que por la santidad de mi carácter. ³ Tan distante de la conducta de los mundanos por mis costumbres, como me distingo de ellos por el hábito, será preciso que esceda al resto de los cristianos en virtud, tanto como les escedo por mi dignidad. Mañana seré sacerdote, es decir, consagrado al Señor de la manera mas inviolable. Desde entonces será necesario que me muestre yo superior á todas las tentaciones del mundo é invulnerable á todos los tiros emponzoñados del vicio, como si no tuviera nada de las flaquezas de la humanidad. Muerto al siglo, á sus placeres, á sus vanidades, á sus falsos bienes, no teniendo conversacion sino en el cielo, no suspirando sino por Dios, no teniendo otro deseo sino de agradarle, ni otra ambicion más que procurar su gloria. ⁴ Mañana seré sacerdote; mis manos de profanas, pasarán á ser sagradas; serán purificadas, santificadas por la unción y bendición del Pontífice; serán mas santas, mas respetables que el oro, los lienzo y los vasos sagrados destinados al divino sacrificio; podrán tocar, llevar, distribuir el sagrado cuerpo del Salvador. ⁵ Mañana seré sacerdote: tendré potestad para subir al altar, consagrar y ofrecer el sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo, mi Salvador y mi Dios, no solo una vez, sino todos los dias. Misterio profundo, dignidad sublime que no ha sido concedida á los mismos ángeles. ⁶ ¡Qué bueno sois, Dios mio; qué generoso para conmigo,

con frecuencia estas santas palabras: *Perfectus*
Domini Dei tui. 12

194

miserable criatura, y el mas indigno de vuestros siervos! ¿Qué he hecho yo para merecer que me colmaseis de tantos favores? Sed eternamente bendito por tantas gracias y tantos beneficios.

2. Aunque tuviera la pureza de los ángeles y la santidad del Bautista, no seria digno del sacerdocio.¹ Pero ¿quién soy para osar presentarme dentro de algunas horas, al Pontífice del Señor, para recibir la unción sacerdotal? El sacerdocio y yo, ¿qué estremos! ¿Cómo unirlos? ¿No seria esto hacer un compuesto monstruoso de grandeza y de flaqueza, de dignidad y de bajeza, de santidad y de imperfecciones?² ¿Qué relacion hay entre el sacerdocio y yo, entre Dios y el hombre, entre la soberana grandeza y la profunda miseria? El mas santo de los mortales no se juzga digno de desatar la correa del calzado al Sacerdote eterno, y yo me atrevo á recibir el terrible ministerio que me hará desempeñar funciones tan augustas é inmediatas á este mismo Pontífice divino? Pedonadme, Dios mio; tened piedad de mi flaqueza. ¿No es bastante para mí poder acercarme al altar de mi Dios que llena de gozo mi juventud? ¿No es bastante ocupar el rango de los Estébanes, Lorenzos y Efrenes? ¿Por qué echarme á cuestras un carga que hacia temblar á los mayores santos? Esto era para ellos como una desgracia que los amenazaba; huían al desierto; amaban al sacerdocio, pero solamente en los otros. Vos quereis, Señor, que yo lleve todo su peso; vos me habeis dicho por vuestro ministro: No temas: *Ascende superius.*¹⁰ Quién puede resistiros, gran Dios; vos sois el que con los mas débiles instrumentos obrais pro-

digios; vos el que, para convertir al mundo, no quisisteis valeros sino de doce pobres pescadores; vos me escogisteis tambien con preferencia á los poderosos de la tierra; vos sois el árbitro, dad á vuestro pobre barro la forma que os pluguiere; mi corazon es todo vuestro, vos conoceis sus flaquezas; haced por él lo que hicisteis por Gedeon, Saúl y David, cuando los pusisteis al frente de vuestro pueblo. Sobre ellos derramasteis vos vuestra unción santa, y su corazon quedó cambiado: *Et immutavit ei Deus, cor aliud.*¹¹ Cuando el Pontífice imponga sobre mi cabeza sus manos llenas de vuestras bendiciones, derramad en mi alma la plenitud de vuestra gracia sacerdotal.¹² Entonces, sostenido por una virtud celestial, me acercaré con confianza, haré mi sacrificio, muy feliz si lo hago con las disposiciones necesarias. Dignaos, ¡oh Dios mio! suplir por vuestra gracia mi insuficiencia.¹³

1 Jos. III, 5.

2 Tu autem ó homo Dei. I. Tim. VI, 11.

3 Ut perfectus sit homo Dei. II. Tim. III, 17.

4 Quia consecrati sunt Deo suo, sint ergo sancti quia et ego sanctus sum Dominus qui santifico eos. Levit. XXI, 7-8.

5 O venerabilis sanctitudo manuum! O felix exercitium! Qui creavit me (si fas est dicere), dedit mihi creare se. S. Aug. in Ps. 37.

6 Grande mysterium, et magna dignitas Sacerdotum, quibus datum, quod angelis non est concessum. Imit. I. 4, c. 5.

7 Et nunc in omni corde, et ore collaudate et benedicite nomen Domini. Eccli. XXXIX, 41.

8 Si haberes angelicam puritatem, et Sancti Joannis Baptistæ sanctitatem non esses dignus hoc sacramentum accipere. Imit. I. 4, c. 5.

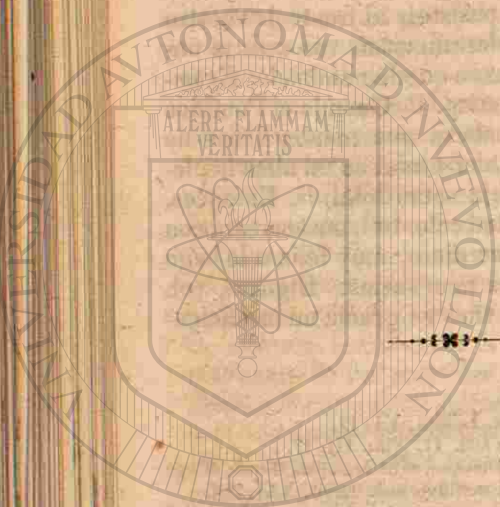
9 Monstruosa res, gradus summus. et animus infimus; sedes prima, et vita ima. S. Bern. I. 2, de consid. c. 7.

10 Luc. XIV, 10.

11 I. Reg. cap. 10, 9.

12 *Gratia sacerdotalis infunde virtutem.* Pontif. Rom. in ord. sacerdot.

13 *Quidquid autem mihi deest, Jesu bone, salvator Sanctissime, tu pro me supple, benigne et gratiose.* Imit. I. 4, c. 4.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

71665. Quien puede resistiros, gran Dios; vos sois el que con los mas débiles instrumentos obráis pro-

XLV.

MEDITACION

DE LOS SENTIMIENTOS DE UN JOVEN SACERDOTE DESPUES DE SU ORDENACION.

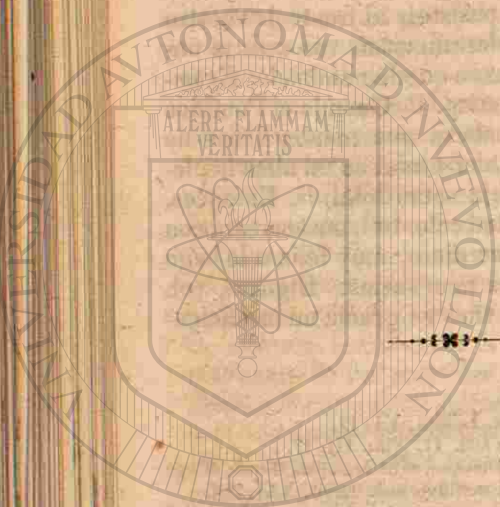
Adoremos á Jesucristo, que despues de haber ordenado sacerdotes á sus queridos discípulos, los invita á unirse á él para rendir á su Padre celestial acciones de gracias por el favor que habian recibido de él: *Et hymno dicto, exierunt in montem Oliveti.*¹ Conducta admirable, que nos recuerda la obligacion que tenemos de dar gracias al Señor, despues de nuestra ordenacion. Si los menores dones del Señor merecen nuestro reconocimiento, ¿de qué sentimientos de gratitud no deberemos estar penetrados, á vista del sacerdocio, que es el mas bello presente que el cielo nos puede hacer! Digamos, pues, con Moisés: *Cantemus Domino, gloriosè enim magnificatus est.*² En medio del asombro profundo en que me ha sumergido la imponente ceremonia de mi consagracion, anonadado bajo el peso de tantos honores y poderes,

10 Luc. XIV, 10.

11 I. Reg. cap. 10, 9.

12 *Gratia sacerdotalis infunde virtutem.* Pontif. Rom. in ord. sacerdot.

13 *Quidquid autem mihi deest, Jesu bone, salvator Sanctissime, tu pro me supple, benigne et gratiose.* Imit. I. 4, c. 4.



DIRECCIÓN GENERAL

7. 1. 6. 3. Quien puede resistiros, gran Dios; vos sois el que con los mas débiles instrumentos obráis pro

XLV.

MEDITACION

DE LOS SENTIMIENTOS DE UN JOVEN SACERDOTE DESPUES DE SU ORDENACION.

Adoremos á Jesucristo, que despues de haber ordenado sacerdotes á sus queridos discípulos, los invita á unirse á él para rendir á su Padre celestial acciones de gracias por el favor que habian recibido de él: *Et hymno dicto, exierunt in montem Oliveti.*¹ Conducta admirable, que nos recuerda la obligacion que tenemos de dar gracias al Señor, despues de nuestra ordenacion. Si los menores dones del Señor merecen nuestro reconocimiento, ¿de qué sentimientos de gratitud no deberemos estar penetrados, á vista del sacerdocio, que es el mas bello presente que el cielo nos puede hacer! Digamos, pues, con Moisés: *Cantemus Domino, gloriosè enim magnificatus est.*² En medio del asombro profundo en que me ha sumergido la imponente ceremonia de mi consagracion, anonadado bajo el peso de tantos honores y poderes,

debo: primero, celebrar la maravilla que acaba de obrarse en mí; segundo, dar gracias de ella al Señor.

1. Cuando la mas pura de las vírgenes hubo concebido en su castísimo seno el sagrado cuerpo del Salvador, no pudo contener el gozo de su alma; hizo luego escuchar el cántico de su reconocimiento, publicó su inefable ventura y la celebró con cánticos de alegría.³ ¿No soy yo tan feliz hoy como María? ¿El favor que he recibido del cielo no es igualmente precioso? ¿No puedo decir tambien con San Bernardino de Sena: María, os ruego que me perdoneis; pero yo juzgo al sacerdocio superior á vuestra divina maternidad?⁴ ¿Cómo, pues, podré dejar de alabar y bendecir al Señor por semejante prerrogativa? ¿Cómo no desatarme en cánticos de gozo y de alegría? Diré, pues, hoy y repetiré todos los dias de mi vida con el Rey profeta: *Benedic anima mea Domino; et omnia quae intra me sunt, nomini sancto ejus. Benedic anima mea Domino, et nolli oblivisci omnes retributiones ejus.*⁵ Soy sacerdote; ¡qué gloria, qué honor para mí! No son mis méritos los que me han obtenido este insigne favor. Es un puro efecto de vuestra bondad ¡oh Dios mio! el haber sido asociado al sacerdocio de vuestro divino Hijo. ¡Cuánto amor os debo por esa tierna caridad que os ha hecho escogermé y consagrarme al servicio de vuestros altares! Vos me habeis sacado del polvo para colocarme en el rango de los príncipes de la corte celestial; gracia infinitamente preciosa, cuya memoria no perderé jamas.^{6 7 8}

2. Si comprendo todo el precio de la gracia que

el Señor me ha hecho consagrándome sacerdote, debo darle testimonios de mi mas vivo reconocimiento. Cuando reflexiono que su infinita bondad ha obrado conmigo tantos prodigios de su poder y de su amor, ¡podré quedarme insensible? No es ¡oh Dios mio! porque tengais necesidad de mis agradecimientos; yo soy el que tengo necesidad de tributarlos; porque desempeñando este deber, mi alma recoge los mas abundantes frutos de salud que la ayudarán á cumplir los deberes del sacerdocio.⁹ Si olvido dar gracias á mi Salvador, hago á su divino corazon el ultraje mas sensible, le alejo de mí, pierdo su amistad; viniendo á ser un ingrato, dejo perecer entre mis manos el bello presente que me acaba de conceder.¹⁰ El santo Rey David, penetrado de reconocimiento por los favores que del Señor habia recibido, y que, por señalados que fuesen, no pueden compararse con los que yo he recibido, medita dentro de sí con qué poder retribuir al Señor: *Quid retribuam Domino?*¹¹ Con mas razon que él debo esclamar: Señor, cómo reconocer todos vuestros beneficios: *Quid retribuam?* Yo sé lo que quereis, vuestro divino espíritu me lo enseña; *Calicem salutaris accipiam et nomen Domini invocabo.*¹² ¡Lo hubiera yo jamas imaginado? ¡Yo puedo ofrecer á Dios acciones de gracias dignas de su grandeza y de su majestad; soy capaz de darle tanto como me ha dado! Está en mis manos: me pertenece esa víctima santa que le honra infinitamente. Me acercaré, pues, lleno de confianza á sus altares, me presentaré allí con las manos llenas de presentes: *Calicem salutaris accipiam.*¹³ Soy hijo de Dios,

Quien puede resistiros, gran Dios; vos sois el que con los mas débiles instrumentos obráis pro-

daré á mi Padre gloria, honor y bendicion. ¹⁴ Le ofreceré su propio Hijo, objeto de todas sus complacencias; le haré, ademas, el homenaje de mi cuerpo y de todos sus miembros, de mi espíritu y de todas sus facultades, de mi corazon y de todos sus afectos. Pueda esta ofrenda de mi mismo y de cuanto soy, serle grata, y servir para el noble fin á que me he consagrado, al culto de sus altares. ¹⁵

1 Matth. 26-30.

2 Exod. XV, 1.

3 Magnificat anima mea Dominum, quia fecit mihi magna qui potens est. Luc. I, 46-49.

4 Virgo benedicta excusame, quia non loquor contra te: sacerdotium ipse prætulit supra te. Serm. 20.

5 Psal. CII, 1-2.

6 Venite; audite et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit animæ meæ. Psal. LXV, 16.

7 Attende tibi, et vide cujus ministerium tibi traditum est per impositionem manus Episcopi. Imit. l. 4, c. 5.

8 Stupens miraculum, et inexplicabilis potestas. S. Ephrem. de sacer. c. 32.

9 Deus non ut nostra gratiarum actione opus habens, sibi vult gratias agi. redundat enim lucrum in nos. S. Chrysost. hom. 26, in Gen.

10 Dona Dei debita gratiarum actione non frustrentur. Numquid non perit, quod donatur ingrato? S. Bern. Serm. 51, in cant.

11 Psal. CXV, 12.

12 Psal. CXV, 13.

13 Ibid.

14 Afferte Domino, filii Dei, afferte Domino gloriam et honorem. Psal. XXVIII, 2.

15 Venies ad locum, quem elegerit Dominus; et offeres oblationes tuas. Deut. XXII, 26-27.—In medio ecclesiæ laudabo te. Ps. XXI, 23.—Apud te laus mea in ecclesia magna. Ps. XXVI. Votamea reddam in conspectu omnis populi ejus: in atriis Domus Domini, in medio tui, Jerusalem. Psal. CXV, 18-19.

XLVI.

MEDITACION

DEL TEMOR QUE DEBE INSPIRAR LA PROXIMIDAD
DEL SANTO MINISTERIO.

Adoremos á Jesucristo, que inspira á todos los ministros, segun su corazon, un santo y religioso terror á vista del ministerio sacerdotal. La alta idea que de él habian concebido, las virtudes que exige, los peligros á que espone, les llenaban de temor y de asombro. Pidamos á este Dios Salvador imprima en nuestras almas sentimientos y disposiciones tan felices; nos servirán de preparacion á las santas funciones que pronto vamos á desempeñar. Consideremos: primero, que todos los sacerdotes santos temblaban ante el sagrado ministerio; segundo, que tenemos razones particularísimas para temerle nosotros mismos.

1. Consideremos, ante todo, cuáles han sido los justos temores de los sacerdotes santos en presencia del sagrado ministerio. Todos le han mirado como una carga pesada, crítica y peligrosa para

la salvacion: todos han temblado á vista de las cargas y de los deberes que impone; lejos de dejarse deslumbrar por su brillo, como lo hacen algunos jóvenes presuntuosos, han creído, por el contrario, que su elevacion al sacerdocio, era colocarles al borde del precipicio. Así, pues, qué precauciones no han tomado para sustraerse y escapar á las urgentes solicitudes de los que querian imponerles las manos y confiarles una dignidad, cuyos numerosos y terribles escollos preveían? Y si al fin se han decidido á inclinar la cabeza bajo el yugo que una severa providencia les imponia, no ha sido sino despues de haberse convencido que el cielo hablaba y ratificaba su conducta. ¿Quién ignora que violencia fué preciso hacer al gran San Ambrosio para moverle á aceptar la dignidad episcopal? San Gerónimo fué ordenado sacerdote, protestando que se le violentaba: San Agustin derrama un torrente de lágrimas, en tanto que Valerio le impone las manos, y dice gimiendo, que si Dios permite se le agobie con tan pesada carga, es sin duda en castigo de sus crímenes: *Vis facta est mihi, merito peccatorum meorum.*¹ San Gregorio el Grande huye, se oculta; hubiera conseguido sustraerse á las vehementes instancias del clero y del pueblo si Dios mismo no hubiese dado á conocer su retiro. San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Benito, San Francisco, en una palabra, todos los grandes santos se han juzgado indignos del ministerio evangélico, aun cuando estuviesen dotados de una piedad y de una ciencia tan eminente. He aquí ¡oh Dios mio! los sentimientos de un justo temor que vos inspirasteis á los ministros de vues-

tros altares, que mas gloria y mas honor han hecho á la religion. ¡Ah! ¡Por qué no estoy yo mismo penetrado de ellos! Lejos de empeñarme temerariamente en un estado tan santo, reflexionaré con madurez, en vuestra presencia, sobre el enorme peso de la carga que voy á echar sobre mis hombros, y no me decidiré sino despues de haber conocido bien vuestros designios con respecto á mí: *Res difficilis et ardua est ministrare in sacerdotio, animas regere et juxta verbum Salomonis, mittere se in turbam populi, et alligare sibi peccata duplicia.*²

2. Consideremos las razones particulares que tenemos para temer el santo ministerio. La primera es, el estado mismo á que aspiramos: cuanto mas elevado es, otro tanto nos espone á rudas y peligrosas caídas; la sublimidad de las funciones con que Dios se digna honrarnos, tiene sus lazos y sus precipicios. La dignidad de los sacerdotes es muy grande, dice San Gerónimo, y el abismo en que pueden caer es por esto mucho mas profundo: *Grandis dignitas sacerdotum, sed grandis ruina eorum si peccent.* En vista de esta multitud de peligros y de escollos de que está como sembrado el estado eclesiástico, aprendamos á obrar nuestra salud con temor y temblor, como quiere el Apóstol: *Cum metu et tremore salutem vestram operamini.*³ La segunda razon de temer, que tenemos, es nuestra debilidad y nuestra inconstancia en el servicio de Dios. Si en el seminario, donde vivimos en retiro, lejos de los peligros del mundo y en el centro de todas las gracias, nos cuesta tanto trabajo sostenernos, ¿cómo podremos perseverar

la salvacion: todos han temblado á vista de las car-

en nuestras buenas resoluciones en medio de los escándalos del mundo, en la disipacion del santo ministerio, teniendo menos socorros espirituales, menos emulacion y objetos que nos alienten, menos buenos ejemplos que imitar? ¿Contamos tal vez con una proteccion milagrosa? Dios puede dispensárnosla. Pero, ¿lo hará? No está obligado á ello. Tal vez fiamos todavía en nuestras propias virtudes: mas ¡ay! ¡son tan débiles, tan inconstantes!..... y apenas nacen, apenas comienzan á echar raíces en nuestro corazon. Hemos visto hombres en cuya virtud se podia confiar, como en la de los Ambrosios, los Gerónimos y los Crisóstomos; y, sin embargo, háse desmentido de la manera mas afflictiva;.... ¡y nosotros, temerarios, nosotros osariamos confiar en la nuestra!..... ¡Ah! no, no; no somos mas fuertes que Samson, mas piadosos que David, mas sabios que Salomon, cuyas estrepitosas caidas han asombrado al universo. La tercera razon de temer es, nuestra conducta durante las vacaciones. Antes de abandonar este piadoso retiro, formamos las mayores resoluciones del mundo; tomamos todas las medidas y todas las precauciones posibles para conservarnos en el fervor; ¿lo conseguimos siempre? Consultemos la esperiencia, y nos responderá: que, del dicho al hecho, hay gran trecho; que una cosa es formar proyectos, y otra el ejecutarlos. Gemimos aún por el deplorable relajamiento de que nos hemos hecho culpables durante tres meses que nos es permitido entrever el mundo; y despues de esto ¿contamos con conservar nuestra piedad, nuestra regularidad durante veinte, treinta ó mas años que

pasaremos en el santo ministerio? Si se pueden citar algunos ejemplos, han de ser por precision muy raros. ¡Es, pues, cierto, oh Dios mio, que el estado que deseo abrazar está lleno de lazos y peligros, y que, muy lejos de adormecerme blandamente en él como en un asilo seguro, debo marchar con una antorcha en la mano, para que mis pasos sean en tierra firme y puedan ser vistos por todo el mundo!.... Debo temer, que despues de haber sido el ministro de vuestros altares, me convierta en víctima del infierno; me siento sobrecogido de horror, pensando en estas terribles palabras de San Crisóstomo: *Ut affectus sum ac sentio, non arbitror inter sacerdotes multos esse qui salvi fiant, sed multo plures que pereant.*⁴

¹ Aug. epist. 21, ad Valer. n. 1.

² Petr. Bless. ep. 123, ad Rich. Lond.

³ Philip. II, 12.

⁴ Hom. 2, in acta apost.

la salvacion: todos han temblado á vista de las car-



MEDITACION

DE LAS GRACIAS QUE DIOS CONCEDE A LOS SACERDOTES
EN EL SANTO MINISTERIO.

Adoremos á Jesucristo, el soberano Pastor, que, llamándonos á cooperar con él á la conversion y salvacion de las almas que tan queridas le son, no quiere abandonarnos en el momento del peligro; antes al contrario, nos prepara todos los socorros oportunos para los casos necesarios; nos ama con ternura, nos promete estar sin cesar á nuestro lado para iluminar nuestro espíritu y sostenernos en las diversas tentaciones á que podríamos estar espuestos en el ejercicio de las funciones sacerdotales: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus.* Consideremos que el Señor otorga á los sacerdotes en el santo ministerio: primero, gracias interiores; segundo, gracias exteriores.

1. Un jóven eclesiástico tiene poderosísimas razones para temer la proximidad del santo ministerio: sin embargo, si quiere dirigir sus mira-

das hácia los collados eternos; si las fija por un solo instante en el raudal de gracias que de ellos manan, abriráse de repente su corazon al gozo y á la esperanza; sentiráse animado de un ardor del todo divino; verá que se abren delante de él una serie y un encadenamiento de gracias, de favores y de bendiciones, muy propios para disipar todos sus terrores. Que recuerde el momento augusto y solemne en que el Pontífice del Señor le impuso las manos. ¡Ah! en esta hora, cuyo solo recuerdo hace palpar todavía el corazon de amor y de ternura, fué cuando verdaderamente cumpliéronse á la letra estas sentidas palabras del profeta Isaías: *Haurietis aquas de fontibus salvatoris.* ² En este momento feliz abriéronse las puertas del cielo; Jesucristo, el Pontífice invisible, le presentó sus llagas, de donde brotan esas aguas saludables que corren hasta la vida eterna. Allí es, en ese manantial inagotable, donde fué á buscar esos socorros poderosos, esas gracias enteramente divinas, esa fuerza de alma, ese valor, esa magnanimidad, que deben hacerle triunfar de todos los asaltos con que le atacarán sin tregua el mundo y el infierno. ¡Cuán bello es este pensamiento! ¡Cuán consolador! ¡A quién le será posible meditarlo sin sentir una profunda emocion, sin rebosar de dicha y sumergirse en gozo espiritual? ¡Oh! ¡Cuán propio es para levantar nuestras frentes abatidas á vista de los peligros del santo ministerio! ¡Cuál es, en efecto, el levita que pueda llegar á desalentarse, cuando reflexiona que marchará al combate cubierto con la sangre de Jesucristo? Entonces, lejos de huir el santuario por un sentimiento de espanto,

la salvacion: todos han temblado á vista de las car-

le veremos, al contrario, lanzarse animoso en la carrera eclesiástica, esclamando lleno de confianza: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* ³ Este lema consolador, este grito de triunfo, este grito que sostenia los primeros fieles en sus mas rudos combates, no acabó en la cuna de la Iglesia; todavía hoy es repetido con entusiasmo en todas las naciones de la tierra, porque todavía existen corazones generosos. ¡Por ventura se asustó jamas el grande Apóstol por los peligros del apostolado! No, no: yo le oigo alentarse á sí mismo en medio de las tribulaciones que le agobian: "Todo lo puedo, dice, en Aquel que me conforta." *Omnia possum in eo qui me confortat.* ⁴ El mundo se subleva, el infierno tiembla, los demonios se desencadenan en su contra; . . . y él permanece firme, invulnerable. Hé aquí el sacerdote segun el corazon de Dios; hé aquí nuestro modelo.

2. Consideremos que no es bastante para eso Dios de bondad, alimentar, fortalecer y abrasar nuestras almas con sus gracias y sus bendiciones; quiere, ademas, que todo el exterior del ministerio evangélico sea para nosotros una voz elocuente, que nos recuerde sin cesar nuestros deberes y nos fortalezca en la virtud. De suerte que, si un levita, ordenado ya de sacerdote, llega á perderse, será sin la menor duda, porque habrá querido: *Perdita tua ex te Israel.* En efecto, en el santo ministerio todo es propio para edificarle. Si sube al púlpito para distribuir la palabra divina, vése en la feliz necesidad de leer los libros sagrados, de meditar y profundizar las verdades eternas que eneierran; meditacion en sumo grado útil para guiarlo en los

caminos de Dios, y hacerle advertir sus defectos: *Omnis Scriptura divinitus inspirata utilis est ad docendum, ad arguendum.* ⁵ Si lleva á los enfermos los últimos consuelos de la religion, la vista de un cristiano, luchando con la muerte, hiela su alma, le desprende de la vida, y arranca para siempre su corazon á los placeres y á las riquezas de esta tierra de peregrinacion y de lágrimas. Entonces, mejor que nunca, comprende que todo en este mundo es vanidad, y no mas que vanidad, escepto amar á Dios y servirle fielmente. *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas præter amare Deum et illi soli servire.* ⁶ Si se presenta en el santo tribunal de la penitencia y ve postrado á sus piés un pecador culpable de faltas de que él se ha preservado, bendice mil veces al Señor porque le hizo evitarlas, y toma, para precaverse de ellas, los medios mas eficaces. Si, al contrario, depositan en su pecho algunas debilidades, de que tambien él es culpable, se arrepiente, gime, mezcla sus lágrimas á las de su penitente; y de esta suerte acaba de purificarse, esclamando con el rey Profeta: *Amplius lava me ab iniquitate meâ.* ⁷ Si sube al altar para celebrar los misterios divinos, al ver la Víctima santa que se inmola, su fé despierta, su fervor se reanima, su corazon se abrasa de divino amor; y temiendo ofrecer el terrible sacrificio, humeante todavía el alma con los restos de alguna pasion mal estinguida, entra en sí mismo, sondea los mas recónditos pliegues de su conciencia, y examina de cerca sus pensamientos, sus deseos y sus inclinaciones para asegurarse de que no hay nada en él que pueda escitar el enojo del Dios tres

la salvacion: todos han temblado á vista de las car-

veces Santo: *Sancti erunt quia ego sanctus sum.*¹
Puesto que Dios se complace en derramar sobre
sus ministros tantas gracias y bendiciones, tomo la
resolucion: primero, de corregirme aun de mis me-
nores imperfecciones para remover todos los obs-
táculos á los favores celestiales; segundo, de vivir
en una gran desconfianza de mí mismo, y arrojar-
me en los brazos del Señor, rogándole haga de mí
lo que mejor le agradare; y le diré con el Profeta:
*Ecce ego quia vocasti me.*²

1 Mat. XXVIII, 20.

2 Isa. XII, 3.

3 Rom. VIII, 31.

4 Philip. IV, 13.

5 II. Tim. III, 16.

6 De Imit.

7 Psal. I, 4.

8 Levit. XIX, 2.

9 I. Reg. VI, 9.

XLVIII.

MEDITACION

DE LA MANERA DE CELEBRAR BIEN EL SANTO SACRIFICIO
DE LA MISA.

Adoremos á Jesucristo, preparándose con cuida-
do para ofrecer en la cruz el sacrificio de su cuer-
po y de su sangre. Retírase al jardin de los Olivos,
ora, medita, derrama un torrente de lágrimas; así
como dispone á su Padre á recibir favorable-
mente la víctima que debe aplacar su cólera y
satisfacer su justicia. Estudiemos este perfecto
modelo, y mostremos igual celo en prepararnos á
ofrecer el augusto sacrificio de nuestros altares:
*Inspice et fac secundum exemplar quod tibi in mon-
te monstratum est.*¹ Consideremos que la mas su-
blime y mas sagrada de todas las funciones sacer-
dotales, es la de ofrecer el augusto sacrificio de
nuestros altares. Examinemos: primero, lo que el
sacerdote debe hacer antes de celebrar: segundo,
lo que debe hacer al celebrarlo.

1. El sacerdote debe prepararse con cuidado

2 Hom. 26, in cap. 8, gen.

antes de subir al altar. Hay dos especies de preparacion, una remota y otra próxima. La preparacion remota es una vida pura y santa. Si el Señor exigia de los sacerdotes de la antigua Ley una conducta irreprochable, porque estaban encargados de tocar y llevar los vasos sagrados: *Mundamini qui fertis vasa Domini*,² ¿cuánto mas inocente debe ser la vida de los sacerdotes de la Ley nueva, que llevan en sus manos, y reciben en sus almas y sus cuerpos el Verbo hecho carne? *Cuanto mundiores esse oportet qui in manibus et in corpore portant Christum*.³ Para que el sacerdote sea puro cual se requiere, debe no solamente estar exento de pecado mortal, sino que es preciso ademas que no tenga la conciencia manchada con faltas veniales cometidas de propósito deliberado; de otra manera, dice San Bernardo, no tendrá parte en las caricias de Jesus ni en sus magníficas liberalidades: *Nemo, quæ videntur modica contemnat, quoniam sicut audivit Petrus, nisi laverit ea Christus; non habebimus partem cum eo*.⁴ La preparacion próxima, consiste, dice uno de los concilios de Milan, en el recogimiento y la meditacion: *Antequam celebrent, se colligant, et orantes mentem in tanti mysterii cogitationem defigant*.⁵ Cuando un sacerdote entra en la sacristia para celebrar, debe decir á todos los recuerdos del mundo: *Curae, sollicitudines, servitutes, expectate me hinc; donec illuc cum ratione et intelligentia mea properantes, postquam adoraverimus, revertamur ad vos*. San Francisco de Sales escribia á la bienaventurada Juana de Chantal: *Cuando voy al altar y comienzo la misa, pierdo de vista todas las cosas*

de la tierra. Pero no basta olvidar el siglo y cuanto pasa en él; es necesario á mas, ocuparse y penetrarse bien de la importancia de la accion que se va á ejecutar; así nos lo recomienda el Espíritu Santo: *Quando sederis ut comedas cum principe diligenter attende, quæ apposita sunt ante faciem tuam*.⁶ El P. Juan de Ávila, al prepararse para la misa, procuraba reanimar su fervor haciendo esta reflexion: "Voy á consagrar el Hijo de Dios, tenerle en mis manos, conversar con él, y recibirle en mi corazon." Hagamos nosotros lo mismo, penetremos de iguales sentimientos, y celebraremos los divinos misterios con tanto fervor como los santos *Tria sunt, quæ intendere debet celebraturus, scilicet Deum colere, Christi mortem memorari, et totam ecclesiam juvare*.⁷

2. Examinemos en segundo lugar lo que al celebrar debemos hacer. Se requieren dos disposiciones: el respeto exterior y la devocion del corazon. Primero, el respeto exterior. Debemos decir la misa con tal recogimiento y modestia, que demos á conocer á cuantos asisten que estamos muy convencidos de que Jesucristo está realmente presente en nuestros altares; porque nada edifica tanto al pueblo cristiano como ver un sacerdote que parece penetrado y enternecido por los misterios sagrados que celebra. Y al contrario, nada le escandaliza mas que un ministro del Señor que se muestra en el altar con una actitud liviana, inmodesta y disipada. Nadie ignora con cuánta edificacion celebraba San Vicente de Paul nuestros divinos misterios. Se notaba en su exterior tanta gravedad, tanta modestia, y un fondo de piedad

² Hom. 26, in cap. 8, gen.

tan sincera y tan verdadera, que cuantos le veían derramaban lágrimas de ternura. La compostura profundamente religiosa de un sacerdote en el altar, es, para todos los asistentes, una predicación muda, pero á veces mas elocuente que los discursos mejor preparados. Segundo, al respeto externo, es preciso añadir la piedad y la devoción del corazón. ¿Seria posible que el corazón de un sacerdote permaneciese frío é insensible cuando tiene en sus manos el Dios de caridad? Los ángeles que moran alrededor de nuestros sagrados tabernáculos, y que asisten á nuestros divinos oficios, están abrasados de amor por la Víctima que se inmola; ¡y nosotros que la recibimos en nuestras almas quedaremos indiferentes! ¡la presencia de un Dios que nos colma de delicias, no dirá nada á nuestros corazones empedernidos! Un sacerdote, dice San Crisóstomo, debería descender del altar como un leon respirando llamas de fuego; es decir, de tal manera abrasado de amor divino, que inspirase espanto y terror á los demonios mismos: *Tanquam leones ignem spirantes ab illâ mensa recedamus, facti diabolo terribiles.*⁸ ¡Oh Dios mio! que me habeis honrado con el sacerdocio para ofreceros la Víctima mas santa y mas augusta, inspiradme el respeto y la piedad que exige tan terrible ministerio. Iluminad mi espíritu, abrid mis ojos, animad mi fé acerca de la grandeza de los misterios que trato, á fin de que siguiendo el ejemplo de los espíritus bienaventurados, no me aproxime jamas á vuestros santos altares sino con ese temor religioso y ese profundo respeto que quisiera tener si estuviese con ellos á los piés de

trono de vuestra gloria. *Tanquam si in ipsis cœlis collocati inter cœlestes illas virtutes mediî storemus.*⁹ *Eruntque sacerdotes mihi religione perpetuâ.*¹⁰

1 Exod. XXV, 40.

2 Isa. LII, 11.

3 Pet. Bless. ep. 123.

4 Serm. de sacram. miss.

5 S. Bern. de amor. Dei.

6 Prov. 23.

7 S. Bonav. de præp. ad miss. c. 9.

8 Hom. 6, ad pap. ant.

9 S. Chrysost. l. 3, de sacer. c. 2.

10 Exod. XXIX, 9.

2 Hom. 26, in cap. 8, gen.

XLIX.

MEDITACION

DE LA ACCION DE GRACIAS DESPUES DE LA SANTA MISA

Adoremos y demos gracias al Verbo divino que despues de habernos revestido con su sacerdocio, nos permite consagrar su santo cuerpo y alimentarnos cada dia con él: dón inestimable, favorecido señalado que debemos celebrar con cánticos de alabanza y de alegría, y con el mas vivo reconocimiento. *Gratias Deo super inenarrabili donis ejus.*¹ Consideremos: primero, la obligación que tenemos de dar gracias á Dios despues de la santa misa; segundo, la manera de darlas.

1. Si los hombres, dice San Crisóstomo, quieren que se les agradezca el mas mínimo servicio que nos prestan, de cuánta gratitud no debemos estar penetrados para con Jesucristo, que nos concede los mas grandes beneficios sin exigir en cambio cosa alguna de nosotros?... *Si homines parvum beneficium præstiterint, expectant à nobis gratitudinem; quanto magis id nobis faciendum in iis quæ*

*Deo accepimus, qui hoc solum ob nostram utilitatem vult fieri.*² Ofrecer el divino sacrificio, y recibir en su corazon á su Salvador y su Dios, son bienes de tan alto precio, que seria preciso tener el alma mas insensible y mas fría para no sentirse penetrado de la mas grata y profunda emocion. Así, queriendo el Hijo de Dios, que sus discípulos se convenciesen del deber y la necesidad de la gratitud, no se separó del cenáculo inmediatamente despues de haber instituido los santos misterios, sino despues de haber dado gracias á Dios su eterno Padre: *Et hymno dicto exierunt in montem olivetum.*³ Ejemplo para siempre memorable, dice San Crisóstomo, y que los sacerdotes no deberian olvidar jamas: *Gratias egit ut nos instrueret quomodo mysterium hoc facere debeamus, ut nos quoque similiter faciamus.*⁴ Descuidar despues del divino sacrificio, dar gracias á Jesus, es hacerle el mas sensible ultraje. Viene á nosotros para consolar-nos, sostenernos y enriquecernos con sus dones; se complace en conversar con nosotros: *Deliciae meae esse cum filiis hominum.*⁵ Y nosotros, ingratos, nos cansamos pronto de estar con él; su presencia no tiene para nosotros ni encantos ni atractivos; abandonamos su dulce conversacion para ir á conversar con los hombres: *Illius ergo officii denegatio Christo contumeliosa; gratiam non ut gratiam venerantur ingrati.*⁶ En el momento en que el Salvador está en nuestras almas, es cuando podemos obtenerlo todo de su bondad; entonces es cuando nos dice: *Petite et accipietis.*⁷ Pero alejándonos de sus tabernáculos, y olvidando el favor que acaba de concedernos, cegamos el manantial

² Hom. 26, in cap. 8, gen.

de sus gracias; nuestro corazon, que debia estar inundado de sus bendiciones, conviértese en tierra árida y reseca. Así nos lo advierte San Bernardo, cuando al hablar de la ingratitud dice: *Est ventus urens, siccans sibi fontem pietatis, rorem misericordiae, fluentia gratiae.*⁸ ¡Ojalá que todos estos motivos nos determinen á no celebrar jamas, sin consagrar un tiempo proporcionado, á dar gracias al Señor! Y á fin de alentarnos á seguir esta santa práctica, recordemos este magnífico elogio que de ella hace San Agustin: *Quid melius ore promamus, hoc nihil audiri laetius, nihil intelligi gratius, nihil agi fructuosius potest.*⁹

2. Consideremos que para dar gracias de una manera digna, debemos, en primer lugar, recogerlos profundamente; reunir, como el Profeta real, todas las potencias de nuestra alma, é invitarlas á glorificar este Dios de bondad que se digna venir á visitarnos: *Magnificate Dominum mecum, et exaltemus nomen ejus in idipsum.*¹⁰ Además, debemos tambien unir nuestras alabanzas y nuestros cánticos de reconocimiento, á los sentimientos de gratitud de que estaba penetrado el mismo profeta, y repetir con él: *Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in æternum misericordia ejus...* *Quia in humilitate nostra memor fuit nostri.*¹¹ En segundo lugar, tenemos obligacion de volver á Jesús amor por amor; se nos entrega sin reserva y por completo; consagrémosle, pues, nuestro corazon, nuestra salud, nuestra vida misma si necesario es, á fin de que, á su mayor honra y gloria y conforme mejor le agrade, use de cuanto tenemos y de cuanto somos. Entonces será cuando

ne supplicium minus est delicto quo Christus con-

con la Esposa de los cánticos podremos decir: *Dilectus meus mihi et ego illi.*¹² En tercer lugar, en este feliz momento es cuando urge pedir con confianza las gracias y las virtudes que necesitamos. El que se nos da entero y sin restriccion, ¿podrá rehusarnos cosa alguna? Santa Teresa dice, que en este feliz momento está Jesucristo en el alma como en un trono de gracias, y le dice: *Quid vis ut tibi faciam?* Si esta alma cuida de aprovechar la intencion benévola del Salvador, ¡cuántos y cuántos bienes espirituales no atesorará! Entonces es la ocasion en que debe esponderle con sencillez sus debilidades y sus miserias todas, y suplicarle tenga piedad de ella, diciéndole con el Profeta: *Dic animæ meæ, salus tua ego sum.*¹³ ¡Oh Dios mio! yo os pido perdon del poco cuidado que hasta hoy he tenido de daros gracias despues de celebrar los divinos oficios; mucho temo que esta falta sea la causa de mi negligencia en vuestro servicio; seria sin duda mas fervoroso si hubiese estado atento en aprovechar las gracias que concedeis á las almas agradecidas. En adelante quiero ser mas escrupuloso y mas exacto en esta práctica saludable; consagraré al menos un cuarto de hora despues de la misa á daros gracias por el favor que cada dia me haceis concediéndome que ofrezca la Víctima santa; dad á mi corazon fidelidad para guardar y cumplir esta resolucion que hoy os habeis dignado inspirarme. *Dulcissime Jesu, quanta tibi reverentia et gratiarum actio pro susceptione sacri corporis debetur.*¹⁴

¹ II. Cor. IX, 15.

² Hom. 26, in cap. 8, gen.

de sus gracias; nuestro corazon, que debia estar

220

- 3 Mat. XXVI, 30.
- 4 Hom. in Matth. XXVI.
- 5 Prov. VIII, 31.
- 6 S. Bern. serm. I, in c. jejuni.
- 7 Joan. XVI, 24.
- 8 Sermon. 5, in cantic.
- 9 Ep. 5, ad Marcellam.
- 10 Psal. XXXIII, 4.
- 11 Psal. CXXXV, 1-23.
- 12 Cantic. II, 16.
- 13 Psal. XXXIV, 3.
- 14 Imit. I. 4.

ne supplicium minus est delicto quo Christus con-

L.

MEDITACION

DE LA CELEBRACION INDIGNA.

Adoremos á Jesucristo que, queriendo hacer comprender á sus discípulos y á sus sucesores en el santo ministerio todo el horror de la conducta sacrilega de Judas, les pinta las consecuencias lamentables de su atentado. ¡Ay del que va á hacer traicion al Hijo del Hombre! les dice; mejor le fuera nunca haber nacido: *Væ autem homini illi, per quem filius hominis tradetur, bonum erat ei si notus non fuisset homo ille.*¹ Temamos ser imitadores de este traidor y hacernos, como él, el objeto del odio y de la execracion del Salvador. Consideremos que por dos motivos debemos temer la celebracion indigna: primero, por la injuria que hace á Jesucristo; segundo, por los terribles castigos que nos atrae.

1. Entre todos los crímenes de que los sacerdotes se pueden hacer culpables, no hay ninguno

de sus gracias; nuestro corazon, que debia estar

mas enorme, que mas ultraje al Hijo de Dios, que tratar nuestros divinos misterios con un corazon manchado. Cuando Judas estaba próximo á consumir su atentado, el Salvador, que conocia su culpable designio, parece inquieto y profundamente afligido; y á fin de aliviar su alma contristada, comunica su pesar á sus apóstoles. ¡Lo creeréis! le dice, uno de vosotros me traicionará: *Unus vestrum me traditurus est.* ² Parece olvidar todas las otras ignominias de su pasion para no pensar sino en la infame traicion de su ingrato y desventurado discípulo. El desprecio insultante que hace de sus lecciones, de sus gracias, de sus bondades, de su persona sagrada, abre en su divino corazon la mas profunda herida. Si fuese mi enemigo, dice por boca de su profeta, quien me tratase con esta indignidad, podria soportarlo: *Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique; tu vero homo unanimes, dux meus, notus meus, qui simul mecum dulces capiebas cibos.* ³ ¡Sacerdotes sacrilegos! vosotros se dirigen estas sentidas palabras, capaces de partir de dolor vuestros corazones, si ha quedado todavía en ellos el mas leve rastro de fé: ¡Miserables ingratos! vuestro Dios se entrega en vuestras manos: *Hoc est corpus meum, hic est sanguis meus;* ⁴ lo tomáis, y, ¡gran Dios! ¡qué haceis de él! leed y temblad de horror: *Qui sacra illa verba in immundum profert, in faciem Salvatoris sputat, et cum quasi in lutum proficit.* ⁵ Y no contento de esto primeros ultrajes, introducís en vuestras almas esta Víctima adorable, y le hundís el puñal en el pecho!... *Rursùm crucifigentes Jesum in vobis me-*

ne supplicium minus est delicto quo Christus con-

tipsis. ⁶ Angeles del cielo, cubríos con vuestras alas y llorad amargamente tamaño atentado. Y vosotras, puertas de la celeste Sion, desolaos. ¡Qué hay, en efecto, mas triste, mas deplorable, esclama Pedro de Blois, que cambiar los remedios de salud, en crimen; el sacrificio mas augusto, en sacrilegio; los misterios mas sagrados, en parricidio; y el manantial de vida en eterna condenacion?... He aquí la obra de los sacerdotes que celebran indignamente. *Quam perditus ergo est, qui redemptionem in perditionem, qui sacrificium in sacrilegium, qui mysterium in parricidium, qui vitam convertit in mortem.* ⁷

2. Consideremos cuáles son los terribles castigos que la justicia divina reserva al sacerdote que celebra indignamente. El primero es ser maldito de Dios. David, iluminado por un espíritu profético, habia dicho del sacerdote profanador, que habiendo por sus sacrilegios renunciado á la bendicion, huiria ésta en adelante lejos de él: *Noluit benedictionem, et elongabitur ab eo.* ⁸ Que seria envuelto con la maldicion como con un vestido; que esa maldicion penetraria en su alma como el agua penetra en la tierra; que, como el aceite, se infiltraria hasta la medula de sus huesos: *Induit maledictionem sicut vestimentum, intravit sicut aqua in interiora ejus et oleum in ossibus ejus.* ⁹ Oráculo espantoso, capaz de helar de terror al sacerdote que lo medite atentamente. El segundo castigo de la celebracion indigna, es poner el sello á su reprobacion. Una sentencia verbal puede revocarse; si está escrita puede romperse; pero ¡cómo destruir un decreto de muerte con el cual se

de sus gracias; nuestro corazon, que debia estar

alimentó el culpable, y que, por decirlo así, se identificó con él? Tal es la suerte desastrosa de que se atreve á subir al altar con un corazon manchado: bebe y come su propio juicio, dice el Apóstol; porque el cuerpo y la sangre del Salvador solamente reposan en sus labios, sino que entran en sus entrañas, se incorporan con él, de modo que forman una sola sustancia; pero en lugar de difundir por donde quiera la salud y la vida, el cuerpo y la sangre del Cordero esparce y comunica á todos sus miembros un hedor de muerte. Ved, pues, esa alma sacrilega herida de anatema, está como enclavada en un estado de reprobacion, á menos que un golpe victorioso de la gracia le saque de ese profundo abismo: *Qui manducat et bibit indignè, iudicium sibi manducat et bibit, non de iudicans corpus Domini.*¹⁰ ¡Tiemblo, oh Dios mío, cuando reflexiono en esta terrible verdad! Tengo grande horror al sacrilegio, y, sin embargo, puedo cometerlo; un olvido, una debilidad pueden arrabatar me la inocencia, y convertirme en profanador del cuerpo y de la sangre de vuestro divino Hijo. ¡Ah! Señor, inspiradme un temor mas vivo aún de semejante atentado. Sostened mi virtud, purificad mas y mas mis labios, mis manos y mi corazon, á fin de que la Víctima santa que os ofrezco cada dia, sea un motivo de gloria para vos, de gozo para los ángeles, y de edificacion para los fieles. *Deterius nemo peccat, quam sacerdos qui indignè sacrificat.*¹¹ *Gravius peccant, indignè offerentes Christum regnantem in cælis; quam qui eum crucifixerunt ambulantes in terris.*¹² *Væ sacrilegi manibus! væ pectoribus immundis sacerdotum! om-*

*nè supplicium minus est delicto quo Christus contemnitur in hoc sacrificio.*¹³

- 1 Mat. XXVI, 24.
- 2 Ibid. XXI.
- 3 Psal. LIV, 13-14.
- 4 Mat. XXVI, 26-28.
- 5 Pet. Comestorus. ap. biblioth. pp. t. 24.
- 6 Heb. VI, 6.
- 7 Ep. 123, ad Rich. London.
- 8 Psal. CVIII, 18.
- 9 Ibid.
- 10 II. Cor. XI, 29.
- 11 Petr. Dam. ep. XXVI, c. 2.
- 12 S. Aug. in Ps. 67.
- 13 S. Thom. de Vill. conc. 3, de Sanct. Alt.

LI.

MEDITACION

DE LA ADMINISTRACION DEL SACRAMENTO
DE LA PENITENCIA.

Adoremus á Jesucristo, dando á sus ministros el poder de perdonar y de retener los pecados: *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis, et quorum retinueritis retenta sunt.*¹ Cuán admirable y divino es este poder que reconcilia el cielo con la tierra; que desarma la cólera de un Dios, y que de pecadores que éramos, nos purifica y hace que seamos aceptos á los ojos del Señor. Pronto estaremos revestidos de tan alta prerogativa; hagámonos dignos de ella por medio de una vida santa y sacerdotal. Consideremos: primero, que después del poder de ofrecer el sacrificio de la misa, nada hay mas honroso que el de perdonar los pecados; segundo, que tampoco hay nada mas peligroso para la salvacion.

1. Cuando medito en la estension del poder que Jesucristo ha confiado á los directores de las con-

ciencias, no puedo admirar suficientemente ese poder celestial y divino. ¿Hay en la tierra algun soberano á quien le sea dado gloriarse de tener semejante autoridad? Como depositarios de todos los intereses del Monarca de los cielos, distribuyen sus favores, señalan las recompensas, abren ó cierran las puertas de la mansion bienaventurada. Si un pecador necesita obtener la gracia del Altísimo, á ellos se dirige, y, en virtud de su mediacion, queda pronto restablecido en sus derechos y sus esperanzas. ¡Qué maravilla! esclama San Crisóstomo, y ¡quién lo creeria! El servidor fué constituido juez sobre la tierra, y el Amo ratifica en el cielo todas sus sentencias. El Señor se somete y se digna recibir de su criatura la regla y la forma de la justicia que ha de administrar: *Usque adeo ut quæcumque sacerdotes confecerint, illa eadem Deus supernè rata habeat, ac servorum sententiam Dominus confirmet.*² Hé aquí el ministerio de la reconciliacion que Jesucristo ha confiado á los sacerdotes. ¿Hay algo sobre la tierra mas augusta que ser el delegado del Rey de los reyes, encargado de concluir esta gran paz que se trata entre el Juez soberano y vasallos rebeldes? Este hombre es pecador; me ha ultrajado, dice Dios á sus ministros; podria juzgarlo yo mismo, pero á vosotros lo entrego: *Judicate inter me et vineam meam.*³ Por mas que sea mi enemigo, yo lo tendré por amigo desde el instante que lo habréis declarado tal; por lo que á él toca, no se trata sino de que se haga digno de la absolucion que le daréis. ¿Acaso podia Dios dar á sus ministros potestad mas honrosa que sentarlos en su trono para juzgar de un

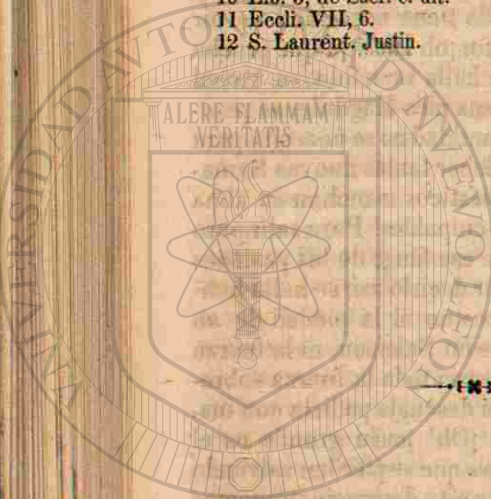
modo inapelable del estado del alma y decidir de su salud eterna? ¿Qué hay mas glorioso que ser los dispensadores de los méritos infinitos de la muerte y Pasion de Jesucristo? *Dominus noster Jesus Christus sacerdotes sui ipsius vicarios reliquit, tanquam præsides et iudices, ad quos omnia peccata mortalia deferantur.*⁴ Concluyamos de ahí cuánto debemos estimar un ministerio tan augusto y tan grande á los ojos de la fé, y con cuánto amor y celo hemos de ejercerlo! ¿Qué disposiciones tan santas no exige para desempeñarlo dignamente? *Videte quid faciatis: non enim homines exercetis iudicium, sed Domini.*⁵

2. Consideremos que el ministerio de la reconciliacion es peligrosísimo para la salvacion. El Concilio de Trento le llama: *Angelicis humeris formandum.*⁶ Nada hay tan peligroso, dice San Lorenzo Justiniano, como encargarse de dar cuenta de la conducta ajena: *Periculosa res est, pro peccatoribus se fidei iussorem constituere.*⁷ En el mundo no hay un solo negocio, dice San Gregorio, que sea mas de temer y en que sea mas fácil de engañarse que éste: *Nullibi periculosius erratur.*⁸ Si una alma viene á perderse por culpa del que escogió por guía, éste dará de ella, en el gran dia, la cuenta mas rigurosa y severa: así nos lo dice el Señor por boca de su profeta Rey: *Requiram gregem meum de manu eorum.*⁹ Si nos espantamos, dice San Crisostomo, de tener que responder un dia delante de Dios de la salud de nuestra alma, ¿cuál no debe ser nuestro terror pensando que estaremos ademas cargados con todas las iniquidades de nuestros penitentes, las cuales serán precisamente la materia

de nuestro juicio? *Si horremus, dum peccatorum propriorum rationem reddituri sumus, quid illi expectandum est qui multorum causas sit dicturus?*¹⁰

El ministerio de la confesion es peligroso tambien, porque es preciso prestar atento oido á infinitas debilidades, que son para el confesor origen de mil tentaciones. Pero el peligro es mayor todavía, y crece mas y mas, cuando tiene necesidad de oir las personas del otro sexo: ¡oh Dios! ¡á qué prueba tan crítica y terrible se halla sometida su virtud cuando ve postradas á sus piés Magdalenas penitentes! ¿Qué fondo de santidad no se necesita para instruir y reducir á su deber tantas nuevas Samaritanas! ¡Cuántos eclesiásticos manchan su alma purificando conciencias culpables! Para salir puro é inocente del medio de ese fango de las pasiones humanas, en las que, por decirlo así, se halla hundido el confesor, no bastan ni la piedad de un David, ni la sabiduría de un Salomon, ni la fuerza de un Samson; es necesaria toda la fuerza sobrenatural de la gracia, y si descuida pedirla con instancia, ¿qué será de él? ¡Oh! ¡cuán grande es el número de los confesores que se pierden salvando á los demas! Para evitar esta desgracia, tomemos la resolucion: primero, de no hacer frente, sino con gran temblor, al terrible ministerio de la reconciliacion; segundo, de desconfiar muchísimo de nosotros mismos; fortalecernos en la virtud, y no sentarnos jamas en el santo tribunal sin haber antes implorado la asistencia del Espíritu Santo: *Noli querere fieri iudex, nisi valeas virtute irrumpere iniquitates.*¹¹ *Nemo nisi valdè sanctus absque sui detrimento proximorum curis occupatur.*¹²

- 1 Joan. XX, 23.
- 2 S. Chrisost. l. 5, de Sac. 5.
- 3 Isa. V, 3.
- 4 Conc. Trid. sess. 14, c. 5.
- 5 II. Par. XIX, 6.
- 6 Sess. 6, c. 1.
- 7 C. 6, n. 3.
- 8 Pastor., p. 1, c. 1.
- 9 Ezech. XXXIV, 10.
- 10 Lib. 3, de Sac. c. ult.
- 11 Eccli. VII, 6.
- 12 S. Laurent. Justin.



LII.

MEDITACION

DE LAS CUALIDADES DEL CONFESOR.

Adoremos á Jesucristo, enseñándonos por medio de sus santos, que los directores de las conciencias que poseen todas las virtudes exigidas por la importancia de sus funciones, pueden conseguir los mas grandes frutos de salud en las almas de que están encargados: *Dentur idonei confessarii; ecce omnium Christianorum plena reformatio.*¹ ¡Oh! cuán propio es este pensamiento para alentarlos á hacer los mayores esfuerzos con el fin de adquirir las cualidades que requiere un ministerio tan augusto y tan santo. Consideremos que las dos cualidades esenciales para los directores de las conciencias son: primero, una ciencia competente; segundo, una caridad tierna y acendrada.

1. Ante todo, se requiere que el director de las almas tenga una ciencia competente. Ministros de mi santuario, dice el Señor, vosotros á quienes escogí para ser los guías y los jueces de mi pue-

blo, instruio: *Erudimini que judicatis terram.*² En efecto, ¿cómo hacer sentir á los pecadores la gravedad de sus faltas, si no sabe discernir la naturaleza y las diferentes especies de pecados? ¿Cómo inspirarles amor y respeto por los divinos preceptos, si tampoco los conocen? ¿Cómo trazarles reglas de conducta para adelantarlos en la vía espiritual, si se ignoran los principios de la perfección cristiana? Osar, pues, sentarse en el santo tribunal sin los talentos y la instrucción necesarios, es imprudencia, es temeridad. Ministros ciegos é ignorantes, quereis dirigir otros ciegos, y caeréis con ellos en el precipicio: *Cæcus si cæci ducatum præstet, ambo in foveam cadunt.*³ Pero ¿cuál es, pues, esta ciencia tan necesaria al confesor? Debe: primero, conocer la estension de sus poderes para no dar la absolucion á penitentes que se hallasen en los casos especialmente reservados al papa ó al obispo: segundo, debe estar instruido en los principios de moral, en los deberes de cada condicion, en los cánones penitenciales para dar, en cuanto le fuese posible, penitencias proporcionadas á las faltas que se le declaran: tercero, debe haber estudiado y profundizado las reglas y las máximas de espíritu para dar á las personas piadosas que dirige los consejos convenientes á su edad, estado y disposiciones. Como se ve, todo esto pide conocimientos que raras veces se encuentran en los sacerdotes jóvenes. Para adquirirlos, urge hacerse un gran caudal de máximas del Evangelio, de opiniones de los Santos Padres y de la práctica de los eclesiásticos experimentados en la direccion de las almas. Siguiendo seme-

jantes guías, puédese, dice San Gregorio, ejercer con confianza y sin temeridad esta funcion terrible, en que tantos pastores venerables se han santificado y aun se santifican cada dia: *Tunc sacerdos irreprehensibiliter graditur, cum exempla patrum præcedentium indesinenter intuetur, cum sanctorum vestigia sine cessatione considerat.*⁴ ¿Poseemos la ciencia que la direccion de las almas pide? Para esforzarnos á adquirirla, si no la tenemos, recordemos á menudo este pasaje notable del mismo santo: *Nulla ars doceri præsumitur, nisi prius intentâ meditatione discatur. Ab imperitis ergo magisterium pastorale suscipitur in magnâ temeritate: quoniam ars artium est regimen animarum.*⁵

2. La segunda cualidad del confesor es una tierna caridad. Lejos de mostrar desvío y frialdad para con los pecadores que á nosotros se dirigen, el estado triste y afflictivo en que se halla su conciencia, debe interesarnos vivamente; y para empeñarlos á que nos abran sus corazones, hemos de recibirlos á todos con la mayor bondad y mas grande afecto: *Induite vos ergo sicut electi Dei viscera misericordiæ.*⁶ Nuestro celo no ha de admitir acepcion de personas; pobres y ricos, sabios é ignorantes; pecadores y almas fervorosas, todos deben ser recibidos de nuestra parte con la misma buena acogida; y si fuese permitido mostrar alguna predileccion, deberia ser en favor de los pobres y los mas grandes pecadores: *Vos non quasi iudices criminum ad percutiendum positi estis, sed quasi iudices morborum ad sanandum.*⁷ Porque, como dice el Apóstol, cuanto mayor es la ignorancia, mas de-

plorable es el error, y mas llenos de amor y de caridad debemos parecer: *Qui condolere possit iis qui ignorant et errant.*⁸ ¿Lo hemos practicado hasta ahora? ¿Cuántas veces hemos rechazado las gentes sencillas, bajo pretexto de que no tenían educación y se espresaban mal? ¿Cuántas hemos mostrado un aire de tristeza y de embarazo? Cuando han venido á nosotros algunos grandes culpables, ¿no los hemos tal vez rechazado, enviándolos á otros, para no oír sino á personas de cierto rango, ó que hacen profesion de piedad? Conducta criminal, altamente reprobada por el Espíritu Santo en las divinas Escrituras: *Nulla erit distantia personarum; ita parvum audietis ut magnum, nec accipietis cujusquam personam, quia Dei judicium est.*⁹ Un confesor, animado de una caridad verdaderamente cristiana, abre su corazon á cuantos se le presentan, y los recibe con igual solicitud: sabe que el alma del pobre es tan preciosa á los ojos de Dios como la del rico; que el mas criminal no ha de interesar menos su celo que esa alma privilegiada que marcha valerosamente por las vías de la perfeccion. Está persuadido de que la menor preferencia ofenderia á Dios, para quien no hay acepcion de personas: *Non est personarum acceptio apud Deum.*¹⁰ ¡Oh Dios mio! si exigís tantas cualidades de los ministros de la reconciliación, ya no me sorprende que con cierto asombro esclameis: *Quis, putas, est fidelis servus?*¹¹ ¡Ah! ¡mucho tengo que temer no ser aún este servidor fiel! Si tan ignorante soy en la senda de la salud, ¿cómo emprenderé conducir á los demas por ella? Siento todavía tan poco celo y caridad para co-

manibus: vae pectoribus immundis sacerdotum! om

en la cual marchan los unos al frente de todo el

mis hermanos, ¿cómo he de atreverme á ser su maestro y guía? ¡Ah! yo os conjuro suplais mi insuficiencia; dadme las luces y las virtudes que hacen á los sacerdotes segun vuestro corazon, á fin de que no me pierda queriendo salvar á los demas. *Noli querere fieri iudex, nisi valeas virtute irrumperere iniquitates.*¹²

1 S. Pius V.

2 Psal. II, 11.

3 Mat. XV, 14.

4 S. Greg. Past. part. 2, c. 6.

5 Pastor. p. 1, c. 1.

6 Coloss. III, 12.

7 Hug. de S. Victor.

8 Hebr. V, 2.

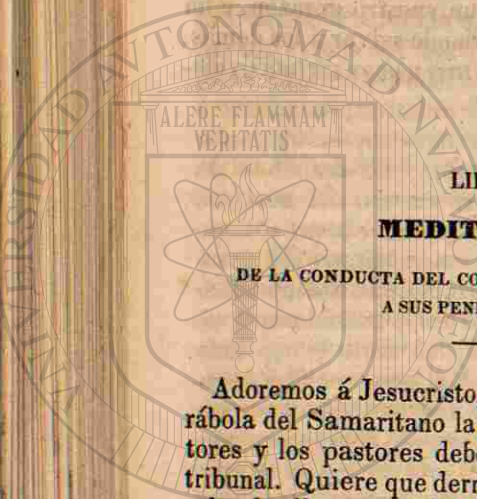
9 Deut. I, 17.

10 Col. III, 25.

11 Mat. XXIV, 45.

12 Eccli. VII, 6.

plorable es el error, y mas llenos de amor y de caridad en la cual marchan los unos al frente de todo el



LIII.

MEDITACION

DE LA CONDUCTA DEL CONFESOR CON RESPECTO
A SUS PENITENTES.

Adoremos á Jesucristo, enseñándonos en la parábola del Samaritano la conducta que los directores y los pastores deben observar en el santo tribunal. Quiere que derramen el aceite y el vino sobre las llagas espirituales; es decir, que se manifiesten con cierta dulzura y firmeza en los avisos y consejos que dan á las almas que dirigen. ¹ No perdamos de vista esta lección saludable, y hagamos siempre de ella la regla de nuestra conducta con respecto á los que nos honran con su confianza. Consideremos: primero, cuán necesario es á los confesores unir la dulzura á la firmeza; segundo, en qué se funda esta práctica.

1. Si el Samaritano hubiese derramado solamente el aceite, símbolo de la dulzura, en las llagas del enfermo que trató con tanta caridad, lo hubiera en verdad aliviado, pero no curado; mas

237

añadiendo el vino que representa la firmeza, purificó sus llagas y las cicatrizó. Así, pues, en el santo tribunal debemos reunir la dulzura á la firmeza; es preciso recibir y tratar con bondad al pecador, exhortándole á poner toda su confianza en los méritos infinitos de Jesucristo, que es el médico Omnipotente para quien nada hay incurable: *Omnipotenti medico nihil est insanabile.* ² Se animará cuando, en términos llenos de amor y de ternura, le espongamos la escelsa virtud de su sangre preciosa que ha lavado nuestros pecados; ganaremos su corazón y su confianza y le determinaremos á seguir todos los consejos que le demos para el bien de su alma; esta práctica es muy saludable segun el parecer de San Leon. ³ Pero como la dulzura no siempre basta, es preciso añadirle la firmeza para obligar al pecador á que haga penitencia y á satisfacer á la justicia divina: este es el consejo que nos da San Gregorio el Grande: *Erga subditos suos inesse rectoribus debet et juste consolans misericordia et piè sæviens disciplina.* Un buen confesor debe tener al mismo tiempo la severidad de padre y la ternura de madre, á fin de conquistar á Dios sus penitentes; mas esta severidad no debe ir hasta el rigor, ni la dulzura degenerar en debilidad: tal es el pensamiento del citado Padre: *Miscenda est ergò tenuitas cum severitate, faciendum quoddam temperamentum ex utroque, ut neque multá asperitate exulcerentur subditi, neque nimia benignitate solvantur.* ¡Oh! si todos los directores de conciencias siguiesen estas sabias máximas, ¡qué frutos de salud no produciría su ministerio? ¡Cuántos pecadores vol-

plorable es el error, y mas llenos de amor y de ca

verian á Dios! ¡qué solicitud para presentarse en el sagrado tribunal! ¡Cuántos escándalos, cuántos desórdenes cesarian en una parroquia! ¡qué celo, qué interés, qué inclinacion al bien! Por no seguir este admirable temperamento de dulzura y de firmeza, es por lo que se ve la confesion abandonada ó descuidada; por eso se oyen de parte de los fieles esas críticas amargas contra sus confesores que les halagan ó les rechazan sin discernimiento. Comprendamos hoy mas que nunca la obligacion que tenemos de unir la dulzura á la firmeza. ⁴

2. Consideremos que esta sábia conducta de dulzura y de firmeza está fundada: primero, en que somos los medianeros entre Dios y el hombre. Esta cualidad nos obliga á manifestar celo para reparar las injurias hechas á nuestro Dios que nos ha confiado sus intereses. Haciendo todos los esfuerzos posibles para obtener que use de misericordia con los pecadores, debemos hacer de suerte que su honor quede vengado y su justicia satisfecha. Somos los dispensadores y no los dueños de sus gracias: no podemos concederlas á los hombres sino mediante las condiciones que nos ha impuesto. No ejercemos nuestro ministerio sino á nombre y por autoridad de Jesucristo; debemos, pues, penetrarnos de su espíritu, que es espíritu de amor y de juicio, como dice el Profeta: *Si abluerit Dominus sordes filiarum Sion in spiritu judicii et in spiritu ardoris.* ⁵ Segundo, este temperamento de dulzura y de firmeza, está fundado ademas en el ejemplo de Jesucristo y de los santos. El Salvador del mundo era el mas dulce de los hombres. Recorramos, sin embargo, su Evangelio, y vere-

en la cual marchan los unos al frente de todo el

mos si jamas ha eximido á los pecadores de hacer penitencia: *Pœnitementi, dice, et credite Evangelio.... Nisi pœnitentiam habueritis omnes similiter peribitis.* ⁶ ¡Acaso este Divino médico de las almas, ha mitigado jamas en algo la severidad de sus máximas, á pesar de lo mucho que nos repugna su observancia? ¡Somos tal vez mas dulces que un San Pablo, que queria tan tiernamente á los fieles que habia conquistado á la fé, que estaba dispuesto á inmolarse por ellos! Sin embargo, ¡con qué fuerza y qué vigor reprende sus estravíos! *Quid vultis? in virgâ veniam ad vos, an in spiritu lenitatis.* ⁷ Tercero, en fin, si la Iglesia misma quiere que sus ministros usen á veces de dulzura y de indulgencia, exige tambien que esta dulzura sea sábia y llena de circunspeccion, y que esta indulgencia esté acompañada de fuerza y de vigor tales, que inspirando confianza al pecador, le hagan temer la justicia divina: esta es la doctrina de S. Ambrosio. ⁸ Abracemos, pues, estas sábias reglas, sin las cuales no puede un confesor asegurar su salvacion ni la de su penitente; y para ser constantemente fieles, imploremos el socorro de lo alto; pidamos á Jesucristo se digne concedernos esta prudencia tan necesaria en la conducta de las almas; y si tenemos la desgracia de cometer faltas en el ejercicio de un ministerio tan crítico, humillemonos delante de Dios, pongamos toda nuestra confianza en la bondad de nuestro divino Maestro; esperemos que la caridad que habremos ejercido para con los pecadores cubrirá, por los méritos infinitos de su sangre, la multitud de nuestras faltas. ^{9 10 11}

plorable es el error, y mas llenos de amor y de caridad en la cual marchan los unos al frente de todo el

1 Et appropinquans alligavit vulnera ejus, infundens oleum et vinum. Luc. X, 34.

2 S. Agust.

3 Plus erga corrigendo agat benevolentia quam severitas plus exhortatio, quam commotio; plus caritas, quam potestas. Ep. 84, núm. 12, ad Anost. Thess. c. 1.

4 In arca virga simul et manna est.... Sit itaque, amor non emolens: sit zelus, set non immoderate sapiens: sit pietas sed non plus quam expediat parcens. S. Greg. Mag.

5 Isa. IV, 4.

6 Marc. I, 15. Luc. XIII, 3.

7 I. Cor. IV, 21.

8 In ipsa ecclesia, ubi misereri quam maxime decet; tamen quam maxime debet forma justitiæ. In p. CXVIII.

9 Caritas operit multitudinem peccatorum. I. Petr. IV, 8.

10 De lege tua miseretur, qui cum sapientia et justitia miseretur. S. Ambr. p. CXVIII.

11 Beatus ille servus, quem cum venerit Dominus ejus invenit ita facientem. Luc. XII, 43.

LIV.

MEDITACION

DEL BUEN EJEMPLO QUE UN CONFESOR DEBE DAR
A SUS PENITENTES.

Admiremos, alabemos y bendigamos al Salvador del mundo, que para asegurar la salud de sus queridos discípulos y de todos los hijos extraviados de la casa de Israel, dirige todos sus pasos, santifica todas sus acciones y derrama por donde quiera el buen olor de sus virtudes: *Ego sanctifico meipsum ut sint et ipsi sanctificati in veritate.*¹ ¡Qué abundantes frutos de salud obráramos en las almas que dirigimos, si tuviésemos mas celo todavía por nuestra propia santificacion que por la de nuestros semejantes! Para conseguirlo, tengamos sin cesar la vista fija en el ejemplo de nuestro divino Maestro. Consideremos: primero, cuánto importa que un confesor edifique á sus penitentes; segundo, qué medios ha de emplear para ello.

1. Las personas que nos honran con su confianza, tienen sin cesar los ojos fijos en nosotros; exa-

plorable es el error, y mas llenos de amor y de ca

minan nuestros pasos, nuestras palabras y todo el conjunto de nuestra conducta. Si nos ven piadosos y edificantes, se esfuerzan en seguir nuestras huellas: si, al contrario, observan en nosotros algunos defectos, gimen á veces por ellos; pero mas á menudo sucede que se alientan á perseverar en sus desórdenes. Porque los fieles se complacen, por desgracia, en hallarnos reprehensibles á fin de mantenerse en sus culpables escesos. Por otra parte, se creen seguros imitándonos: *Liber laicorum vitæ clericorum.*² La conducta de un confesor debe ser tan edificante y tan ejemplar, que, como el Apóstol, pueda decir á todos los que se dirigen á él: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.*³ Las lecciones son poderosísimas cuando uno mismo practica lo que recomienda á los demas. La voz del ejemplo es una instruccion corta, pero mucho mas eficaz que los discursos. Así, cuando un penitente ve á su confesor modesto en la iglesia, grave y reservado en sus conversaciones, exacto en el santo tribunal, enemigo del juego y de las comidas espléndidas; que ama á los pobres y está siempre pronto á socorrerles, segun sus medios; que arde en un santo celo por la conversion de los pecadores; ese penitente se siente animado de un nuevo ardor por su adelanto espiritual; recibe con respeto y sumision los avisos de su director, y tiene una confianza tal en sus consejos, que si él se lo exigiera, estaria dispuesto á hacer por Dios los mas grandes sacrificios. Estos sentimientos generosos no deben asombrarnos, dice un Padre de la Iglesia, porque Dios mismo es quien sentó este orden admirable al establecer su religion santa,

en la cual marchan los unos al frente de todo el rebaño, y los otros considéranse honrados con seguirles.⁴ ¡Cuántas bendiciones derramaria el Señor sobre nuestro ministerio, si procurásemos honrarlo siempre con una vida edificante y verdaderamente sacerdotal!..... No olvidemos jamas que, elevándonos nuestro carácter sobre los otros fieles, debemos sobrepujarlos en virtud y mérito, á fin de que podamos decirle con el Apóstol: *Fratres, imitatores mei estote, et observate eos qui ita ambulant sicut habetis formam nostram.*⁵

2. Consideremos los medios que debe tomar un confesor para llegar á ser un modelo de edificacion para sus penitentes. San Pablo nos los designa en los avisos que da á su discípulo Timoteo. Que nadie te desprecie á causa de tu juventud: *Nemo adolescentiam tuam contemnat.*⁶ Esforzaos por la sabiduría y prudencia de vuestra conducta, y la regularidad de vuestras costumbres, en merecer el respeto y la estimacion de todos. Sed el ejemplo de los fieles en vuestras conversaciones y palabras; manifestad en toda ocasion una caridad tierna, una fé viva y una castidad angélica.⁷ Por estas palabras vemos, que no basta distinguirnos por la práctica de una virtud; es necesario que brillen todas en nuestra conducta; nuestra vida debe ser como un cuadro fiel, sobre el que pueda cada cual ver los deberes que ha de practicar: *Forma facti gregis ex animo.*⁸ El mismo apóstol, escribiendo á Tito, le dice: *In omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum in doctrinâ, in integritate, in gravitate.*⁹ He aquí en pocas palabras, el carácter de un buen director; no es menester buscarlo en otra

parte; el santo doctor lo pinta aquí al natural, su doctrina debe ser pura, no solo con relacion á la fé, sino tambien con relacion á la moral; la integridad de su vida exige que sea irrepreensible en su conducta, de manera que nada pueda reprochársele: *Ut is qui ex adverso est, vereatur, nihil habens malum dicere de nobis.*¹⁰ En su porte, ademanes y discursos, ha de guardar una postura grave y modesta; su exterior ha de ser tan recogido y tan compuesto, que inspire el respeto y el amor de la piedad y de la virtud á todos cuantos le tratan: *Ut vitæ vitam subditis videndo denuntiet, grex qui pastoris vocem moresque sequitur, per exempla melius quàm per verba gradiatur.*¹¹ ¡Oh Jesus, que sois el modelo de todas las virtudes, hacéndonos semejantes á vos! ¡Oh Sol de justicia, que quereis que por la santidad de vuestra vida seamos la luz del mundo, grabad profundamente en nuestros corazones vuestra divina semejanza á fin de que, teniendo el pueblo fiel los ojos fijos en nosotros, vea en nuestra conducta, como en un espejo, lo que debe huir y lo que debe practicar. No nos rehuséis esta gracia, Señor; en ella se interesa vuestra gloria y la salud de vuestros hijos.¹²

1 Joan. XVII, 19.

2 Conc. Turon., 1337.

3 I. Cor. IV, 16.

4 Etenim in Ecclesia iste ordo est; alii præcedunt, alii sequuntur; et qui præcedunt, exemplum se præbent sequentibus et qui sequuntur imitantur præcedentes. S. Agust.

5 Philip. III, 17.

6 S. Timot. IV, 12.

7 Exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione, in caritate, in fide, in castitate. Ibid.

8 S. Petr. V, 3.

9 Tit. II, 7.

10 Tit. II, 8.

11 S. Greg. post., p. 2, c. 2.

12 Lux gregis flamma est pastoris; decet enim dominicum sacerdotem moribus et vitâ clarescere, quatenus in eo tanquàm in vitæ suæ speculo, plebs commissa et eligere quod sequatur, et videre possit quod corrigat. S. Greg. Mag., lib. 7, ep. 32.

sin cesar ante los ojos la conducta de nuestro divino Salvador; segundo, hacer todos los esfuerzos posibles para imitarle.

1. Nada hay tan edificante como la solicitud del Príncipe de los pastores para volver al rebaño las ovejas extraviadas de la casa de Israel. ¡Cuántos viajes, cuántas fatigas, cuántas vigiliass para instruir á los ignorantes, apartar á los pecadores de sus extravíos, persuadir y conmover los corazones endurecidos! ² Vedle sentado en el pozo de Jacob, trabajando con un celo ardiente, prudente y tierno por la salud de la Samaritana; en la casa de Simon, el leproso, recogiendo las lágrimas de la Magdalena, que su gracia habia conquistado ya; en Cafarnanum, estinguendo en el corazon de Mateo todos los cuidados del siglo, para ponerlo en el número de sus discípulos; en Jericó, entrando en casa de Zaqueo, con el fin de asegurar la vuelta de ese hombre conmovido ya y ardiendo en deseos de ver y de oír al Hijo de Dios; y en fin, en la Cruz, arrancando al demonio una presa que tenia por muy suya, y que iba á sumergir en el abismo. ¡Oh caridad de mi Salvador! ¡Cuán admirable sois! ¡Qué fuego divino os abrasa por la salud de los pecadores! ¡Quién no se sentiria profundamente enternecido viéndoos orar, gemir, suplicar á vuestro Padre para obtener su conversion; sacrificándoos por ellos, á fin de librarlos de las ardientes llamas en que habian merecido ser precipitados? ³ ¡Cuántas veces habeis deseado juntar á vuestro alrededor todos los habitantes de Jerusalem, todos los judíos y todos los hombres, que son vuestras criaturas y vuestros hijos, como la

LV.

MEDITACION

DEL CELO QUE UN CONFESOR DEBE TENER POR LA
CONVERSION DE LOS PECADORES.

Adoremos al Señor nuestro Dios, deplorando amargamente por boca de su Profeta, la culpable negligencia de sus ministros que dejan revolcarse en el vicio las almas que les están confiadas; que las ven débiles, enfermas, acribilladas de heridas, esclavas de Satanás y á punto de caer en el abismo, y no se dan pena ninguna para librarlas de tan peligroso estado: *Quod infirmum fuit, non consolidastis, et quod ægrotum, non sanastis; quod confractum non alligastis, et quod abjectum est non eduxistis, et quod perierat non quæstis.* ¹ Temblemos de ser tal vez nosotros esos pastores indiferentes, y llenémonos de un santo celo por la salud de los fieles que nos han confiado el cuidado de su alma. Consideremos que para estar animados de un santo celo por la conversion de los penitentes que dirigimos, debemos: primero, tener

gallina reúne y junta sus polluelos bajo sus alas. Necesario fuera poder entrar en vuestro corazón sagrado para medir y comprender toda la extensión de su caridad por la salud de los hombres culpables que ultrajan vuestra infinita misericordia: con razón, pues, el grande Apóstol esclama: *Charitas Christi urget nos.*^{5 6}

2. Consideremos que un confesor debe recordar que el Hijo de Dios no le ha colocado en santuario ni le ha confiado la guarda de las almas que rescató con el precio de su sangre, sino á condición de que seria heredero de su celo y de su caridad para con ellas: *In hoc enim vocati estis, ut imitemini eum.*⁷ Para librarlas de la esclavitud del pecado y hacerlas adelantar en los caminos de Dios, para lo que fué especialmente escogido, dice el texto sagrado: *Elegi vos, et posui vos ut eatis, et fructum afferatis.*⁸ He aquí la funcion importante, á gusto, del director de las conciencias; y para desempeñarla con éxito, debe, á ejemplo del Salvador, no perdonar penas, ni sudores, ni fatigas; ni á su propia vida, si la gloria de Dios así lo exige; ¡Cuántos frutos de salud obra en una parroquia pastor animado de estos bellos sentimientos! ¡Qué de almas arranca al desórden y al infierno! ¡Cuánto gozo inunda á la Iglesia, á los fieles, á los ángeles y á Jesucristo mismo! ¡Cuán grande sea un día la recompensa de este ministro caritativo y tierno para con los pecadores! ¡Oh! ¡cuánto se felicitará en el cielo de haberse sacrificado por ellos! Reanimemos nuestro valor; trabajemos por la salud de nuestros hermanos, aun á expensas

nuestro reposo, de nuestra salud y de todo cuanto tenemos de mas querido en el mundo, diciendo con el Apóstol: *Non facio animam meam pretiosorem quam me, dummodo consummem cursum meum, et ministerium verbi, quod accepi à Domino Jesu.*⁹ ¡Qué no haríamos por un Dios, que, después de habernos arrancado del pecado y de la muerte, se ha dignado cargarnos sobre sus hombros y conducirnos al aprisco?¹⁰ ¡Oh Dios mio! ¡Cuán cara os ha costado mi alma! Vos, Señor, habeis asegurado mi salud, pero ¡qué costa! A costa de profundas humillaciones, de dolores intensísimos y de la efusion de toda vuestra sangre. Aun cuando tuviese yo mil vidas que ofreceros en servicio de las almas de mis hermanos, ni aun así podría satisfacer ni la mas mínima parte de lo muchísimo que os debo. Lleno de confusion me humillo á vuestros piés reconociendo mi miseria, y os suplico me comuniquéis vuestra caridad y vuestra ternura para con los pecadores, á fin de que pueda ganarles á vuestro servicio, abrirles el cielo y recibir yo mismo un día de vuestras manos adorables, la corona de gloria que reservais á vuestros ministros fieles y poseidos de una santa abnegacion.¹¹

¹ Ezech. XXXIV, et seq.

² Et circuibat Jesus totam Galileam, docens in synagogis eorum, et prædicans Evangelium regni. Mat. IV, 23.

³ Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis. Joan. X, 11.

⁴ Quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos. Mat. XXIII, 37.

⁵ II. Corint. V, 14.

⁶ Non frustra fatigatur virtus Dei, non enim frustra fatigatur, per quem fatigati recreantur; non enim frustra fatigatur, quod

desserente fatigamur, quo præsente firmamur, fatigatur tam Jesus, et fatigatur ab itinere, et sedet: et juxta puteum sedet et hora sexta fatigatus sedet..... tibi fatigatus est ab itinere Jesus. S. Ag., tract. 15, in Joan.

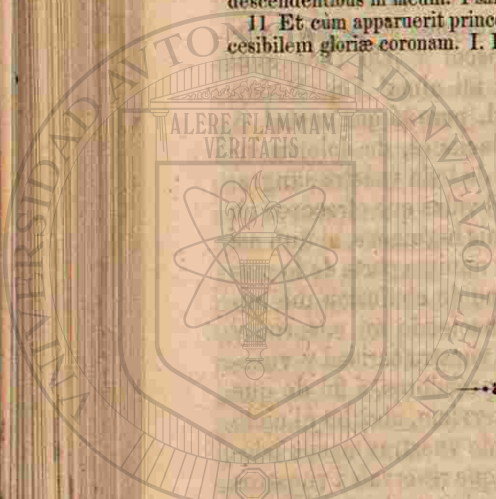
7 I. Petr. II, 21.

8 Joan. XV, 16.

9 Act. XX, 24.

10 Domine, eduxisti ab inferno animam meam; salvasti in descendentibus in lacum. Psal. XXIX, 4.

11 Et cum apparuerit princeps pastorum, percipietis inaccessibilem gloriæ coronam. I. Pet. V, 4.



re que al Señor le llameis vuestro Dios, si no te-

LVI

MEDITACION

DEL AMOR QUE JESUCRISTO NOS MANIFIESTA EN LA
EUCARISTIA.

Adoremos á Jesus, Esposo y Salvador de nuestras almas, que nos dió la prueba mas brillante de su caridad y de su ternura en el sacramento de su amor. A su corazon generoso no le basta quedarse en medio de nosotros, consolarnos con su presencia, sostenernos con su gracia; quiere poner el colmo á tantos beneficios, entregándonos su propio Cuerpo para alimento de nuestra alma, durante la penosa peregrinacion de esta vida: *Accipite et manducate; hoc est corpus meum, quod pro vobis traditur.* Permanezcamos postrados á los piés de este amable Redentor, y tributémosle mil acciones de gracias por un favor tan singular. Todos los misterios de la religion son otras tantas pruebas evidéntisimas, irrefragables del amor que Jesucristo nos ha tenido; pero en el de la Eucaristia es donde ese amor divino aparece en toda su es-

deserere fatigamur, quo presente firmamur, fatigatur tam

tension, en todo su brillo: primero, amor generoso; segundo, amor constante.

1. Por sincero que sea el afecto que nos tienen los que miramos como nuestros amigos sobre la tierra; por mas sensibles que fuesen á nuestra prosperidad ó adversidades, y por mas que esa adhesion les moviese á interesarse por nosotros en el caso dado; sin embargo, si fuese necesario sacrificar sus bienes ó su persona, no serian bastante generosos para sostener esta ruda prueba: es propio de Jesucristo amar así á los que le aman y hacerse víctima de su amor. ² Meditemos, profundicemos este misterio de amor, tan bello, tan consolador para el alma fiel. El divino Redentor glorioso ya y triunfante, vencedor de la muerte y del infierno, está próximo á remontarse al cielo; ¿dejarános tal vez huérfanos y privados de su presencia? ¡Oh admirable invencion de la divina caridad! Vuélvese al seno de su Padre, y permanece entre nosotros. Para satisfacer el amor que le abraza, reúnen su sabiduría y su poder con el fin de realizar la mas estupenda maravilla: instituye el sacramento augusto de nuestros altares, y por esta obra maestra de su ternura permanece con nosotros, se nos une sustancialmente, nos alimenta con su carne sagrada y nos hace vivir de su propia vida: *Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis*. ³ Jesus, ese Dios de bondad, ¿pudo acaso hacer algo mas para manifestarnos mejor su amor? ¿Acaso podia, dice San Bernardo, darnos algo mejor que El mismo? *Quid enim poterat dare seipsum melius vel ipse*. ⁴ Y, hasta hoy, ¿qué hemos hecho por este Dios lleno de caridad? Se nos entrega sin

re que al Señor le llameis vuestro Dios, si no te-

division y sin reserva, y aun no somos enteramente suyos.... ¡Pues qué, esclama San Bernardo, no consultando el Hombre Dios sino la ternura de su corazon, os entrega su sangre, su vida, sus méritos para asegurar vuestra salud, y rehusaréis daros sin restriccion á él! *Integrum te dà illi, quia ille, ut te salvaret, integrum se tradidit*. ⁵ Tal es el deber de todos los hombres, pero especialmente de los eclesiásticos. San Francisco de Asis, hablando á los religiosos de su orden, les decia con motivo de la particular obligacion en que están de ser absolutamente de Jesucristo: *Nihil de vobis retinentes vobis, ut totos recipiat, qui se totum exhibet*. Pidamos á este divino Esposo de nuestras almas nos desprenda de todos los objetos terrestres, á fin de no tener deseos, sentimientos ni afeciones sino para él: *Moriar mihi, ut tu solus in me vivas*. ⁶ *Minus te amat, qui aliquid amat, quod non propter te amat*. ⁷

2. Consideremos que el amor que Jesus nos manifiesta en la Eucaristía, no solamente es generoso y sin reserva, sino tambien universal y constante. Al instituir el adorable sacramento de nuestros altares, este divino Salvador invita á todos los hombres á que participen de él. Recibid, dice, y comed todos el pan celestial que yo os presento: *Accipite, et comedite*. ⁸ Y embriagaos con la sangre preciosa que hace germinar á las vírgenes: *Et bibite*. Venid todos á mí, añade, venid quien quiera que seáis, grandes ó pequeños, ricos ó pobres, sabios ó ignorantes: *Venite ad me, omnes*. ⁹ Venid, sobre todo, vosotros, levitas y sacerdotes míos, herederos de mis humillaciones y de mis oprobios;

deserente fatigamur, quo praesente firmamur, fatigatur tam

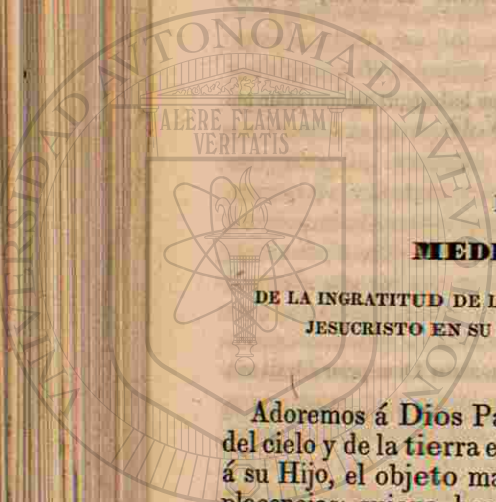
arrojados, desechados del mundo, no os afijais por tales desprecios; venid á mí, yo os consolaré e vuestras penas: *Et reficiam vos*. Subí al cielo á fin de regocijar con mi presencia la Iglesia triunfante pero os amo con demasiada ternura para dejar huérfanos: *Non relinquam vos orphanos*.¹⁰ Yo estoy con vosotros, no solamente por algunos días sino hasta la consumacion de los siglos, para ser vuestro guía, vuestro sosten, vuestra vida y la prenda de vuestra felicidad: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem seculi*.¹¹ ¡Oh Jesús! ¡qué esceso, qué prodigio de amor! Durante vuestra vida mortal no estabais presente sino en un solo punto del globo; mas ahora vuestra caridad todos los días y á cada instante, os reproduce en todas las comarcas del universo. ¡Oh mi Salvador y mi Dios! ¡Cuánto me avergüenza, cuánto me pesa corresponder tan poco y tan mal á las demostraciones tan tiernas de ese amor inmenso que me abraza! ¡Perezcan para siempre esos días desgraciados en que no os amé! ¡Oh si pudiese reunir en mi corazon todos los inflamados sentimientos de los serafines que circundan vuestro trono en la celestial Sion! ¡Si pudiese al menos expresar tan vivamente, como Agustin penitente, el pesar amargo y profundo que experimento en este instante de haberos amado tan tarde! Moved, cambiad mi corazon, arrancad de él todo afecto extraño, abrasadlo con el mismo fuego que anima eternamente el vuestro. ¡Horno ardiente, volcan inflamado, abrid á los deseos y á los trasportes de mi alma! Para vos tan solo quiere vivir en adelante. Cualquier otra vida, cualquier otro bien, cualquier

re que al Señor le llameis vuestro Dios, si no te-

otra dicha le será indiferente; bastante rica será, bastante feliz, si sabe amaros, y devolveros para siempre amor por amor: *Etiam Domine, tu scis, quia amo te*.^{12 13 14}

- 1 I. Cor. XI, 24.
- 2 Majorem hanc electionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joan. XV, 13.
- 3 Ephes. V, 2.
- 4 Conc. VIII.
- 5 Serm. VIII.
- 6 S. Ag. Serm. 122, de temp.
- 7 S. Ag. Conf. c. 29.
- 8 Mat. XXVI, 26.
- 9 Ibid. XI, 28.
- 10 Joan. XIV, 15.
- 11 Mat. XXVIII, 20.
- 12 Joan. XXI, 15.
- 13 Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos. I. Joan. IV, 19.
- 14 Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema. I. Cor. XIX, 22.

deserere fatigamur, quo presente firmamur, fatigatur tam



LVII.

MEDITACION

DE LA INGRATITUD DE LOS ECLESIASTICOS PARA CON
JESUCRISTO EN SU SACRAMENTO DE AMOR.

Adoremos á Dios Padre, proclamando á la luz del cielo y de la tierra el acendido amor que tiene á su Hijo, el objeto mas digno de todas sus complacencias; quiere hacer comprender así á todos los hombres, y en particular á sus ministros, la obligación que tienen de manifestarle los mas sinceros afectos de respeto, de amor y de reconocimiento. ¹ Humillémonos, viendo que tan poco agradecidos somos á esos señalados favores, que merecemos, sobre todo, en su santa presencia, por ser tan insensibles á las gracias que nos hace en el sacramento de amor. Consideremos: primero, que algunos eclesiásticos ingratos miran con mucha negligencia el grandísimo favor de la Eucaristía; segundo, que otros mas culpables todavía lo prefieren indignamente.

1. De la estima y del amor de un bien, nace na-

re que al Señor le llameis vuestro Dios, si no te-

turalmente el deseo de poseerle. De este principio se ha de concluir, que los levitas y los sacerdotes de nuestros dias no tienen ya ni afecto ni respeto al mas grande de los sacramentos, pues que se muestran tan indiferentes á él. En efecto, ¿dónde están esos Zaqueos llenos de ardor, que tan vivos deseos de verle manifiestan á Jesus? ¿Dónde están esos piadosos David, que prefieren pasar un solo dia á los piés de los santos tabernáculos, antes que vivir años enteros en las delicias del mundo? *Quia melior est dies una in atriis tuis super millia.* ² ¿Dónde están esos fervorosos cristianos de la primitiva Iglesia que todos los dias participaban de nuestros sagrados misterios? ³ ¡Ay de mi! En nuestros dias no vemos sino corazones insensibles que, con los mas frívolos pretextos, se alejan del festin nupcial. Esta culpable indiferencia ha penetrado hasta en el santuario; aun aquellos mismos que el Salvador se complace en llamar sus favoritos, no muestran casi mas celo que el simple pueblo en alimentarse con el pan de los fuertes. En vano el Esposo de sus almas les grita desde el fondo de su tabernáculo: *Nunquid et vos vultis abire.* ⁴ Nada les conmueve, nada les atrae; á las mas tiernas invitaciones, no responden sino con la mas fria insensibilidad. Parece que por este maná celestial han concebido el mismo disgusto que los israelitas. Un director celoso les invita, les exhorta, les conjura con instancia en el nombre del Señor, para que vengan mas á menudo á sentarse al banquete sagrado; pero vanos esfuerzos, solicitudes inútiles, quedan inflexibles en su sistema de frialdad y de indiferencia. ¡Desgraciados!

deserente fatigamur, quo præsente firmamur, fatigatur tam

les grita San Cirilo, no quereis poner vuestras complacencias, cifrar vuestra felicidad en Jesus el esposo de vuestras almas; desdenais sus amorosas invitaciones; su presencia en vuestros corazon deberia ser la segura prenda de vuestra predestinacion;... pero vuestro disgusto y desamor por su sacramento de amor, será para vosotros una sentencia irrevocable de muerte. *Complacuit patri in filio; quod si tibi non placuerit non habebis vitam.* ^{5 6}

2. Consideremos que no se contenta uno con ser indiferente hácia este Divino Sacramento de nuestros altares, sino que se le profana indignamente. De todos los ultrajes que el Salvador recibe en la tierra, los mas sensibles á su corazon son las profanaciones de que se hacen culpables sus ministros. Si solamente los judíos, si los paganos, si los herejes mismos le faltasen al respeto aun al pié de sus altares, lo soportaria con mucha menos pena; pero que eclesiásticos, que sacerdotes, de los cuales no tan solo es el bienhechor, sino el amigo particular, y á quienes alimenta cada día con su sagrada carne, no tengan para él sino indiferencia, le traten con desprecio, le reciban con una conciencia manchada por el pecado,.... he aquí lo que no puede sufrir sin un amargo dolor. *Si inimicus meus maledixisset mihi sustinuissem utique.* ⁷ ¿Qué pensais de estas reflexiones, favoritos indignos del Señor? ¿Sabeis lo que de ellos piensa el grande San Ambrosio? Escuchad y pesad bien sus palabras: *Quis autem dicit suum Deum, nisi qui ipsi exhibet plenum reverentia et pietatis affectum.* ⁸ Ya veis que este padre no quie-

re que al Señor le llameis vuestro Dios, si no tenéis para con él todo el respeto y toda la reverencia posibles, y si no le dais las mas convenientes pruebas de vuestra piedad y abnegacion: *Plenum reverentia et pietatis affectum.* Esos eclesiásticos profanadores que entran en nuestros santos templos con un aire disipado y mundano; que se acercan á los sagrados tabernáculos sin respeto y sin modestia, y que tratan nuestros mas terribles misterios con una conciencia dudosa y á menudo criminal, ¡ah! no merecen tener á Jesucristo por su Salvador y su Dios. Si somos culpables de estas irreverencias y sacrilegios, esclama el mismo santo, cubrámonos de vergüenza y huyamos del santuario; el Señor odia nuestros sacrificios, y no nos mira ya sino como pérfidos y traidores. ⁹ ¡Oh Jesus! tal vez yo soy ese ministro que os ultraja en el sacramento de vuestro amor. Vinisteis sobre la tierra para buscarme y salvarme; y ¡cuán ingrato soy! huyo de vos, os abandono, y resisto á vuestras amorosas pesquisas. Me colmais de gracias y de beneficios, y abuso siempre de ellos; me abris vuestro corazon y yo rehusó entrar en él, ó si penetro es solo para atormentarlo con mil llagas siempre nuevas y cada vez mas sensibles. Perdon, Señor, perdon de todas mis irreverencias en el lugar santo, de todas mis comuniones tibias y tal vez sacrílegas: ¡oh! ¡qué no me sea dado en adelante, por mis discursos y mis ejemplos, reunir todos los cristianos á los piés de vuestros altares, para hacer de ellos otros tantos adoradores y servidores fieles! ^{10 11}

1 Hic est filius meus dilectus, in quo mihi bene complacuit, ipsum audite. Mat. XVII, 5.

2 Psal. LXXXIII, 11.

3 Erant autem perseverantes in communicatione fractionis panis. Act. II, 42.

4 Joan. VI, 68.

5 S. Cyril. Hierosol. catech.

6 Domine ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joan. VI, 69.

7 Psal. LIV, 13.

8 In Ps. 3.

9 Nullum obsequium, quod proficiat ad cultum et observantiam Christi, erubescamus. S. Ambr. l. 2, de pœnit. c. 6.

10 Audieruntque, quod visitasset Dominus filios Israel, quod respexisset afflictionem illorum et proni adoraverant. Exod. IV, 31.

11 Reddamus ergo amorem pro debito, charitatem pro munere, gratiam pro sanguinis pretio; plus enim diligit, cui donatur amplius. S. Ambr. l. 6, in Lucam.

LVIII.

MEDITACION

SOBRE LOS FELICES EFECTOS DE LA SANTA COMUNION.

Adoremos á Jesucristo, que, para satisfacer las necesidades de nuestros corazones, se reproduce constantemente sobre nuestros altares; se da, se entrega con igual generosidad, así al pobre como al rico, al pequeño como al grande, al enfermo y á los que están sanos; á todos nos convida á tomar parte en su banquete; nadie está escluido sino los pecadores impenitentes. Acudamos todos á este convite sagrado, para sacar de él frutos admirables de gracia y de salud. Digamos con la Iglesia, animados de los sentimientos del mas vivo reconocimiento: *O sacrum convivium in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis ejus, mens impletur gratia, et futurae gloriæ nobis pignus datur!* Consideremos que, á los ojos de la fe, nada hay mas grande, nada mas saludable que la sagrada comunión: primero, porque honra y ennoblece nuestros cuer-

pos; segundo, porque santifica y enriquece nuestras almas.

1. Luego que Salomon hubo acabado el magnífico templo que levantó al verdadero Dios, no hallaba cómo manifestar su asombro al considerar que la Majestad divina se dignaba fijar allí su morada. ¡Es, pues, creíble, esclama, que el Señor de los cielos habite entre nosotros! *Ergone credibile est ut habitet Deus cum hominibus super terram.* ¿No debemos nosotros estar penetrados de los mismos sentimientos cuando vemos las maravillas que se obran en la santa comunión? Ya no solo fija su morada en nuestros templos el Soberano de los cielos y la tierra, sino que dentro de nosotros mismos quiere habitar: el hombre, tan imperfecto y miserable como es, se hace templo y santuario del Santo de los santos; el que hace la felicidad de los santos en la mansión de la gloria, se abate hasta él para visitarle, comunicarle sus gracias y sus méritos, para santificarlo, enriquecerlo con los tesoros celestiales, para trasformarlo en sí, estrecharse con él, unírsele con lazos inefables y elevarlo por esta unión divina, al mas alto punto de gloria á que puede llegar una débil criatura. ¿Qué es, pues, el hombre, debemos decir con el profeta Rey, para recibir del Señor tantas señales de distinción y de honor? ² Vos, Dios mio, casi lo igualais á los ángeles en prerogativa y en dignidad. ³ Como á ellos, lo rodeais del esplendor de vuestra augusta majestad. ¿Qué digo? Lo haceis mas feliz que estos espíritus celestiales; á él, y no á los ángeles, os dais en alimento; lo trasformais en vos, de manera que viene á ser un mismo cuerpo con vos; vuestra carne vie-

ne á ser su carne; vuestra sangre corre por sus venas; la virtud de vuestra divinidad, y vuestra misma divinidad lo llena; se nutre y como que se ceba de vuestra divina sustancia; de manera, que puede decir en los trasportes de su reconocimiento: *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus.* ⁵ ¡Oh Salvador mio! ¡qué admirables y consoladoras son estas palabras para mí que soy un miserable nada! ¡Vos y yo, ser una misma cosa! ¡Qué maravilla! ¡qué prodigio! Hacedme comprender toda la estension de vuestra caridad; hacedme, sobre todo, digno de semejante beneficio. ⁶

2. Consideremos que la sagrada comunión enriquece tambien nuestras almas con los mas extraordinarios favores. Primero: aumenta la caridad en los que las reciben dignamente. Jesucristo desciende á nuestra alma para encender en ella el fuego del divino amor; quiere que todos los corazones se abrasen en él; él mismo es ese fuego sagrado, abrasa todo lo que se le acerca y le toca; nuestra alma, que queda llena de su divinidad y como colocada en medio de esa hoguera, ¿podría dejar de sentir sus celestiales ardores? Segundo: la gracia de este inefable sacramento debilita esa funesta concupiscencia que nos arrastra al mal; reprime el desarreglo de nuestras pasiones, y nos inspira un valor y un celo infatigables para combatir y vencer las tentaciones del demonio. Si sentís, dice San Bernardo, que vuestras pasiones no os atacan ya tan frecuentemente ni con tanta fuerza; si no sois tan vivamente asaltado por los movimientos de la cólera, de la envidia, de la impureza y de otros vicios, dad gracias al cuerpo y

pos; segundo, porque santifica y enriquece nues-

sangre de Jesucristo; convenid en que sois deudos á la santa comunión, de esa paz en que os deja vuestro enemigo, y de esa inclinación que tenéis á la virtud.⁷ Tercero: la sagrada comunión me da derecho á la resurrección gloriosa. "Aquel, dice Jesucristo, que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día."⁸ San Cirilo, explicando estas palabras, añade: que la Eucaristía deja en nuestros cuerpos un germen de inmortalidad, y una virtud secreta para hacerlos resucitar algún día, gloriosos é incorruptibles: *Divinae facti consortes naturæ ad vitam et immortalitatem evehimur.*⁹ Cuántas gracias ¡oh Salvador mio! se encierran en el sacramento de vuestro amor; y si yo no las he recibido, es, sin duda, por mi culpa y mi poca disposición. Vos os dáis á mí, y yo no quiero darme á vos; yo conservo siempre alguna afición á los bienes terrenos, y no aspiro como debo á los bienes del cielo. De este modo me opongo á los designios que tenéis de santificarme; derramad en mí vuestra gracia saludable para que yo experimente las dulzuras divinas, cuya plenitud se encierra, como en su fuente, en el Santísimo Sacramento.^{10 11}

1 Paral. VI, 18.

2 Psalm. VIII, 5.

3 Ibid. 6.

4 Ibid.

5 Gal. II, 20.

6 Cibus sum grandium; cresce et manducabis me, nec tu me in te mutabis sicut cibum carnis tuæ, sed tu mutaberis in me. S. Ag. Confess. I, 7, c. 20.

7 Si quis vestrum non tam sæpe modo, non tam acerbos sentit iracundiæ motus, invidiæ, luxuriæ aut cæterorum hujusmodi

gratias agat corpori et sanguini Domini, quoniam virtus sacramenti operatur in eo. S. Bern.

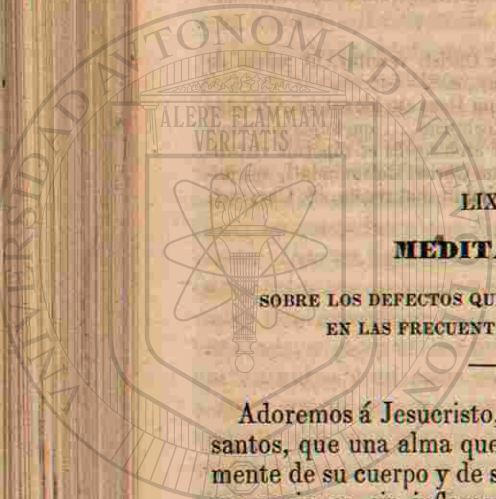
8 Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die. Ioann. VI, 55.

9 In Ioann. I, 3, c. 6.

10 Caro corpore et sanguine Christi vescitur, ut anima de Deo sanguinetur. Tert. de Resur., c. 8.

11 Hic sanguis orbis terrarum Deus est; hic est quo Christus emit; quo universam ornavit Ecclesiam.... qui hujus sanguinis sunt participes, cum angelis et archangelis et supernis virtutibus commorantur, ipsam regiam Christi stolam induti, spiritalibus armis muniti, imo ipsum induti sunt regem. S. Chrysost. hom. 45, in Ioann., c. 3.

pos; segundo, porque santifica y enriquece nues-



LIX.

MEDITACION

SOBRE LOS DEFECTOS QUE A VECES SE COMETEN
EN LAS FRECUENTES COMUNIONES.

Adoremus á Jesucristo, que nos enseña por sus santos, que una alma que se alimenta frecuentemente de su cuerpo y de su sangre sin triunfar de sus pasiones, sin inflamarse mas en el fuego de amor divino, lejos de afirmarse en el bien, siempre por el contrario disminuirse cada dia sus fuerzas espirituales: *Mens deficit, quam non recepta Eucharistia erigit et accendit.* Tenemos que nuestras comuniones, ordinariamente tan tibias, tengan estas funestas consecuencias, y procuremos reanimar en nosotros el fervor y la piedad que deben siempre acompañarnos á la sagrada mesa. Consideremos que dos defectos se cometen ordinariamente en las comuniones frecuentes: primero, comuniones tibias y sin fervor; segundo, comuniones estériles y sin fruto.

1. El primer defecto de nuestras comuniones

es la tibieza y falta de fervor. El pueblo de Dios pide á Moisés un alimento que aplaque el hambre que lo aflige. Se le envia del cielo el maná: lleno de admiracion y de reconocimiento, recoge con avidez este manjar delicioso. Pero como este alimento milagroso no es variado segun sus deseos, viene á ser para él insípido, y no le come ya sino murmurando. He aquí una débil imagen de las disposiciones con que tantos levitas y aun sacerdotes indevotos participan de la divina Eucaristia. Al principio reciben con una hambre santa este pan celestial, se sienten sobrecogidos de admiracion á vista de las maravillas que encierra este Sacramento; se acercan á la sagrada mesa con los sentimientos del amor mas tierno, de la mas sincera humildad y del mas vivo reconocimiento. ¡Oh cómo regocijan á la celeste Sion estas comuniones! ¡De cuánto gozo y consuelo son para Jesucristo! ¡qué de gracias y bendiciones atraen! ¡de cuán inefables y castas delicias inundan nuestro corazon! Pero bien pronto nuestra alma se disgusta de esta vianda celestial. En lugar de ese primer fervor que mostraba en el festin de sus bodas con el Cordero sin mancha, se siente lánguida en una culpable tibieza. Ya no es el celo, la santa ansiedad, el amor, lo que la conduce á la sagrada mesa, sino una triste desgraciada rutina. Ninguna pena le causa, tener causas ó pretextos para disminuir el número de sus comuniones. De esta tibieza y de este disgusto nacen las sequedades del corazon. Se comulga, pero no puede uno evitar cierta frialdad, cierta insensibilidad que no se puede definir. Se halla uno semejante al que

pos; segundo, porque santifica y enriquece nues-

está atacado de una calentura lenta, á quien el mejor alimento no aprovecha. De este modo hacemos la accion mas santa y mas augusta como una accion ordinaria; nos hallamos fríos y helados en medio de las llamas del divino amor; nada de preparacion, nada de accion de gracias, ó á lo mas, solo consisten en ciertas fórmulas de accion que nuestra boca se acostumbra á pronunciar, pero en las que no toma parte nuestro corazon. He aquí, ¡oh Salvador mio! cómo correspondemos á la tierna solicitud de vuestra caridad! ¿Podremos tener suficientes lágrimas para llorar una indiferencia tan injuriosa para vuestro corazon?

2. Consideremos que los levitas y los sacerdotes que se acercan con tibieza á la sagrada mesa, hacen estériles é infructuosas sus comuniones. Un alimento que se toma con repugnancia, no solo no aprovecha, sino que frecuentemente daña. Los padres de la vida espiritual dicen que uno de los signos mas evidentes del desórden interior del alma, una de las señales mas terribles del abandono de Dios, es recibir los sacramentos de la Iglesia sin fruto; porque habiendo sido instituidos para conservar y aumentar la gracia, desde que su frecuente uso no nos hace mejores, se tiene una prueba de que nuestra languidez y nuestra indevoction les quita su virtud; ó mas bien, forzamos al Señor á privarnos de su eficacia segun el testimonio del profeta: *Ecce Dominator Dominus auferet à Ierusalem validum et fortem.... omne robur panis.* El Señor no rehusa admitirnos á su banquete, aun nos permite asistir á él frecuentemente; pero como nosotros no recibimos sino con disgusto el alimento

to celestial que nos presenta, carece para nosotros de fuerza y de virtud. ¡Ah! se cuentan las veces que uno ha comulgado en la semana ó al mes; pero no se cuentan las gracias y frutos que uno ha sacado, las victorias que ha alcanzado sobre sus pasiones, los progresos que se han hecho en las vías de la perfeccion; despues de recibir cien veces á Jesucristo, maestro, modelo y fuente de las mas puras y sublimes virtudes, quedan los mismos, siempre impacientes, coléricos, inmortificados, sensuales, murmuradores, llenos de orgullo y de vanidad. ¡No se diria, al ver nuestra conducta, que el Pan eucarístico, no es ya el pan de vida, que parece haber perdido aquella fuerza heróica que preparaba á los primeros cristianos para el cadalso ó el martirio? No, no es á este Pan divino á quien falta hoy virtud; nosotros somos á quienes falta celo y fervor. "El cuerpo y la sangre de Jesucristo, siempre de tan alto precio, no pueden aprovechar sino á los que procuran hacerse dignos, dice San Crisóstomo; y si faltan disposiciones al recibirlos, se espone uno al mas terrible castigo." *Quæ pretiosa sunt dignis prosunt; eos vero qui indigne suscipiunt, in maiorem condemnationem inducunt.* ³

Para prevenir esta desgracia, tomemos la resolucion: primero, de examinar delante de Dios cuáles son los frutos que hemos sacado de tantas comuniones que hemos hecho desde há tantos años; segundo, de llorar amargamente esa tibieza habitual que nos acompaña á la sagrada mesa, gemir por ella delante de Dios y suplicarle con instancias se digne librarnos de ella. ^{4 5}

pos: segundo, porque santifica y enriquece nues-

1 S. Cypr., ep. 54, ad Cornelium.

2 Isaia, III, 1.

3 S. Chrysost., hom. 45, in Ioann.

4 Quinam sunt nobis magis accepti, an qui semel, an qui sæpè, an qui raro? nec hi, nec illi; sed ii, qui cum munda conscientia, qui cum mundo corde, qui cum vitâ, qua nulli est affinis reprehensioni, qui sunt huiusmodi, semper accedant, qui non sunt huiusmodi, ne semel quidem. Ibid. hom. 17, in ep. ad Hæbr.

5 Profecto talis esca et potus nunquam digne sine ebrietas Spiritus Sancti degustatur. Parchas. Robert. lib. de Corp. Christ., c. 10.

LX.

MEDITACION

SOBRE LAS VISITAS AL SANTISIMO SACRAMENTO.

Adoremos á Jesucristo que, por un efecto admirable de su bondad, se digna habitar en nuestros templos y residir sobre nuestros altares como un rey en su trono para recibir los homenajes de sus vasallos. Allí es donde su amor nos llama á todos, y donde quiere hacernos recoger los frutos maravillosos de su magnificencia y liberalidad. Con qué anhelo debemos nosotros ocurrir á los piés de ese divino Cordero que, en el estado humilde en que se presenta á nuestra vista, es el mismo que los ángeles y santos adoran continuamente en la mansion de la gloria y que es, en efecto, digno de recibir alabanzas, honor y bendicion: *Sedenti in throno et agno benedictio, et honor, et gloria in sæcula sæculorum.*¹ Consideremos: primero, la obligacion que tienen todos los eclesiásticos de visitar al Santísimo Sacramento: segundo, de qué manera deben cumplir este deber.

1. Cuando se reflexiona que el Dios de toda majestad se digna habitar en medio de nosotros; que es como un padre tierno que solo encuentra contento cuando está con sus hijos: *Ero vobis in patrem, et eritis mihi in filios*.² ¿podría uno rehusar presentársele para escuchar su voz, recibir sus lecciones, recoger sus favores? *Accesistis.... ad testamenti novi mediatorem Jesum..... videte ne recusetis loquentem*.³ ¡Qué honor, que ventajoso es para nosotros ser admitidos al palacio del Rey de los reyes, y poder conversar familiarmente con él! Este insigne privilegio está especialmente reservado á los sacerdotes y levitas; Jesucristo los invita á unirse á los ángeles para hacerle corte y rendirle los profundos homenajes que le son debidos: *Vocati estis in societatem..... Jesu Christi Domini nostri*.⁴ Se agolpan los hombres en los palacios de los soberanos de la tierra, se tiene por un favor muy grande ser admitido en ellos: se felicita uno y se congratula por las señales de benevolencia que allí se reciben; ¡cómo, pues, no nos mostramos solícitos, animados de un deseo ardiente por ir á colocarnos en torno de nuestro Dios, ya que no solo quiere acogernos, sino también concedernos todo lo que quisiéremos pedirle?⁵ Seamos, pues, exactos en visitar al Santísimo Sacramento, cada día, á menos que razones graves nos lo impidan; tengamos una santa impaciencia deseando llegue la hora de visitar al dulcísimo Jesus. A mas de las visitas que acostumbremos por una especie de obligacion, prescribámonos otras particulares, inspiradas solamente por nuestro amor al Salvador de nuestras almas. En vez

de ir á buscar desahogo y recreo en las compañías del mundo, vamos á postrarnos á los piés de Jesucristo; pidámosle con confianza que remedie nuestras necesidades y las de nuestra madre la santa Iglesia, y todas las demas que la gratitud y la caridad nos hiciere recordar; allí encontraremos la alegría, la paz, un dulce consuelo en nuestras penas, el mismo Jesus nos lo asegura.^{6 7}

2. No basta tener celo y exactitud en las visitas al Santísimo Sacramento, es necesario cumplir este deber de piedad con las mas santas disposiciones. El Profeta nos advierte que los que se alejan de Dios perecerán: *Qui se elongant à tè peribunt*.⁸ ¿No se podría añadir que los que se acercan sin las disposiciones necesarias tienen el mismo peligro? Veamos, pues, cuáles son los sentimientos que deben animarnos en nuestras visitas al Santísimo Sacramento: cuando nos presentamos delante del Rey de los cielos, dice San Crisóstomo, tengamos un corazon puro; permanezcamos en su presencia en religioso silencio y con una modestia angélica: *Nos ipsos emmundantes tacite et cum debita modestia tanquam ad cœlorum regem adeuntes, accedamus*.⁹ Un venerable prelado agrega: que no nos debemos presentar delante de la Majestad divina sino temblando, con los ojos bajos, con un exterior humilde, teniendo cuidado de llorar amargamente, en nuestra alma, los vicios que la degradan, dejando, no obstante, que nuestro corazon goce de la paz y delicias de la presencia de su Dios, que hace sobre la tierra su mas dulce consuelo: *Stemus trementes et timidi, demissis oculis, elevata autem anima, gementes sine*

voce, jubilantes corde.¹⁰ ¡Son estas las disposiciones con que visitamos á Jesucristo en el sacramento de su amor? ¡Nos mantenemos en su divina presencia con los mas profundos sentimientos de modestia, de respeto y recogimiento? ¡Ah! ¡qué disipacion, qué distraccion, qué frialdad, qué sequedad! ¡Me atreveré á decirlo? ¡qué impaciencia, qué fastidio y disgusto! En vez de tener placer por hallarnos con nuestro Salvador, que tiene sus delicias en estar con nosotros, nos parece demasiado largo el tiempo, no digo de una hora, sino de media hora ó un cuarto, que la regla ó el confesor nos manda estar á los piés de sus altares. ¡Ah! este Dios de amor pudiera muy bien decirnos, como en otro tiempo á sus apóstoles: *Sic non potuistis una hora vigilare mecum?*¹¹ ¡Ah, Dios mio! ¡tal vez yo me hallo en semejantes disposiciones! ¡Qué confusion para mí, que os reconozco por mi Salvador y mi soberano, mantenerme tan distante de vos. Vos estais cerca de mí, me convidais á que os visite, y yo me niego á vuestras instantes sollicitaciones, y si me presento delante de vos, lo hago con un corazon frío que no sabe qué deciros. ¡Cambiad, Señor, los sentimientos de este corazon que no os ama, entonces solo suspiraré por vuestros divinos tabernáculos!^{12 13}

1 Apoc. V, 13.

2 II. Cor. VI, 18.

3 Hebr. XII, 24-25.

4 I. Cor. I, 9.

5 Quodcumque volueritis petetis et fiet vobis. Ioann. XV, 7.

6 Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Matth. XI, 28.

7 Domine Jesu, dà ut anima mea te esuriant panem angelorum

rum refectionem animarum sanctorum, te semper ambiat te quærat, te inveniat, ad te perveniat. orat. S. Bonav. post. miss.

8 Psal. LXXII, 27.

9 Homil. 21, ad pop. Antioch.

10 Ex Joan. ep. Hieros. tom. 2, hom. 43.

11 Matth. XXVI, 40.

12 Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini. Psal. LXXXIII, 2.

13 Quia melior est dies una in atriis tuis super millia. Elegi abjectus esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum. Ibid. X, 2.

MEDITACION

SOBRE LA CONFIANZA QUE INSPIRA LA PRESENCIA
DE JESUCRISTO EN LA EUCARISTIA.

Adoremus á Jesucristo, colocado sobre nuestros altares como sobre el trono de su misericordia, distribuyendo sus gracias y favores á los sacerdotes y levitas que lo visitan. Sigamos el consejo del Apóstol; vamos con confianza á postrarnos frecuentemente á los piés de este Dios de caridad; está pronto á oír y otorgar nuestros votos: *Ademus ergo cum fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*¹ Consideremos que dos motivos particulares deben hacernos poner toda nuestra confianza en Jesucristo, oculto en el sacramento de su amor: primero, allí es nuestro mediador y nuestro abogado; segundo, es nuestro refugio y nuestro consuelo.

1. Si para obrar nuestra salvacion, nos viéramos reducidos á nuestras propias fuerzas, todo lo

sotros no decimos palabra; están sumergidos en el abismo del pecado, y no les tendemos la mano para

deberíamos temer; débiles y miserables como somos, solo podríamos cometer faltas; pero tranquilicémonos, entre nuestro Juez y nosotros hay un mediador; Jesucristo, colocado por decirlo así entre el cielo y la tierra, defiende nuestros intereses, ruega sin cesar á su eterno Padre para que use de misericordia con nosotros: *Sed si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum.*² Su sangre preciosa clama con mas fuerza, y es mas elocuente para obtenernos el perdon, que lo fué la de Abel para pedir venganza: *Testamenti novi, mediatorem Jesum, et sanguinis asperisionem melius loquentem quam Abel.*³ Tenemos razon para desconfiar de nosotros mismos; sin méritos, sin virtudes, sin celo por nuestra santificacion, llenos de imperfecciones y de defectos, corremos á nuestra perdicion; sin embargo, á pesar de nuestra frialdad habitual en el servicio de Dios, la divina misericordia ha fijado, sin cesar, sus ojos en nosotros. Reconozcamos nuestra extrema miseria, y Jesucristo se apiadará de nosotros; él nos iluminará, nos sostendrá, nos curará. Tal es el pensamiento de San Buenaventura: *Licet tepide, tamen confidens de misericordia Dei accedat, tanto magis eget medico, quanto quis senserit se ægrotum.*⁴ “Nuestro divino Salvador, dice el venerable P. Avila, se ha encargado de remediar nuestros males como de un negocio que le es propio; ha tomado por su cuenta nuestros pecados como si fueran suyos; ha pedido á Dios perdon de ellos, y, rogando con tanto amor como si rogara por sí mismo, ha conjurado á su Padre que ame á todos los que á Él se acerquen. Sus súplicas han sido

oidas, y Dios ha dispuesto que estuviéramos de tal modo unidos á Jesucristo, que á nosotros y á él nos cupiese el mismo destino de amor ó de odio; y como Jesucristo no puede ser aborrecido, nosotros seremos precisamente amados si permanecemos unidos á él por el amor. ¡Qué bella! ¡qué consoladora es esa súplica que el Hijo de Dios dirige todos los días á su Padre en el Santísimo Sacramento! *Pater quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum.*⁵ ¡Oh Jesus, puerto seguro para los que os buscan á los piés de vuestros santos tabernáculos! ¡Divino pastor de nuestras almas, es engañarse no esperar en vos, cuando se tiene un verdadero deseo de corregirse! Vos habeis dicho: Yo soy el Señor, nada temais; yo soy vuestro abogado, vuestra causa es la mia; yo soy vuestra caucion, yo he satisfecho todas vuestras deudas; gracias os sean dadas eternamente por tantos y tan grandes favores: haced ¡oh Jesus mio! que jamas los olvidemos.⁶

2. Consideremos que Jesucristo en la Eucaristia, es tambien nuestro refugio y nuestro consuelo. San Anselmo, meditando el asunto que nos ocupa, no puede contener su entusiasmo pensando en los favores que el amable Jesus hace á sus discípulos fieles en este adorable Sacramento. “¡Oh Salvador mio! esclama, vos sois para mí el Dios vivo, el Cristo infinitamente santo, el Señor benignísimo, el Rey omnipotente, el Pastor lleno de bondad, el Maestro de una doctrina pura, el sosten siempre dispuesto á socorrer, el amigo mas tierno, el Pan vivo, el Sacerdote eterno, el guía que me conducirá á mi patria, la luz que no engaña, mi

sotros no decimos palabra; están sumergidos en el abismo del pecado, y no les tendemos la mano para

dulzura, en fin, mi alegría y mi consuelo en esta tierra de peregrinacion y de llanto.”⁷ Despues de una descripcion tan tierna y tan propia para mover, de los títulos que el Salvador tiene para exigir nuestra confianza, ¡quién de nosotros desconfiará de su infinita bondad? ¡Quién no pondrá toda su esperanza en ese Dios de amor, que, no contento con habernos rescatado, hace tambien correr todos los días, dice San Cirilo, un rio de gracias á las almas que le están consagradas?⁸ ¡Qué grande! ¡qué magnífico es este misterio del amor de Jesus á los hombres! esclama San Fulgencio. El hombre desprecia á su Dios y se aleja de él; ¡Dios lo ama y lo visita! ¡Y para qué? para justificarlo, curarle sus llagas y resucitarlo á la gracia.⁹ Si estuviéramos bien penetrados de estos sentimientos, ¡cuál seria nuestra alegría y nuestro consuelo cuando vamos á la presencia del Santísimo Sacramento! ¡Con qué frecuencia nos hallariamos cerca de este poderoso amigo, de este divino mediador que no fija su morada en medio de nosotros sino para endulzar nuestras penas, sostenernos en nuestros combates, hacernos triunfar de nuestros enemigos; siempre pronto á recibirnos y escucharnos! Más fácilmente dejamos nosotros de pedirle, que él de concedernos. Avergoncémonos de nuestra frialdad para con él; reanimemos nuestra confianza en este Esposo de nuestras almas. Si somos pobres, débiles, desprovistos de gracias, de fuerza y de virtudes, nuestra es la culpa. Entre nosotros y con nosotros tenemos la fuente de los tesoros celestiales; no depende sino de nosotros el enriquecernos de medios de salvacion. Para escitar-

nos á poner en Jesus toda nuestra confianza, recordemos frecuentemente estas admirables palabras del profeta Rey: *Diligam te, Domine, fortitudo mea; Dominus firmamentum meum, et refugium meum, et liberator meus, Deus meus adjutor meus, et sperabo in eum.*^{10 11}

1 Hebr. IV, 16.

2 I. Joan. II, 1.

3 Hebr. XII, 24.

4 De Prof. real, c. 78.

5 Joan. XVII, 24.

6 Fiducialiter agam immoviler sperans, nihil ad salutem necessarium ab eo negandum, qui tanta pro mea salute fecit, et pertulit. S. Bonavent.

7 Tu es Deus meus vivus, Christus meus sanctus, Dominus meus pius, rex meus magnus, pastor meus bonus, magister meus verax, adjutor meus opportunus, dilectus meus pulcherrimus, panis meus vivus, sacerdos meus in æternum; dux meus ad patriam, lux mea vera, dulcedo mea sancta. S. Ansel. Medit. 18.

8 De plenitudine Filii quasi jugi fonte gratiarum donum secuturi in singulas animas quæ dignæ sunt, defluit. S. Cyril., lib. 1, in Joan., c. 2.

9 Magnum mysterium, magnum divinæ dilectionis judicium: homo Deum contemnens à Deo discessit; Deus hominem diligens ad homines venit, delevit impium ut faceret justum, dilexit infirmum ut faceret sanum. S. Fulgent. Serm. 2, de duplici natura Christi.

10 Psal. XVII, 1, 2 et 3.

11 Christus factus est turris à facie inimici. Cave ne feriaris à diabolo; fuge ad turrim. S. Aug. in Ps. 60.

sotros no decimos palabra; están sumergidos en el abismo del pecado, y no les tendemos la mano para

LXII.

MEDITACION

SOBRE LA NECESIDAD DE LA PREDICACION.

Adoremos á Jesucristo, que impuso á sus apóstoles la obligacion de anunciar el Evangelio á toda criatura.¹ El mismo les dió el ejemplo; recorrió las aldeas y las ciudades de la Judea predicando el reino de Dios. Quiere que sus ministros caminen sobre sus huellas y enseñen á todos los pueblos á guardar sus leyes y sus divinas prescripciones: *Docentes eos servare quæcumque mandavi vobis.*² Escuchemos con respeto esta instruccion celestial, y preparémonos á este noble ministerio con todo el celo de que somos capaces. Consideremos que un eclesiástico encargado del cuidado de las almas, debe mirar la obligacion de instruir las como uno de sus deberes mas esenciales: primero, porque el Señor se lo ha mandado con un precepto formal; segundo, porque su estado lo exige.

1. La predicacion tomada en general, es una

funcion sagrada que consiste en enseñar á los hombres las verdades sobre la fé y las costumbres; en llevarlos á la penitencia, en hacerles gustar las verdades cristianas. Pues bien, se puede asegurar que, después de la oracion, este augusto ministerio es lo que con mas instancias recomienda el Señor á sus ministros. Escuchad lo que dice el profeta Isaías: *Clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam et annuncia populo meo scèlera eorum.* ³ ¡Ah desgraciados! agrega el mismo profeta, desgraciados de esos perros mudos que no saben ladrar á tiempo, que se adormecen blandamente, que no se alimentan sino de ensueños, y dejan perecer las almas que se les confían! *Canes muti non valentes latrare, videntes vana, dormientes, et amantes somnia.* ⁴ ¿Pero qué es lo que deben esperar estos eclesiásticos negligentes? Dios se los enseña por estas palabras tan conocidas y tan poco meditadas: Yo advertiré al impío la muerte funesta que le está preparada; pero si vosotros no juntaís vuestra voz á la mia, vosotros me responderéis de su perdicion, y á vosotros reclamaré su alma. ⁵ Solamente los sacerdotes que instruyen, dice San Juan Crisóstomo, son dignos del doble honor que les promete San Pablo: el perfecto ministro es aquél que conduce á la vida con sus palabras y con sus ejemplos. Por bueno que sea el ejemplo que diereis, jamas enseñaréis bien si no habláis. ⁶ “Hay un desórden que me aflige sobremanera, dice San Gregorio, y es ver descuidado el ministerio de la palabra. Se nos llama pastores, y no lo somos sino para nuestra desgracia. Los que están confiados á nuestro celo se alejan de Dios, y no-

sotros no decimos palabra; están sumergidos en el abismo del pecado, y no les tendemos la mano para sacarlos de él.” ⁷ En vista de unos testimonios tan respetables, ¿qué pastor no redoblará su celo para instruir á sus ovejas? ¡Cuánto cuidado deben tener los alumnos del santuario de instruirse á sí mismos para llenar dignamente algun dia, un ministerio tan difícil y tan importante! ⁸

2. Consideremos que la cualidad de sacerdote y pastor impone la necesidad de predicar é instruir. El Señor ha confiado su divina palabra á los ministros de la nueva Ley, como la confió en otro tiempo á los Profetas: *Ecce dedi verba mea in ore tuo.* ⁹ Ella no debe ser un tesoro escondido; están obligados á anunciarla, á publicarla segun el órden que han recibido: *Et universa quaecumque mandaverò tibi loqueris.* ¹⁰ Son Evangelistas, y este noble carácter les impone el deber de anunciar á los pueblos las verdades evangélicas: *Opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple.* ¹¹ El Espíritu divino que han recibido con la unción sacerdotal, los obliga aun mas rigurosamente á anunciar la divina palabra: *Spiritus Domini super me, eò quòd unxerit Dominus me ad annuntiandum mansuetis misit me.* ¹² Esto era lo que hacia decir al grande Apóstol: ¡Ay de mí si descuido anunciar el Evangelio! Este es para mí un deber indispensable. ¹³ He aquí lo que todo sacerdote debe decirse á sí mismo; debe recordar que no está en el santuario solamente para orar, para confesar y administrar los otros sacramentos, sino que está tambien obligado á instruir y predicar. Tan convencidos estaban los apóstoles de esta obligacion impor-

tante, que dejaban á los otros ministros inferiores todos los otros cuidados, para no ocuparse sino en orar y predicar la divina palabra. ¹⁴ ¡Con qué ojos hemos mirado hasta hoy la obligacion de edificar á los fieles por medio de instrucciones sólidas? ¡Hemos reflexionado que es un deber inherente al sacerdocio, que el Pontífice nos impone en nombre de la Iglesia al consagrarnos sacerdotes? *Oportet sacerdotem prædicare.* ¹⁵ Querernos sustraer á esta función sagrada, sería una desobediencia formal; sería por consiguiente esponernos á cometer una culpa grave. ¡Ah! ¡cuántos sacerdotes y aun pastores indiferentes hay que entierran el talento que el Señor les ha confiado; que se hacen sordos á los gritos de los hijos de la Iglesia que en vano les piden el pan de la divina palabra! Si estamos ya encargados del santo ministerio, estemos prontos para distribuir á los pueblos este alimento celestial, de que tienen necesidad para caminar con constancia por la senda de los preceptos del Señor. ¹⁶

1 Marc. XVI, 15.

2 Matth. XXVIII, 20.

3 Isaïæ, LVIII, 1.

4 Id. LVI, 10.

5 Si me dicente ad impium: Impie morte morieris, non fuero locutus ut se custodiat impius à via sua.... sanguinem ejus de manu tuâ requiram. Ezech. XXXIII, 8.

6 Paulus.... cum sacerdotibus verba facit.... qui bene præsumunt presbyteri, inquit, duplici honore digni habeantur.... neque enim nuda facta satis sunt ad hoc ut alios edoceas, nisi et cum his verba accedant. Lib. 4, de sacerdotibus, c. 8.

7 Est quod me de vita pastorum vehementer me affligit.... ministerium prædicationis relinquimus.... relinquunt namque Deum hi qui nobis commissi sunt, et tacemus. In pravis actibus

jacent, et correctionis manum non tendimus. Lib. 1, hom. 17, in Evang.

8 Pensandum est quantum sibi connexa sunt peccata subditorum atque præpositorum: quia ubi subjectus ex sua culpa moritur, ibi is qui præest, quoniam tacui, reus mortis tenetur. San Greg., ibid.

9 Jerem. I, 9.

10 Id. I, 7.

11 II. Tim. IV, 5.

12 Isaïæ, LXI, 1.

13 Necessitas enim mihi incumbit. Væ enim mihi est si non evangelizavero. I. Cor. IX, 16.

14 Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus. Act. VI, 4.

15 Pontific. Rom.

16 Filii petierunt panem, et non erat qui frangeret eis. Prædicabat privatim, et publicè, in domo et in ecclesia salutis verbum. In vita S. Aug., c. 7.

LXIII.

MEDITACION

SOBRE LAS CUALIDADES DEL PREDICADOR.

Adoremos á Jesucristo, perfecto modelo de los predicadores evangélicos, que antes de aparecer en público para anunciar su Evangelio, él primero practicó la moral sublime que enseñó: *Cæpit Jesus facere et docere.*¹ Lección importante para los eclesiásticos que se preparan al ministerio de la palabra. Demos gracias á este Dios Salvador por el ejemplo que tuvo á bien darnos, y hagámoslo regla de nuestra conducta. Consideremos que un predicador para producir fruto en las almas, debe: primero, predicar la palabra de Dios y no la del hombre; segundo, hacerlo con dignidad y sencillez.

1. Un defecto por desgracia muy comun en los eclesiásticos, principalmente los jóvenes, es no apoyar sus discursos en testimonios de las divinas Escrituras y de los Padres de la Iglesia; lo cual hace que sean débiles, secos y sin unción; quieren ostentar sus propios pensamientos, gastar de su

propio fondo, hacer algo nuevo para evitar el andar los caminos trillados. Echan mano del lenguaje del hombre que agrada á los talentos superficiales, y que siempre queda estéril y sin fruto; no atienden á este aviso que les da el Señor por su profeta: *Audies de ore meo verbum et annuntiabis eis ex me.*² San Próspero, esplicando estas palabras, saca de ellas un gran fondo de instruccion para los oradores cristianos: "Que el orador, dice, no anuncie á los fieles sino las verdades santas que hubiere aprendido en las divinas Escrituras; que abandone los vanos recursos de su ingenio para no seguir sino las inspiraciones del cielo;³ que el lenguaje del ministro de un Dios sea enteramente divino: *Annuntiabis eis ex me;* á fin de que al escucharlo, cada uno pueda decir, no es el hombre quien habla, es un ángel, es el mismo Dios: *Ex me, non ex tè, mea verba loqueris.*⁴ ¡Oh! si todos los hombres apostólicos siguieran estas santas reglas, sus discursos harian una impresion mucho mas profunda en las almas, porque la palabra de Dios tiene por sí misma bastante fuerza y eficacia, y no tiene necesidad de los recursos del arte y del ingenio. El que ha meditado á los piés de su crucifijo, y lo anuncia en seguida con la dignidad que conviene, recogerá precisamente frutos abundantes: *Verbum meum non revertetur ad me vacuum.*⁵ Ved la conducta de los Apóstoles; trabajan toda una noche sin resultado: *Per totam noctem laborantes nihil cepimus;* pero fiando en la palabra del Señor, arrojan de nuevo sus redes: *In verbo autem tuo laxabo rete,* y hacen una feliz y abundantísima pesca. Imitemos su ejemplo; nada digamos de

nuestro propio fondo; prediquemos el Evangelio en toda su sencillez, y Dios bendecirá nuestro celo y nuestros esfuerzos: *Sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur.*^{6 7}

2. Consideremos que un orador cristiano debe hablar siempre con una noble sencillez. Para esto tiene que llenar dos deberes: el primero es, preparar sus instrucciones; y el segundo, evitar todo refinamiento en el estilo.

No basta instruir, es necesario procurar hacerlo de una manera útil. Las instrucciones poco preparadas, son ordinariamente débiles, infructuosas, á veces perjudiciales á los oyentes. En vez de encontrar en ellas ese encadenamiento de pruebas, de raciocinios y de testos que les dan fuerza, que llevan la convicción á los entendimientos, no se encuentran sino discusiones vagas, inutilidades y repeticiones, decisiones aventuradas, frecuentemente espresiones duras é imprudentes, detalles poco meditados, mas propios para fatigar al auditorio que para edificarlo. Un predicador joven debe desconfiar mucho de sí mismo: despues de haber compuesto su discurso conforme á los mejores autores, debe imponerse la obligacion de mostrarlo á un eclesiástico experimentado y atenerse á sus consejos; este es el mejor medio de predicar de una manera útil. Sobre todo, delante del Santísimo Sacramento y á los piés del crucifijo, debe ir á buscar esas reflexiones sólidas, esos sentimientos de piedad, esa unción divina que mueven los corazones y los deciden á darse enteramente á Dios sin reserva: *Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa.*⁸

Si es cierto que el orador sagrado debe tener gran cuidado de preparar sus instrucciones, no lo es menos que debe evitar un refinamiento excesivo en la locucion y en el estilo. "La predicacion del Evangelio, dice San Ambrosio, no tiene necesidad del vano aparato de la elocuencia humana. Jesucristo no escogió brillantes oradores para predicar su doctrina; confió esta funcion sagrada á pobres pescadores, sin cultura y sin letras, para que se conociese que si ella ha triunfado de las pasiones de los hombres, no debe atribuirse este prodigio al espíritu humano, sino á la virtud divina que él le ha comunicado."⁹ En vano, pues, procura uno distinguirse por medio de discursos estudiados, escritos con una diction estremadamente pulida. Se podrá, es verdad, pasar por hombre de talento, pero no se moverá; se hará ruido, pero no fruto; será esto un concierto encantador que halagará suavemente el oido, pero sin ir al corazon.

Para evitar este defecto, tomemos la resolucion: primero, de no subir jamas á la cátedra sagrada sin habernos preparado, y sin estar bien penetrados de lo que vamos á decir; segundo, de no buscarnos jamas á nosotros mismos en nuestros discursos, de no ambicionar sino la gloria de Dios y la salvacion de las almas.^{10 11}

¹ Act. I, 1.

² Ezech. III, 17.

³ Hoc dicat sacerdos quod ex divina lectione didicerit; quod illi Deus inspiraverit, non quod presumptione humani sensus invenerit, Apud. S. Prosp., lib. 1, de vita contemplat., c. 20.

⁴ Ezech.

⁵ Isaia. LV, 11.

⁶ II. Cor. II, 17.

7 Pensemus qui unquam per linguam nostram conversi, de perverso opere suo nostra increpatione correpti penitentiam egerunt; quis luxuriam ex nostra eruditione deseruit, quis avaritiam, quis superbiam declinavit. S. Greg., hom. 17, in Evang. 8 Psalm. LXVII, 12.

9 Prædictio christiana non indiget pompa et cultu sermonis, ideoque piscatores, homines imperiti electi sunt qui evangelizarent, ut doctrinæ veritas ipsa se commendaret. Ambros. in I. Cor., c. 1.

10 Veni non in sublimitate sermonis aut humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis. I. Cor. II, 1 et seq.

11 Non se debet Ecclesiæ doctor de accurati sermonis ostensione jactare..... non igitur in verborum splendore, sed in operum virtute totam prædicandi fiduciam ponat; non vocibus delectetur populi acclamantis sibi, sed fletibus; nec plausum i populo studeat spectari, sed gemitum. Apud. S. Prosp., lib. 1, de vita contempl.

I Exhortamur vos ne in vacuum gratiam Dei recipiatis. II. Cor. VI, 1.

LXIV.

MEDITACION

SOBRE LA MANERA DE DESEMPEÑAR DIGNAMENTE
LAS FUNCIONES ECLESIASTICAS.

Adoremos á nuestro Señor, que da á los eclesiásticos, por cada órden que reciben, una gracia especial, y nos advierte por San Pablo que no la recibamos en vano.¹ No olvidemos, que habiéndonos dado esta gracia para ejercer bien las funciones de los órdenes que hemos recibido, seria recibirla en vano no aprovecharla para desempeñarlas dignamente. Humillémonos delante de Dios por las infidelidades que en esto hemos cometido. Consideremos que dos disposiciones son necesarias para llenar dignamente las funciones de los santos órdenes: primero, una exacta y constante fidelidad; segundó, una religiosa y tierna piedad.

1. Desea tan ardientemente la Iglesia ver á todos sus ministros celosos en el cumplimiento de los deberes que les impone su dignidad, que á cada órden que les confiere, les recuerda esta obliga-

7. Pensemus qui unquam per linguam nostram conversi, qui
 1. ~~in~~ ~~nostra~~ ~~opera~~ ~~sua~~ ~~nostra~~ ~~in~~ ~~crenatione~~ ~~corrupti~~ ~~penitentiam~~

cion. A los tonsurados dice: *Ut Deo fidelem cultum præsent;* ² á los porteros: *Ut sit eis fidelissima cura in domo Dei, diebus ac noctibus;* á los lectores: *Officium vestrum agnoscite et implete;* á los exorcistas: *Discite per officium vestrum vitiis imperare;* á los acólitos: *Sanctis altaribus fideliter subministrent;* á los subdiáconos: *Ut in conspectu ejus fideliter serviant;* á los diáconos: *Emitte in eos Spiritum Sanctum, quo in opus ministerii tui fideliter exequendi septiformis gratiæ tuæ munere roborantur;* en fin, á los sacerdotes: *Sint providi cooperatores ordinis nostri.* Mas para desempeñar con exactitud las diversas funciones de estos órdenes, es necesario ejercitarse en ellas largo tiempo antes, y aprovecharse de las instrucciones que en esta materia se dan en el Seminario; es necesario, además, leer y estudiar, con el mayor cuidado, las rúbricas que enseñan el modo de celebrar, de administrar los sacramentos, de rezar el Oficio divino, &c. Sin un conocimiento exacto de las ceremonias que la Iglesia tiene prescritas para el ejercicio de cada orden en particular, se hará sin dignidad, sin decencia y sin edificación; se obrará como á la ventura, se formará una nueva rúbrica, se establecerá un culto caprichoso, extraño á los usos legítimos; habrá tantos ritos como ministros é iglesias. ¿Dónde encontrar entonces esa feliz uniformidad, esa bella armonía que hacen el ornamento y la gloria de la esposa de Jesucristo? Concierto admirable que hace el honor y la alegría de los pastores exactos y fieles, y les asegura una eterna corona: *Qui bene administraverint, bonum gradum sibi acquirent, et multam fiduciam in*

1 Exhortamur vos ne in vacuum gratiam Dei recipiatis.
 II. Cor. VI, 1.

fide, quæ est in Christo Jesu. ³ ¡Ah! ¡qué pocos eclesiásticos hay que muestren este celo constante, esta fidelidad ejemplar en el ejercicio de las funciones sagradas! Examinemos si somos de este número, y tomemos la firme resolución de cumplir todos nuestros deberes con la mas perfecta puntualidad. ⁴

2. Consideremos, en segundo lugar, que debemos ejercer las funciones de los santos órdenes con una religiosa y tierna piedad. El jefe de los Apóstoles quiere que todos los que cumplen algun ministerio en la Iglesia, obren por miras sobrenaturales; que el Espíritu de Dios sea siempre el que los anime y los dirija, para que en todo lo que hacen sea el Señor glorificado por Jesucristo: *Si quis ministrat, tanquam ex virtute quam administrat Deus; ut in omnibus honorificetur Deus per Jesum Christum.* ⁵ Mas para que nuestro ministerio dé honra á Dios Padre y á Jesucristo, su Hijo, debemos guardar en el ejercicio de todas nuestras funciones una modestia angelical, un profundo recogimiento, y estar penetrados de los sentimientos mas sinceros de piedad y religion. Si la piedad, como dice San Pablo, es útil para todo: *Pietas ad omnia utilis est,* ⁶ ¡cuánto mas necesaria es á los que por su estado son espectáculo para los ángeles y los hombres, y están obligados por su ministerio á llevar por todas partes el buen olor de Jesucristo! ¡Qué bello es ver en derredor de los altares un levita dando al pueblo fiel el tierno ejemplo de respeto, de recogimiento y del religioso temor que inspira la presencia del Dios de majestad que allí reside! ¡No os parece que reviven en el santuario

7 Pensemus qui unquam per linguam nostram conversi, qui
 laqueis peccatorum suorum in incarnatione correpti poenitentiam

294

las sorprendentes y heróicas virtudes de los Estébanes, los Vicentes y los Lorenzos? ¿Qué hay mas consolador para la religion que ver un sacerdote en el altar ofreciendo nuestros mas terribles misterios con la modestia y el fervor de los Vicente de Paul, los Francisco Javier y los Francisco Regis? ¿No es verdad que mas nos parece un ángel que un hombre? He aquí lo que deberian ser todos los ministros de ese Dios tres veces Santo. He aquí el único medio de edificar á los pueblos y llevarlos á la virtud. Pero ¡ah! ¿Dónde están hoy esos levitas y esos sacerdotes segun el corazon de Dios? ¡Ah! No sin derramar lágrimas se ve hoy ese aire indiferente, indevoto, disipado con que tantos eclesiásticos tratan las cosas mas santas. Están en medio de los serafines que se hallan inflamados de amor divino, y quedan ellos insensibles, fríos, helados; su lengua publica las alabanzas del Señor; pero su corazon nada dice, nada siente por Dios. *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est à me.*⁷

A vos me dirijo oh amable Salvador mio! para pedir os ardor y fidelidad en vuestro divino amor. Vos sabeis que soy indignísimo é incapaz de cumplir como conviene las augustas funciones que me habeis confiado; pero, yo os lo suplico, dadme las disposiciones santas con que os habeis ofrecido á vuestro Padre; haced pasar á mi corazon vuestras virtudes y vuestros méritos, para que animado de vuestro espíritu cumpla mi ministerio de una manera digna de Vos, útil al prójimo y provechosa para mí.⁸

1 Exhortamur vos ne in vacuum gratiam Dei recipiatis.
 II. Cor. VI, 1.

2 Pontif. Rom.

3 I. Tim. II, 13.

4 Clerici quicumque ecclesiarum adscripti ordinis à se suscepti functiones. obeant, ut Tridentino concilio statutum est, non elate sed humiliter, non raro, sed frequenter, non negligenti quádám consuetudine, sed accuratá verèque clericali sollicitudine. Concil. Ferrar. decret. 165, tit. 1.

5 I. Petr. IV, 11.

6 I. Tim. IV, 8.

7 Matth. XV, 8.

8 Vide ministerium quod accepisti in Domino, ut illud impleas. Coloss. IV, 17.

MEDITACION

SOBRE LA PRESUNCION DE LOS ECLESIASTICOS QUE ASPIRAN
A LOS MINISTERIOS MAS ELEVADOS.

Adoremos al Salvador del mundo, que, queriendo enseñarnos á no ambicionar los puestos honrosos á los ojos de los hombres, se retira y va á ocultarse en las montañas para escapar de una turba entusiasmada que quiere proclamarle Rey.¹ A su ejemplo, gustemos de vivir desconocidos y olvidados aun de nuestros prelados, y ocupémonos con gusto en los ministerios que no tienen brillo ni cosa que nos haga distinguirnos. Consideremos que debemos tener una predileccion particular por los puestos menos honrosos: primero, porque son menos peligrosos; segundo, porque allí tenemos mas seguridad de obrar el bien.

1. Un sentimiento de orgullo y una loca ambicion, llevan frecuentemente á los sacerdotes jóvenes á desear puestos distinguidos. Algun talento, y mas aún el espíritu de vanidad, les hacen pretender los primeros rangos de la cleratura. Ilusion

funesta, que espone su salvacion al mayor peligro. Aquel, dice San Cirilo de Alejandría, que aspira á las primeras dignidades en el santuario del Señor, que cree merecerlas, y las busca con una criminal aidez, sin esperar á que Dios le llame á ellas, corre á su perdicion, y se prepara los mas amargos pesares: *Ad majora aspirare et præstantiora quærere, quam à Deo datum tributumque sit, pœnam ac perniciem affert.*² Muy lejos de suspirar por las distinciones en la casa de Dios, debemos sentirnos sobrecogidos de un religioso espanto si las hemos obtenido: *Qui incautè expetiit, adeptum se esse pertimescat.*³ Débiles, ignorantes, sin virtud y sin experiencia, ¿no es la mayor imprudencia echarnos á cuestras una carga superior á nuestras fuerzas? ¿No es el colmo de la temeridad colocarnos en el primer rango, cuando tal vez dificultosamente nos sostenemos en el último? Queremos siempre subir y elevarnos; ¿hemos acaso oido esta orden de nuestro obispo: *Ascende superius?*⁴ Orden aterradora que ha hecho estremecer á las mas puras y mas brillantes lumbreras de la Iglesia. Queremos por todas partes ser los primeros: Lucifer tambien lo quiso, y desde el mas alto punto de gloria á que habia llegado, su orgullo y su deseo de elevarse más, le precipitaron para siempre al profundo de los infiernos. Todos los clérigos ambiciosos y encaprichados en la alta idea de su pretendido mérito, que á toda costa procuran llegar á los puestos honrosos, deben esperar la misma suerte: *Considero gradum, esclama San Bernardo, et casum ve-reor; considero fastigium dignitatis, et intueor faciem abyssi jacentis deorsum.*⁵ Si estuviéramos

bien penetrados de esta verdad, ¡cuánta seria nuestra aprehension á vista de las dignidades eclesiásticas! En vez de desearlas, huiriamos de ellas; solo temblando y con las lágrimas en los ojos, nos rendiriamos á las órdenes de nuestros superiores que nos las quisieran conferir. Roguemos al Señor que nos dé estos sentimientos de religioso temor, de que los santos han estado llenos.⁶

2. Consideremos que debemos amar los ministerios humildes, porque allí tenemos seguridad de obrar el bien. Jesucristo, nuestro divino modelo, sabia que los pobres y sencillos ordinariamente se muestran mas dóciles á las verdades eternas; y he aquí por qué les anuncia de preferencia su Evangelio: *Pauperes evangelizantur*.⁷ Si nuestro celo por la salvacion de las almas fuera sincero y sobrenatural, prefeririamos evangelizar á los pobres, mas bien que á los ricos; á las personas de bajo nacimiento, mas bien que á las de calidad; fuera de que el alma de un sencillo aldeano es tan preciosa á los ojos de Dios, como la de un grande de la tierra, segun el pensamiento del Apóstol: *Non est servus, neque liber; non est masculus neque femina, omnes enim vos unum estis in Christo Jesu*.⁸ La esperiencia nos enseña que el ministerio que se ejerce en favor de los pobres es siempre mas puro, mas desinteresado, lisonjea menos el orgullo y la vanidad; que es por consiguiente mas cristiano y mas perfecto; que agrada mas á Jesucristo, y que está acompañado de mas gracias y bendiciones. Si anunciamos á los ricos el Evangelio, ellos lo examinan, razonan, y muchas veces rehusan someterse á él, ó no lo hacen sino en secre-

sentimientos y de conducta, si hubieran leído y

to, porque casi siempre los domina una falsa vergüenza: *Hic venit ad Jesum nocte*.⁹ Pero si distribuimos á los pobres el pan de la divina palabra, estamos seguros de encontrar toda la atencion y toda la docilidad que podemos desear. Ellos mismos se agradan de que se tenga piedad de su ignorancia; se muestran prontos á escucharnos; recogeen con una santa avidez las verdades santas que les predicamos y las hacen fructificar en sus corazones.¹⁰ Ved al ilustre apóstol de los pobres San Vicente de Paul; á veces se ve obligado á estar en medio de los grandes; á su pesar llega á ser consejero de la corona: pero si se trata de predicar el Evangelio, va á ejercer su celo entre el pueblo de las campiñas; sabe que los poderosos de la tierra tendrán siempre bastantes predicadores y directores; quiere que los sacerdotes de su congregacion sean los amigos y el consuelo de los pobres, que se declaren sus padres, su apoyo y sus misioneros. ¡Grande leccion para todos los ministros de los altares; ejemplo memorable que deberiamos recordar constantemente para hacer morir en nuestros corazones ese deseo culpable de los honores y de las dignidades eclesiásticas!

Tomemos la resolucion: primero, de regocijarnos muy sinceramente cuando la Providencia nos confia el cuidado de evangelizar á los ignorantes y á los pobres; segundo, de no solicitar jamas directamente un puesto mas elevado que el que ocupamos.^{11 12}

1 Jesus ergo cum cognovisset quia venturi essent ut raperent eum et facerent eum regem, fugit iterum in montem ipse solus. Joan. VI, 15.

bien penetrados de esta verdad, ¡cuánta sería nuestra aprehension á vista de las dignidades eclesiásticas!

300

- 2 Lib. de sacerdot., pág. 461, tom. 1.
- 3 S. Greg. in prolog. pastor.
- 4 Luc. XIV, 10.
- 5 Ad Eug. III, ep. 238, ante med.
- 6 Testimonio Salomonis, citò et horrendè fit iudicium his qui præsunt, tutius reputem latere et fumare sub modio quam ascendere super candelabrum. Petr. Bless. ep. ad Priorum monast. sub finem.
- 7 Matth. XI, 5.
- 8 Galat. III, 28.
- 9 Joan. III, 2.
- 10 Recordentur omnium mandatorum Domini nec sequantur cogitationes suas.... sed magis memores præceptorum Domini faciant ea. Num. XV, 39-40.
- 11 Veri sacerdotes non excellentiam suam cogitant pro se sed sarcinam; non gloriantur de officii dignitate, sed sudant potius constituti sub onere. S. Prosp. de vita contempl. sacerdot. c. 2.
- 12 Quanto quis altius erigitur, tanto curis gravioribus oneratur, eisque populis mente et cogitatione supponitur, quibus superponitur dignitate. S. Greg., lib. 17 moral., c. 12.

sentimientos y de conducta, si hubieran leído y

LXVI.

MEDITACION

SOBRE LAS JUSTAS ALARMAS DE UN SACERDOTE A VISTA
DE LAS DIGNIDADES ECLESIÁSTICAS.

Adoremos al Verbo Divino que, en lugar de mostrarse al mundo con todo el esplendor de su grandeza y de su majestad para recoger el respeto y los homenajes de sus criaturas, prefiere tomar la forma de esclavo, nacer, vivir y morir pobre para enriquecernos con los tesoros de su gracia. Si queremos obtener para los demás y para nosotros mismos una abundante participacion de los favores del cielo, gustemos de desempeñar los mas humildes ministerios, y temamos mucho los puestos de distincion y de honor. Consideremos que debemos temer las dignidades eclesiásticas: primero, porque todos los santos las han temido mucho; segundo, porque imponen terribles obligaciones.

1. Los sacerdotes jóvenes que ordinariamente solo ven las apariencias, y que son naturalmente llevados á todo lo que encanta y deslumbra, no

bien penetrados de esta verdad, ¡cuánta sería nuestra reprehension á vista de las dignidades eclesiásticas!

302

ven en los rangos elevados de la clericatura nada que no sea hermoso, lisonjero y atractivo; y en su ilusion, menos perdonable que la del Príncipe de los apóstoles, esclaman como él: *Bonum est nos habere.*² Pero los santos que estaban animados de espíritu de Dios, pensaban muy de otra manera. “Yo los veo temblar, dice San Cirilo, á vista de terrible peso del sagrado ministerio.” *Reperio omnes sanctos divini ministerii ingentem velut molem formidantes.*³ Moisés no recibe de manos de Dios mismo, sino con espanto, la direccion del pueblo de Israel: *Moses suadente Domino trepidat.*⁴ San Pedro Damiano, electo arzobispo, rehúsa este honor, por mas instancias que se le hacen: *Vocatus non ivi, rogatus et tractus multipliciter non consensi.*⁵ San Pablo ermitaño, San Antonio, San Hilario, San Arsenio, San Benito, y una infinidad de otros se han sentido sobrecogidos de espanto á vista de los honores del sacerdocio y han rehusado dejarse consagrar sacerdotes. “Estos notables ejemplos no me sorprenden, dice San Gregorio Nazianzeno, porque ¡quién es el que puede lisonjearse de tener bastante ciencia y fuerza para osar cargar sobre sí á sangre fría un peso tan terrible!” Son, pues, muy ciegos y muy imprudentes esos eclesiásticos que no consultando sino su provecho temporal ó el humo del honor, se procuran ávidamente los empleos mas propios para lisonjear su orgullo y su ambicion; que se valen para esto de urgentes solicitudes que hacen por sí mismos ó por medio de sus conocidos ó amigos; que aun á veces cometen bajezas indignas de su carácter, para llegar á sus fines. ¡Ah! ellos cambiarian mucho de

sentimientos y de conducta, si hubieran leído y meditado este pasaje de San Crisóstomo, que por sí solo da mucha materia de reflexiones: *Timere oportet et contremiscere propter conscientiam et propter molem imperii, et neque, qui semel trahentur, recusare, neque si non trahantur, in ipsum irruere, imo vero, etiam fugere prævidentes magnitudinem dignitatis; rursus autem eos qui fuerint comprehensi, oportet esse cautos et reverentes; si prius quam factus sis, nullum modum præsentis; secede, tibi persuade eâ te esse indignum.*⁷ Pese-mos bien estas palabras, y que ellas nos sirvan de regla en lo sucesivo.

2. Consideremos que las dignidades eclesiásticas imponen terribles obligaciones: segundo motivo que debe hacernos temerlas. Si los rangos distinguidos en la gerarquía eclesiástica nos hicieran mas gratos á Dios y nos aseguraran mayores gracias, tendríamos motivo de felicitarnos por haber obtenido puestos honoríficos; pero en vez de estas ventajas debemos temer mayores peligros de perdersnos, dice San Lorenzo Justiniano.⁸ El gobierno de un pueblo numeroso es una carga penosa, agrega el mismo santo; pide grandes vigili-as, cuidados y trabajos habituales: *Grande prorsus onus, negotium multarum vigiliarum, pavendum que ministerium est regimen animarum.* Escuchemos tambien á Pedro Blesense tratando esta materia con los sentimientos de fé que lo animaban: “Nuestros inferiores, dice, nos rinden, es verdad, algunos honores, ¡pero cuánto nos pesan! *Subditi te honorant, sed plus te onerant.*”⁹ No se diga mas que se encuentran ventajas en poseer dignidades;

ellas. No solo cumplen con esto una de sus mas

yo siento todo lo que tienen de agobiante y pesado. Mientras tuve la dicha de permanecer en los grados inferiores de la clericatura, tenía confianza en que el Señor tendría misericordia de mí; pero hoy que me encuentro en los primeros rangos, he perdido toda esperanza; porque en su cólera cuando el Señor me ha llamado á un puesto tan elevado.¹⁰ ¡Ah! Si los eclesiásticos tomaran por á pechos el gran negocio de su salvación, si su razón solo anhelara por este asunto de la eternidad, lejos de desear los puestos de distinción, harían de ellos como de uno de los mayores peligros tendrían presente que sacerdotes mas piadosos, mas sabios y mas experimentados que ellos, han encontrado allí su perdición; que esos puestos son un escollo funesto contra el cual se han estrellado los mas firmes apoyos de la Iglesia; que los puestos eminentes presentan tan grandes peligros que los mismos ángeles apenas podrían sostenerlos en ellos: *Celsitudines graduum ecclesiasticorum ipsis etiam angelicis humeris formidanda.*¹¹

Tengamos constantemente á la vista el ejemplo de San Ambrosio, que huyó, que se ocultó para sustraerse á los honores del episcopado; de San Agustín, que derrama un torrente de lágrimas cuando Valerio le impone las manos consagrándole sacerdote; de San Martín, que á fuerza de suspiros y de súplicas, obtiene de San Hilario ser promovido al orden de portero en vez del diácono á que quería elevarlo. Penetrémonos bien de estos sentimientos de humildad y desconfianza; si la obediencia nos pone en la triste necesidad de aceptar un puesto mas elevado, tengamos con-

fianza, el Señor vendrá á nuestro socorro, y mediante nuestra fidelidad á su gracia, podremos esperar salvarnos y salvar las almas que se nos confíen.^{12 13}

1 Scitis enim gratiam Domini nostri Jesu-Christi, quoniam propter vos egenus factus est, cum esset dives, ut illius inopia vos divites essetis. II ad Cor. VIII, 9.

2 Matth. XV, 4.

3 Hom. 1 de festo pasch. p. 3.

4 S. Greg. part. 1, c. 3.

5 Ap. 131, p. 261.

6 Haud equidem, video quanam scientiâ instructus aut quibus viribus fretus hujusmodi præfecturam intrepidè suscipere queat. Orat. 1, n. 31.

7 Ep. 34 in ep. ad Hebr. ante med.

8 Quanto unius cujusque major est status, tanto perniciosior es ruina. De regimine prælat. c. 2, n. 2.

9 Ep. 102, ad Rating. abbat.

10 Administrationem hanc onus reputa, non honorem. antequam hunc honorem aut potius hoc onus imposuisset celestis indignatio (ad hoc enim irâ Dei vocatus sum) sentiebam de Domino in bonitate. Ibid.

11 S. Bernard. serm. 2, in Ascens. Domin.

12 Hoc enim faciens te ipsum salvum facies, et eos qui te audiunt. I. Tim. IV, 16.

13 In alto positum non altum sapere difficile est et omnino innsitatum. timor de adoptatâ altitudine tædere magis quam placere faciet altiora. S. Bernard. ep. 42, ad Henric. Senon. c. 8.

ellas. No solo cumplen con esto una de sus mas

MEDITACION

SOBRE LA NECESIDAD DE OBSERVAR LAS CEREMONIAS
DE LA IGLESIA.

Adoremos á nuestro Divino Salvador, que se dignó enseñar á su Iglesia el medio de honrar á Dios con un culto perfecto. Quiere, es verdad, adoradores en espíritu y en verdad; pero exige también que sus servidores muestren, por señales sensibles las disposiciones de sus corazones y la grandeza de los misterios que celebran: estas señales son las ceremonias que contribuyen poderosamente á edificar á los fieles y á llevarlos á la piedad: *Ut accedentius moveantur animi ad flammam pietatis.* Mirémoslas con respeto, abracémoslas con amor. Consideremos que debemos ser fieles en la observancia de las ceremonias prescritas para el culto divino: primero, porque el Señor lo exigía rigurosamente de los levitas de la antigua Ley; segundo, porque lo exige aun con mas severidad de los levitas de la nueva alianza.

1. El Señor, despues de haber arreglado por sí mismo y comunicado á Moisés y á Aaron las ceremonias que sus levitas debian observar en la oblation de los sacrificios, les ordena que las guarden con puntualidad: *Custodie ergo præcepta et caeremonias atque judicia, quæ ego mando tibi, ut facias.*² Y temiendo cualquiera omision en esta materia, que mira como importantísima, renueva muchas veces la misma recomendacion: *Observa, et cabe, nequando obliviscaris Domini Dei tui, et negligas mandata ejus, et caeremonias quas ego præcipio tibi.*³ Mira el Señor este punto como tan esencial, que parece hacer consistir toda su perfeccion en que sean fieles á su observancia: *Et nunc Israel, quid Dominus petit á tè, nisi ut timeas Deum tuum . . . custodias que mandata Domini et caeremonias ejus?*⁴ Fieles á la orden de Dios los levitas y sacerdotes de la antigua Ley, fueron los mas escrupulosos observantes de todos los ritos que les estaban prescritos; tal es el testimonio que les da el testo sagrado: *Sacerdotes autem et levitæ filii Sadoc, qui custodierunt caeremonias sanctuarii mei.*⁵ Dios, satisfecho de su celo y su exactitud en seguir su divina voluntad, les promete recibir favorablemente sus votos y los sacrificios que ofrecieren por los pecados de su pueblo: *Cum erraverint filii Israel à me, ipsi accedent ad me, ut ministrent mihi, et stabunt in conspectu meo.*⁶ Dichosos, pues, los ministros de los altares que se imponen el deber de no faltar en ninguna de las ceremonias del culto divino; que hablan de ellas con respeto, que las estudian y se penetran de ellas. No solo cumplen con esto una de sus mas

importantes obligaciones, sino que están seguros de captarse la benevolencia de su Dios, de edificar al pueblo cristiano y ser para él poderosos intercesores delante del Señor. ¡Qué cosa mas propia para animarnos á redoblar nuestro celo para ser mas y mas fieles en este punto esencial de nuestro augusto ministerio? ⁷

2. Consideremos qué si el Señor recomendaba con tantas instancias las ceremonias de la antigua Ley, que no eran mas que figura de nuestros misterios y de los ritos que los acompañan, mucho mas rigurosamente aun exige que seamos fieles á las de la nueva Ley, que son mucho mas santas y augustas. Por eso dice á todos sus ministros, por su Apóstol, que cumplan todas sus funciones segun el orden establecido por la Iglesia: *Omnia secundum ordinem fiant in vobis.* ⁸ El culto que le rendimos es demasiado venerable; los sacrificios que le ofrecemos demasiado augustos, santos y terribles, para que se permita á cada uno la facultad de tratarlos segun sus miras y caprichos: por eso ha inspirado á los Padres del Concilio de Trento decidir que todo sacerdote está obligado á seguir exactamente todos los ritos aprobados hasta hoy por la Iglesia para el culto divino. ⁹ El santo papa Pio V manda bajo pena de desobediencia formal, seguir en el servicio divino todas las rúbricas, segun están prescritas en los rituales: *Districte in virtute sanctæ obedientiæ juxta ritum, modum et normam decantent et legant, neque in missæ celebratione alias cæremonias vel preces, addere vel recitare præsumant.* ¹⁰ Guardémonos de mirar como escesivamente minuciosas y que se pueden

lícitamente omitir ó cambiar. Los eclesiásticos poco edificantes lo piensan así; pero los sacerdotes que tienen el espíritu de su estado, discurren de otra manera; saben que en ceremonias se trata de una materia grave, como lo enseña el P. Suarez; que este asunto versa sobre el modo mas digno y el mayor orden con que deben tratarse los sagrados misterios; que la trasgresion de una sola rúbrica es siempre un pecado, y que puede llegar á mortal, segun el desprecio y el grado de negligencia en qué se incurriere. ¹¹ ¡Cuántas faltas cometen diariamente esos ministros abandonados, que descuidan el estudio de las ceremonias prescritas para el rezo del oficio divino, para la celebracion del santo sacrificio de la misa y para la administracion de los sacramentos! ¡Qué cuenta tienen que dar el postrer dia! Entonces ya no será tiempo de decir: *Ignorans feci.* ¹² Esta excusa no será admitida ante el Supremo Juez; porque nuestra primera obligacion es saber las reglas de nuestro estado.

¡Desgraciados de nosotros si las ignoramos por nuestra culpa, y si conociéndolas las quebrantamos! Prevengamos los anatemas y las maldiciones de nuestro Dios, instruyéndonos á fondo en todas las rúbricas del breviario y del misal, y mostrémonos exactos y celosos observándolas con la mas fiel puntualidad: *Quod si audire nolueris vocem Domini ut custodias cæremonias . . . venient super te omnes maledictiones istæ; maledictus eris in civitate, maledictus in agro.* ¹³

1 S. Isid. de offic. eccles.

2 Deut. VII, 11.

3 Deut. VIII, 11.

4 Ibid. X, 12-13.

5 Ezech. XLIV, 15.

6 Ibid.

7 Fili hominis pone cor tuum, et vide oculis tuis, et auribus tuis audi omnia quæ ego loquor ad te de universis cæremoniis domus Domini, et de cunctis legibus ejus. Ibid. XLIV, 5.

8 I. Cor. XIV, 40.

9 Ne sacerdotes aliis quam debitis horis celebrent, neve ritus, aut alias cæremonias et preces in missarum celebratione adhibeant, præter eas quæ ab Ecclesia probatæ, ac frequenti et laudabili usu receptæ fuerint. Sess. XXII.

10 In bulla in init. missalis.

11 Quando vero hæc omissio sit veniale, quando vero mortale, ex materia gravitate et ex contemptu vel negligentia iudicandum est. Suar. tom. 3, disput. 83.

12 I. Tim. I, 13.

13 Deut. XXVIII, 15-16.

LXVIII.

MEDITACION

SOBRE LA MANERA DE HACER BIEN LAS CEREMONIAS
DE LA IGLESIA.

Adoremos á Dios en la obligacion que nos impone de honrarlo con un culto exterior; démosle gracias por habernos escogido para glorificar su santo nombre por la pompa de las ceremonias. ¡Qué dicha la nuestra! Mas para que nuestras alabanzas sean dignas de El, tengamos cuidado de ofrecérselas con Jesucristo y por Jesucristo, su divino Hijo: *Ut in omnibus honorificetur Deus per Jesum Christum Dominum nostrum.*¹ Consideremos que debemos hacer las ceremonias: primero, con un respeto religioso; segundo, con una sincera y tierna devocion.

1. Los misterios que celebramos son tan grandes, nuestras funciones son tan sublimes y tan santas, que merecen por nuestra parte la mas religiosa reverencia. Seria faltar al respeto que esencialmente les debemos, obrar de una manera ligera y

precipitada. La decencia, la gravedad y una noble dignidad, deben resplandecer en un sacerdote que trata los intereses de su Dios: tal es el voto de la Iglesia y la edificacion de los fieles lo pide: *Existimavit Ecclesia in tan alto et sacro ministerio nihil esse leve existimandum quominus maximâ decentiâ et gravitate fiat.*² El sacerdote en el altar representa la persona sagrada del Salvador, dice San Cipriano: *Sacerdos vice Christi verè fungitur.* Pues bien: ¿con qué respeto no rendiria Jesucristo á su Padre el culto exterior prescrito por la ley. El arroja del templo de Jerusalem á los que lo profanan con un indigno tráfico. Un eclesiástico que no tiene esa profunda veneracion á las rúbricas que arreglan el servicio divino, no puede menos que escandalizar á los fieles; en vez de aficionarlos á los oficios de la Iglesia, los aleja. En vano los exhorta con sus discursos á mantenerse con la debida decencia en nuestros templos, si lo ven á tratar con ligereza y precipitacion lo que hay de mas sagrado en la religion; ellos no se crearán nunca mas obligados á tener reverencia á las cosas santas, que aquel á quien el Señor les ha dado por guía y por modelo: *Imitantur autem illum, qui sum ex parte illius.*⁴ Deberiamos derramar lágrimas viendo la manera con que algunos sacerdotes celebran los santos misterios, rezan el oficio divino, administran los sacramentos. Se ve, se palpa el estado de violencia con que están en la Iglesia; omiten voluntariamente ceremonias por abreviar los oficios, por granjearse la triste reputacion de hombres listos y espeditos; ¿y por qué? ¡ah! tal vez por ir á deponer el fastidio en el juego ó en las so-

ciedades mundanas, donde encuentran amigos perdidos que los felicitan por sus prevaricaciones. Santa Teresa tenia una idea tan alta de las reglas santas de que tratamos, que aseguraba que de buen grado daria su vida por una ceremonia de la Iglesia. Roguemos á Dios que nos inspire la misma idea y la misma estima.⁵

2. Consideremos que no basta respetar las ceremonias de la Iglesia, sino que es tambien necesario hacerlas con una sincera y tierna piedad. Seguir exactamente las rúbricas al celebrar los divinos oficios solo porque nos agradan, porque tenemos aptitud para ellas, seria privarnos de la recompensa prometida á los ministros fieles. Debemos obrar por un sentimiento mas noble y elevado; una piedad franca, una tierna devocion, deben acompañarnos en el ejercicio de nuestras funciones: *In celebratione verò omnes ritus et ceremoniæ quæ..... præscribuntur, exactè et religiosè observentur.*⁶ Un eclesiástico que comprende cuán respetable es su ministerio á los ojos de la fé, siente igualmente con qué fervor debe cumplirlo; sabe que el Rey del cielo, de quien es ministro, no quiere servidores que le honren con la punta de los labios; quiere adoradores en espíritu y en verdad. *Et qui adorant eum in spiritu et veritate oportet adorare.*⁷ En vano le ofreceriamos un culto de homenajes solemnes y pomposos; si nuestro corazon no tomara parte en él, si nuestra alma nada experimentara, si quedáramos fríos é insensibles, el Señor desdeñaria nuestros votos y nuestros sacrificios. *Per hoc quod Deum reveremur et honoramus, mens nostra ei subjicitur et in hoc ejus perfectio consistit.*⁸

¡Ah! ¡qué raros son en los ministros los sentimientos de devoción! En vez de ese profundo respeto, de esa atención sostenida, de ese piadoso reconocimiento que reclaman los sagrados misterios que tratan, se les ve dispados, distraídos, enteramente preocupados de lo que pasa en derredor de ellos, sin hacer escrúpulo de truncar las ceremonias ó de omitirlas, por no haberlas bien previsto antes del oficio, ó porque tal vez jamás las han leído. ¡Oh! desgraciados sacerdotes; vosotros no habéis pues meditado jamás bien estas terribles palabras del Profeta: *Maledictus homo qui facit opus Domini fraudulentè.*⁹ Vosotros haceis la obra de Dios, obráis en su nombre; si estuvierais animados de su espíritu, si fuerais fieles á todo lo que exige de vosotros vuestro ministerio, estaríais seguros de oír algún día estas consoladoras palabras: *Euge serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.*¹⁰ Mas porque no mostráis sino negligencia en su servicio, seréis malditos y no veréis su rostro en la mansion de su gloria.

Para prevenir esta desgracia, tomemos la resolución: primero, de conservar un grande respeto y una tierna afición aun á las mas pequeñas ceremonias; segundo, de leer de cuando en cuando las rúbricas del misal y del breviario, y el ritual romano; aprenderlas bien, penetrarnos bien de su espíritu y moral, á fin de practicarlas siempre con grandes sentimientos de fé y de religion.¹¹

1 I. Petr. IV, 11.

2 Suar., tom. 3, disput. 84, sect. 1.

3 Ep. 63, ad Cecil.

ra causarle aun la mas ligera pena; acepta con

4 Sap. II, 25.

5 Ecclesiæ ceremonias adhibuit, ut majestas tanti sacrificii commendaretur, et mentes fidelium per hæc visibilia ad rerum altissimarum, quæ in hoc sacrificio latent, contemplationem excitarentur. Conc. Trid., sess. 22, c. 5.

6 Concil. Burdigal. ann. 1583, tit. 5.

7 Joan. IV, 24.

8 S. Thom., quæst. 93, art. 7.

9 Jerem. XLVIII, 10.

10 Matth. XXV, 21.

11 Quod si necessario fatemur nullum aliud opus adeò sanctum ac divinum à Christi fidelibus tractari posse, quam hoc ipsum tremendum mysterium quo vivificatur illa hostia, quæ Deo Patri reconciliati sumus. satis etiam apparet omnem operam et diligentiam in eo ponendam esse. ut exteriori devotione ac pietatis specie peragatur. Suar., tom. 3, disp. 83.

¡Ah! ¡qué raros son en los ministros los sentimientos de devoción! En vez de ese profundo respeto,

ra causarle aun la mas ligera pena; acepta con

esta verdad: *Scandalizastis plurimos in lege.... propter quòd et ego dedi vos contemptibiles et humiles omnibus populis.*² La vida santa y edificante de los eclesiásticos es un oro puro, de un brillo deslumbrador, dice San Gregorio, pero pierde toda su hermosura y se hace asquerosa y repugnante luego que se ha manchado con acciones indignas del estado mas augusto. El hábito clerical, tan respetable por los misterios que representa, no es ya á los ojos de los mundanos, sino un objeto de ignominia y de oprobio, por la conducta abyecta y vil de los que lo llevan. *Aurum obscuratum est, quia sacerdotum vita, quondam per gloriam virtutum clara, nunc per actiones infimas ostenditur reprobata; color optimus est mutatus, quia ille sanctitatis habitus per terrena et abjecta opera ad ignominiam despectionis venit.*³ Ved á ese jóven eclesiástico en medio del mundo. Mientras conserva el espíritu y las virtudes de su estado, disfruta de la estimacion y de la confianza general; todos hacen su elogio, se felicitan de tenerlo por guía y por pastor. Pero ¿tiene la desgracia de olvidar la santidad de su carácter? ¿Es ligero, disipado y mundano, da motivo para sospechar de su moralidad? Pues ved ya perdida su reputacion; las alabanzas se convierten en críticas, la confianza en odio y en chanzas malignas; el amor y la adhesion en aversion y desprecio; y lo peor es que sus desórdenes comprometen á todo el cuerpo de pastores, que se resienten siempre del escándalo de uno solo de sus miembros. ¡Ah! No me asombro yo ¡Iglesia santa! de veros cubierta de duelo y sumergida en la afliccion al saber los desórde-

LXIX.

MEDITACION

SOBRE LAS FUNESTAS CONSECUENCIAS DEL ESCANDALO DE LOS ECLESIASTICOS.

Adoremos á Jesucristo que, por boca de su Apóstol, nos advierte que tengamos mucho cuidado de no escandalizar á nadie, para no comprometer el honor debido á nuestro sublime ministerio: *Nemo ni dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum.*¹ Meditemos esta divina leccion y consideremos: primero, que el desprecio de los ministros sagrados; segundo, que la perdida de un gran número de almas, son los principales efectos del escándalo de los eclesiásticos.

1. Es cierto, y la esperiencia nos enseña todos los dias, que nada envilece tanto al sacerdote como la conducta escandalosa de los ministros del santuario. Un eclesiástico virtuoso inspira siempre respeto á los que lo tratan; pero pierde toda consideracion desde el momento en que olvida sus deberes. Los sagrados oráculos confirman

¡Ah! ¡qué raros son en los ministros los sentimientos de devoción! En vez de ese profundo respeto,

nes de vuestros ministros. Ellos despedazan vuestro seno maternal y abren una grande herida en vuestro corazón. No permitais ¡oh Dios mío! que yo cause alguna vez un pesar tan profundo á vuestra tierna madre; inspiradme un vivo horror al escándalo que degrada y envilece el sagrado ministerio de vuestros altares. *Propheta laqueus ruinae factus est super omnes vias ejus, insania in domo ejus.*⁴

2. Consideremos que el escándalo de los eclesiásticos es tambien causa de la perdición de muchas almas. Si el sacerdote, dice el Señor, olvida la santidad de su carácter y llega á prevaricar, arrastrará en sus estravíos al pueblo: *Si sacerdos qui unctus est, peccaverit, delinquere faciens populum.*⁵ Oid esto, ministros del Señor, exclama profeta Oseas: *Audite hoc sacerdotes.*⁶ En lugar de trabajar por la salvación de vuestros hermanos, sois para ellos piedra de tropiezo, sois como una red tendida para sorprenderlos y precipitarlos en los abismos: *Quoniam laqueus facti estis speculationi, et rete expansum super Thabor, et vias declinastis in profundum.*⁷ San Gregorio, tanamente espantado por los horribles estragos que causan en la Iglesia los escándalos de los clérigos, procura comunicarles los sentimientos de dolor que lo animan. Sabed, les dice, que vosotros merecis el infierno tantas veces cuantas escandalizais las almas que os están confiadas: *Scire sacerdotes debent, quod perversa unquam perpetrata tot mortibus digni sunt quot ad subditos suos perditionis exempla transmittunt.*⁸ La vida desahogada de los clérigos, dice San Bernardo, tiene

ra causarle aun la mas ligera pena; acepta con

funestísimas consecuencias para la religion; los fieles que son testigos de ella no tienen ya horror al vicio, desprecian los sacramentos, no temen ya el infierno y les son indiferentes los bienes eternos.⁹ ¡Oh! ¡qué terrible es la posicion de un eclesiástico! Cuando un seglar peca, solo causa daño á sí mismo, ordinariamente; pero cuando un sacerdote, un levita se hace reo de algunas culpas, mata á la vez su alma y las de sus hermanos; su pecado es como un puñal que hunde en su propio corazón y en los de los fieles. Su conducta tiene una influencia tal sobre el público, que no puede infringir los preceptos divinos, sin forzar, por decirlo así, á los otros á que lo imiten; tal es el pensamiento de San Agustin: *Quid me loqueris? ipsi clerici non illud faciunt? et me cogis, ut non faciam?*¹⁰

Tomemos, pues, la resolución: primero, de arreglar de tal modo toda nuestra conducta, velar con tanto cuidado sobre todas nuestras acciones, que jamas seamos motivo de escándalo á nadie; segundo, de reparar nuestros escándalos pasados, redoblando nuestra regularidad y nuestro fervor.^{11 12}

1 II. Cor. VI, 3.

2 Malach. II, 8-9.

3 Homil. 17, in Evang.

4 Oseas. IX, 8.

5 Levit. IV, 3.

6 Oseas. V, 1.

7 Ibid. V, 2.

8 Pastor. p. 3, adm. 5.

9 Plurimi considerantes clerici sceleratam vitam vitia non evitant, sacramenta despiciunt, non horrent inferos, cœlestia minimè concupiscunt. De 12, poen. imped., serm. 19.

¡Ah! ¡qué raros son en los ministros los sentimientos de devoción! En vez de ese profundo respeto,

320

10 Serm. 99.

11 Grex perditus factus est populus meus, pastores eorum seduxerunt eos. Jerem. I, 6.

12 Nullum majus præjudicium tolerat Deus, quam à sacerdotibus quos cum posuit ad aliorum salutem cernit dare exempla pravitatis. S. Greg. homil. 17, in Luc. 10.

ra causarle aun la mas ligera pena; acepta con

LXX.

MEDITACION

SOBRE LA OBEDIENCIA AL PROPIO OBISPO.

Adoremos á Dios Padre, que impuso á todos sus ministros la mas estrecha obligacion de escuchar con una respetuosa y perfecta docilidad, las lecciones de su divino Hijo, soberano Sacerdote y Obispo de nuestras almas: *Hic est Filius meus dilectus, ipsum audite.*¹ Sometámonos con gusto á las órdenes de este divino Redentor; pero al mismo tiempo reconozcamos la obediencia que debemos á nuestro propio obispo, su mas fiel representante sobre la tierra. Consideremos: primero, que una de las virtudes mas esenciales á un eclesiástico es la obediencia á su obispo; segundo, cuán pocos cumplen fielmente este deber.

1. A los sacerdotes, no menos que á los otros fieles, dirige San Pablo estas palabras, que deberiamos tener constantemente presentes: *Obedite præpositis vestris, et subjacete eis;*² porque, agrega el Apóstol: *Ipsi enim pervigilant, quasi rationem*

¡Ah! ¡qué raros son en los ministros los sentimientos de devoción! En vez de ese profundo respeto,

322

pro animabus vestris reddituri. Escarga muy grande para los obispos haber de dar cuenta á Dios de las ovejas y de los pastores; pero nosotros aligeraremos mucho su peso, y ya no gimiendo, sino con gozo la llevarán, si encuentran en nosotros una perfecta docilidad: *Ut cum gaudio hoc faciant non gementes.* San Gerónimo, en las excelentes instrucciones que dirige á Nepociano, le dice: Siempre sumiso á tu obispo; respeta su voluntad, míralo no como un amo duro y severo, sino como un amigo y el padre de tu alma.³ Debemos estar convencidos de que nuestro obispo no busca sino nuestro bien en todo lo que nos manda. Las advertencias que nos hace, los preceptos que nos impone, las amonestaciones caritativas que nos dirige, no tienen otro objeto mas que nuestra santificación. Guardémonos, dice Pedro Blesense, de resistir su voluntad; el desprecio que hiciéramos de sus ordenanzas, nos haria muy culpables delante de Dios: *Sanè in omnibus quæ à prælato juventur generaliter damnablestis est contemptus.*⁴ Para amarnos á obedecer siempre con alegría á nuestro obispo, mirémosle siempre como á representante de Dios sobre la tierra, tengamos siempre presente que obedeciéndole ejecutamos la voluntad del mismo Dios, y que resistiéndole, resistimos al mismo Dios que nos lo ha dado por maestro y por guía: *Qui vos audit, me audit; qui vos spernit me spernit.*⁵ Un eclesiástico, dócil y sumiso á su obispo, honra y venera todo lo que de él viene; está lleno de miramientos y estimacion por sus estatutos ó decretos; toma generosamente á su cargo el defenderlos cuando se necesita; evita todo lo que pudie-

ra causarle aun la mas ligera pena; acepta con prontitud todas las reglas de conducta que ha establecido para la regularidad y la disciplina del clero de su diócesis, y es el primero en elogiarlas y practicarlas. Tiene siempre á su vista el ejemplo de Jesus, su divino Maestro, que, en su vida privada, fué obediente á María y á José, y que, en la obra de nuestra redencion, no teniendo en calidad de Pontífice soberano, otro superior que á su Padre, le ha estado perfectamente sujeto, prefiriendo perder la vida misma, mas bien que faltar á la obediencia. ¡Qué excelente modelo! ¡Quién de nosotros rehusará seguir este ejemplo que ha dejado á todos los ministros del santuario?^{6, 7}

2. Consideremos que no obstante la estrecha obligacion que tienen todos los eclesiásticos de obedecer á su obispo, hay, sin embargo, muy pocos que cumplan fielmente este deber. En vano han hecho á los piés de los altares, delante del cielo y de la tierra, y en la accion mas memorable de su vida, la promesa mas solemne de serle perfectamente sumisos: *Promitto.* A juzgar por su conducta, ¿no se diria que no han contraido compromiso alguno? ¿Dónde están, en efecto, esos que defieren, como deben, á las órdenes de aquel que los ha elevado al santo ministerio por la uncion mas sagrada? ¿Están ellos favorablemente dispuestos á aceptar y cumplir el empleo que les quiere confiar? Se encuentran muchos que digan á su obispo, como San Pablo decia al supremo Pastor: "Señor, ¡qué quereis que haga, estoy dispuesto á todo: *Domine quid me vis facere?*"⁸ ¡Oh! ¡qué pocos hay de este carácter! esclama San Ber-

nardo. Por el contrario, la mayor parte de ellos imitan al ciego del Evangelio, á quien fué preguntado que Jesucristo le preguntase, "¿qué quería que hiciera por él: *Quid vis ut faciam tibi?*"⁹ "Sí, dice el santo, la debilidad, y aun, si me atrevo á decir, la infeliz disposicion de los ministros de este siglo perverso, obligan á los superiores eclesiásticos humillarse hasta preguntar á sus inferiores lo que quieren se haga con ellos para complacerlos, y qué empleos quieren que se les destine."¹⁰ Examinemos si tenemos motivo para hacernos semejante reproche. ¿Conservamos siempre en nuestro corazón la disposicion sincera de hacer todo lo que de nosotros exija nuestro obispo; de aceptar los puestos que nos ofreciere, por penosos que nos parezcan; de prevenir sus deseos adelantándonos todo lo que puede complacerlo, procurando de este modo, por nuestro respeto, nuestras buenas maneras, nuestra docilidad y nuestra adhesion, endulzar sus honrosas y penosas funciones? Portándonos así, dice San Ignacio mártir, hacemos un gran acto de virtud; imitamos á Jesucristo que se sometió siempre dócil á las órdenes de su Padre; pero teniendo una conducta contraria, esponemos mucho nuestra salvacion: *Episcopum sequimini, sic Jesus Christus Patrem, terribile est tali contrarietate.*¹¹

¡Oh Jesus, Salvador mio! Yo he prometido á las manos de vuestro representante sobre la tierra ejecutar fielmente sus voluntades; pero mi flaqueza me espone diariamente á traicionar mis compromisos, si vos no os dignais sostenerme con vuestra gracia. Venid, pues, á mi socorro, y

tificadme contra mi desgraciada inconstancia. ¿Podré yo negarme á obedecer á aquel que me habeis dado por maestro y por guía, cuando veo que vos mismo, á la voz del sacerdote, venís todos los dias sobre nuestros altares? Que este ejemplo me mueva, me anime á renunciar mi propio parecer, para seguir en todo la voluntad de mi superior.^{12 13}

1 II. Petr. I, 17.

2 Hebr. XIII, 17.

3 Esto subjectus pontifici tuo, et quasi animæ parentem suscipe. Ep. 2, ad Nepot.

4 Ep. 131, ad E. Priorem.

5 Luc. X, 16.

6 Ecce venio ut faciam, Deus, voluntatem tuam. Hebr. X, 9.

7 Dedit vitam ne perderet obedientiam. S. Bern. declam. ad milites templi.

8 Act. IX, 6.

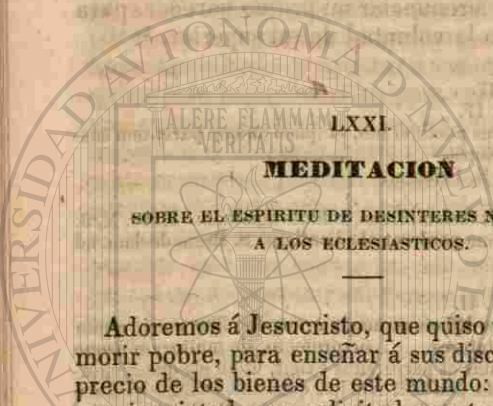
9 Luc. XVIII, 41.

10 Heu! plures habemus magis evangelici illi cæci, quam novi apostoli imitatores. . . sic profecto, sic multorum usque hodie pusillanimitas et perversitas exigit, ut ab eis quæri oporteat, quid vis ut faciam tibi? non ipsi quærant, Domine quid me vis facere. S. Bernard. Serm. 1, in convers. Pauli.

11 Ep. ad Smyrn.

12 Omnia quæcumque dixerint vobis, servate et facite. Mat. XXIII, 3.

13 Perfecta obedientia legem nescit, terminis non arctatur; ad omne opus injungitur spontaneo vigore liberalis alacrisque animi, modum non considerans in infinitam libertatem extenditur. S. Bernard., de præcep., c. 6.



MEDITACION

SOBRE EL ESPÍRITU DE DESINTERES NECESARIO
A LOS ECLESIASTICOS.

Adoremos á Jesucristo, que quiso nacer, vivir y morir pobre, para enseñar á sus discípulos el desprecio de los bienes de este mundo: ve con pena esa inquietud, esa solicitud que tenemos por el alimento y el vestido: desea que pongamos toda nuestra confianza en su divina Providencia; nos promete con una admirable ternura velar sobre nuestras necesidades. ¹ Consideremos: primero, cuán necesario nos es el espíritu de desinterés; segundo, cuán raro es entre los eclesiásticos.

1. Nuestro ministerio es un ministerio enteramente divino; no somos en la tierra sino dispensadores de los bienes futuros; los tesoros, cuyas llaves nos están confiadas para abrirlos ó cerrarlos, son los bienes celestiales: *Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei.* ² Las riquezas que Dios derrama sobre los

pueblos, sirviéndose de nosotros, como de un canal, son gracias de salud eterna. El Evangelio que anunciamos, hiere con anatema á los esclavos de los bienes terrenos: *Vae vobis divitibus!* ³ No coloca en el número de los bienaventurados sino á los pobres de espíritu: *Beati pauperes spiritu.* ⁴ ¡Qué desórden, pues, en la Iglesia, cuando los dispensadores de los bienes eternos tienen la desgracia de apegarse á los falsos bienes de este mundo! Si en vez de predicar el desprecio de ellos, como les obliga su estado, parecieren no tener sino deseos, solicitudes, anhelo por acumular esos bienes, no vivir sino para atesorar, ¿no manifestarian claramente por esta conducta indigna, que no merecen tener lugar entre los discípulos de un Dios pobre, que no tenia donde reclinar la cabeza? Por eso se oye á este gran predicador de la palabra evangélica publicar, delante del cielo y de la tierra, que todo el que no renuncia de corazon cuanto posee, no puede ser su ministro y ni aun discípulo: *Omnis qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.* ⁵ Los primeros apóstoles habian comprendido perfectamente este oráculo sagrado; y por eso, adhiriéndose á su divino Maestro, hicieron generosamente sacrificio de todo cuanto poseían. ⁶ Mediante este noble desprendimiento, esos predicadores del Evangelio, cuyo lugar ocupamos, han convertido el universo y han destruido en el corazon pagano la avaricia, que era el grande ídolo del mundo. No son, pues, los soberbios equipajes, los muebles preciosos, una mesa magnífica, ricas posesiones, con lo que podemos esperar regenerar una parroquia; pero sí

1. Al consagrar la Iglesia sus ministros al ser-

será el espíritu de sencillez, de pobreza y de desinterés con lo que haremos que nuestro ministerio sea respetado, útil y fructuoso. Los fieles tienen una veneración particular al pastor que jamás habla de sus propios intereses, que no tiene otra ambición que conquistar almas para Dios. Sus predicaciones son escuchadas con atención, recibidas con placer; fácilmente gana los corazones. ¡Qué poderosos motivos para obligarnos á seguir este ejemplo! ⁷

2. Consideremos cuán raro es entre los eclesiásticos ese espíritu de desinterés. No sin exhalar profundos suspiros recuerda uno esta maldición del Señor al sacerdocio: *A minore usque ad maiorem, omnes avaritiæ student, et à propheta usque ad sacerdotem cuncti faciunt dolum.* ⁸ No es, pues, del todo injusta esa preocupación universal de los pueblos, que miran á los sacerdotes como esclavos de un vil interés. ¡No se les ve en efecto, con pocas escepciones, infectos de esa lepra vergonzosa y degradante! ¡No son mas exigentes y severos al cobrar sus derechos que las personas del mundo? Es verdad que los seglares exageran con frecuencia en las acusaciones que hacen al clero sobre esta materia, para justificarse ellos del mismo crimen que les reprochamos; pero al fin, ¿por qué no reconocer francamente nuestras debilidades? ¡No es verdad que muchos sacerdotes, temiendo necesidades imaginarias en una edad mas avanzada, se valen de precauciones que se acercan mucho á la avaricia? Nunca, pues, seremos demasiado cautelosos contra nosotros mismos y contra esas pretendidas necesidades que la codi-

cia abulta; contra esa ilusión de tal modo sutil y peligrosa en esta materia, que la virtud mas sólida frecuentemente se deja sorprender. Para curarnos de una vez de todo apego á los bienes de la tierra, recordemos con frecuencia y meditemos estas terribles palabras de San Bernardo: *Intestina et insanabilis est plaga Ecclesiæ: pax est, et non est pax. Pax á paganis, pax ab hæreticis, sed non profecto à aliis. . . spreverunt et invaluerunt à turpi vita, à turpi quæstu, à turpi commercio, à negotio perambulante in tenebris.* ⁹ No demos á la Iglesia, nuestra madre, semejante motivo de duelo y de pesar; procuremos por el contrario consolarla, desprendiendo nuestro corazón de los bienes perecederos de este mundo; dejemos á las personas del mundo buscar en el oro una felicidad efímera; por lo que mira á nosotros, destinados á goces mas reales y mas sólidos, pongamos toda nuestra felicidad en consagrar nuestros afanes al consuelo de los desgraciados. Los dignos ministros del Señor creen suficientemente recompensadas sus penas y fatigas, cuando han ganado algunas almas, pues no pierden de vista que una sola vale mas que todos los tesoros del mundo. Cuando el Padre celestial nos vea únicamente ocupados en conquistarle almas, tendrá buen cuidado de proveer á todas nuestras necesidades. ^{10 11 12}

1 Ne solliciti sitis animæ vestræ quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini. Matth. VI, 25.

2 I. Cor. IV, 1.

3 Luc. VI, 24.

4 Matth. V, 3.

5 Luc. XIV, 33.

evangélico.

1. Al consagrar la Iglesia sus ministros al ser-

6 Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. *Matth. XIX, 27.*

7 Non seculi vos mercatores, non Mammonæ ministri, sed Christi mercatores. Nolite thesaurizare vobis thesaurum in terra, sed bonorum operum abundantia cum charitate congregata, facite thesauros in cœlis. Studete vos lucrari animas et cœleste horreum augere. *Concil. Mediol. V, part. 3, tit. 1.*

8 Jerem. VI, 13.

9 Serm. ad cler. in concil. Remens.

10 Querite primum regnum Dei, et justitiam ejus; et omnia adjicientur vobis. *Matth. VI, 33.*

11 Clericus qui captus est amore pecuniæ, nequaquam verus est ad ministranda verba doctrinæ. *S. Petr. Dam. op. 24, c. 6.*

12 Qui non dat pro ovis substantiam suam, ¿quando prodaturus est animam suam? *S. Greg. hom. 14, in Evang.*

midos, y en el esceso de su dolor, esclama: "Los

LXXII.

MEDITACION

SOBRE LOS TRISTES EFECTOS DE LA AVARICIA DE LOS ECLESIASTICOS.

Adoremos á Jesucristo, invitando á sus apóstoles á despreciar las riquezas y los tesoros de la tierra. Dad gratuitamente, les dice, lo que gratuitamente habeis recibido: *Gratis accepistis, gratis date.*¹ No entréis en desordenada solicitud por tener oro, plata ú otra moneda en vuestro bolsillo: *Nolite possidere aurum neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris.*² Recibamos con respeto esta divina instruccion; reconozcamos la sabiduría de ella y rindamos nuestros deberes de amor y gratitud al que se dignó darnosla. Consideremos que si queremos concebir un vivo horror al vicio abominable de la avaricia, debemos recordar: primero, que degrada el ministerio eclesiástico; segundo, que paraliza todos los frutos del celo evangélico.

1. Al consagrar la Iglesia sus ministros al ser-

6 Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Matth. XIX. 27.

vicio de los altares, ha exigido que renunciases al mundo y á sus falsos bienes, que tomasen al Señor por su única herencia: *Dominus pars hereditatis meæ.*³ ¡Quién podrá, pues, dejar de gemir á vista de ciertos eclesiásticos que olvidando el espíritu de pobreza, tan esencial á su estado, están enteramente ocupados en el vergonzoso cuidado de amontonar bienes; que duros para sí mismos, é insensibles á los lamentos de los desgraciados, procuran siempre atesorar y nunca creen tener bastante, que parecen no estar revestidos de un carácter sagrado sino para hacerlo servir á esta vil pasión? ¡Llaga profunda, y por desgracia muy común en el clero! ¡Vicio repugnante que mancha la santidad y destruye el buen olor del ministerio del santuario! San Bernardo, hablando de esta pasión degradante, de que los eclesiásticos no saben preservarse, exclama, con los sentimientos del mas profundo dolor: *Væ, væ, in domo Dei horrendum videmus! Qui idolólatras ministrantes mentior, si non idolorum servitus avaritia est?*⁴ No es este padre el único que deplora este desórden vergonzoso, los fieles que son testigos de él, lo lloran igualmente; ven con amargura suya que su pastor abandona sus santas funciones para no ocuparse sino del tráfico, del comercio y de otros medios de enriquecerse. Quisieran conservar el respeto debido á su carácter y no lo pueden ya; desearian encontrar en él un padre y un apoyo en sus necesidades, y no encuentran sino un señor duro é insensible. Desde entonces no le tienen ya confianza ni estimacion; por el contrario, se le evita, se le huye; viene á ser un objeto de odio y de execra-

midos, y en el exceso de su dolor, exclama: "Los

cion; no se escuchan ya sus instrucciones sino para criticarlas, ni se habla de él sino para hacerlo objeto de chanzas pesadas. En vano mostrará un celo aparente, todos dirán que el objeto y móvil de su celo es el interes, la ambicion y el deseo de aumentar su tesoro. ¡Oh Dios mio! ¡qué ceguedad! ¡puede comprenderse? ¡Qué! ¡Un sacerdote, por un vil metal, se decide á sacrificar su honor, su reputacion, la dignidad de su sacerdocio; á ser objeto de oprobio y la risa de todo un público! ¡Hay pasión mas insensata? Para comprometernos á huir un vicio que nos envilece y degrada ante los pueblos y que el Señor ve con horror en sus ministros, meditemos frecuentemente este pasaje de San Agustín: *Cavete, inquit Christus, ab omni avaritiâ; præcipit nobis veritas quæ non fallitur; audiamus, timeamus, caveamus.... non enim leviter habendum, quando Dominus noster; redemptor noster.... advocatus et iudex noster, non est leve quando dicit cavete. Novit ille quantum mali sit, nos non novimus, illi credam, cave.*⁵

2. Consideremos tambien que la avaricia de los clérigos destruye el fruto del celo evangélico. "Nada mas desastroso, dice San Ambrosio, nada mas nocivo á la religion que el deseo de adquirir bienes de la tierra; porque la pasión de enriquecerse no causa solamente la ruina espiritual de los clérigos, sino tambien lleva la muerte á las almas de los fieles que escandaliza."⁶ "Un sacerdote avaro, dice San Gregorio, no tiene solicitud ninguna por el rebaño que le está confiado; sin pesar ve perecer almas rescatadas por la sangre de un Dios; llega aun á alegrarse de esto si de este mo-

6 Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Matth. XIX, 27.

do encuentra sus ventajas temporales." 7 "Es un lobo cruel, añade el mismo padre, que dispersa las ovejas y destroza todo el rebaño; ningún celo muestra para preservar á sus ovejas del diente mortal de su enemigo; no tiene ya para ellas entrañas de padre, ni las ama, ni ocupan su corazón sus intereses espirituales, todos sus afectos se concentran en la tierra, en el dinero." 8 "Se ve, dice San Bernardo, al sacerdote avaro todo ocupado en vaciar los bolsillos de los fieles, pero no se ve que se empeñe en extirpar de sus corazones los vicios que los degradan." 9 "Muéstrase, dice Pedro Blesense, afanado en recoger la lana de sus ovejas, pero no en procurar su salvación." 10 Volvamos ahora sobre nosotros mismos; examinemos si tenemos algo de que reprendernos con relación al espíritu de interés. ¿Está nuestro corazón sinceramente desprendido de los bienes de este mundo? ¿No sentimos una inclinación secreta de hacer algunas economías que se resienten de avaricia y de atesorar algunos fondos para el porvenir? ¿No exigimos los derechos con excesivo rigor? ¿Damos limosna conforme á nuestras facultades? ¿Hacemos algunos sacrificios por la Iglesia, por la limpieza y decencia de los ornamentos? ¿Feliz el sacerdote que consagra sus pequeños ahorros á obras buenas! Él está seguro de encontrarlo de nuevo todo en el cielo. El Señor le promete retribuirle con el céntuplo.

Para evitar toda ilusión sobre este punto, tomemos la resolución: primero, de confiar á un amigo prudente nuestros negocios y nuestros pequeños ahorros, de pedirle sus consejos y seguirlos con

midos, y en el exceso de su dolor, esclama: "Los

exactitud; segundo, de hacer sin dilación nuestro testamento para asegurar á los establecimientos de caridad los ahorros que pudieran caer en manos de nuestros parientes con grande escándalo de los fieles." 11

1 Matth. X, 8.

2 Ibid. V, 9.

3 Psalm. XV, 5.

4 Declamat. c. 5.

5 Serm. 196 de temp.

6 Nihil tam asperum, tam perniciosum est, quam si ecclesiasticus... divitiis hujus sæculi studeat quia non solum sibi ipsi sed cæteris obest. In cap. 6, ad Tim.

7 Mercenarius curam sollicitudinis non habet, animæ pereunt, et ipse de terrenis commodis lætatur. Hom. 14, in Evang.

8 Lupus rapit, dispergit oves.... gregem dissipat.... sed contra hæc mercenarius nullo zelo accenditur, nullo fervore dilectionis excitatur; quia dum sola exteriora commoda requirit, interiora gregis damna negligenter patitur. Ibid.

9 Plus invigilat subditorum evacuandis marsupii, quam vitii extirpandis. Serm. ad cler. in concil. Remens.

10 De laná ovium, et non de salute solliciti. Serm. 57.

11 Oportet sacerdotes Domini, ut ab impetu avaritiæ et cupiditatis se cohibentes, sibi subjectis in omnibus virtutum imitabiles exhibeant, quibus pro omnibus divitiis salus Christus abundat. Concil. Paris. VI, l. 1, c. 13.

6 Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Matth. XIX, 27.

LXXIII.

MEDITACION

SOBRE EL HORROR QUE DEBEMOS TENER AL VICIO
DE LA IMPUREZA.

Adoremus á Jesucristo, que quiso sufrir de parte de sus detractores las mas negras imputaciones; pero jamas permiti6 sobre su divina pureza ni la menor tacha 6 sospecha. Ved, dice San Cris6stomo, le desprecian, le calumnian, le ultrajan sobre todos los otros puntos; pero sobre 6ste obliga á sus enemigos al silencio. Aprendamos, pues, de esta conducta del Salvador, que de todos los vicios, el de la impureza es el mas opuesto á la santidad de nuestro estado, y que no hay ninguno á que debamos tener mas aversion: *Voluptas, malorum omnium metropolis*.¹ Consideremos que debemos tomar todas las precauciones posibles para preservarnos del vicio impuro: primero, porque envilece nuestro santo estado; segundo, porque affige la Iglesia de Dios.

1. Un hombre que olvida las reglas sagradas de

midos, y en el esceso de su dolor, esclama: "Los

337

la decencia, y que lleva la perversidad hasta complacerse en los pensamientos, deseos y acciones impuras, deshonor su cuerpo y profana su vida: *Qui autem fornicatur, in corpus suum peccat*.² Pero estando su persona consagrada al Señor de la manera mas solemne, debe con mas razon conservarla siempre casta, porque su violacion le imprimiria una mancha mas vergonzosa, seria una voluptuosidad sacrilega. Por mas abominables que sean los otros cr6menes de un clérigo, no hay ninguno que manche y degrade tanto su carácter, como la impureza. Por el bautismo, nuestros cuerpos habian sido santificados en la fuente sagrada, y habian llegado á ser miembros de Jesucristo; pero al recibir los 6rdenes sagrados, nos unimos á este Gefe divino de una manera mucho mas íntima. Todo lo que hacemos en nuestra doble calidad de miembros y de ministros de Jesucristo, es Jesucristo quien lo hace. ¡Ah miserables! ¡Usamos, pues, los miembros mismos de Jesucristo para satisfacer nuestras pasiones! ¿Puede hacerse un ultraje mas sensible?.... Si podeis mancharos solos por acciones impuras, dice San Agustín, hacedlo; pero á lo menos no seais bastante criminales para profanar el templo del Señor que está en vosotros: *Si ergo unusquisque cupiens fornicari, vilescat sibi, et in se ipso contemnat se ipsum, saltem non in se contemnat Christum*.³ Si no quereis respetaros á vosotros mismos, anade el mismo santo, y si la honra de vuestro estado no os interesa, respetad al menos á Jesucristo que os ha escogido para sus templos, no vayais á cubrirle de baldon y de ignominia: *Parce in te Christo, agnosce*

6 Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Matth. XIX. 27.

in te Christum. ⁴ Sacerdotes, levitas del Señor, deteneos en estos motivos tiernos que los santos os presentan para haceros odiar y detestar la impureza. “¿Os sería posible, dice San Crisóstomo, olvidar lo que sois á los ojos de la fé, y envilecer por acciones vergonzosas el noble y sublime carácter con que estais revestidos? Sonrojaos, buscad una sombría soledad en que ocultar nuestro baldon: ¿os atreveréis á volver á parecer en público despues de haber arrastrado en la inmundicia el augusto título de discípulo de Cristo? *Erubescamus, horreamus quod tanto honore dignati aut illius supra sedentis fiamus membra tot malis nos probro ac dedecore afficiamus.*” ⁵

2. Consideremos que el vicio impuro en un ministro de la religion, affige profundamente á la Iglesia. Al paso que no hay cosa que mas honre y regocije á esta tierna madre, que la inocencia y la pureza de sus clérigos, asimismo no hay cosa que mas la aflija y la contriste que su incontinencia; este es el pensamiento de un concilio de Londres: *Putridum turpitudinis libidinosæ contagium, quo decor Ecclesiæ graviter maculatur.* ⁶ Para que la esposa de Jesucristo pueda conservar todo su brillo, dice Pedro de Amiens, y no pierda nada de la honra que recibe de la inocencia de sus ministros, es menester que estos guarden siempre una castidad angélica. ⁷ ¡Oh! ¡cuán profundamente afligida está la santa Iglesia por la incontinencia de sus clérigos! Me parece ver á esta tierna madre cubrirse de un vestido de luto, á la noticia de algunas caídas lamentables de sus ministros. Siiente desgarrarse sus entrañas; exhala profundos ge-

midos, y en el esceso de su dolor, esclama: “Los que habia escogido y consagrado para ser la edificación de mis hijos, se han cubierto de infamia; se han manchado, han profanado mi templo, me han cubierto de vergüenza y de oprobio: *Sacerdotes polluerunt sanctuarium meum..... coinquinabam in medio eorum.*” ⁸ Ya no puedo hablar con orgullo de sus virtudes: su incontinencia esparce un hedor de muerte: su ministerio, que debia multiplicar el número de mis hijos, está herido de esterilidad. El contagio ha penetrado en sus corazones, y lejos de encender en las almas el hermoso fuego de la caridad, sus palabras, sus acciones, propagarán por todas partes el escándalo. Yo los habia establecido para ser el baluarte y los predicadores de la mas amable de las virtudes; hoy la huellan, y no se avergüenzan de arrastrarla en el fango de las mas viles pasiones.” ⁹ ¿Quién es el sacerdote, quién es el levita que pueda oír estos gritos quejosos de la Iglesia sin conmoverse vivamente? ¿Cómo no sentiria su alma desgarrada por el dolor, si considera el escándalo que da á las almas débiles, el mal que se hace á sí mismo y la tristeza que causa á la Iglesia rindiéndose como esclavo del vicio mas deshonesto? ¿No tenemos nada que reprocharnos en este punto? ¿Han sido puros nuestros pensamientos, &c? Cuando menos, ¡cuántas imprudencias! Gimamos delante de Dios, y formemos la resolucion de usar los medios mas prudentes para preservarnos en lo sucesivo. ¹⁰

1 Sanc. Damasc. I, 3.

2 I. Cor. VI, c. 18.

3 Serm. XVIII, de verbo apost.

- 4 Serm. XVIII, de verbo apost.
 5 S. Chrysost. in I. Cor. VI.
 6 Ann. 1237, c. 16.
 7 Ut Ecclesia Christi in sua vigere munditia valeat et obsceno male ministrantium consortio non sordescat, sacerdotis vita ab inmundi spiritus obsoleta luxurie immunis et incorrupta servetur. Opusc. XXI, de dign. sac., c. 1.
 8 Ezech. XXII, 16.
 9 Qui prædicator constitutus es castitatis, non te pudet servum esse libidinis? Petr. Dam. opusc. XVII, de irit. sacer., c. 3.
 10 Cur o Sacerdos qui Sacrum dare, hoc est, sacrificium debes offerre, temetipsam prius maligno spiritui non vereris victimam immolare? Petr. Dam. de Celib. Sacerd. c. 3.

LXXIV.

MEDITACION

SOBRE LAS CONSECUENCIAS FUNESTAS DEL VICIO IMPURO.

Adoremos al Señor nuestro Dios, que nos recuerda en mil pasajes de los libros santos, el grande deseo que tiene de vernos andar en las vías de la pureza y de la inocencia, y que nos urge encarecidamente por su Apóstol para que nos abstengamos de toda impureza y conservemos nuestros cuerpos en la santidad y honor que exige la sublimidad de nuestra vocacion. ¹ Aprovechemos esta divina instruccion, si queremos ahorrarnos en lo futuro los mayores pesares y los castigos mas terribles. Si queremos concebir un vivo horror del pecado de la impureza, recordemos: primero, que ciega el entendimiento; segundo, que endurece el corazon.

1. El castigo mas de temer para el pecador, sin duda es la pérdida de la luz, tan necesaria para conocer su propia miseria y los peligros á que le espone el pecado. Pues tal es el castigo ordinario de este vicio, sobre todo, en los eclesiásticos in-

continentes; Dios permite que estén en la ceguedad porque amaron las tinieblas, segun la amenaza que les hace el Profeta: *Excæca cor populi hujus..... nè fortè videat oculis suis.*² Ministros del Señor, esclama Jeremías, habeis profanado la santidad de vuestros cuerpos y de vuestras almas entregándoos á acciones vergonzosas; para vengarse el Señor os ha quitado la inteligencia; no percibiréis la profundidad del abismo en que os habeis precipitado: *Propheta et sacerdos polluti sunt; idcirco viæ illorum erit quasi lubricum in tenebris.*³ Esta ceguedad parece increíble; sin embargo, la esperiencia de todos los dias no nos permite dudarlo. ¡No vemos á clérigos vivir en el desórden con menor remordimiento y vergüenza que los hombres mas desvergonzados? hablan y obran como si hubieran perdido el respeto y la cordura, y en fin, toda creencia: *Facies sacerdotum non erubescunt.*⁴ En vano se les representa lo enorme de su falta; en vano se les repite que el público lo percibe, que murmura, que se escandaliza: nada puede decidirlos á volver á entrar en sí mismos: *Ut videntes non videant et audientes non intelligant.*⁵ Jesucristo les recomienda con instancias respetar sus personas, porque son santas y consagradas al servicio de sus altares: *Nolite dare sanctum canibus.*⁶ No importa, la ceguedad de algunos, dice Pedro de Amiens, ha llegado á tal punto de ilusion y de temeridad, que se les ve todavía el corazon humeando con alguna pasion criminal, venir descaradamente á nuestros santos templos á celebrar el mas grande y mas formidable de nuestros misterios: *Qui corpus quod utique per conse-*

*crationem est: sanctificatum non canibus, sed lupanaribus tradis.*⁷ Estamos sobrecogidos de horror pensando en un atentado tan sacrilego; pero temblemos y oremos: *Qui stat videat ne cadat.*⁸ Vivamos en la humildad y la desconfianza de nosotros mismos para preservarnos de semejante desgracia.⁹

2. Consideremos que debemos evitar con el mayor cuidado el vicio impuro, porque endurece el corazon. Un eclesiástico incontinente, llega á ser insensible á las verdades mas terribles de la religion. Nada hace impresion en él, nada le estremece. En vano Dios habla á su corazon, en vano se le representan los escándalos de su conducta y los juicios del Señor; permanece inflexible, no experimenta ni arrepentimiento ni remordimiento, así en la hora de la muerte se ven verificadas estas palabras de Job: *Ossa ejus implebuntur vitiis, et cum eo in pulvere dormient.*¹⁰ ¡Ah! ¡cuántos sacerdotes y levitas incontinentes sufrirán un día este castigo secreto de la Justicia divina! Si siguen así resistiendo á las luces interiores de la gracia, despreciando las advertencias de sus amigos, desdeñando las reconvenciones de sus superiores; su endurecimiento producirá necesariamente la impenitencia final y pondrá el sello á su reprobacion. Dionisio Cartujano cuenta á este proposito la historia de un grande siervo de Dios, que al conducirle al purgatorio su buen ángel, vió allí un gran número de seglares que purificaban en estas llamas devoradoras lo que les quedaba que expiar de las faltas cometidas contra la amable castidad; pero no encontrando sino pocos sacerdotes, preguntó la

causa á su celeste guía, quien le dió esta terrible contestacion: *Vix aliquis talium habet veram contritionem: idcirco penè omnes hujusmodi æternaliter damnantur.*¹¹ San Agustin, queriendo hacernos comprender cuán difícilmente perdona Dios á los sacerdotes sus incontinencias, emplea estas palabras de la Escritura: *Si autem sacerdos peccaverit quis oraverit pro eo?* Luego añade: *Sacerdos, expende ut scias quanto difficilius quam aliis Dominus hæc peccata condonet.*¹² En la muerte no les queda mas que la desesperacion: la historia abunda en ejemplares que prueban esta verdad. El cardenal Baronio cuenta que un sacerdote que habia vivido en el libertinaje bastante tiempo, fué á llorar sus faltas en el claustro: algunos instantes antes de su muerte, estando sufriendo horribles convulsiones, los religiosos doblaron sus plegarias por él; pero el moribundo les dijo con el acento de la desesperacion: Hermanos míos, no continuéis vuestras súplicas; Dios es inexorable, quiere castigar eternamente mis crímenes y mi lujuria; rindió el último suspiro profiriendo estas terribles palabras: *Cesa orare, ne pro illò ultra fatigeris, pro quo nullatenus exaudieris.*¹³

¡Oh Dios mio! esta desgracia que ha sucedido á tantos otros puede sucederme á mí, si como ellos yo olvido las reglas de la continencia: ¡no es una verdadera locura de mi parte vivir tranquilamente en medio del desórden y de la corrupcion y desafiarse así vuestra justicia, de la que ninguno puede escapar?... Enviadme vuestro Angel que me libre de las llamas impuras, como retiró antiguamente á Loth del incendio de Sodoma.¹⁴

1 Hæc est enim voluntas Dei Sanctificatio vestra: ut abstinatis vos à fornicatione: ut sciat unusquisque vestrum vas suum possidere in sanctificatione et honore. I. in Thessal. IV.

2 Joan. II, 4.

3 Isa. XXIII, 12.

4 Thren. IV, 1-6.

5 Luc. VIII, 10.

6 Matth. VII, 6.

7 Opusc. XVII.

8 Cor. X, 12.

9 Fornicatio autem, et omnis immunditia aut avaritia, nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos. Ephes. V, 3.

10 Ephes. V, 3.

11 ****

12 In Psal. XXXVI.

13 Annal.

14 Nolite vasa Deo Sacrata in vasa contumeliæ vèrtere et exemplo Baltassar usui vestræ delectationis aptare, ne repentinè zelus Dei in vos iracundiæ se furore succendat. Petr. Damian. Opusc. XVIII, c. 3.

MEDITACION

SOBRE LA IMPORTANCIA DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD.

Adoremus á Jesucristo, que tiene un amor tan tierno por la castidad; que ha querido, dicen los santos, elegir una Virgen para Madre; para Discipulo amado, á un Apóstol virgen; para sudario, un lienzo nuevo y muy blanco; para tumba, un sepulcro muy puro y muy santo: aparece á las almas castas, y las convida á formar su cortejo: *Mundam et purissimam Matrem eligit; virginem Discipulum præ cæteris dilexit; munda et nova sindone involvit; mundo in tumulto, in quo nondum quisquam positus fuerat, tumultatus ab iis qui sunt mundo corde videtur, et ab iis qui sunt mundo corde possidetur.*¹ A ejemplo de nuestro divino Gefe, amemos la mas amable de las virtudes: ella hace la alegría de los ángeles y el mas bello adorno de los sacerdotes. Consideremos que estamos obligados á una castidad perfecta: primero, porque la Iglesia no

6 In vita S. Malchi. Episc.

7 Quid castitate decorius, quæ mundum de immundo conce-

hace de ella un deber; segundo, porque la hemos prometido al Señor.

1. La castidad es una virtud que impone silencio á las pasiones, y las cautiva bajo el dominio de la religion y de la razon; virtud angélica que nos eleva sobre la tierra y los sentidos; virtud divina que, acercándonos á Dios, nos permite tener con él las mas íntimas comunicaciones; virtud llena de encantos y de amabilidad, que para nosotros es de una obligacion rigurosa y que no podemos violar sin sacrilegio. Por eso la encomienda San Pablo con el mayor encarecimiento á su querido Timoteo: *Te ipsum castum custodi.*² Esta escelente virtud es necesaria á todos los cristianos; pero es todavía mas indispensable á los eclesiásticos, dice San Agustin, porque su vida debe ser una predicacion continua de santidad y virtud.³ El Dios tres veces santo, añade el mismo doctor, no quiere en su santuario sino ministros que no solamente estén exentos de todos los deleites carnales, sino que se distingan por el esplendor de una castidad angélica: *Tales enim decet Dominum habere ministros, qui nulla contagione carnis corrumpantur, sed potius continentia castitatis splendeant.*⁴ Quien tiene la flaqueza de ceder á sus inclinaciones criminales, dice San Clemente de Alejandría, debe recordar que es indigno del sacerdocio: solo la castidad puede hacerlo un ministro digno del corazon de Dios: *Soli qui puram agunt vitam, verè sunt Dei Sacerdotes.*⁵ Despues de testimonios tan convincentes, ¿con qué pretexto, oh Dios mio, me atreveria á cubrir mi mengua en vuestro tremendo tribunal? ¿Cómo merecer los

efectos de vuestra infinita clemencia, si en lugar de velar sobre mis sentidos y de mortificar mis pasiones, de crucificar mi carne, solo me empeño en lisonjear sus gustos y en contentar sus deseos; ¿Qué podré alegar si no he conservado la castidad que Vos exigís de vuestros ministros, cuando me opondréis tantos santos sacerdotes que han podido triunfar de la naturaleza con el solo pensamiento de que siendo superiores á los otros por su profesión, lo debían ser aun mas por la pureza y la inocencia de su vida? Grabad bien en mi corazón la estima y el amor de una virtud que hace tanta honra al sacerdocio. ⁶

2. Consideremos que debemos conservar la castidad, porque lo hemos prometido al Señor. Acordeémonos de aquel día feliz en que la Iglesia nos llamó á los pies de sus altares para conferirnos el orden sagrado del subdiaconado. Allí postrados ante el Pontífice, prometimos delante del cielo y de la tierra permanecer castos toda nuestra vida. Ahora, según el sentimiento de los Padres y de los teólogos, esta promesa solemne es un verdadero voto. Estamos, pues, comprometidos á una vida santa, pura y toda angélica. El paso decisivo está dado; es necesario, ó cumplir nuestra promesa, ó ser prevaricadores, traidores, sacrílegos. Estábamos libres antes de nuestros compromisos; ahora que ya los hemos contraído y que el Señor los ha ratificado, son inviolables y sagrados. Ser un crimen, y un crimen horrible, el no serle fieles. *Si quid vovisti Deo, ne moreris reddere: displicet enim ei infidelis et stulta promissio, sed quodcumque voveris redde.* ⁷ Si se encontrara un solo clérigo

6 In vita S. Malehi. Episc.

7 Quid castitate decorius, quæ mundum de immundo concen-

rigo que no hubiera bastante reflexionado, no obstante la urgente invitación que le hizo la Iglesia para ello, antes de consagrar al Señor su corazón y su persona, sería una desgracia sin duda; pero su palabra está empeñada, es de Dios; sus pensamientos, sus deseos, sus acciones le pertenecen; ya no puede robárselos sin la mas negra traición: *Quia requiret illud Dominus Deus tuus; et si moratus fueris, reputabitur tibi in peccatum.* ⁸ Es verdad que el espíritu impuro, las imágenes deshonestas, el soplo emponzoñado de las criaturas, no respetan ni el santuario, ni los compromisos sagrados que hemos contraído; pero ¿qué fuerza, qué socorro no debemos esperar de Jesucristo! ¿No tenemos derecho á las gracias y á los favores mas especiales en nuestra calidad de levitas? ¿Qué podría negarnos este Dios Salvador, que nunca se deja vencer en generosidad, y que promete el céntuplo desde esta vida á quien desprecia por amor suyo los placeres y las esperanzas del siglo?

Sí, ¡oh Jesús! os complacéis en descansar en el alma de un eclesiástico casto, como en vuestro santuario; sois su esposo, su apoyo, su deleite y su felicidad. En vos encuentra un asilo seguro contra la malicia y los esfuerzos de sus poderosos enemigos. Después de tantos testimonios de amor y de ternura, ¿podría llegar á seros infiel? ¡Ah, Señor! Sed el guardian de mi corazón; no permitais que se abra jamás á los deleites carnales; haced, al contrario, que no encuentre en adelante verdadero gozo, sino en amaros como el centro de toda felicidad. ⁹

- 1 S. Thom. à Villanova, cen., c. IV.
- 2 I. Tim. V, 22.
- 3 Omnibus castitas per necessaria est, sed maxime Ministris Christi altaris, quorum vita aliorum debet esse eruditio et assidua salutis predicatio. Sermon. CCLIX, de temp.
- 4 Lib. IV de Stromat.
- 5 Sermon. CCLIX, de temp.
- 6 Ante omnia menditiam cordis, et castitatem corporis tamquam proprium ac praeceptum clericorum ornamentum, omni studio servare studeant. Concil. Burdigal. an. 1583, lib. XXI.
- 7 Eccl. V, 3.
- 8 Deut. XXIII, 21.
- 9 Anima quanto castior membris, tanto vivatior sensibus; et quanto mundior corde, tanto capacior Christi. S. Paulin. ep. ad Desiderium.

- 6 In vita S. Malchi. Episc.
- 7 Quid castitate decorius, quae mundum de immundo concen-

LXXVI.

MEDITACION

SOBRE LAS PREROGATIVAS DE LA CASTIDAD.

Adoremos á Jesucristo, que atestiguó en todas circunstancias su afición particular á las almas castas: les descubre sus misterios mas sublimes y sus secretos mas profundos. Así permite á San Juan, que conservó su virginidad, descansar en su seno, y se digna enseñarle la grandeza y la sublimidad de su generacion divina. Rindamos á este amable Salvador todos nuestros deberes de admiracion, de alabanza y de amor, y pidámosle que nos haga comprender las ventajas inestimables de la virtud de la castidad. Para estimularnos á practicarlas, consideremos que la virtud de la castidad nos procura las ventajas mas preciosas: primero, en la vida presente; segundo, en la mansion de la gloria.

1. De todas las virtudes eclesiásticas, no hay ninguna que haga mas honor á la religion y á sus ministros que la castidad: es de un precio tan alto,

que todos los tesoros del mundo no pueden compararse con ella: *Omnis ponderatio non est digna continentis animæ.* ² Arranca al corazón del hombre de todos los falsos placeres del mundo; le inspira un odio saludable á todos los deleites pasajeros; le trasporta al seno de Dios, para gozar los deleites mas puros: *Incorruptio facit esse proximum Deo.* ³ De un hombre hace un ángel, dice San Bernardo: *Angelum de homine.* Con esta diferencia: que el ángel es mas feliz, pero el hombre mas virtuoso y mas fuerte. ⁴ No os admiréis, nos dice San Ambrosio, si los ángeles se muestran tan celosos para defenderos contra los espíritus impuros, puesto que conservando la castidad, os asemejais á ellos. Sí, añade el mismo doctor, guardando la virginidad no sois menos agradables á Dios que las inteligencias celestes; pero tambien perdiéndola, llegais á ser demonios. ⁵ Mas aún: un hombre casto se eleva en cierta manera sobre la naturaleza de los ángeles, puesto que conserva en medio de los mas terribles combates una virtud que los ángeles poseen naturalmente. Se necesita valor, fuerza de alma, una resolución firme y constante para conservar este tesoro precioso: el infierno hace esfuerzos increíbles para robárnosla, nos da por eso los mas terribles asaltos. Consecuentemente San Jerónimo, no duda decir que el que conserva su corazón casto, no es menos agradable á Dios, que el que obtiene la corona del martirio: *Habet pudicitia servata martyrium suum.* ⁶ Se recorren países lejanos, se atraviesan los mares, se arrostran las borrascas y las tempestades para ir á buscar piedras preciosas. Hallamos en

6 In vita S. Malehi. Episc.

7 Quid castitate decorius, quæ mundum de immundo concen-

un corazón puro, dice San Atanasio, el diamante mas precioso: es raro, porque pocos le hallan: *Gemma pretiosissima paucis inventa.* ¡Oh! ¡cuán dichosos seríamos, si pudiéramos hallarle nosotros mismos y conservar toda nuestra vida este tesoro inestimable! ⁷

2. Consideremos que las ventajas de la castidad serán aun mas grandes en la mansion de la gloria. Las almas puras, que han podido durante su vida reprimir los movimientos de la concupiscencia, gozarán en el cielo una corona mas brillante, que el resto de los escogidos, dice San Gregorio: *Qui compressis motibus carnis affectum in se pravi operis rescindunt, in domo patris æterna mansione etiam filiis præferentur.* ⁸ Harán oír en la celeste Sion himnos y cánticos de alegría, que ningun otro sabrá cantar: todos los habitantes del cielo los oirán; pero no podrán repetirlos: estarán estasiados viendo el brillante resplandor de la corona de las vírgenes; pero nunca podrán pretenderla: *Canticum cantant quod nemo potest dicere. . . . Electi ceteri hoc canticum audire possunt, licet dicere nequeant: quia per castitatem quidem in illorum celsitudinem læti sunt, quamvis ad eorum præmia non assurgant.* ⁹ Los corazones castos no han tenido sobre la tierra otros goces que amar al Cordero sin mancha: han generosamente renunciado á todos los placeres del mundo para consagrarle todas sus afecciones; por eso, dice San Agustín, en la mansion de la gloria estarán colocados cerca de su trono; formarán su cortejo y le seguirán en todas partes; será su alegría y su dicha; triunfarán por él, con él y en él, porque es la recompensa de

las almas vírgenes: *Sequuntur virgines quocumque ierit, in quo saltus et prata? Ubi gaudia; ceterorum omnium gaudiorum sorte distincta, gaudia virginum Christi, de Christo, in Christo, cum Christo, post Christum, per Christum, propter Christum: gaudia propria virginum Christi.*¹⁰ A vista de tantas prerogativas tan preciosas, ¡quién de nosotros no hará los mas generosos esfuerzos para conservar íntegra la mas amable de las virtudes? Es difícil, sin duda, estar siempre en vigilancia, combatir sin cesar, resistir continuamente á tentaciones siempre renacientes; pero si son grandes y penosos los sacrificios, y rompen todas las inclinaciones del corazón, la recompensa que se nos promete es magnífica. El Esposo de la Virgen no se dejará vencer en generosidad, nos devolverá el céntuplo de lo que hubiéremos hecho por él.

Para recoger todas las ventajas de la amable castidad, tomemos la resolución: primero, de practicar á cualquier precio una virtud que honra nuestro estado, consuela á la Iglesia y regocija al cielo; segundo, de no temer los ayunos, las vigiliass y el cilicio, si no podemos ser castos, sin sujetar así nuestra carne rebelde.¹¹

¹ Diligebat autem eum Jesus, quoniam specialis prerogativa castitatis ampliori dilectione fecerat dignum; quia virgo electus ab ipso, virgo in ævum permansit. Brev. Rom. in festo S. Joñ.

² Eccl. XXVI, 20.

³ Sap. VI, 20.

⁴ Differunt quidem inter se homo pudicus et angelus, sed felicitate, non virtute. Sed etsi illius castitas felicior, hujus tamen fortior esse agnoscitur. Ep. XLII, ad Henric. Senon. c. 3.

⁵ Neque mirum si pro vobis angeli militent, qui angelorum moribus militatis. Castitas enim angelos facit, qui eam servavit angelus est, qui perdidit, diabolus est. Lib. de Virg.

6 In vita S. Malchi. Episc.

7 Quid castitate decorius, quæ mundum de immundo conceptum semine, de hoste domesticum, Angelum denique de homine facit? S. Bern. trac. de moral ep., c. 3.

8 S. Bern. trac. de morib. ep. c. 3.

9 Ibid.

10 Lib. de Virg., c. 5.

11 Unde bella et lites in vobis? nonne hinc? ex concupiscentiis vestris, quæ militant in membris vestris? Jacob. IV, 1.—Non ergo regnet peccatum in vestro mortali corpore ut obediatis concupiscentiis ejus. Rom. VI, 12.

MEDITACION

SOBRE LOS MEDIOS PARA CONSERVAR LA CASTIDAD.

Adoremus á Dios, que nos enseña que la castidad es un tesoro precioso que traemos en vasos frágiles. Mil enemigos nos amagan queriendo robárnoslo. Por un lado la concupiscencia de la carne que combate sin cesar al espíritu; por otro, una multitud de ocasiones peligrosas que podemos encontrar en el ejercicio mismo de nuestras mas santas funciones. En medio de tantos peligros conservaremos un corazon puro, si empleamos los medios que la religion nos suministra; porque Dios es fiel y nunca permitirá que seamos tentados mas allá de nuestras fuerzas: *Fidelis est qui repromissit, non patietur vos tentari supra id quod potestis*.¹ Consideremos que muchos clérigos, por otra parte regulares y virtuosos, han tenido á menudo que gemir sobre caídas lamentables, es decir, han manchado la mas bella flor de su corona, por no haber querido tomar bastantes precauciones. Se

habrian conservado castos, si hubieran cuidado de emplear los medios que el Espíritu Santo nos sugiere: estos medios son: primero la sobriedad; segundo la vigilancia; tercero la oracion. *Sobrii esote, vigilate et orate ut non intretis in tentationem*.²

1. Para conservar la pureza, es menester primero guardar una exacta sobriedad. Los santos han mirado siempre las viandas delicadas, los manjares esquisitos, los licores, los vinos generosos como un alimento de la incontinencia: aun las mesas mas frugales les eran sospechosas: no se acercaron á ellas sino con pena, y como si se les condujera al suplicio: *Sicut ad crucem et ad tormenta, sic ad cibum accedentes*,³ dice San Bernardo. Por la templanza, la ilustre viuda de Betulia, fué la honra y gloria de su nacion. Supo conservar despues de la muerte de su marido, aquella castidad angélica, de la cual el Espíritu Santo hace un elogio tan bello: *Habens super lumbos suos cilicium jejunabat omnibus diebus vite sue*.⁴ Por la templanza se preservaron de la corrupcion de Babilonia los tres jóvenes de Israel, imitaron la inocencia y la pureza de los espíritus celestes en medio de la corte mas disoluta, rehusando manjares mas esquisitos, para tomar solo alimentos groseros: *Dentur nobis legumina ad vescendum et aqua ad bibendum*.⁵ Por el mismo espíritu de sobriedad domaremos nuestras pasiones, sujetaremos la carne al espíritu, y lograremos apagar las llamas impuras que nos devoran. En vano se querrá tener bien sujeta una carne rebelde si se le otorga todo lo que pide y mas de lo que pide.

Es evidente que si se la escita, se la irrita, por decirlo así, con una bebida superabundante, se sublevará contra el espíritu con insolencia, y le sujetará sus leyes vergonzosas: *Qui delicatè nutrit servum suum, facit eum contumacem.*⁶

2. Para conservar la castidad, á la templanza debe añadirse la vigilancia: *Vigilate.*⁷ Velemos sobre nuestros sentidos exteriores, que son como las puertas y las ventanas por las cuales el enemigo penetra en nuestras almas para darles la muerte: *Ascendit mors per fenestras nostras.*⁸ Lo que debe tenernos en continuas alarmas es, que desde la caída del primer hombre, la concupiscencia no está apagada en los corazones mas virtuosos, está solamente amortiguada: para despertarla, basta frecuentemente una mirada indiscreta. Por eso Job mismo, cubierto de llagas, tendido sobre el estiércol, hizo pacto con sus ojos por temor de que algun objeto seductor comprometiera su inocencia: y nosotros con una carne que acariciamos y cuya flaqueza conocemos, ponemos quizá nuestras miradas en mil objetos peligrosos; escuchamos cuentos licenciosos, nos permitimos libertades y familiaridades indiscretas; trabamos conversaciones demasiado largas con personas cuya vista y presencia han sido para nosotros motivo de las mas justas inquietudes. ¡Ah! no lo dudemos; esta falta de vigilancia sobre nuestros sentidos, ha sido la causa principal de nuestras faltas pasadas, y todavía lo es de nuestras tentaciones. Por eso el Sabio nada recomienda mas encarecidamente que el recato de los ojos, de la lengua y de los otros sentidos; vuelve á este punto dos ó tres veces en el

mismo capítulo: *Ne respicias mulierem ne incidis in laqueos illius. . . . virginem nè conspicias, ne fortè scandalizeris in decore illius. . . . propter speciem mulieris multi perierunt.*⁹

3. Para conservar la castidad, la vigilancia y las otras precauciones, serian inútiles si el Señor no vigilara con nosotros: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*¹⁰ Sin el socorro de lo alto es imposible evitar las sorpresas de tantos enemigos conjurados. Pero el medio para conseguir este poderoso socorro, es una humilde y fervorosa oracion: *Orate ut non intretis in tentationem.*¹¹ El Sabio, instruido por su experiencia, confiesa ingenuamente que de Dios solo espera el dón de la continencia: *Ut scivi quoniam non possem esse continens, nisi Deus det.*¹² Por eso se arroja humildemente á sus piés, derrama su corazon en su presencia, le espone su miseria y le conjura con fervor que tenga piedad de su debilidad: *Adii Dominum et deprecatus sum illum et dixi ex totis præcordiis meis.*¹³ He aquí las precauciones que toma un eclesiástico que quiere conservar su alma pura á los ojos de Dios ¡Las hemos tomado? ¡ay! Si queremos entrar en nosotros mismos y hacernos justicia, nos veremos obligados á confesar que frecuentemente hemos deseuido las santas reglas de la sobriedad cristiana, que no hemos observado ni recato, ni modestia en nuestras miradas, que llenos de confianza en nuestras propias fuerzas, no hemos acudido á Dios por la oracion.

Reconozco hoy mi culpa, ¡oh Dios mio! confieso que soy un temerario indigno de vuestros fa-

vores. Pero, Señor, tened piedad de mi ceguedad: abrid, abrid á mis ojos el abismo en que mi imprudencia va á arrojarme; hacedme comprender que por mí mismo no puedo conservar la mas amable de las virtudes; revestidme de vuestra fuerza, para que rechazando los terribles asaltos del espíritu impuro, os ofrezca siempre el homenaje de un corazón sin mancha: *Cor mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.*¹⁴

- 1 Hebr. X, 23.
- 2 Petr. V, 8.
- 3 Matth. XXVI, 4.
- 4 Judith. VIII, 6.
- 5 Dan. I, 12.
- 6 Prov. XXIX, 21.
- 7 Matth. XXIV, 21.
- 8 Jerem. IX, 21.
- 9 Eccl. IX, 3, 5, 9.
- 10 Psal. CXXIV, 1.
- 11 Matth. XXVI, 41.
- 12 Sap. VIII, 21.
- 13 Ibid.
- 14 Psal. L, 12.

LXXVIII.

MEDITACION

DE LAS TENTACIONES MAS PELIGROSAS.

Adoremos al Hijo de Dios que, para nuestra instruccion se digna entrar en la lid con el espíritu de las tinieblas. Por mas humillante que sea la tentacion, se somete á ella por amor de nosotros. Teniamos necesidad urgente de su ejemplo y de su socorro, para no sucumbir á los ataques incesantes de los enemigos que nos rodean por todas partes. Éramos muy débiles para resistir á sus asaltos, y se ha dignado fortificarnos; éramos muy cobardes, y se ha dignado animarnos; éramos muy temerarios, y se ha dignado enseñarnos á desconfiar de nosotros mismos. Esclamemos, pues, con el Rey profeta con los sentimientos de la mayor gratitud: *Benedictus Dominus, Deus meus, qui docet manus meas ad prælium et digitos meos ad bellum.*¹ Consideremos que tenemos tres enemigos poderosos que nos hacen una guerra cruel; la carne, el mun-

do y el demonio: necesitamos la fuerza de lo alto para combatirlo con ventaja.

1. Nuestro primer enemigo es la carne ó la concupiscencia, enemigo insidioso, verdadero hogar de nuestras inclinaciones viciosas, demonio doméstico que nos adula, que emplea todos nuestros sentidos para alimentar nuestras pasiones y aumentarlas; que se vale de los medios mas seductores para enervar nuestro corazon é insinuar en él la ponzoña mortal. Enemigo peligroso de que no podemos huir, á quien necesariamente llevamos con nosotros, á quien estamos en la precision de alimentar, y que no cesará de atacarnos sino cuando cesemos de vivir. Enemigo temible, que ha establecido en nuestro propio corazon su campo y su armería; desde ahí levanta sus baterías contra nosotros, y nos dirige golpes tanto mas peligrosos y seguros, cuanto menos cuidamos contra él: *Unde bella et lites in vobis.... nonne hinc ex concupiscentiis vestris.* ² Pero de todas las pasiones, la que se empeña mas en despertar en nuestros corazones, luego que dejando el retiro de nuestro seminario nos vemos en medio del mundo, es la de la lujuria. ¡Ah! ¿quién podrá decir los estragos horribles que causa en las almas? Es un fuego impuro que se enciende desde la primera juventud, que va estendiéndose con la edad; suerte triste de un joven eclesiástico que es esclavo de esta pasion infame! cuanto mas le concede, tanto mas exige; le ataca de dia y de noche, le persigue, le hostiga por los pensamientos, las imágenes deshonestas, los deseos impuros, los objetos seductores que presenta á sus ojos. He aquí el

se gozaban de haber sufrido azotes y afrentas por

enemigo peligroso, de que no desconfiamos bastante, á quien quizá amamos, á quien lisonjeamos y ante quien cejamos con tanta facilidad, porque no queremos estudiar sus mañas y ardides. Es verdad que decimos con el Apóstol: *Video autem aliam legem in membris meis; repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati quae est in membris meis:* ³ pero no tenemos como él el valor de resistir á esta ley de los miembros para emplearnos en la exacta observacion de la ley de nuestro Dios: *Condelector enim legi Dei secundum interiorem hominem.* ⁴

2. El segundo enemigo contra el cual tenemos que luchar, es el mundo. Aunque estemos separados de él por estado, y aunque la sábia autoridad de las reglas de la Iglesia haya levantado un muro de separacion entre él y nosotros, y nos deja solo pocas ó ningunas relaciones con él; sin embargo, no estamos enteramente seguros contra sus asaltos. Si no vamos en medio del mundo para esponernos á sus tentaciones, el mundo franquea las barreras que se le oponen, viene hasta nuestro retiro para turbar nuestro reposo con el relato de sus novedades, de sus placeres engañosos, de sus vanas diversiones, y de ahí, ¡qué motivo de tentaciones y de caídas! Porque, por las comunicaciones frecuentes con las gentes del siglo, nuestro celo por Dios se apaga, perdemos el gusto de la piedad, el amor del estudio, la modestia, el recogimiento, la aplicacion á todos nuestros deberes. Para preservarnos de los peligros, háto comunes en nuestras comunicaciones con los seglares, seamos corteses con todos, es nuestro deber: pero no

do y el demonio: necesitamos la fuerza de lo alto

olvidemos nunca lo que debemos á nuestro estado: que la modestia mas severa, la reserva y la discrecion, reglen todas nuestras acciones: estemos alerta contra las conversaciones seductoras, las alabanzas, la lisonja, escollo funesto en que casi siempre encalla una juventud imprudente: *Va cum benedixerint vobis homines: secundum hoc enim faciebant pseudo-prophetis patres eorum.*⁵

3. El tercer enemigo, á quien tenemos mas que temer, es el demonio. Este espíritu tentador emplea todos los medios para seducirnos: *Satanas qui seduxit universum orbem:*⁶ unas veces se transforma en ángel de luz para hacernos ilusion y perdernos mas seguramente: *Ipse enim Satanas figurat se in Angelum lucis.* Otras veces se coloca á la puerta de nuestro corazon para llevar la divina semilla, los buenos deseos, las mociones piadosas que el cielo nos envia para alentarnos en la virtud: *Deinde venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant.*⁷ Otras se nos presenta como un leon rugiente, espiondo el momento favorable para hacernos caer en el pecado y arrastrarnos con él al abismo: *Tanquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret.*⁸ Pero sobre todo, muestra el mayor encarnizamiento contra los sacerdotes y los levitas; conoce todos los servicios que rinden á la religion: las víctimas que le arrancan, el daño que hacen á su imperio por eso arma contra ellos todas sus baterías, los ataca violentamente, los acribilla, segun la expresion del Salvador: *Ecce Satanas expetivit vos, ut cribaret vos sicut triticum.*⁹ ¿Qué debemos hacer para desviar golpes tan rudos? el Apóstol nos lo

se gozaban de haber sufrido azotes y afrentas por

enseña: *Revestíos, nos dice, con las armas del Señor, cubriós con el escudo de la fé, para que podais resistir á todos los ardides del espíritu de las tinieblas: Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli.*¹⁰

Tiemblo ¡oh Dios mio! pensando en mi debilidad y en el número de mis enemigos que me atacan. ¡Cuán triste es la situacion del hombre sobre la tierra! en todas partes un peligro cercano de perecer eternamente. Yo adoro los designios de vuestra divina sabiduría permitiendo que yo sea así tentado. Lo habeis ordenado así para humillarme é inspirarme un temor saludable; quereis que desconfie de mí mismo, que ponga siempre cuidado, que implore vuestro socorro y que ponga en vos solo mi confianza. Sí, Señor, á ejemplo del Rey profeta, pondré toda mi esperanza en vos y no seré confundido: *In te Domine speravi, non confundar in æternum.*¹¹ *In die tribulationis meæ Deum exquisivi, manibus meis nocte contra eum: et non sum deceptus.*¹²

1 Psal. CXLIII, 1.

2 Jacob. IV, 1.

3 Rom. VII, 23.

4 Luc. VI, 26.

5 Apoc. XII, 9.

6 II. Cor. XI, 14.

7 Luc. VIII, 12.

8 Petr. V, 8.

9 Luc. XXII, 31.

10 Ephes. VI, 11.

11 Psal. XXX, 1.

12 Ibid. LXXVI, 3.

do y el demonio: necesitamos la fuerza de lo alto

se gozaban de haber sufrido azotes y afrentas por

ral del mundo y la de Jesucristo, que no podemos aprobarla sin hacernos culpables de prevaricacion. Nuestro estado nos impone el deber de combatirla; debemos ser sacerdotes para esto, y seriamos indignos del ministerio sublime, si el siglo no encontrase en nosotros enemigos irreconciliables. ¿Cómo, en efecto, podriamos amar máximas tan frecuentemente anatematizadas por el Hijo de Dios? ¿No seria esto traicionar sus intereses y esponernos á su justa ira? ¿No nos invitá por su discípulo predilecto á no amar al mundo y á despreciar sus leyes y sus costumbres? *Nolite diligere mundum, neque ea quæ de mundo sunt.* ² ¿No amenaza con la ira y la enemistad de su Padre á todos los que tuvieren la flaqueza de aficionarse al siglo? *Si quis diligit mundum non est charitas Patris in eo.* ³ Quien quiera, dice San Agustin, que toma el lenguaje del mundo, aplaude sus máximas, participa de sus goces y de sus festines; ya no es discípulo de Jesucristo, es un prevaricador y un traidor: *Amicitia hujus mundi, fornicatio abs te.* ⁴ ¿Qué baldon, en efecto, para un eclesiástico ceder á los usos del mundo! ¿Qué debilidad el no atreverse á contradecirlos! ¿Qué deshonor tomar por amo al que debe ser su esclavo! ¿Cómo! El cielo le destina á combatir un dia sus costumbres depravadas y sus máximas escandalosas, no solamente por la fuerza de sus palabras, sino por la eficacia de sus obras; de manera que su mision es, principalmente si el Señor lo destina á una augusta dignidad, levantarse con vigor, segun el pensamiento de un grande obispo, contra las leyes seductoras de un mundo corrompido: *Ad hoc enim*

LXXIX.

MEDITACION

SOBRE NUESTRAS RELACIONES CON LAS PERSONAS
DEL MUNDO.

Adoremos á nuestro divino Salvador, que tenia un odio tan grande al mundo, que aun en la víspera de su Pasion, no quiso rogar por Él: *Non pro mundo rogo.* ¹ Sin embargo, para ganar á su Padre las gentes de ese mismo siglo que reprueba, y mostrarles que son sus vicios y no sus personas lo que aborrece, las acoge con bondad cuando vienen á Él: aun previene sus deseos, cuando la gloria del Señor está interesada en ello. Admiraremos esta conducta de nuestro divino Dueño y Señor, y hagámonos un deber el seguirla. Consideremos que para imitar á Jesucristo nuestro modelo, debemos en nuestras relaciones con las gentes del mundo, primero, condenar sus máximas; segundo, cuando nos visitan, acogerlas siempre con bondad.

1. Hay un contraste tan marcado entre la mo-

do y el demonio: necesitamos la fuerza de lo alto

dati estis præsules, ut depravatos mores ac leges mundi verbis et exemplis viriliter impugnetis. Y ahora ese eclesiástico se sonrojaria ante ese mismo mundo! ¡Se arrastraria á sus piés! ¡Ah! esta seria ponerse en oposicion directa con su Dios, seria transigir cobardemente con su enemigo y desconocer sus deberes; seria, por decirlo así, colocarse al lado de los partidarios del siglo, y tendria entonces San Agustin razon de decirle: "Indigno ministro del Señor, ¿qué haces en el mundo, cuando ves que eres mas grande que el mundo?" *Quid agis, frater in seculo, qui major es mundo?* ⁵ Volvamos en nosotros, y nunca olvidemos estas palabras notables del grande Apóstol á su querido Timoteo: *Nemo militans Deo, implicat se negotiis secularibus, ut ei placeat, cui se probavit.* ⁶

2. Consideremos que si es nuestro deber condenar las máximas de los mundanos, debemos, sin embargo, acogerlos con bondad. Tendremos, es verdad, un dia que tronar en el púlpito contra los escándalos públicos, y no cansarnos de censurar todos los desórdenes que arrastran las almas fieles al precipicio, segun el oráculo y precepto formal de la Escritura: *Clama, ne cesses; quasi tuba exalto vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum, et domui Jacob peccata eorum.* ⁷ Pero si las gentes del mundo vuelven á nosotros; si nos manifiestan alguna confianza, debemos formar cuanto podamos la loable costumbre y aun mirar como un deber el acogerlas con prontitud, hablarles con cortesía, y probarles por nuestras maneras civiles, que condenando su conducta, sin embargo, las amamos; que en verdad la religion, cuyos ministros

se gozaban de haber sufrido azotes y afrentas por

somos, nos impone la obligacion de poner un dique al torrente de corrupcion que se desborda por todas partes; pero que la caridad que nos predica y que predicamos nosotros mismos, nos dice tambien que amemos á los pecadores, que nos insinemos en su espíritu, que ganemos su aficion para poder volver á conducirlos, más seguramente á Dios. Debemos tener para ellos entrañas de misericordia, y penetrarnos bien de esos sentimientos que espresan los santos libros: *Quia humiliati sunt, non disperdam eos, daboque eis pusillum auxilii, et non stillabit furor meus super Jerusalem.* ⁸ Porque nos levantamos con fuerza contra sus desórdenes, los partidarios del mundo se imaginan que estamos prevenidos contra ellos, que les conservamos en el fondo de nuestro corazon un odio implacable. Preocupados con esta idea, huyen de nosotros, y frecuentemente, como por venganza, nos censuran y calumnian. ¿Qué debemos hacer para destruir esta desgraciada preocupacion? Obsequiarlos y honrarlos cuando los encontramos; mostrarles un semblante lleno de suavidad y afabilidad, hacerles algun servicio cuando se presente la ocasion, y, sobre todo, no insistir en corregir ciertas faltas hasta que nos conste que nos hemos granjeado su estimacion y su confianza. Por esta conducta, llena de franqueza, de cortesía y de respeto, les obligaremos á confesar que se habian equivocado en cuanto á nosotros, y que tenian sus amigos mas sinceros donde no veían sino enemigos. Desde entonces serán los primeros en confesar sus flaquezas, las llorarán y pedirán nuestros consejos para corregirse. Sigamos este método,

do y el demonio: necesitamos la fuerza de lo alto

que con muy buen éxito siguió un gran número de eclesiásticos sabios y experimentados.

Tomemos la resolución: primero, de combatir con todas nuestras fuerzas las máximas del mundo, evitando cuidadosamente aprobarlas con nuestras obras ó palabras. Portémonos de manera que podamos decir con el Apóstol: *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.*⁹ Segundo, de probar en nuestras conversaciones que el pecado es lo que aborrecemos, y no á los pecadores; y para disipar sobre esto todas sus dudas, tratemos de mostrarnos llenos de benevolencia en todas nuestras relaciones con ellos, recordando este oráculo del Salvador del mundo: *Non veni vocare justos, sed peccatores.*¹⁰ *Amor Dei, amor proximi, charitas dicitur: amor mundi, amor hujus sæculi, cupiditas dicitur; cupiditas refrenetur, charitas excitetur.*¹¹

1 Joan. XVII, 9.

2 Joan. II, 15.

3 Ibid.

4 Conf. XIII, n. 2.

5 Epist. I, ad. Æleont.

6 II. Tim. II, 4.

7 Isa. LVIII, 1.

8 Paral. XII, 7.

9 Galat. VI, 14.

10 Luc. V, 32.

11 S. Agust. in enarrat. II. in Psal. 21.

se gozaban de haber sufrido azotes y afrentas por

LXXX.

MEDITACION

SOBRE LA MANERA DE SUFRIR EL DESPRECIO DEL MUNDO.

Estemos un instante postrados á los piés de Jesús: fijemos nuestros ojos en su rostro adorable, golpeado y cubierto de salivas. Los hombres á quienes viene á salvar son los que le dan este indigno tratamiento; y este Dios de paciencia y de bondad, lo sufre sin proferir una sola palabra de queja: *Jesus autem tacebat.*¹ ¡Qué lección para nosotros que somos sus discípulos! ¡Podríamos después de semejante ejemplo afligirnos por el desprecio que se nos hace? Regocijémonos de tener á la vista un modelo tan perfecto, y rindámosle nuestros tributos de adoración y de amor. Consideremos que debemos sufrir los desprecios que nos hacen los mundanos: primero, con valor: segundo, con alegría.

1. Las personas del siglo que ignoran en qué consiste el verdadero heroísmo que el cristianismo solo puede inspirar, imaginan que es una debilidad

do y el demonio: necesitamos la fuerza de lo alto

y una cobardía sufrir una afrenta; por consiguien-
te creen que exige el honor el vengarla. Los ecle-
siásticos que tienen el espíritu de su estado no
piensan así; saben, al contrario, que hay grande-
za de alma en perdonar una injuria. Así se les ve
conservar la calma mas perfecta, aunque estén
colmados de improperios, siempre se acuerdan de
este precepto de los santos libros: *Nemo movea-
tur in tribulationibus istis.* ² Se les hará la risa y
la fábula de todo un pueblo, sin que su alma se
conmueva: porque están convencidos de que las
humillaciones son la porcion de los ministros de
un Dios crucificado: *Ipsi enim scitis quod in hoc
positi sumus.* ³ Persuadidos de que sufren por la
justicia, se avergonzarían de dejarse abatir por los
discursos insultantes que se les dirigen: orgullosos
de parecerse así á su Gefe divino y llenos de con-
fianza en sus promesas infalibles, sufren con un
santo valor todas las persecuciones y todos los me-
nosprecios que les hacen padecer los enemigos del
nombre cristiano, y les oís esclamar con San Pe-
dro: *Melius est beneficientes [si voluntas Dei velit]
pati, quam maleficientes.* ⁴ He aquí las máximas
y la conducta de los verdaderos discípulos del Sal-
vador. ¿Tenemos valor de imitarlos? ¿No experi-
mentamos en el fondo del corazón pena é inquie-
tud cuando se nos dicen algunas palabras injurio-
sas? ¿no nos vemos á veces tentados de responder
á ellas con palabras ofensivas? ¡Cuidado! nuestros
enemigos se regocijan y triunfan cuando nos ven
sensibles á sus ultrajes: mientras que al contrario
están confusos cuando parecemos indiferentes á
ellos. nuestra paciencia inalterable les cierra la bo-

se gozaban de haber sufrido azotes y afrentas por

ca, y su vituperio aun se convierte frecuentemen-
te en elogio. Además, contestándoles en un tono
agrio, nos hacemos culpables ante Dios. Acordé-
monos, pues, de que todos los que han tomado el
partido de la virtud, deben esperar ser persegui-
dos por los que son sus enemigos declarados: que
no debemos temer las contradicciones sino soste-
nerlas con calma y magnanimidad, acordándonos
que la paciencia nos afianza la corona que nos está
reservada. ^{5 6}

2. Consideremos que no solo debemos sufrir
con ánimo, sino aun con alegría, los menosprecios
que nos hace el mundo. El apóstol San Pedro nos
dice: Si sufrís por la justicia sois dichosos: *Si
quid patimini propter justitiam, beati.* ⁷ Somos
dichosos, porque entonces nos parecemos á Je-
sucristo nuestro divino Señor y dueño: dichosos,
porque el Señor enviándonos tribulaciones, nos
trata como á sus hijos queridos: *Flagelat autem
omnem filium quem recipit.* ⁸ dichosos, porque su-
friendo disponemos á nuestro Dios á otorgarnos
grandes favores: *Si beneficientes patienter susti-
netis hæc est gratia apud Deum.* ⁹ dichosos, en
fin, porque sufriendo con alegría el desprecio del
mundo, el reino de los cielos es para nosotros: *Bea-
ti qui persecutionem patiuntur propter justitiam,
quoniam ipsorum est regnum cælorum.* ¹⁰ Si estu-
viéramos bien penetrados de esta verdad, ¿nos afli-
giriáramos al ser despreciados por los hombres? ¿No
nos tendríamos mas bien por dichosos, por encon-
trar un medio tan eficaz de aumentar el tesoro de
nuestros méritos? ¡Ay! los elogios y los aplausos
podrían acaso lisonjear nuestro orgullo y perder-

do y el demonio: necesitamos la fuerza de lo alto

374

nos; pero las humillaciones nos mantienen en la humildad y nos conservan la amistad de nuestro Dios; porque no nos olvidemos que el Señor se complace en probar á aquellos á quienes ama, les deja ser el blanco de los dardos de la censura y de la calumnia en este mundo, para mas y mas purificarlos y hacerlos dignos en el otro de una corona mas brillante: *Quos amo arguo et castigo*. Lejos de temer los golpes de la divina misericordia, regocijémonos, pues, cuando se nos hiere, porque aquel, dice San Agustín, que trata de preservarse de ellos, renuncia á la calidad de hijo de Dios: *Si exceptus à passione flagellorum, exceptus à numero filiorum*.¹² Hemos mirado el desprecio y las humillaciones como una real ventaja y un motivo de alegría? Las hemos recibido á lo menos sin quejarnos, considerándolas como venidas de la mano de Dios, quien no nos hiere sino para curarnos, ni se nos muestra severo sino para recompensarnos despues mas magníficamente! ¡Ay! ¡cuán pocos eclesiásticos hay que miran así los ojos de la fé los ultrajes y las tribulaciones que sufren! ¡Cuántos hay, al contrario, que se afligen de ellos y procuran rechazarlos! Para evitar semejante conducta, tomemos la resolucion: primero, de no volver janas injuria por injuria, sino de escuchar en silencio todo lo que se pudiere decirnos de ofensivo, dejando á Dios todo el cuidado de vengarnos; segundo, de mirar á los que nos ultrajan en palabra como David miraba á Semei; es decir, como instrumentos de la misericordia de Dios, por los cuales nos castiga para nuestro mayor bien. Imitemos, sobre todo, á los apóstoles que

se gozaban de haber sufrido azotes y afrentas por Jesucristo, y se fueron colmados de alegría por haber sido juzgados dignos de padecer por su santo nombre: *Ibant gaudentes à conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati*.¹³

1 Matth. XXXI, 63.

2 Thess. III, 3.

3 Ibid.

4 Petr. III, 17.

5 Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur. II, Tim. III, 12.

6 Electorum est hic conteri, ut ad præmia debeant æterna hæreditatis erudiri: nostrum est hic flagella percipere quibus servatur de æternitate gaudere. S. Greg.

7 I. Petr. III, 14.

8 Hebr. XII, 6.

9 I. Petr. II, 10.

10 Matth. V, 10.

11 Apoc. III, 19.

12 Serm. XLVI.

13 Act. V, 41.

MEDITACION

SOBRE EL PECADO MORTAL DE LOS SACERDOTES.

Adoremos al Señor Dios nuestro, que se queja amargamente por su profeta de las prevaricaciones de sus ministros. Si mi enemigo, dice, me ofendiese, le soportaría; pero que yo sea abandonado perseguido, crucificado de nuevo por los que yo he establecido conductores de mi pueblo, y que he honrado concediéndoles mi poder, he aquí lo que yo no puedo ver sin el mas profundo pesar: *Quoniam si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique . . . tu vero homo unanimes, dux meus et notus meus.* ¹ Tomemos parte en la aflicción de nuestro Dios, y procuremos mitigarla renunciando para siempre á todos nuestros malos hábitos. Consideremos que el pecado mortal en los clérigos es mas enorme á los ojos de Dios: primero, porque encierra una malicia mas grande; segundo, por que muestra una ingratitud mas odiosa.

1. No hay dignidad mas grande que la de los ministros del Señor, dice San Gerónimo; pero tambien nada es mas deplorable que su caída cuando llegan á caer: es tan profunda, como elevado su estado. Si, pues, nos alegramos de vernos honrados con un carácter que nos coloca sobre todas las criaturas, temamos y temblemos pensando en la espantosa ruina que nos amenaza: *Grandis dignitas sacerdotum, sed grandis ruina si peccent, lætemur ad ascensum, sed timeamus ad lapsum.* ² La unción divina que recibimos, las funciones santas que ejercemos, bastan á menudo para cambiar la especie de nuestros pecados; lo que en un seglar no es mas que una simple falta, se convierte en nosotros en una abominación y un sacrilegio. Lo cual hace decir á Pedro de Blois, que la gravedad y la malicia de los pecados de los sacerdotes se mide por la eminencia de su dignidad: *Quanto dignior est eminentia sacerdotum, tanto gravior est lapsus et periculosior ruina ipsorum.* ³ He aquí una de esas terribles verdades que deben arrojar la consternación en el alma de los eclesiásticos por virtuosos que sean, y hacerles tomar la resolución de evitar hasta la sombra del mal. Hay, en efecto, tan grande oposicion entre la bajeza del pecado y la eminente dignidad á que se hallan elevados, entre la fealdad de la corrupción del crimen y la santidad en que están obligados á vivir; llevan un nombre tan venerable y tan augusto, llenan funciones tan puras y tan sagradas, que no pueden menos de ser muy criminales cuando se permiten acciones indignas de su carácter: *Ubi sublimior est prerogativa, major est culpa.* ⁴ Por eso la religion, dice

Salviano, gime profundamente por los desórdenes de sus ministros, y parece convertirse en su acusadora para con Dios: *Ipsa enim mores nostros religionem quam profiteamur, accusat.*⁵ Feliz el sacerdote que movido de esta verdad, supiere tomar medidas sabias para preservarse del pecado mortal que debiera ser desterrado para siempre del santuario: *Sed nec in viis earum ambulasti, neque secundum scelera eorum fecisti paucillum minus: penè scelera riora fecisti illis in omnibus viis tuis.*⁶

2. Consideremos que un sacerdote que peca, añade á la malicia la ingratitud mas odiosa. No hay nadie sobre la tierra que reciba de Dios gracias mas preciosas y mas multiplicadas que un eclesiástico; parece que Dios agotó con respecto á él todos los tesoros de sus misericordias; y segun la espresion de la Escritura, le ha colmado de todas las riquezas de su bondad: *Inebriabo animam sacerdotum pinguedine, et populus meus bonis meis ad implebitur.*⁷ Por una eleccion de preferencia tan honrosa como halagüena, le ha separado del resto de los hombres para colocarle á la sombra de los altares; le pone en las manos las mas abundantes gracias para ayudarle á combatir el vicio y á vencer sus pasiones; le aleja de los peligros del mundo en que tantos jóvenes naufragan tristemente; le pone sin cesar ante los ojos los ejemplos mas propios para reanimar el valor de su alma débil y á menudo sacudida por los recios ataques del enemigo de su salud. ¡Cuál seria, pues, el escaseo de su ingratitud, si, á pesar de tantos socorros espirituales, tuviese aun la desgracia de ultrajar al pecado á un Señor tan bueno, á un bienhechor tan

*eis! quoniam recesserunt à mé.*¹³ *Qui faciunt nec-*

generoso? ¡Semejante traicion no lastimaria hasta lo mas íntimo el corazon paternal de su Dios, y no se espondria á las mas terribles venganzas? ¡El infierno, el horrible infierno, tendria suplicios bastantes para castigar dignamente una ingratitud tan monstruosa? *Per hæc peccat quis, per hæc et torquetur.*⁸ Yo no puedo, ¡oh Dios mio! meditar sin enternecimiento las amargas quejas que por vuestro profeta haceis por las prevaricaciones de vuestros ministros: *Quid est quod dilectus meus in domo meâ facit scelera multa.*⁹ ¡Ah! si yo hubiese comprendido bien cuánto os desagradan mis pecados, cuánto os ultrajan y contristan, hubiera velado mas sobre mí mismo, hubiera combatido con mas fuerza mis culpables inclinaciones, hubiera puesto mas cuidado en preservar mi alma de las menores manchas. Hoy deploro á vuestros pies mi conducta pasada, me arrepiento sinceramente de tantas faltas como he tenido la desgracia de cometer; ¡que no pueda en adelante repararlas dignamente con mis suspiros y mis lágrimas! Bendecid la resolucion que ahora tomo en vuestra presencia, de morir mil veces antes que ofenderos con un pecado mortal: *Scito et vide quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum, et non esse timorem mei apud te, dicit Dominus Deus exercituum.*¹⁰ *Filios enutrivì, et exaltavi, ipsi autem spreverunt me.*¹¹

1 Psal. LIV, 13-14.

2 S. Hieron. I, 18.

3 Serm. in synod. habit.

4 Salv.

5 Ibid.

Salviano, gime profundamente por los desórdenes

380

- 6 Ezech. XVI, 47.
7 Gen. XXXI, 14.
8 Gen. XXX, 14.
9 Jerem. XI, 15.
10 Jerem. II, 19.
11 Isai. I, 2.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

*eis! quoniam recesserunt à mé.*¹³ Qui faciunt nec-

LXXXII.

MEDITACION

SOBRE EL FIN DEL SACERDOTE.

Adoremos á Jesucristo, ejemplar perfectísimo que los ministros del santuario deben imitar para cumplir con el fin que tienen sobre la tierra. Este Salvador adorable se dignó dar á sus ministros la misma mision que su Padre celestial le confió: *Sicut misit me Pater et ego mitto vos.*¹ Consideremos que habiendo Jesucristo venido al mundo para ser mediador entre el cielo y la tierra, es decir, para reparar la gloria de su Padre y destruir el pecado salvando á los pecadores; deben, por tanto, los eclesiásticos no perder de vista que su mision es: primero, rendir á Dios un culto digno de su grandeza; segundo, trabajar por la salvacion de los hombres.

1. Todos los seres que pueblan este mundo visible, donde brillan infinitas maravillas en quienes se reflejan el poder, sabiduría y bondad de Dios, deben á su Creador homenajes de gratitud y de

Salviano, gime profundamente por los desórdenes

alabanza; pero no siendo capaces de rendirlos, por que ni pueden conocer ni amar á Dios, el hombre vino á ser á la vez el rey de la creacion, y el sacerdote que en nombre de las criaturas irracionales ofreceria en su corazon el incienso que los demas seres no podian elevar al trono de su Criador. Caído el hombre en el pecado, el Señor ya no acepta homenajes sino por la mediacion de Jesucristo. Este Hombre-Dios, sacerdote y víctima es ahora el único que honra dignamente al Padre celestial. Todas las criaturas, todos los hombres, los mismos ángeles³ rinden sus homenajes por Jesucristo, y por ese mismo adorable Jesus descienden á nosotros del Padre de las luces todas las gracias.^{4 5} Este Mediador divino te escogió á tí ¡oh sacerdote! ⁶ para que en representacion de su divina Persona y en nombre de todo el género humano, y especialmente en nombre de todos los cristianos y de tu grey, honres á Dios con culto público. Consideremos cuán sublime, cuán divino es el fin del sacerdote. Él, participando de la mision augusta del Salvador del mundo, es el mediador entre los cielos y la tierra. Con este carácter paga diariamente al Señor un tributo de alabanzas rezando las horas canónicas y con él mismo sube al altar para ofrecer á Dios la misma víctima que el Mediador por excelencia ofreció sobre el ara de la cruz. ¡Qué esmero! ¡Qué fervor! ¡Qué elevacion de sentimientos y afectos! ¡Qué santidad de vida exige un fin tan sublime, una mision tan elevada y en que se interesa la gloria de Dios y la salud del mundo! ¡Qué sentimientos de gratitud, de amor y de la mas profunda humildad debe inspirarnos el

eis! quoniam recesserunt à mé. ¹³ *Qui faciunt vec-*

haber sido escogidos para un fin de que somos tan indignos!

2. Jesucristo, ese Médico divino, ese Pastor celestial venido al mundo para dar la salud á la moribunda familia de Adam y para restituir á su redil la oveja descarriada, debió volver á su Padre después de cumplir su mision de misericordia. Pero antes de subir al cielo se presenta á sus apóstoles, y como si mostrara las mas auténticas credenciales de la plenitud de su poder en el cielo y en la tierra, ⁷ les presenta sus brillantes cicatrices, ⁸ caracteres gloriosos en que á la vez se lee su triunfo sobre las tartáreas potestades en la cumbre del Calvario y su victoria sobre la muerte en su sepulcro mismo. "Id, les dice luego, enseñad á las naciones, santificadlas, reconciliad á los pecadores con Dios que es su Padre, abridles las puertas del Paraíso por la aplicacion de mis méritos." Postrémonos en espíritu á los piés de este Pontífice eterno, y penetrados de los mas vivos sentimientos de gratitud y de amor, meditemos la grandeza de nuestro destino. Pidámosle con humilde confianza que nos sostenga con su gracia, que llene nuestro corazon de un amor ardiente y generoso á su adorable persona, y de un celo tierno, fuerte é infatigable para cumplir en favor de nuestros hermanos la mision que nos confió.

Sí, Dios mio, yo os doy gracias por haberme destinado á un fin tan alto. Para corresponder á este insigne beneficio, resuelvo: primero, no solo amaros y servirlos, que es el fin de todos los hombres, sino honrarlos dignamente con mi ministerio, glorificarlos con una vida sacerdotal; segundo, ca-

Salviano, gime profundamente por los desórdenes

minar al frente de mis hermanos los simples fieles animándolos, exhortándolos, guiándolos y sosteniéndolos hasta poner el pie en las puertas del Paraíso.

1 Joann. XX, 21.

2 Gratias ago Deo meo per Jesum Christum pro omnibus vobis. Rom. I, 8.

3 Verè dignum et justum est æquum et salutare nos tibi servare et ubique gratias agere..... per Christum Dominum nostrum. Per quem majestatem tuam laudant angeli..... *Præmissæ.*

4Jesu Christi Domini nostri. Per quem accepimus gratiam. Rom. I, 4 et 5.

5 Unus et Mediator Dei et hominum homo Christus Jesus. I. Timoth. II, 5.

6 Non vos me elegistis: sed ego elegi vos, et posui vos ut esatis et fructum afferatis, et fructus vester maneat. Joan. XV, 16.

7 Accedens Jesus locutus est eis dicens: Data est mihi omnis potestas in cælo et in terrâ. Euntes ergo, docete omnes gentes baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritûs Sancti. Matth. XXVIII, 18 et 19.

8 Venit Jesus, et stetit in medio, et dixit eis: Pax vobis. Et quum hoc dixisset, ostendit eis manus et latus. Gavisí sunt discipuli viso Domino. Dixit ergo eis iterum Pax vobis. Sicut mihi me Pater et ego mitto vos. Hæc cum dixisset in suflavit, et dixit eis: Accipite Spiritum Sanctum: Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt. Joan. XX, 19 ad 23.

*eis! quoniam recesserunt à mé.*¹³ *Qui faciunt nec-*

LXXXIII.

MEDITACION

SOBRE LOS TRISTES EFECTOS DEL PECADO MORTAL
EN LOS SACERDOTES.

Adoremos á Dios anunciándonos por su profeta, que si tenemos la desgracia de infringir sus preceptos, de contristar su corazón con nuestras prevenciones, despojará nuestra alma de todos los bienes espirituales, y maldecirá todas nuestras bendiciones: *Si nodueritis audire, et nolueritis ponere super cor, ut detis gloriam nomini meo, ait Dominus exercituum, mittam in vos egestatem et maledictionem benedictionibus vestris.*¹ Penetrémonos de un santo temor á vista de estas terribles amenazas; ¡ojalá puedan hacernos concebir un horror tan grande al pecado, que nos determinen á alejarlo para siempre de nuestro corazón! Consideremos que un eclesiástico debe temer el pecado mortal, porque sus consecuencias serian: primero, muy deplorables para él; segundo, muy perjudiciales para los fieles.

Salviano, gime profundamente por los desórdenes

1. No es posible formarse una justa idea de los horribles estragos que causa en una alma, y sobre todo, en el alma de un sacerdote, un solo pecado mortal. Inocente y pura, gustaba en paz las dulzuras de la virtud; hecha culpable, vedla ahí herida de muerte: *Stipendia enim peccati mors*. Muerte espiritual, mil veces mas deplorable que la muerte funesta que rompe todos los lazos de caridad y de amor que la unian á su Dios; muerte abrumadora que le arrebató el reposo, la tranquilidad y la paz: *Non est pax impiis*.³ Muerte aflictiva que la hace vil esclava de Satanás; que la sujeta y tiraniza, y le hace experimentar todos los rigores de la mas dura servidumbre: *Dentes leonum dentes ejus, interficientes animas hominum*.⁴ Estando en gracia con Dios, esa alma era rica en dones celestiales, era el objeto de las complacencias del Señor. Infel, esta esposa de Jesucristo no es ya á sus ojos sino un objeto de horror y de execracion; su pecado le arrancó ese vestido de inocencia que constituia su adorno y su belleza; héla ahí ahora en una vergonzosa desnudez, no osando presentarse á su Dios, como nuestros primeros padres despues de su prevaricacion; el asqueroso espectáculo de su crimen la cubre de confusion; quisiera poder sustraerse á sus horrores; pero esto no es posible, es preciso que devore toda su amargura; el gusano roedor de su conciencia la despierta, la agita, la asusta, le hace sentir todo el horror de los punzantes remordimientos que la destrozan: *Non est pax ossibus meis à facie peccatorum meorum: quoniam iniquitates meae supergressae sunt caput meum, et sicut onus grave gravatae sunt super*

eis! quoniam recesserunt à me.¹³ *Qui faciunt nec-*

me. Miser factus sum tota die contristatus ingrediebar.⁵ En efecto, cómo pudiera una alma culpable gozar de las dulzuras de la paz, cuando de un lado considera á su Dios irritado que la amenaza con sus mas terribles venganzas, del otro al demonio que la ase ya, y no aguarda sino el golpe de la muerte para hundirla en el abismo: *Expectavimus pacem, et non erat bonum tempus medelae, et ecce formido*.⁶ Si meditásemos con atencion estas verdades, ¡qué alejamiento, qué horror tendríamos al pecado mortal! Hagamos á menudo de esto el asunto de nuestras serias reflexiones: *Quem ergo fructum habuistis tunc in illis in quibus nunc erubescitis? Nam finis illorum mors est*.⁷

2. Consideremos que el pecado de los ministros del santuario, no solo tiene consecuencias funestas para ellos mismos, sino tambien para los fieles. En efecto, el escándalo es casi siempre inseparable de las grandes faltas de los eclesiásticos. Los ministros sagrados, dice San Juan Crisóstomo, son esos altos edificios que jamas se derrumban, sin conmover ó sin arrastrar en su caída lo que está debajo de ellos. Desde que por el pecado caen del alto rango en que Dios los colocara, los seglares, que tarde ó temprano acaban siempre por apercibirse de ello, se animan á imitarlos: *Vita clericorum liber est laicorum*.⁸ A menudo no se necesita mas que un aire de ligereza y disipacion, una palabra, una mirada, un gesto poco modesto para hacer una funesta impresion en el espíritu de los pueblos que se congratulan de ver sus vicios autorizados por los que deben ser sus censores; se persuaden fácilmente que pueden sin peligro se-

Salviano, gime profundamente por los desórdenes

guir el ejemplo de los guías que el Señor ha puesto á su cabeza. ¡Cuán triste es la condicion de los eclesiásticos, esclama Pedro Damiano! Sus palabras no les perjudican á ellos solos, sino que con ellos arrastran á muchos otros al abismo del pecado: *Qui dux itineris constituitur, si ipse in præcipitium labitur, necesse est ut quisquis ejus vestigia sequitur, in ejusdem ruinæ profundum mergatur.*⁹ Su vida debe siempre servir de regla de conducta para los simples fieles: *In vitâ nostrâ legatur quid agere, quid vitare conveniat.*¹⁰ Pero si en lugar de dirigirlos por las vías de la justicia, les muestran el camino de la iniquidad, ¿tendria la Iglesia lágrimas bastantes para llorar semejante desórden? Jeremías no sabia cómo espresar su pesar á vista de semejante calamidad: *Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lacrymarum.*¹¹ ¡Oh Dios mio! ¡que no pueda hoy penetrarme de la gravedad y de las consecuencias deplorables de los pecados de los ministros de vuestros altares! ¡Ah! si yo comprendiese los horribles destrozos que hacen en mi alma, y el perjuicio que causan á la religion, sin duda que sentiria por ellos un horror mas grande y mas profundo. Bendecid, Señor, la resolucion que en este momento tomo de trabajar con valor en desarraigar de mi corazon todas las malas inclinaciones que han sido para mí la causa de tantos pecados. Quiero en adelante velar sobre mí mismo con tanto cuidado, que ayudado de vuestra gracia, me conserve siempre á vuestros ojos puro, inocente y sin tacha. *Tu signaculum similitudinis plenus sapientiâ, et perfectus decore.... donec inventa est iniquitas in te.*¹² Va

*eis! quoniam recesserunt à mé.*¹³ *Qui faciunt peccatum et iniquitatem, hostes sunt animæ suæ.*¹⁴

- 1 Malach. II, 2.
- 2 Rom. VI, 23.
- 3 Psal. LVII, 21.
- 4 Ecclis. XXI, 23.
- 5 Psal. XXXVII, 4, 5, 7.
- 6 Jerem. VIII, 15.
- 7 Rom. VI, 21.
- 8 Conc. Turon. an. 1537.
- 9 Opusc. ad epis. cord.
- 10 Ibid.
- 11 Jer. IX, v. 1.
- 12 Ezech. XXVIII, 12-15.
- 13 Oseas. VII, 13.
- 14 Tob. XII, 10.

MEDITACION

SOBRE LA GRAVEDAD DEL PECADO VENIAL DE LOS SACERDOTES.

Adoremus á nuestro Señor Jesucristo, que en su santuario no quiere sino sacerdotes de una vida santa y perfecta: *Estote ergò vos perfecti*. No solo exige que no manchen jamas su alma con el pecado mortal, sino que ademas tengan una estrema aversion á las faltas veniales; porque el pecado, por leve que sea en apariencia, ofende á su divina Majestad, contrista su corazon y resfría la santa caridad. Si amamos verdaderamente á este Dios Salvador, evitemos con cuidado todo lo que puede causarle el menor disgusto: *Qui diligitis Dominum, odite malum*.¹ Consideremos en esta meditacion: primero, cuánta es la gravedad del pecado venial en los sacerdotes; segundo, con cuánto cuidado deben evitarlo.

1. Es una verdad constante y fundada en los testimonios de los Padres y de los concilios, que, las

*naculum similitudinis plenus sapientia, et perfectus decore.... donec inventa est iniquitas in te.*¹² Va

menores faltas cometidas por un eclesiástico, son siempre considerables, y que un pecado, que en un seglar no es mas que venial, es con frecuencia mortal en aquel que tomó al Señor por herencia suya, á causa del escándalo que de él resulta. Pedro de Blois es quien nos lo asegura: *Quod veniale est plebi, criminale est clerico*.² San Bernardo nos enseña la misma doctrina: simples chanzas, dice, en boca de los seculares, son en cierto modo perdonables á su condicion; pero en boca de un sacerdote, son verdaderas blasfemias: *Inter sæculares nugæ, nugæ sunt; in ore sacerdotis blasphemæ*.³ Máxima espantosisima sin duda, y muy propia para inspirar á los sacerdotes una vigilancia continua, cualquiera que sea por otra parte su regularidad y su fervor; máxima confirmada por el santo Concilio de Trento con estas notables palabras: *Levi etiam delicta, quæ in ipsis maxima essent, effugiant*.⁴ Pesad bien estas palabras, y notad que aquí no solamente habla un doctor particular, de quien se pueda sospechar que habla con entusiasmo y con una especie de exageracion, sino la Iglesia misma es quien animada del Espíritu Santo nos enseña nuestros deberes con toda la autoridad que ha recibido del cielo; oigámosla y temblemos por esta multitud de faltas de que cada dia nos hacemos culpables, y que nos complacemos en llamar ligeras; pero que en razon de nuestra condicion y de la santidad de nuestro estado, son en realidad muy graves: *Maxima*. Sin duda porque hemos desconocido esta verdad, ó mas bien porque jamas la hemos meditado debidamente, no tenemos escrúpulo de proferir tantas palabras de escarnio,

de vanidad, de mentira, que miramos como ligeras casi inocentes, y que, segun el testimonio de los santos, son muy criminales en un ministro del santuario. Llenémonos hoy de sentimientos mas eclesiásticos, y temblemos á la sola apariencia y á la vista de las menores faltas: *Ab omni specie malâ abstinete vos.*⁵ *Delicta quis intelligit? ab occultis meis munda me.*⁶

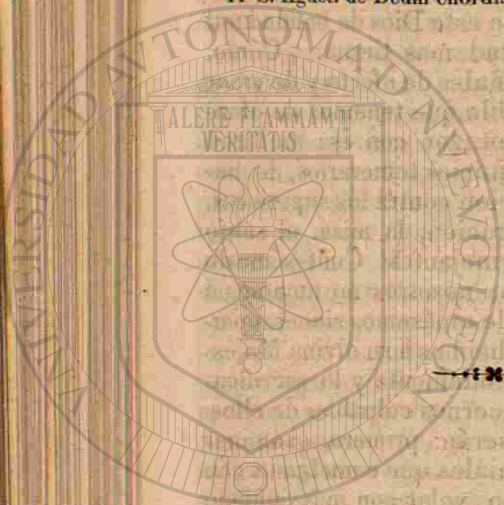
2. Consideremos que si el pecado venial es tan grave en los eclesiásticos, debemos mostrar el mas grande celo en preservarnos de él. No es raro ver á los eclesiásticos jóvenes manifestar la mayor aversion al pecado mortal, y hasta hacer los mas generosos esfuerzos para preservarse de ellos, en tanto que descuidan enteramente evitar las faltas veniales; y acontece muy á menudo que contraen un hábito tal de cometerlas, que lo hacen sin escrúpulo y sin remordimientos. Deseamos desempeñar las sublimes funciones del sacerdocio; pero si no estamos exentos de manchas, aunque sean leves, no podemos pretenderlo: *Si non laveris te, non habebis partem mecum.*⁷ No se trataba sino de faltas veniales, cuando el Salvador dirigió estas palabras á San Pedro, puesto que en el instante mismo le asegura que los otros pecados le son perdonados: *Et vos mundi estis.*⁸ Pero como está á punto de recibir el sacerdocio, el Sumo Sacerdote no quiere que en el corazon de su discípulo haya ni la mas leve mancha. Grande leccion para los que aspiran al mas santo de los estados. Y ¿por qué Jesucristo ve con tanta pena esa multitud de prevaricaciones ligeras en sus ministros? San Agustin nos lo explica con estas palabras notabilísimas que es pre-

ciso meditar atentamente: *Quamvis singula non lethali vulnere ferire sentiantur, tamen omnia simul congregata . . . necant, aut nostrum decus ita exterminant, ut ab illius sponsi speciosi præ filiis hominum castissimis amplexibus separent.*⁹ Los sacerdotes son, por su estado, los amigos de Dios, los favoritos de Jesucristo; le llevan de continuo en su corazon, reciben de este Dios de bondad mil testimonios de la amistad mas tierna. ¿Cómo, pues, conciliar tantas señales de afecto y de amor con esta facilidad increíble que tenemos de ofenderle, de contristar su corazon con esa multitud de palabras inútiles, de juicios temerarios, de maledicencia, de murmuracion contra los superiores, de distracciones en la oracion, la misa, el santo oficio, y otras faltas semejantes? Confesémoslo para nuestra vergüenza; nosotros no amamos á nuestro Dios, porque si le amásemos sinceramente, los menores ultrajes hechos á su divina Majestad, nos afligirian profundamente y lo sacrificaríamos todo antes que hacernos culpables de ellos. Nuestras resoluciones serán: primero, examinar cuáles son las faltas veniales que cometemos con mas frecuencia; segundo, velar con mas cuidado sobre nuestras palabras, nuestros actos y toda nuestra conducta, á fin de no incurrir de propósito deliberado en ningun pecado: *Qui timet Deum, nihil negligit.*¹⁰ *Noli illa contemnere, quia minora sunt; sed time, quia plura sunt. . . . quotidiana sunt ista quæ dico; sed tamen peccata sunt, et non sunt levia, quia plura.*¹¹

1 Psal. XCVI, 10.

2 Serm. 3, in synod. habito.

- 3 De consid., l. 2, c. 13.
- 4 Conc. Trid., sess. 22.
- 5 I. Thess., v. 21.
- 6 Psal. XVIII, 13.
- 7 Joan. XIII, 8.
- 8 Ibid. v. 10.
- 9 Serm. 351.
- 10 Eccl. VII, 19.
- 11 S. Agust. de Deum chordis, serm. 9, c. 11.



DIRECCIÓN GENERAL

guientes: primero, que moriremos irremisiblemente.

LXXXV.

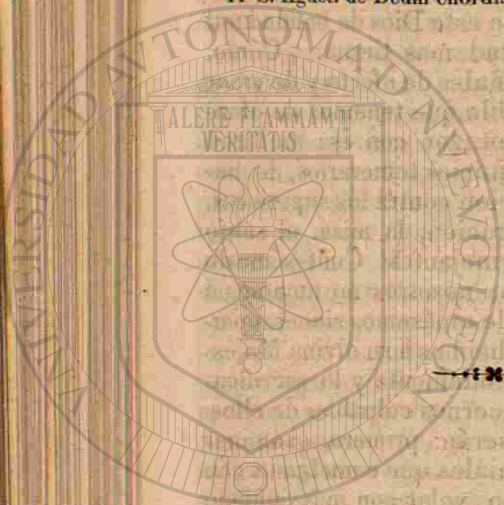
MEDITACION

SOBRE LOS EFECTOS DEL PECADO VENIAL EN LOS
SACERDOTES.

Adoremos á Dios inspirando al santo hombre Job una activa vigilancia, una atencion singular á todas sus acciones para evitar las mas ligeras faltas, y no esponerse á los castigos de la divina justicia: *Verebar omnia opera mea, sciens quia non parceres delinquenti.*¹ Feliz el eclesiástico que movido por tan bello ejemplo, regla de tal suerte sus palabras, su conducta y todas sus acciones, que logre evitar una multitud de faltas y de imperfecciones, cuyas consecuencias pudieran llegar á serle tan funestas. Consideremos que el pecado venial produce en el alma dos efectos funestísimos: primero, pone un obstáculo á las gracias de Dios, y resfría su ardor para la perfeccion; segundo, le espone á severos castigos por parte del Señor.

1. El primer efecto del pecado venial es poner obstáculo á las gracias de Dios. En efecto, ¿cómo

- 3 De consid., l. 2, c. 13.
 4 Conc. Trid., sess. 22.
 5 I. Thess., v. 21.
 6 Psal. XVIII, 13.
 7 Joan. XIII, 8.
 8 Ibid. v. 10.
 9 Serm. 351.
 10 Eccl. VII, 19.
 11 S. Agust. de Deum chordis, serm. 9, c. 11.



DIRECCIÓN GENERAL

guientes: primero, que moriremos irremisiblemente.

LXXXV.

MEDITACION

SOBRE LOS EFECTOS DEL PECADO VENIAL EN LOS
 SACERDOTES.

Adoremos á Dios inspirando al santo hombre Job una activa vigilancia, una atencion singular á todas sus acciones para evitar las mas ligeras faltas, y no esponerse á los castigos de la divina justicia: *Verebar omnia opera mea, sciens quia non parceres delinquenti.*¹ Feliz el eclesiástico que movido por tan bello ejemplo, regla de tal suerte sus palabras, su conducta y todas sus acciones, que logre evitar una multitud de faltas y de imperfecciones, cuyas consecuencias pudieran llegar á serle tan funestas. Consideremos que el pecado venial produce en el alma dos efectos funestísimos: primero, pone un obstáculo á las gracias de Dios, y resfría su ardor para la perfeccion; segundo, le espone á severos castigos por parte del Señor.

1. El primer efecto del pecado venial es poner obstáculo á las gracias de Dios. En efecto, ¿cómo

estaria el Señor dispuesto á continuar sus favores á una alma que no solo le tiene un amor débil inconstante, sino que ni aun le causa pena alguna afligirle, contristarle con ofensas, y con ultrajes casi habituales; que teme, es verdad, sepultarse el puñal en el seno con una falta mortal, pero que no teme causarle mil disgustos con faltas menos graves, es verdad, pero siempre muy sensibles al corazón de su Dios? Por eso el Señor no tardará en decirle como al servidor infiel: *Tolle itaque ab eo talentum, et date ei qui habet decem talenta.*² El pecado venial resfría tambien el celo de una alma por la perfeccion. Cuando un eclesiástico se ha habituado á hacer sin escrúpulo una multitud de faltas leves, pronto no siente gusto alguno por su adelantamiento espiritual; experimenta una apatía, un entorpecimiento estrordinario para el bien. No puede evitar una especie de laxitud y de hastío en sus ejercicios de piedad quisiera salir de ese estado de languidez y de pereza espiritual, y no tiene ni el valor ni la fuerza necesarios para hacerlo. ¿Por qué asombrarse pues, si ve su alma débil, acibillada de heridas, casi agonizante? ¿Cómo puede obrar, marchar y volar en los senderos de la perfeccion, cuando no es ya sostenida por la virtud del espíritu de Dios, por la caridad, por la gracia, única que puede darle el movimiento y la vida? *Evacuati estis à Christo, qui in lege justificamini; à gratiâ excidistis.*³ *Fili mi, custodi legem atque consilium, et erit vita anime tue, et gratia faucibus tuis.*⁴ Examinemos un instante nuestra conducta pasada, y veamos si no hemos sido del número de esos

guientes: primero, que moriremos irremisiblemente

sacerdotes tibios é indiferentes que no se inquietan por cometer el pecado venial; que se confiesan de ello, pero que no sienten dolor ni pesar; que algunas veces llegan hasta á considerarle como una imperfeccion ó una fragilidad inseparable de la condicion humana. Si estamos en esta ceguedad, deplorémosla amargamente delante de Dios, que la mira de otra manera, como lo veremos en el punto segundo.

2. Consideremos que Dios no se contenta con castigar el pecado venial con la sustraccion de sus gracias; le castiga tambien frecuentemente con otros castigos severos. Abramos los libros santos, en ellos hallaremos pruebas sorprendentes de esta verdad. Moisés,⁵ este gran favorito del Señor, por una leve desconfianza de su Dios, fué condenado á no entrar en la tierra de promision. La mujer de Loth⁶ contempla el incendio de Sodoma, contra la prohibicion del ángel; y en el instante mismo fué convertida en estatua de sal. Los bethsaminas⁷ tienen la desgracia de mirar el arca con demasiada curiosidad, y en el acto fueron heridos de muerte. Oza,⁸ levita del Señor, quiere sostener el arca que vacila; aunque su falta fué leve, segun opinion de los Padres, no puede el Señor sufrir su temeridad, y le castiga de muerte. Estos castigos tan pronto y tan rigurosos, nos sorprenden sin duda y nos hielan de espanto. Trabajo nos cuesta concebir que la justicia divina tome una venganza tan terrible de faltas que miramos como tan veniales; pero aquí adoremos y temblemos: contentémonos con esclamar con el Rey profeta: Señor, vos sois infinitamente justo, y vues-

3 De consid., l. 2, c. 13.

4 Conc. Trid., sess. 22.

tros juicios son llenos de equidad: *Justus es, Domine, et rectum judicium tuum*.⁹ La justicia divina no se contenta con castigar el pecado venial en esta vida, le reserva en el purgatorio castigos mucho mas rigurosos: castigos tan horribles que en esta vida no podemos formarnos una idea justa de ellos; castigos que no pueden, sin embargo, evitar las almas mas fervorosas que mueren en estado de pecado venial; y no podrán gozar de la corona prometida á sus virtudes sino despues de haber expiado sus faltas en estos fuegos abrasadores: *Ipse autem salvus erit, sed tamen quasi per ignem*.¹⁰ ¿Quién hay que medite atentamente esta terrible verdad, y quiera cometer, aun á sangre fría y sin remordimientos, un solo pecado venial? Si alguno se atreviera á decir: ¡Oh! no es mas que un pecado muy leve; es poca cosa, no es nada; santamente espantado de los rigores de la divina justicia, debiera mas bien decir: Lo que me parece nada, es en gran manera culpable delante de Dios, puesto que tan severamente lo castiga; debo, pues, tomar hoy la resolucion: primero, de concebir un grande horror al pecado, por leve que me parezca; segundo, procurar expiar por medio del ayuno, de la penitencia, y sobre todo, de las indulgencias que con tanta facilidad y abundancia puedo ganar todos los pecados de que hasta hoy me he hecho culpable. *Mens Deo dicata sic caveat minora vitia, ut majora, quia à minimis incipiunt qui in maxima prouunt*.¹¹ *Qui spernit modica, paulatim decidet. Tanquam à facie colubri, fuge peccata*.¹³

1 Job. IX, 29.

2 Matth. XXV, 28.

guientes: primero, que moriremos irremisiblemente-

3 Gal. v. 4.

4 Prov. III, 21.

5 Numer. 20.

6 Gen. 19.

7 I. Reg. 6.

8 II. Reg. 24.

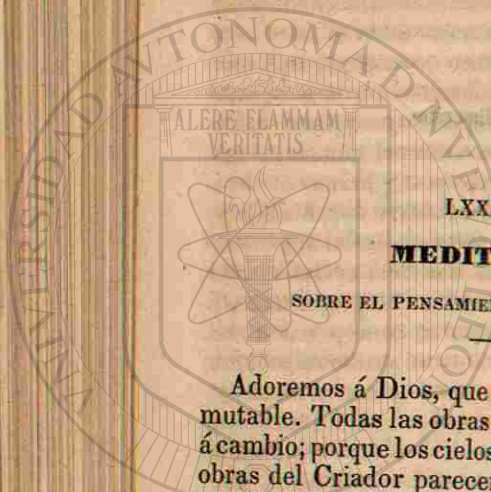
9 Psal. CXVIII, 137.

10 I. Cor. III, 15.

11 Apud. S. Bern. trat. de ordine vite.

12 Eccli. XIX, 1.

13 Ibid. XXI, 2.



LXXXVI.

MEDITACION

SOBRE EL PENSAMIENTO DE LA MUERTE.

Adoremos á Dios, que es solo eterno y solo inmutable. Todas las obras de su mano están sujetas á cambio; porque los cielos mismos que de todas las obras del Criador parecen ser la mas inalterable, ¿no tienen tambien sus perturbaciones? Ellos perecerán, dice el Profeta, y se gastarán como el vestido: *Ipsi peribunt..... et ut vestimentum veterascent.*¹ Solo el que los ha criado, por la simplicidad y la independencia de su sér, está á cubierto de todas estas vicisitudes; á él solo corresponde tener años eternos y ser siempre el mismo: *Tu autem idem ipse est, et anni tui non deficient.*² Aunque seamos todavía jóvenes y nos hallemos en la flor de la edad, nuestro deber es pensar á menudo en la muerte; este pensamiento siempre triste y penoso á la naturaleza, puede llegar á sernos saludable si es cristiano y fundado en la fé. Meditemos, pues, atentamente las dos verdades si-

guientes: primero, que moriremos irremisiblemente un dia; segundo, que la hora de nuestra muerte es incierta.

1. Nada mas cierto que moriremos un dia. Está decretado, dice el Apóstol, que todos los hombres paguen el tributo á la muerte: *Statutum est hominibus semel mori.*³ Los grandes como los pequeños, los ricos como los pobres, los monarcas como sus súbditos, los eclesiásticos como los seglares, todos están sometidos á este decreto formidable: *Statutum est.* Esta sentencia inmutable, pronunciada en otro tiempo contra Adam prevaricador, se ejecuta cada dia sobre algunos miembros de su desgraciada posteridad: en el momento mismo que medito esta verdad importante, alguien hay en el mundo que exhala el postrer suspiro. ¿Quién sabe cuál será el que le debe seguir? Tal vez yo mismo. La tierra entera no es mas que un vasto teatro cubierto siempre de nuevos cadáveres. ¿Por qué, pues, ha de ser necesario obligarme á recordar de vez en cuando que soy mortal, y que un dia moriré? ¿acaso está en mí olvidar esta necesidad fatal? ¿acaso dentro y alrededor de mí no oigo una infinidad de voces que me recuerdan mi próxima destruccion? *Certus quod velox est depositio tabernaculi mei.*⁴ Mi cuerpo se gasta poco á poco, y parece no encorvarse hácia la tierra, sino para decirme que debe pronto enterrarse en ella: *Revertatur pulvis in terram suam unde erat.*⁵ Esos sepulcros espuestos á nuestra vista, parecen no abrirse mas que para recibir mis despojos; esos sonidos lúgubres que me advierten la muerte de los demas, pronto se dejarán oír para anunciar

la mia. Habito una casa que ha recibido muchos otros eclesiásticos que ya no existen: ocupó aquí un lugar que muchos otros han ocupado antes que yo; se prometían una larga vida, y han sido arrebatados en la primavera de sus días. ¿De qué procede que esa idea, ó mas bien que esa vista continua de la muerte, no me hace mejor? ¿Dónde procede que no me inspire ningún temor? ¿Ludable? Sin duda será porque no pienso en ella. Enteramente ocupado en el estudio, en las ciencias, y en los otros intereses de este mundo, no reflexiono en mi postrer momento. El tiempo pasa, los años corren, y aproximase la muerte á pasos de gigante. ¡Ay de mí! si continúo olvidando mi último fin: ¡estaré pronto á parecer ante el soberano Juez! *Breves dies hominis sunt, numerus mensium ejus apud te est: contituisti terminos ejus, qui prateriri non poterunt.*⁶

2. Consideremos en segundo lugar, que no hay nada mas incierto que el momento de nuestra muerte. El Espíritu Santo nos enseña que no hay un solo hombre sobre la tierra que conozca su última hora: *Nescit homo finem suum.*⁷ Dios se ha reservado este secreto; al fijar los días de nuestra existencia, ha determinado tambien el día de nuestro fin: *Numerum dierum et tempus dedit.*⁸ Por nuestro bien quiso dejarnos en esta cruel incertidumbre, para empeñarnos á estar siempre prontos á comparecer delante de él: *Et vos estote parati.*⁹ Vosotros no sabeis, dice el Salvador, en qué momento os citaré á mi tribunal; pero si no quereis ser sorprendidos, tened constantemente vuestras cuentas en regla; yo no os digo que os llamaré dentro de

diez años, dentro de un mes, dentro de una hora; será en el momento que menos lo penseis: *Quâ horâ non putatis.*¹⁰ Yo no os haré anunciar mi venida, antes al contrario, la haré ocultar á mis adictos, y llegaré como un ladrón: *Veniam ad te tanquam fur.*¹¹ ¡El pensamiento de la muerte y la incertidumbre del momento en que debe descargar el golpe fatal era lo que espantaba los Antonios, los Hilarios, los Arsenios y tantos otros célebres solitarios! He aquí lo que les habia determinado á renunciar al mundo y á sepultarse vivos en el retiro; he aquí lo que les animaba á reducir sus cuerpos á servidumbre, y á consagrar los días y las noches á la meditacion de las verdades eternas. ¿Seremos los únicos á quienes el pensamiento de la muerte no conmueva? ¿Es menos de temer para nosotros que para los grandes siervos de Dios? No pensamos quizá en ella, porque somos jóvenes, porque nos lisonjamos de tener todavía una larga carrera que recorrer; pero ignoramos que la muerte es ciega, y que hiere igualmente al joven en la flor de la edad, que al anciano decrepito. Aun cuando fuésemos mas jóvenes y de un temperamento á prueba de todas las enfermedades humanas, recordemos que no se necesita sino un accidente, casi nada, para ser víctima de nuestra temeraria presuncion. Tomemos, pues, la resolucion: primero, de contraer la santa costumbre de meditar á menudo acerca de nuestra hora postrera; segundo, de mirar la muerte de nuestros compañeros y hermanos como un aviso que el cielo nos da de pensar en el gran tránsito del tiempo á la eternidad.^{12 13 14}

- 1 Psal. CI, 27.
- 2 Ibid.
- 3 Hebr. IX, 27.
- 4 II. Petr. I, 14.
- 5 Eccles. XII, 7.
- 6 Job. XIV, 5.
- 7 Eccles. IX, 12.
- 8 Eccl. XVII, 3.
- 9 Luc. XII, 40.
- 10 Ibid.
- 11 Apoc. III, 3.
- 12 Quotidie diem exitus tui expecta, quâ enim horâ miniputas, veniet mandatum horribile, et tunc vae imparatis. S. Anselm.
- 13 Tanto ampliùs mors timeri debet, quânto nunquam priveri valet. S. Greg. I, 13, moral e. 19.
- 14 Nihil tam decipit genus humanum, quàm dum ignotaspatia vitæ suæ, longiorem sibi sæculi hujus possessionem, remittunt. S. Ambr. ad cip. presb.

LXXXVII.

MEDITACION

SOBRE LOS SENTIMIENTOS DE UN ECLESIASTICO
A LA HORA DE LA MUERTE.

Adoremos al Señor nuestro Dios, que nos enseña en los libros santos que nada tenemos que temer de las consecuencias de la muerte, si de antemano tenemos cuidado de meditar las circunstancias mas propias para hacérsela temer.¹ Aprovechemos este aviso del cielo, y recordemos á menudo la posicion crítica en que nos hallaremos en el acto de nuestro postrer suspiro; este recuerdo nos será muy saludable. Consideremos que para un sacerdote jóven no hay nada mas triste ni mas afflictivo que las circunstancias: primero, que preceden; segundo, que acompañan la última hora.

1. Todos, sin distincion, los mas corrompidos como los mas virtuosos, experimentan por si mismos que en este terrible paso del tiempo á la eternidad, se piensa, se juzga, se habla muy de otra manera de como se hacia durante la vida: el lecho

de muerte hace mirar los objetos terrestres con ojos muy diferente. Representémonos un ministro de santuario tendido en un lecho de dolor, agobiado bajo el peso de una enfermedad que no le deja ninguna esperanza de curacion. Quizá habia conservado la esperanza de llevar muy lejos el curso de sus dias; pero ¡ay de mí! cuanto le rodea, le anuncia claramente que ha llegado á su último momento. Las lágrimas de los parientes, la inquietud de los que le sirven, la ausencia del médico, todo parece decirle con voz triste, pero inteligible, jamás te levantarás del lecho en que te hallas; y no te sacarán de él sino para llevarte á la tumba. *De lectulo super quem ascendisti non descendes.*¹ ¡Qué sentimientos penosos se suceden entonces en su alma! El recuerdo de una vida culpable, la vista de la Justicia divina que le amenaza, la aproximacion de una eternidad que con tanta razon mira como desgraciada, todo le espanta y le consterna. En medio de su espanto, arroja, como Tobías, un profundo gemido: *Ingemuit.*² Gruesas lágrimas escapan de sus ojos; reúne el resto de su valor y de sus fuerzas, y elevando las manos al cielo, dirige su oracion al Señor: *Et cepit orare cum lacrymis.*³ ¡Y qué le dice! ¡Oh Dios mio! recibid mi espíritu en paz: *Et præcipe, in pace recipi spiritum meum.*⁴ Yo os conjuro á que tengais piedad de mi pobre alma; salvadla, os pertenece; es vuestra conquista, es el precio de vuestra sangre, y esta sangre está pidiendo clemencia y perdon para ella: *Sufficit mihi, tolle animam meam.*⁵ Sé que soy un pecador, un ingrato, indigno de vuestras misericordias y de vuestras bondades; pero, Se-

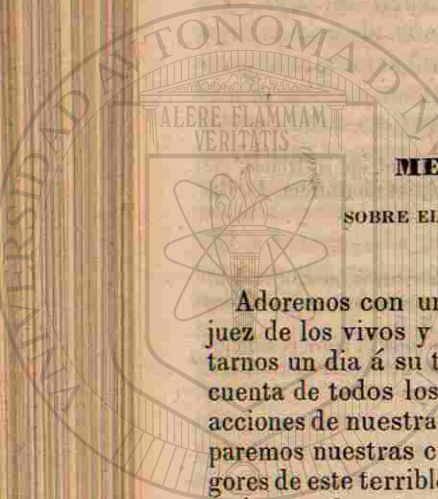
ñor, soy vuestro sacerdote; me habeis recibido en vuestro santuario; recibidme en este momento en vuestros santos tabernáculos para bendeciros y alabaros con vuestros escogidos: *Moriatur anima mea morte justorum.*⁷ ¡Oh muerte! ¡Cuán terrible es tu presencia para un eclesiástico que durante su vida no ha pensado en ella, que no se ha preparado á ella, y cuyo recuerdo ha procurado alejar de sí! *O mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti!*⁸ Examinemos si tambien nosotros somos del número de los que, ocupados exclusivamente de la tierra, no se ocupan de su última hora.^{9 10}

2. Consideremos que las circunstancias que acompañan el trance de la muerte, no son menos alarmantes que las que le preceden. Haciendo la enfermedad nuevos progresos á cada instante, está la muerte á punto de herir á su víctima. Acude el ministro de la religion, y queriendo sostener la fé y la confianza del moribundo, le presenta la imagen de Jesus crucificado. El enfermo la coge con una santa solicitud, la abraza, la tiene pegada á sus labios, gimiendo amargamente de tener tan poca semejanza con este divino modelo: provisto de todos los socorros de la religion, cae el enfermo en la agonía; el guía de su conciencia le dice entonces con palabras entrecortadas por los sollozos: partid, alma cristiana; partid á la eternidad: *Proficiscere, anima christiana.*¹¹ Salid de este mundo que habeis tenido la dicha de aborrecer y de huir: *Proficiscere de hoc mundo.* Dejad esta casa de lodo, este mundo de destierro; os lo mando en nombre de Dios Padre que os ha criado, en

nombre de Dios Hijo que os ha redimido, en nombre del Espíritu Santo, cuyo santuario y templo habéis sido: *Proficiscere in nomine Patris omnipotentis qui te creavit, in nomine Jesu Christi filii Dei qui pro te passus est, in nomine Spiritus Sancti qui in te effusus est.* ¡Puertas del cielo, abríos! Dios, lleno de bondad y de misericordia, recibid en el número de vuestros elegidos esta alma que con tantas gracias favorecisteis, que sin reserva se ha entregado á vos; no la abandonéis en este momento crítico en que tan grande necesidad tiene de vuestro socorro: *Egredienti de corpore aditu tibi pateat ad Sion montem, civitatem Dei viventis, Jerusalem caelestem.* ¡Mas quién pudiera contar lo que entonces pasa de penoso, de alarmante en el alma de este eclesiástico moribundo? ¡Qué terror se apodera de él cuando siente todos sus miembros morir, unos despues de otros; cuando tiene ojos que no ven, oídos que no oyen, lengua que no puede articular sino algunas palabras confusas. Pero estos temores son mucho mas vivos, cuando ve las puertas de la eternidad abrirse ante sí; que es preciso dejar á sus padres y amigos, y partir solo para una region que le es desconocida, sin saber su porvenir y su destino, viendo el cielo de un lado, del otro el infierno, y en todas partes la eternidad!!!! En medio de tantos sentimientos de temor y de espanto, recibe las últimas bendiciones del ministro de la religion; suena su hora postrera, la muerte llama, y deja de existir. ¡Que no podamos decir de él lo que la Escritura cuenta del diácono San Estéban! *Obdormivit in Domino.*¹² Para merecer tan bello testimonio, es preciso imitar la conducta

de este perfecto modelo de todos los levitas del Señor. Es preciso estar siempre pronto á comparecer ante Dios, muriendo cada día para algunas de sus pasiones.^{13 14}

- 1 Noli metuere judicium mortis, memento quæ ante te fuerunt, et quæ superventura sunt tibi. Eccli. XLI, 5.
- 2 IV. Reg. I, 4.
- 3 Tob. III, 1.
- 4 Ibid.
- 5 Ibid.
- 6 III. Reg. XIX, 4.
- 7 Num. XXIII, 10.
- 8 Eccli. XLI, 1.
- 9 Quidquid facias respice finem. S. Hier. ep. ad Heliod.
- 10 Facile contemnit omnia qui se cogitat moriturum. Id. Ep. ad Paulin.
- 11 Ritual.
- 12 Act. VII, 59.
- 13 Viventes autem sciunt se esse mortuos, mortui verò nihil noverunt ampliùs, nec habent ultra mercedem, quia oblivioni tradita est memoria eorum. Eccles. IX, 5.
- 14 Ex quo homo incipit vivere, jam potest et mori: possibilitatem mori initium vitæ facit. S. Aug. lib. de decem chordis, c. 2.



LXXXVIII.

MEDITACION

SOBRE EL JUICIO PARTICULAR.

Adoremos con un religioso temor al Soberano juez de los vivos y de los muertos, que debe darnos un día á su tribunal terrible para rendir cuenta de todos los pensamientos y de todas las acciones de nuestra vida. ¹ Velemos, oremos, preparemos nuestras cuentas á fin de prevenir los rigores de este terrible juicio que nos amenaza. Juzguémonos de antemano y con severidad, si queremos ser juzgados con indulgencia en el momento de nuestra muerte. Consideremos que hay pocas cosas que son muy propias para llenar de temor el corazón de un sacerdote joven en el acto de su muerte. Primero, la cuenta que estará obligada á rendir de todas sus acciones: segundo, la sentencia que será pronunciada por el Supremo juez.

1. El primer motivo de temor es la cuenta que debe dar de todas sus acciones. ¡Cuál debe ser

Dios! fuego encendido por la cólera del Señor

asombro y la sorpresa de un alumno del santuario que la muerte acaba de abatir, cuando se ve llevado instantáneamente al tribunal de Dios, solo, sin defensor, sin apoyo, no teniendo por sostén mas que sus obras! Qué terror no se apodera de él cuando oye que el Soberano Juez dice á los ministros de su justicia: *Pesad, contad, separad; Pondera, nùmera, divide.* ² *Pondera.* Pesad la conducta de esta alma, sus pensamientos, sus deseos, sus acciones, sus inclinaciones mas secretas, sus buenas ó malas intenciones; pesadlo todo al peso de mi santuario. No hay indulgencia, no hay piedad ni misericordia, ya pasó el tiempo del perdon, y llegó el de mi severa justicia. *Nùmera.* Contad todas las gracias que esta alma ha recibido de mi bondad; creacion, conservacion, redencion, Iglesia, sacramentos, gracia de eleccion y de predileccion. Contad en seguida el abuso que ha hecho de todos esos dones, los crímenes que ha cometido, los que ha hecho cometer por sus escándalos, el bien que no ha hecho, y todo el que ha hecho mal. *Divide.* Colocad en un platillo de la balanza sus buenas obras, y en el otro sus prevaricaciones; pesadlo todo con la mas rigurosa equidad. He aquí su suerte eterna como suspendida sobre su cabeza. Concebid, si podeis, sus crueles perplejidades y las alarmas de su alma, aguardando con terror de qué lado va á caer. ¡Gran Dios, qué espantosa situacion, qué terrible alternativa! ¡un momento! ¡y un momento que va á decidir de todo! ¡Ah! sin duda que el pensamiento solo de una escena tan espantosa hace temblar y hiela de terror: ¡pero qué será cuando nosotros mismos seamos

los actores de esta escena, y allí sea decidida para siempre nuestra felicidad ó desgracia? He aquí lo que ha hecho tan viva impresion en tantos pecadores, y que les ha determinado á renunciar á sus desórdenes, y á observar en el mundo ó en el retiro una vida tan ejemplar: ¡ojalá que el pesamamiento de la muerte y del juicio, produzca en nosotros efecto tan saludable! Pidamos á Dios nos conceda este insigne favor: *Confige timore tuo cornas meas, à judiciis enim tuis timui.*³

2. Consideremos que á mas de que la cuenta que un sacerdote ha de rendir en el momento de su muerte, es rigurosa y severa, la sentencia que le seguirá será terrible y decisiva. Recordemos que todas sus obras, buenas ó malas, están todavía en la balanza de la divina justicia; aguarda temblando su eterno destino. Si sus virtudes pesan mas, en el instante mismo el cielo se abre delante de él, los ángeles le rodean, le colman de elogios y de bendiciones, y le acompañan á la celeste Sion, entra en ella gloriosa y triunfante; toma posesion de su trono en medio de los aplausos de toda la corte celestial: *Et exultabo in Jerusalem, et gaudebo in populo meo: et non audietur in eo ultra vox fletus, et vox clamoris.*⁴ Pero si sus crímenes escuden á sus virtudes, y que llegue á oír este formidable decreto: *Appensus es in staterá, et inventus es minus habens,*⁵ ¡cuál será en este instante el escaseo de su pesar y de su desesperacion! Desde entonces su desgracia eterna quedará consumada; id, huid lejos de mí, servidor ingrato, le dirá el Supremo Juez, no os reconozco por obra de mis manos: *Discedite à me.... nescio vos.*⁶ Ministros de

mis venganzas, arrojad este sacerdote, este ministro infiel, con las manos y piés atados á las tinieblas exteriores!... Está pronunciada la sentencia: no hay apelacion ninguna; bajo sus piés se abre el abismo, y devora á su víctima; se cierra, y el Juez Supremo le imprime su sello; ¡sello terrible! ¡Leed, pecadores, leed!... ¡eternidad!... ¡Oh Dios! ¡qué sepulcro tan espantoso! ¡tal vez llegará un día á ser el mio? No lo sé, y esta cruel incertidumbre me hiela de terror. ¡Ah! esta es la mas horrorosa de todas las funestas consecuencias de la muerte. Que esta casa de lodo se destruya, tal es su destino; pero ver una alma fija para siempre en la impenitencia y la reprobacion, eso es lo que jamas será bastante temido. Puesto que un día debo ser desengañado, y que para mí es una necesidad tener ideas exactas sobre la nada de los bienes de este mundo, no debo esperar impasible que la muerte cause en mí este cambio infructuoso. Debo romper sin demora todos los lazos que me unen todavía á la tierra. Mi primer deber es evitar el infeliz destino del pecado, y merecer morir con la preciosa muerte del justo; y en tanto que los jóvenes de mi edad se dejarán arrastrar por el torrente del mal ejemplo, entraré resueltamente en la carrera de los santos á despecho del mundo y de sus escándalos. No me contentaré con pensar en la eternidad; el infierno está lleno de los que han reflexionado en ella antes que yo; tomaré medios seguros de hacermela feliz; combatiré con mas valor estas pasiones perversas que me dominan; marcharé con mas fervor y constancia en la vía de los preceptos divinos: así es como yo espero

obtener de mi Juez una sentencia llena de bondad y de misericordia. 7 8 9

- 1 Ideo unumquemque juxta suas vias judicabo, domini dicit Dominus Deus. Ezech. XVIII, 30.
- 2 Dan. V, 25.
- 3 Psal. CXVIII, 120.
- 4 Isai. LXV, 19.
- 5 Daniel, V, 25.
- 6 Matth. VII, 23.—Luc. XIII, 25.
- 7 Omnes enim stabimus ante tribunal Christi. Itaque unusquisque nostrum pro se rationem reddet Deo. Rom. XIV, 10-12.
- 8 Omnes enim nos manifestari oportet ante tribunal Christi, ut referat unusquisque propria corporis, prout gessit sive bonum, sive malum. II. Cor. V, 10.
- 9 Ecce venio cito, et merces mea mecum est. Apoc. XXII, 12.

Dios! fuego encendido por la cólera del Señor

LXXXIX.

MEDITACION

SOBRE EL INFIERNO DE LOS ECLESIASTICOS.

Adoremos la Justicia divina, haciendo sentir á los eclesiásticos réprobos todos los rigores de sus venganzas. Cuanto mas colmados de gracias y de favores han sido durante su vida, tanto mas rigurosos serán los suplicios que les están reservados en el infierno, si tienen la desgracia de ser precipitados en él. Temblemos, y temamos caer en las manos del Dios vivo; porque el Espíritu Santo nos anuncia que será muy terrible y espantoso: *Horrendum est incidere in manus Dei viventis.*¹ Descendamos hoy en espíritu á ese océano de fuego, á fin de no ser sepultados en él despues de nuestra muerte. Consideremos que los eclesiásticos culpables é impenitentes, deben esperar sentir en el infierno: primero, una separacion de Dios mas dolorosa; segundo, un fuego mas activo y punzador; tercero, una eternidad mas desesperante.

1. Los eclesiásticos réprobos han de sufrir

una separacion de Dios mas dolorosa. En efecto, cuanto mas perfecto ha sido el conocimiento que han tenido de su Dios, cuanto mas frecuentes é íntimas han sido sus relaciones con Él, tanto mayores serán la pena, el pesar, la desesperacion que sentirán al verse separados de Él para siempre. Serán un rayo para ellos, cuando, en el momento de su muerte, estos obradores de la iniquidad oigan de la boca del soberano Juez estas horrorosas palabras: ¡Apartaos de mí! *Discedite à me.*² No os reconozco ya como ministros míos: *Nescio vos unde sitis.*³ Huid lejos de mi presencia: en vez de hallar en vosotros los méritos y las virtudes que exigía la santidad de vuestro estado, no veo mas que crímenes é iniquidades: *Discedite à me, omnes operarii iniquitatis.*⁴ A estas palabras aterradoras, esos ministros infieles quedan atónitos y consternados. Y viendo que son separados para siempre de la compañía de los patriarcas y de los profetas, que vivirán eternamente gloriosos y triunfantes en el reino de Dios, arrojarán profundos gemidos, crujirán de dientes, y llorarán amargamente la pérdida irreparable que acaban de tener.⁵ Este pensamiento desgarrador, que estará siempre presente á su espíritu, "he perdido mi Dios, lo he perdido por culpa mia, lo he perdido para siempre," será para ellos el mas cruel de sus tormentos. Hoy no comprendemos toda la grandeza de esta pérdida; pero en el infierno sienten los condenados toda su enormidad y su amargura. Temamos hacer un día esta triste experiencia.

2. El segundo suplicio reservado á los eclesiásticos réprobos, es el fuego. Pero, ¡qué fuego, gran

Dios! fuego encendido por la cólera del Señor justamente irritado: *Ignis succensus est in furore meo.*⁶ Fuego inteligente, que entre sus víctimas sabrá discernir las almas de los ministros del santuario para atormentarlas con mas crueldad: *Per quæ peccat quis, per hæc et torquetur.*⁷ Han gozado sobre la tierra de los tesoros de la Iglesia; han estado rodeados de los honores y de los respetos que reclama la dignidad de su estado: su tormento debe ser proporcionado á tantas ventajas y privilegios: *Quantum glorificavit se, et in deliciis fuit, tantum date illi tormentum et luctum.*⁸ Si el mal rico, regalado con los bienes de este mundo, hace oír tantos siglos há estos lamentos, *Crucior in hac flammâ,*⁹ ¡podrán acaso los eclesiásticos que han sido enriquecidos con todos los dones celestiales, podrán, repito, escapar de estos fuegos devoradores? Y los gritos de desesperacion que en medio de esos braseros ardientes harán oír, ¿no serán mas desgarradores todavía? Sí; eternamente y sin alivio repetirán: *Crucior in hac flammâ!* ¡Creemos esta terrible verdad de nuestra fé! Si la creemos, ¿dónde está nuestra sensatez, nuestra prudencia y nuestra sabiduría? Si no la creemos, ¿dónde está nuestra religion? Sí, la creemos á no dudarlo, pero no pensamos en ella; meditémola hoy, y que este pensamiento sea para nosotros útil y saludable: *Hunc timete qui potest animam et corpus perdere in gehennam.*¹⁰

3. La pérdida de Dios y la pena del fuego, son sin duda dos suplicios dolorosísimos para un sacerdote réprobo; pero si al menos pudiese esperar verlos terminar un día, le serian en cierto modo

soportables: pero no; separado de su Dios y precipitado al fondo del abismo, no verá jamas su adorable rostro: *Non videbo Dominum Deum in terrâ viventium.* ¹¹ Tendido sobre un lecho de fuego, sentirá eternamente todos sus punzantes ardores: *Dabit enim ignem, et vermes in carnes eorum, ut urantur, et sentiant usque in sempiternum.* ¹² Hélo ahí, pues, encadenado sobre braseros de fuego, sin que jamas pueda romper sus cadenas: *Ibunt hi in supplicium æternum.* ¹³ Hélo ahí condenado á sufrir, á llorar, á gemir, á desesperarse sin reposo, sin tregua, sin alivio, durante toda la eternidad: *Cruciantur die ac nocte in secula seculorum.* ¹⁴ ¡Qué terrible es oír estas verdades; pero cuánto mas terribles son para el infeliz que experimenta en sí todo su peso! Por lo que á mí toca, que las medito en este momento, ¡qué impresion hacen en mi espíritu! Ellas han detenido en medio de sus desórdenes una multitud de jóvenes, y les han decidido á entregarse á Dios sin reserva; ¡qué enmienda van á efectuar en mi conducta? ¡Podré vacilar en corregir en mí este hábito criminal, esta inclinacion viciosa, que cavan el abismo bajo mis piés? Si la muerte viene á sorprenderme antes de haber domado todas las pasiones que me tiranizan, ¡gran Dios! ¡cuál será mi destino!... Y si estas reflexiones no me mueven, ¡no podré acaso decir que nada hay mas deplorable que mi ceguedad y mi delirio? Solo me resta gemir amargamente sobre mi desgraciado porvenir. Bendecid, ¡oh mi Dios! la resolucion que á vuestros piés tomo: primero, de meditar con frecuencia los suplicios eternos de un sacerdote réprobo; segundo, de ha-

cer sin dilacion todos los sacrificios que exigís de mí, á fin de vivir en vuestra amistad, y evitar los terribles fuegos que me amenazan. ^{15 16 17}

1 Hebr. X, 31.

2 Matth. XXV, 41.

3 Luc. XIII, 27.

4 Matth. VII, 23.

5 Ibi erit fletus, et stridor dentium, cum videritis Abraham, et Isaac, et Jacob, et omnes prophetas in regno Dei, vos autem expelli foras. Luc. XIII, 28.

6 Deut. XXXII, 22.

7 Sap. XI, 17.

8 Apoc. XVIII, 7.

9 Luc. XVI, 24.

10 Matth. X, 28.

11 Isa. XIII, 11.

12 Judith. XVI, 21.

13 Matth. XXV, 46.

14 Apoc. XX, 10.

15 Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante? quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis? Isa. XXXIII, 14.

16 Si libidinis igne flagras, ignem illum oppone, atque hic confestim extinguetur et evanescet. S. Chrysost. hom. in Cor., c. 5.

17 Separari á Deo, hæc est tanta poena quantus ipse est Deus. S. Ag. I. 2, de Civ. Dei, c. 4.

MEDITACION

SOBRE LA RECOMPENSA DE LOS SACERDOTES EN EL CIELO.

Adoremus á Jesucristo, que promete en su santo Evangelio recompensas magnificas á los ministros de su santuario que hubieren enseñado y practicado su divina doctrina: *Qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.* Alabemos y demos gracias á Dios lleno de bondad, porque se muestra tan generoso hácia los que se consagran enteramente á su gloria y á su servicio. Procuremos hacernos dignos de la corona brillante que les prepara. Consideremos que en el cielo Dios será para nosotros; primero, el principio de toda verdad; segundo, la fuente de todo consuelo.

1. En la mansion de la gloria, los sacerdotes predestinados poseerán todos los conocimientos sin ningun estudio. Dios les descubrirá las verdades mas ocultas y los misterios mas profundos: *Deus in cœlo revelans mysteria.* ² Conocerán á Dios mismo con sus admirables atributos: *Vide-*

su Dios, que están casi constantemente al pié de

bimus eum sicuti est. ³ En este mundo trabajamos mucho y solo adquirimos conocimientos imperfectos; y lo que es mas afflictivo todavía, es que olvidamos pronto lo que con muchas penas y sudores hemos adquirido: en el cielo, al contrario, nada ignoraremos ni olvidaremos, nada, porque jamas perderemos de vista el rostro del Señor que nos descubrirá todas las verdades propias para satisfacer nuestro espíritu: *Dominus illuminabit illos.* ⁴ Regocijaos, pues, ministros del Señor, que mostrais una noble emulacion por el estudio. Regocijaos, porque cuanto mas amais, cuanto mas buscáis la sabiduría para hacérsela practicar un día á vuestros hermanos, tanto mas recibiréis en el cielo su plenitud: *Ipse dat sapientiam sapientibus, et scientiam intelligentibus disciplinam.* ⁵ ¡Oh! ¡cuán ampliamente seréis entonces indemnizados de las vigiliass y de todos los trabajos que os imponeis ahora para adquirir la ciencia de vuestro estado! En el cielo, dice San Agustin, el espíritu del hombre no conservará nada de humano, nada que resienta y que recuerde la debilidad y la ignorancia; reposando en el seno mismo de la divinidad, se identificará en cierto modo con la inmensidad de su ser: *Perit mens humana, et fit divina.* ⁶ Héle ahí, pues, como divinizado y rodeado de todo el brillo de la majestad de Dios, poseyendo en sí todos los conocimientos de que fuere capaz: *In lumine tuo videbimus lumen.* ⁷ Es verdad que todos los elegidos tendrán parte en estas luces; pero los ministros del santuario serán los mas favorecidos, así como no todos los astros del firmamento tienen igual resplandor, así tambien la ciencia de los ele-

gidos no será igual; la luz con que serán galardonados los ungidos del Señor, brillará con una claridad superior á la de los otros predestinados: *Alia claritas solis, alia claritas lunæ, alia claritas stellarum; stella enim differt à stellâ claritate.*⁸ Si en esta vida sentimos tan vivo gozo de poseer algunos conocimientos, ¡cuál será nuestra alegría en el cielo de poseerlos todos y en el grado mas eminente?

2. Consideremos que en el cielo Dios no solo quiere comunicarse á sus ministros como el principio de toda verdad, quiere ademas ser para ellos la fuente de todo consuelo; consuelo real y perfecto. ¡Oh! ¡cuánto gozo deben sentir los eclesiásticos al leer en los libros santos que el Señor se complacerá en el cielo en enjugar sus lágrimas, é indemnizarles de todos sus trabajos con los mas dulces goces! que derramará en su seno una medida de recompensa apretada, superabundante, colmada: *Misuram bonam, et confertam, et coagitatam, et superfluentem dabunt in sinum vestrum.*⁹ Les dirá: Habeis cifrado vuestras delicias en honrarme, servirme y hacerme glorificar por medio de un largo y penoso ministerio; habeis salvado esas almas que me son tan caras; con vuestro celo y vuestras caritativas predicaciones habeis extendido mi imperio en el mundo; quiero recompensaros hoy de una manera digna de mi infinita bondad: *Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium Domini tui.*¹⁰ Entraremos, pues, un día en esta gloria del Señor, y cuando gocemos de ella, nuestro entendimiento y nuestro corazón estarán

su Dios, que están casi constantemente al pié de

plenamente satisfechos. Hallaremos en ella la plenitud de la dicha, la plenitud del reposo, la plenitud del gozo: *Satiabor cum apparuerit gloria tua.*¹¹ Pero lo que colmará nuestra felicidad, es que nada será capaz de arrebatarnos la corona que nuestras virtudes habrán merecido. La recompensa del justo es inmutable; verá eternamente á Dios, le amará y le poseerá; la muerte no tendrá imperio alguno sobre él. *Iusti autem in perpetuum vivent.*¹² El reino de que acaba de tomar posesion durará tanto como Dios mismo: *Et regnum ejus, regnum sempiternum.*¹³ ¡Quién podría espresar el contento, el gozo, el arrobamiento de un sacerdote, que se ve trasportado para siempre á la celeste Sion! ¡Cuánto tengo que felicitarle hoy, esclama, de haber despreciado los bienes del siglo para buscar los de la eternidad! Si, como tantos otros, hubiera tenido la desgracia de sacrificar los tesoros de la gracia por las riquezas perecederas, como ellos tambien me hubiera perdido, pero me he salvado: *Benedicam Dominum qui tribuit mihi intellectum.*¹⁴ Yo os doy gracias ¡oh Dios mio! por haberme inspirado un generoso desprecio de los falsos encantos del mundo, para consagrarme enteramente á vuestro servicio. ¡Oh! ¡qué despreciable me parece la tierra cuando miro el cielo! *Quàm sordet terra, dum cælum aspicio.*¹⁵

A fin de alentarnos á la práctica de la virtud, tomemos la resolucion: primero, de pensar á menudo en la dicha del cielo; este pensamiento es un poderoso aguijon para determinarnos á hacer los mas grandes sacrificios por Dios: segundo, recordar que el Señor prepara á sus ministros un

trono mas elevado, una corona mas brillante que á los simples fieles.^{16 17}

- 1 Matth. V, 19.
- 2 Daniel II, 28.
- 3 I. Joan. III, 2.
- 4 Apoc. XXII, 5.
- 5 Dan. II, 22.
- 6 S. Aug.
- 7 Psal. XXXV, 10.
- 8 I. Cor. XV, 41.
- 9 Luc. VI, 38.
- 10 Matth. XXV, 23.
- 11 Psal. XVI, 15.
- 12 Sap. V, 16.
- 13 Dan. III, 100.
- 14 Psal. XV, 7.
- 15 S. Aug.

16 *Tunc justi fulgebunt sicut sol in regno patris eorum.* Matth. XIII, 43.

17 *Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis.—Sic enim abundanter ministrabitur vobis introitus in aeternum regnum Domini nostri.* II. Petr. I, 10-11.

su Dios, que están casi constantemente al pié de

XCI.

MEDITACION

SOBRE EL CORTO NUMERO DE LOS SACERDOTES
QUE SE SALVAN.

Adoremos á Dios, y temblemos al oír la respuesta de nuestro divino Salvador, al que le preguntaba si verdaderamente habria pocas almas que se salvarasen. Haced esfuerzos, se le dijo, para entrar por la puerta estrecha: *Contendite intrare per angustam portam*:¹ Porque yo os declaro que muchos procurarán entrar por ella y no podrán: *Quia multi querent intrare et non poterunt*.² Palabras terribles, capaces de helar de espanto á aquellos mismos que se ocupan seriamente de su propia salvacion y de la de los otros: meditémoslas con atencion á fin de que nos decidan á redoblar nuestros esfuerzos para nuestra santificacion. Examinemos hoy: primero, si es verdad que el número de los escogidos es corto, aun en el santuario; segundo, cuál puede ser la causa de esto.

1. Que aun en el santuario es pequeño el núme-

ro de los elegidos, es una verdad que Jesucristo, sabiduría eterna, nos asegura de la manera mas clara y mas formal: *Multi enim sunt vocati, pauci vero electi.*³ Y cuando el Salvador dice que el número de los elegidos es pequeño, no es por oposicion á los idólatras, á los judíos y á los fieles, sino con relacion á los que de una manera especial se consagraron á su servicio, que se ligaron en el estado mas santo y que se esfuerzan, aunque no cuanto deben, en marchar por el camino estrecho de la perfeccion; aun hablando de estos se verifica esta sentencia formidable del Hijo de Dios: *Pauci electi.*⁴ Porque cuando en otra parte dice: *Quam angusta porta et arcta via est quæ ducit ad vitam, et pauci sunt qui intram per eam,*⁵ no dirige la palabra tan solo á esa multitud de pueblo que le rodea, sino tambien á sus apóstoles que mas de cerca le seguian, y en sus personas á todos sus sucesores en el santo ministerio. San Agustin estaba tan convencido de ello, que con un sentimiento de terror esclama: *Nihil apud Deum miserius et tristius et damnabilius; item nihil esse in hac vitâ maximè hoc tempore difficilius, laboriosius, periculosius episcopi aut presbyteri, aut diaconi officio.*⁶ San Crisóstomo confirma la misma verdad, pero en términos tan terribles, que es imposible reflexionar en ellos sin llenarse de terror: *Non temerè dico, dice este Padre; sed ut affectus sum et sentio; non arbitror inter sacerdotes plurimos esse qui salvi fiant; sed multo plures qui pereant.*⁷ ¿Es posible que haya pocos elegidos entre los sacerdotes, entre los sacerdotes, digo, que cada dia se ocupan de su salud eterna, que oran, que meditan sin cesar la ley de

su Dios, que están casi constantemente al pié de los altares, que tan á menudo se alimentan con el Pan de los fuertes, que, en una palabra, tienen tantos medios de santificacion? Los pueblos nos miran como santos; ¡cuál será su sorpresa cuando un dia vean tan gran número de pastores entre los réprobos! Tambien nosotros debemos temer ser de este número; prevengamos esta desgracia, siguiendo el camino estrecho que conduce á la vida.^{8 9}

2. Consideremos cuál puede ser la causa del corto número de elegidos entre los ministros del santuario. Para ser salvo, es preciso haber conservado la inocencia ó haberla reparado con una penitencia digna y sincera; y como estas dos condiciones son muy raras, aun en el clero, se sigue de ahí que el número de los elegidos es muy corto entre los eclesiásticos. Y ¡cuál es el sacerdote que puede lisonjearse de haber conservado su inocencia bautismal? ¡Pasaron ya aquellos hermosos dias en que la Iglesia contaba entre sus hijos tan gran número de almas inocentes! Felices siglos, ¡qué ha sido de vosotros? Hoy, la licencia y el contagio son tan universales, que han penetrado hasta en el santuario: *Non est qui faciat bonum; non est usque ad unum.*¹⁰ Estos corazones jóvenes que el Señor se ha escogido, que ha colocado á la sombra de sus altares, que ha cultivado con tanto esmero, se han convertido en violadores de sus preceptos; son causa que su nombre sea blasfemado entre las naciones. En el dia no hay ninguno que se atreva á decir: "No siento en mí ninguna mancha, creo estar sin pecado." *Quis potest dicere: mundum est*

cor meum? purus sum à peccato? ¹¹ Pero si nada tenemos que esperar á título de inocencia, no nos resta mas que un solo recurso, el de la penitencia. En nuestro naufragio es la tabla felizmente dispuesta para conducirnos al puerto. Y ¿cuáles son los verdaderos penitentes entre los sacerdotes? Hallaréis mas, decia en otro tiempo San Ambrosio, que jamas hayan caído, de los que hallar podeis, que despues de su caída, se hayan levantado por medio de una sincera penitencia. Un verdadero penitente reconoce gimiendo su pecado, lo confiesa, lo llora, y maldice mil veces el dia que fué testigo de sus desórdenes; no mira su cuerpo sino como un enemigo que es preciso debilitar, un rebelde que es preciso domar, un esclavo indócil que es preciso reducir y tratar duramente para hacerlo doblegarse. Y ¿son muchos los penitentes de esta clase? ¿osaríamos lisonjearnos de ser de ese número? ¿hemos llorado nuestros pecados? ¿los hemos expiado con saludables y piadosas austeridades? ¿cuáles son nuestras buenas obras? ¿qué hemos hecho hasta ahora que se parezca al ayuno y á las maceraciones de tantos penitentes santos? ¡Ay de mí! sorportamos tal vez con pesar el penoso yugo de la cruz del Salvador. Lejos de imponernos penitencias voluntarias, alejamos todo lo que puede contrariar nuestras comodidades, nuestros gustos y nuestras inclinaciones; segun esto ¿pudieramos decir que somos verdaderos penitentes? ¿Y cómo contar entonces con nuestra predestinacion? Tomemos la resolucíon: primero, de alentarnos con el pensamiento del corto número de elegidos para trabajar con mas celo en nues-

tra santificacíon; segundo, de recordar que, por pequeño que sea el número de los sacerdotes salvos, podemos ser de este número, si somos fieles á nuestros deberes. ^{12 13}

1 Luc. XIII, 24.

2 Ibid.

3 Matth. XX, 16.

4 Ibid.

5 Ibid. VII, 14.

6 Ep. 148, ad Valerium.

7 Hom. 3, in acta.

8 Beatus homo, qui semper est pavidus. Prov. XXVIII, 14.

9 Nescit homo, utrum amore, an odio dignus fit, sed omnia in futurum servantur incerta. Eccl. IX, 1-2.

10 Psal. XIII, 1.

11 Prov. XX, 9.

12 Vix reperitur unus aut alter qui in toto corde suo Dominum quaerat.... Dom. Barth. de martyrs., post., c. 6.

13 Domine salva nos, perimus. Matth. VIII, 25.

MEDITACIONES

PARA EL PRINCIPIO Y FIN DE LOS EJERCICIOS.

XCII.

SOBRE LA IMPORTANCIA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Adoremos á Jesucristo y démosle humildes agradecimientos por haberse dignado instruirnos y animarnos con su divino ejemplo, retirándose al desierto para entregarse á la oracion y penitencia antes de ejercer su ministerio público. No teniendo el Hijo de Dios necesidad de ese retiro, pues que era la santidad misma é inaccesible á la disipacion, debemos creer que solo quiso enseñarnos: que si su Divina Majestad se separó de los hombres, escogiendo la soledad y el silencio para conversar con su Eterno Padre, fué solo para que nosotros conociésemos la importancia del retiro espiritual por algunos dias. Consideremos, pues, primero: cuán necesario es á los eclesiásticos este

retiro; segundo, cuál es su objeto; tercero, cuáles los medios de hacerlo bien.

1. En la soledad y el silencio, lejos de la comunicacion con el mundo, es donde el Señor se digna hablar al corazon: *Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.*¹ Allí es donde callando las criaturas que aturden á nuestra alma, y cesando el estrépito de los negocios que nos disipan, se deja oír la voz de nuestro Dios; y, concentrándose nuestras facultades mentales para ocuparse del gran negocio de la eternidad: las verdades eternas hacen una fuerte impresion en nuestra alma y la despiertan de su letargo. Allí conoce y siente el ministro de Dios la vanidad de las satisfacciones humanas y la importancia de los bienes eternos, la alta dignidad de su estado y la santidad que requiere, la sublimidad de las funciones sacerdotales y la pureza que exigen del sacerdote. Comparando las eminentes virtudes que le son tan necesarias con su vida pasada, humíllase, confúndese el alma, se compunge y llora sus extravíos ó infidelidades, resuélvese á llevar una vida mas sacerdotal. Por eso los santos sacerdotes han practicado y recomendado tanto los santos ejercicios. Tales son: San Carlos Borromeo y San Francisco de Sales, San Ignacio de Loyola, San Vicente de Paul y San Alfonso Liguorio. Estos últimos, no solo los practicaron y prescribieron á sus hijos, como una obligacion que indispensablemente debian cumplir cada año, sino que el primero fué á quien Dios escogió para ser el órgano por quien dió al mundo este medio eficazísimo de salvacion, y el segundo fué quien primero hizo una admirable aplicacion de

ellos á los deberes y virtudes de los eclesiásticos. A los ejercicios deben su salvacion y aun su santificacion innumerables almas. Por ellos se ha introducido la reforma, el fervor y la observancia en muchas comunidades religiosas. ¿Quién es el eclesiástico que en las luchas que debe sostener diariamente contra las potestades del infierno, contra la carne y contra el mundo, ya no solo como un simple soldado, sino como gefe en la milicia de Jesucristo, puede gloriarse de salir siempre intacto, de manera que no necesite el reposo de los santos ejercicios para curar allí sus heridas, cobrar nueva fuerza y nuevo brío, y salir al combate mejor escudado y armado con la fé, la oracion, la vigilancia y la mortificacion? Si teneis que elegir estado, vuestro deber de aprovechar los santos ejercicios es mucho mayor. De ellos depende el acierto en vuestra vocacion y por consiguiente vuestra eternidad. Por lo menos, por ellos podeis acabar de prepararos para recibir los sagrados órdenes con santas disposiciones. Quanto estas sean mejores, tanto mas abundante será la efusion del Espíritu de Dios en vuestra alma. ¡Oh cuánto importa recibir esta primera gracia de estado con un corazon fervorosísimo!

2. El objeto de los santos ejercicios no se reduce á tener mas oracion, mas lecturas, mas recogimiento y mas abstraccion de las criaturas. Todas estas cosas, aunque muy buenas, no son el fin, son medios solamente. El fin es la reforma de la vida. Debemos estudiarnos, examinarnos delante de Dios, sondear nuestras disposiciones y procurar conocer cuál es la materia mas ordinaria de

nuestras confesiones, cuáles las inclinaciones viciosas que mas nos dominan, cuáles las que mas han impedido nuestro adelanto en la virtud, cuáles las virtudes que mas necesitamos, atendidas las circunstancias particulares de nuestro estado, nuestro empleo, nuestro carácter, &c. Debemos en seguida meditar el plan de vida que entenderemos exigir Dios de nosotros y tomar resoluciones que tiendan á este objeto. Debemos prever las dificultades que probablemente encontraremos y escogitar los medios de vencerlas.

3. Para sacar este fruto de los santos ejercicios, debemos ante todas cosas penetrarnos bien de su importancia y necesidad, cortar absolutamente toda comunicacion que no sea con nuestro confesor ó director de los ejercicios; hacer á un lado todos los negocios por importantes que sean; guardar un estricto silencio, una grande modestia en la vista, no traer á la memoria recuerdos estraños al negocio de nuestra alma, no leer materias ajenas de las meditaciones que corresponden al dia. Debemos procurar una escrupulosa exactitud en las distribuciones, una grande atencion á las lecturas ó pláticas, una generosa resolucion de corresponder á las divinas inspiraciones, una laboriosa y constante aplicacion á la meditacion, que es el alma de los ejercicios. Una lectura descuidada, una meditacion perdida, una verdad desatendida en la plática, podria ser causa de inutilizar el medio mas eficaz que Dios en su misericordia nos habia concedido para darnos de veras á Dios. Debemos, en fin, al pasar de una distribucion á otra, reanimar nuestro fervor y nuestro celo por nuestro aprove-

chamamiento, elevar nuestro corazon á Dios invocando su auxilio y ofreciéndole nuestros ejercicios.

1 Osee. II, 14.

NOTA.—En caso de hacer privadamente los ejercicios, debe mirarse como cosa de la mayor importancia el orden de las meditaciones. Ese orden, mas aún que las meditaciones mismas, debe mirarse en el libro de San Ignacio como divino. Aunque no debe ser enteramente el mismo para los eclesiásticos, porque tampoco son las mismas las meditaciones, débese, no obstante, guardar hasta donde sea posible; y en lo que haya de diferencia, se debe consultar á un director práctico. Cuando las meditaciones van ordenadas, de manera que unas lleven á otras, y las postreras hagan mas fuerte y profunda la impresion que hicieron las primeras, entonces, todas forman como un solo cuerpo irresistible que arranca al alma de sus pecados y aun de sus hábitos. Meditar aisladamente las verdades eternas sin relacionarlas, es disminuir mucho su eficacia.

Como la base de nuestra perfeccion es la limpieza de conciencia, es muy loable y á veces necesaria la confesion general, á lo menos de todo el tiempo trascurrido desde la última confesion general.

XCIII.

SOBRE LA PERSEVERANCIA EN LA PRACTICA DEL BIEN.

Jesucristo nos asegura que solamente los que perseveran hasta el fin serán salvos: *Qui autem perseveraverit usque in finem hic salvus erit.*¹ Adoremos á este Maestro celestial y démosle humildes gracias por esta revelacion importantísima. Pidámosle gracia para hacer fructuosamente esta meditacion, que debe poner el sello á nuestras santas resoluciones; pidámosle que penetre nuestro corazon de la necesidad de perseverar, y que nos haga conocer los medios mas eficaces para tener esta dicha. Consideremos, pues: primero, cuánto nos importa perseverar; segundo, cuáles las dificultades que debemos vencer, y tercero, los medios que hemos de emplear para conseguirlo.

1. El corazon se siente desmayado, vacila la esperanza, cuando se considera que muchos eclesiásticos comenzaron con fervor la carrera de su ministerio; sentian el calor inefable del amor á

Jesucristo cuando celebraban los santos misterios; su corazón se inflamaba pronunciando las afectuosas alabanzas del Rey profeta; eran, en fin, un objeto de edificación en el templo, y la honra del sacerdocio fuera de él: pero se descuidaron, se entibiaron, cayeron, escandalizaron, no perseveraron, se perdieron!.... Otros hubo que volviendo sobre sí, gracias á una mirada de misericordia del Señor, y asidos fuertemente de María, hicieron estos mismos ejercicios que hemos hecho; se levantaron de sus desórdenes, formaron un plan de vida, tal vez mas prudente y mejor meditado que el que hemos formado; salieron de este mismo retiro, animosos y resueltos á darse á Dios. ¡ya están condenados!.... ¿Por qué? porque no perseveraron. Sí, porque la inconstancia en el bien obrar es un signo fatal de reprobación. El que no persevera, disipa el precioso depósito de santos afectos, luces, resoluciones y otras mil gracias que Dios le concede. Es un ingrato, y dará estrecha cuenta de ese tesoro. El que no persevera, peca con mayor malicia, pues que peca, no obstante las luces que aquí recibe; peca con mas ingratitud, porque ofende á un Dios que ya le habia perdonado y le habia hecho sentir los efectos de su dulcísima misericordia. El que no persevera, da motivo para que Dios le retire sus auxilios, desvirtúa en perjuicio propio la eficacia de las verdades eternas, puesto que peca aun despues de haberlas meditado; hace al demonio mas atrevido y mas resuelto á combatirlo. El mayor mérito de la virtud consiste en la perseverancia; porque ésta exige grande paciencia, grande fortaleza y grande espi-

ritu de mortificación.² Es mas fácil, por ejemplo, hacer diez ayunos á pan y agua, que guardar toda la vida una exacta templanza; es mas fácil hacer por un mes cinco horas diarias de oración, que una media hora todos los dias sin omitirla jamas. Por amor de esta perseverancia, muchos santos decian: "que mas querian una virtud mediana, asegurada en el seno de una comunidad edificante, que una santidad heroica entre las vicisitudes y peligros del siglo." Importa, pues, sobremanera perseverar.

2. Consideremos que el demonio, el mundo, la carne, todo va á rebelarse contra nosotros para impedir que perseveremos. Poco se le da al demonio de nuestro nuevo plan de vida; mejor diré, se rie de nuestras resoluciones, si advierte que, por no ser sólidas, no perseveraremos. Pero aunque estén bien fundadas, él estará como leon rugiente dando vueltas, asechándonos para devorarnos; él es la antigua serpiente que nos tenia como su presa. Ahora que nos hemos escapado, está furioso y procurará recobrarnos. El mundo está lleno de escándalos; se encuentran mil casos en que quiere, so pena de escarnecernos como hipócritas ó estravagantes, que amemos lo que él ama, que tomemos parte en sus infames divertimientos, que aprobemos sus crueles murmuraciones, que pensemos como él piensa. Encontraremos estos peligros aun entre muchos falsos devotos, que todo son, menos verdaderos cristianos, porque no tienen su espíritu, son unos fieles bastardos que quieren derribar el muro de bronce que Jesucristo puso entre el mundo y sus verdaderos discípulos. Nuestros mis-

mos compañeros, es decir, otros ministros de Dios, figurarán á veces entre estos fantasmas de cristianos. Huyamos de ellos, y huyamos, aun mas, de los ataques de la carne. El espíritu impuro no respeta nuestras sagradas personas, antes bien, las ataca con tanta mayor fuerza y tenacidad, cuanto vale para él mas derribar á un ministro de Dios que á un simple fiel. Desdichados de nosotros si no tememos, si no temblamos, si no desconfiamos de nosotros. Huid, huid, huid, ministros sagrados, huid la presencia innecesaria de las mujeres. No os fieis de vuestra virtud ni de la de ellas.

3. Nada debemos temer mientras el Señor esté de nuestra parte, y lo estará mientras hagamos diariamente, á lo menos, media hora de oracion mental. Para encontrar facilidad y aun gusto en ella, amemos el retiro y el silencio. Uno de los mayores peligros de los eclesiásticos jóvenes, principalmente si tienen algunos talentos, es la vanidad, ese funesto deseo de llamar la atencion, de adquirirse nombre, los hace salir de su retiro, hacerse cargo de mas sermones y negocios que los compatibles con el recogimiento y la exactitud en el oficio divino, la preparacion para celebrar, la oracion mental, &c. Gustemos, pues, de ser ignorados, desconocidos, despreciados. Entreguémonos al estudio y á la oracion. Si Dios se digna valerse de nosotros para algo de importancia, sea Él y no nuestra ambicion quien nos saque de nuestra amada oscuridad. A mas de la oracion, el retiro, el estudio y la humildad, debemos valernos de la frecuente confesion, las visitas al Santísimo Sacramento y los consejos de un director espiritual que

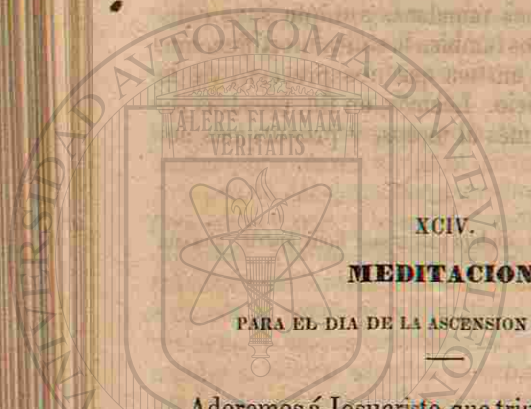
nuestros corazones no sabrán elevarse al cielo, ni

por su ciencia, su celo y su caridad nos inspire absoluta confianza. Evitemos el tratar sin necesidad con personas mundanas aunque sean eclesiásticas. Amemos tambien la santa mortificacion, pues es la mirra mística que nos preserva de la corrupcion del vicio. Leamos, en fin, nuestras resoluciones cada mes al menos, y procuremos ser fieles á ellas.

1 Matth.

2 Iis quidem qui secundum patientiam boni operis, gloriam et honorem. Rom. II, 7.

mos compañeros, es decir, otros ministros de Dios,



PARA EL DÍA DE LA ASCENSION DEL SEÑOR.

Adoremos á Jesucristo, que triunfante y glorioso subió al cielo, para tomar posesion del reino que por sus padecimientos habia conquistado; ¹ para ser allí nuestro abogado, ² mediante sus llagas adorables, que como otras tantas bocas elocuentísimas defienden nuestra causa; para prepararnos, en fin, las sillas que un día ocuparemos. ³ Consideremos que con motivo de la Ascension de Jesucristo al cielo, debe llenarse nuestro corazon de un santo entusiasmo: primero, por la gloria con que el Padre celestial glorifica á su Hijo; segundo, por los bienes que por ella nos vienen.

1. Jesucristo es nuestro Dios, es el amorosísimo Salvador que á costa de inmensos sacrificios, fatigas, lágrimas, á precio de su sangre y de su vida, nos libró de la muerte eterna. No es esto todo: ha llevado su generosidad y su ternura hasta obrar la mas estupenda de las maravillas, para quedarse

nuestros corazones no sabrán elevarse al cielo, ni

en este miserable globo que pisamos, en nuestra patria misma, en el lugar de nuestra residencia. Nos ha confiado sus mas preciosos intereses. Estas almas que á tan alto precio redimió, las ha confiado á sus sacerdotes, ha puesto en sus manos los sacramentos, y, sobre todo, les ha entregado su propio cuerpo y sangre preciosísima. Mas aún: los ha hecho sus amigos y confidentes: *Jam non dicam vos servos sed amicos quia omnia cognovistis quæ operatus sum in medio vestri.* ⁴ ¿Cómo, pues, podemos ser insensibles á la gloria de este amigo, ardiente y generoso amador del sacerdote? ¿Cómo no hemos de sentir una alegría mayor que si esa gloria fuera nuestra? ¿Cómo no derramar ardientes lágrimas de amor y regocijo? Asistamos en espíritu á ese espectáculo tierno y magníficamente glorioso; incorporémonos con esos discípulos, de quienes ya se despide Jesus. Contemplemos los sentimientos de su corazon al separarse de sus hijos, oigamos y meditemos sus palabras: *Ego vobiscum sum usque ad consumationem sæculi* ⁵ *non reliquam vos orphanos veniam ad vos.* ⁶ En efecto, Jesus no sube contento, sino despues de haber asegurado su permanencia sobre la tierra en el sacramento de su amor. Satisfecha ya la ternura de su amor, levántase majestuosamente de la tierra, dándonos su bendicion: millones de ángeles, escuadrones brillantes de almas rescatadas, formanse en la carrera triunfal del vencedor de la muerte. Venid, ministros de Jesucristo; venid á secundar los aplausos, venid á victorear á vuestro Rey: *Omnes gentes plaudite manibus, jubilate Deo in voce exultationis.* ⁷ Una argentada nube viene

mos compañeros, es decir, otros ministros de Dios,

442

á honrarse bajo los piés del Salvador del mundo, iluminase la celeste fachada del palacio eterno con millones de astros mas bellos y brillantes que el sol: abrios puertas eternas, dad paso al Rey de la gloria.⁸ Jesus entra á la celestial Jerusalem, donde su Padre lo felicita y dice: "Siéntate á mi derecha, mientras que derribando yo á todos tus enemigos, los pongo bajo tus piés para que te sirvan de estrado."⁹ Justo es, ¡oh Jesus amabilísimo! oh el mas tierno y generoso de los amigos! que vuestros inmensos trabajos sean recompensados. Si reínad eternamente sentado á la diestra de vuestro Padre; subyugad á vuestros enemigos; y, sobre todo, os suplico reineis enteramente en mi corazón.¹⁰

2. Consideremos que Jesucristo no solo sube al cielo para su propia gloria, sino que sube igualmente para nuestro bien; para asegurar nuestra esperanza de poseer el cielo;¹¹ para prepararnos los brillantes tronos que un día ocuparemos;¹² para enviarnos al Espíritu consolador;¹³ para honrar nuestra pobre naturaleza, colocando su humanidad sacratísima sobre todos los coros y gerarquías angélicas,¹⁴ y sube, en fin, para ser allí nuestro abogado.¹⁵ Tales son los principales bienes que este gran misterio trae á nuestras almas. Nosotros no sabremos estimarlos, sino á proporcion que no despreciéremos de este mundo miserable. Jesucristo, elevándose al cielo delante de sus discípulos, ha querido llevarse consigo nuestros afectos, nuestros deseos y nuestro anhelo. Allí donde Jesus está, allí permanezcan nuestros pensamientos, nuestro amor, allí nuestras aspiraciones.¹⁶ Pero

nuestros corazones no sabrán elevarse al cielo, ni suspirar por aquellas sillas de oro que Jesus nos prepara, ni aun querrán salir de este tristísimo destierro, si no se desprenden de todos los bienes transitorios del siglo, si no se purifican de sus aficiones terrenas.¹⁷ Una sola aficion no vencida, bastará para subyugar nuestro corazón, lo encadenará y no lo dejará elevarse á Dios.¹⁸ Sacerdotes tibios, vosotros no sabréis extasiaros en la contemplacion de esa perspectiva grandiosa, de esos goces inefables, de ese infinito y eterno galardón que Jesus os promete, mientras volvais vuestras miradas al siglo, suspirando por sus deleites, sus riquezas, sus pompas y sus honras.

¡Jesucristo! Rey eterno de los siglos, romped estas cadenas vergonzosas que apegan mi corazón á objetos tan indignos, por mas encantadores que el mundo los presente. Haced, Dios mio, que no ame otra grandeza, ni otros goces que la sublime dignidad de mi estado, las delicias de vuestro amor, padecer y ser despreciado por vuestro nombre, para reinar con vos en el cielo.¹⁹

1 Nonne hæc oportuit Christum pati, et ita intrare in gloriam suam? Luc. XXIV.

2 Sed et si quis peccaverit, Advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum. I. Joan. II, 1.

3 In domo Patris mei mansiones multe sunt. Si quo minus, dixissem vobis, quia vado parare vobis locum. Et si abiero, et preparavero vobis locum, iterum venio, et accipiam vos ad me ipsum, ut ubi sum ego et vos sitis. Joan. XIV, 2 et 3.

4 Pontif. Rom. et Joan. XV, 15.

5 Matth. XXVIII, 20.

6 Joann. XIV, 18.

7 Psal. XLVI, 1.

8 Attollite portas, principes, vestras, et elevamini, portæ æter-

nales, et introibit rex gloriæ. Quis est iste rex gloriæ? Dominus fortis et potens, Dominus potens in prælio Psal. XXIII, 7 et 8.

9 Dixit Dominus Domino meo: sede à dextris meis: donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum. Psal. CIX, 1.

10 Adveniant regnum tuum. VI, 10.

11 Hodie enim non solum paradisi possessores firmati sumus, sed etiam cælorum in Christo superna penetravimus, amplius adepti per ineffabilem Christi gratiam, quam per diaboli amiseramus invidiam. S. Leon. serm. 1 de Ascen. Dom.

12 Joann. XIV, 2 et 3 ut supra.

13 Sed ego veritatem dico vobis: expedit vobis ut ego vadam; si enim non abiero, Paracletus non veniet ad vos; si autem abiero, mittam eum ad vos. XVI, 7.

14 Et reuera magna et ineffabilis erat causa gaudendi, cum in conspectu sanctæ multitudinis super omnem creaturarum cælestium dignitatem humani generis natura conscenderet, supergressura Angelicos ordines, et ultra Archangelorum altitudines elevanda. S. Leo. Ibid.

15 I. Joann. ut supra.

16 Si ergo rectè, si fideliter, si devotè, si sanctè, si piè Ascensionem Domini celebramus, ascendamus cum illo, et sursum corda habeamus. S. Aug. serm. 175 de temp.

17 Deum videre vis? Audi ipsum: Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt. Prius ergo cogita de corde mundando; quidquid ibi vides quod displicet Deo, tolle. S. Aug. Ibid.

18 Et ideo si post medicum desideramus ascendere, debemus vitia et peccata depõnere. Omnes enim quasi quibusdam compedibus nos premunt, et peccatorum nos retibus ligare contendunt. S. Aug. Ibid.

19 Si compatimur, et conglorificabimur. Certa atque segura est expectatio promissæ beatitudinis, ubi est participatio Domine passionis. S. Leo. serm. 9 de Quadrag.

XCV.

MEDITACION

PARA EL DIA DE LA PROCESION DEL CORPUS-CHRISTI.

Corramos hoy á nuestros santos templos, reunámonos á las almas mas fervientes, y preparémonos á formar el cortejo del Rey de los reyes, que quiere presentarse á su pueblo con el mayor brillo y pompa posibles para recoger sus votos y sus homenajes. Alabemos, bendigamos, celebremos con cánticos de alegría y regocijo, no ya al rey Salomon ceñida la diadema, sino al Soberano del universo coronado de esplendor y de gloria: *Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in æternum misericordia ejus.* ¹ Consideremos: primero, cuán honroso es para el Hijo de Dios el triunfo que la Iglesia le prepara; segundo, qué parte deben tomar en él sus levitas.

La Iglesia, deudora á Jesucristo de un sacramento en que están contenidas todas las riquezas de la gracia y en que reside corporalmente la plenitud de la divinidad misma, no quiere que sea un

nales, et introibit rex gloriæ. Quis est iste rex gloriæ? Dominus fortis et potens, Dominus potens in prælio Psal. XXIII, 7 et 8.

9 Dixit Dominus Domino meo: sede à dextris meis: donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum. Psal. CIX, 1.

10 Adveniant regnum tuum. VI, 10.

11 Hodie enim non solum paradisi possessores firmati sumus, sed etiam cælorum in Christo superna penetravimus, amplius adepti per ineffabilem Christi gratiam, quam per diaboli amiseramus invidiam. S. Leon. serm. 1 de Ascen. Dom.

12 Joann. XIV, 2 et 3 ut supra.

13 Sed ego veritatem dico vobis: expedit vobis ut ego vadam; si enim non abiero, Paracletus non veniet ad vos; si autem abiero, mittam eum ad vos. XVI, 7.

14 Et reuera magna et ineffabilis erat causa gaudendi, cum in conspectu sanctæ multitudinis super omnem creaturarum celestium dignitatem humani generis natura conscenderet, supergressura Angelicos ordines, et ultra Archangelorum altitudines elevanda. S. Leo. Ibid.

15 I. Joann. ut supra.

16 Si ergo rectè, si fideliter, si devotè, si sanctè, si piè Ascensionem Domini celebramus, ascendamus cum illo, et sursum corda habeamus. S. Aug. serm. 175 de temp.

17 Deum videre vis? Audi ipsum: Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt. Prius ergo cogita de corde mundando; quidquid ibi vides quod displicet Deo, tolle. S. Aug. Ibid.

18 Et ideo si post medicum desideramus ascendere, debemus vitia et peccata depõnere. Omnes enim quasi quibusdam compedibus nos premunt, et peccatorum nos retibus ligare contendunt. S. Aug. Ibid.

19 Si compatimur, et conglorificabimur. Certa atque segura est expectatio promissæ beatitudinis, ubi est participatio Domine passionis. S. Leo. serm. 9 de Quadrag.

XCV.

MEDITACION

PARA EL DIA DE LA PROCESION DEL CORPUS-CHRISTI.

Corramos hoy á nuestros santos templos, reunámonos á las almas mas fervientes, y preparémonos á formar el cortejo del Rey de los reyes, que quiere presentarse á su pueblo con el mayor brillo y pompa posibles para recoger sus votos y sus homenajes. Alabemos, bendigamos, celebremos con cánticos de alegría y regocijo, no ya al rey Salomon ceñida la diadema, sino al Soberano del universo coronado de esplendor y de gloria: *Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in æternum misericordia ejus.* ¹ Consideremos: primero, cuán honroso es para el Hijo de Dios el triunfo que la Iglesia le prepara; segundo, qué parte deben tomar en él sus levitas.

La Iglesia, deudora á Jesucristo de un sacramento en que están contenidas todas las riquezas de la gracia y en que reside corporalmente la plenitud de la divinidad misma, no quiere que sea un

tesoro escondido. Sensible al amor y á la infinita liberalidad del Dios que así la ha recompensado quiere por esto tributarle el debido homenaje; y á este fin, invita á sus ministros y á todos sus hijos á disponer el triunfo de su Divino Esposo; y sirviéndose de las palabras del Rey profeta, les dice con los acentos de la mas acendrada gratitud: *Omnis terra adoret te, et psallat tibi; psalmum dicat nomini tuo, venite, et videte opera Dei.* ² Ya en los templos y por donde quiera preparase todos los sacerdotes están reunidos en el santuario y prontos á ejercer sus funciones; las calles están alfombradas de flores, las casas compuestas y adornadas, los altares erigidos en el tránsito para recibir al Señor y en cierto modo servirle de reposo. Por último, se ha dado la señal; entonces parte de su templo este Dios triunfante; como sumo Sacerdote y Pontífice soberano está en medio de sus ministros, y como Rey de los cielos y la tierra camina bajo palio; se le ofrece incienso, y lo recibe como Hijo de Dios y como Dios mismo; oýese, además, el ruido de las armas que le honran como vencedor del mundo. ¡Qué de voces se levantan para celebrar su nombre y exaltarle! ¡qué de cánticos de alabanza, y qué de armoniosos conciertos! ¡qué de bendiciones! ¡qué de adoraciones! A su presencia todo se humilla, todo se postra. ¡Qué triunfo tan bello! ¡qué sorprendente! El Padre celeste se regocija por él; los ángeles en un santo arrobamiento acuden presurosos para tomar parte en la alegría pública, todos los coros de los bienaventurados aplauden y hacen rebosar su gozo prorumpiendo en himnos al Santo de los santos.

líimo Jesus, ¡podré negarle el tributo de mis ho-

En medio de este concierto de alabanzas y de homenajes, ¿cuál de entre nosotros podría permanecer indiferente? Agolpémonos solícitos alrededor del trono del Dios de caridad; juntemos nuestras voces á los cantares de los ángeles, y abundando en sentimientos de la mas viva confianza, digamos: *Excita cor meum in te, et à gravi corpore exure; visita me in salutari meo, ad gustandum in spiritu suavitatem tuam, et quæ in hoc sacramento, tanquam in fonte, plenariè latet.* ³ Digamos también con David que, lleno de un espíritu profético, parece celebrar de antemano el triunfo del Verbo hecho hombre: *Venite, exultemus Domino, jubimus Deo salutari nostro, præoccupemus faciem ejus in confessione, et in psalmis jubilemus ei.* ⁴

2. Consideremos que esta pomposa solemnidad en que Jesucristo triunfa con tanto esplendor, debe inspirarnos una veneracion profunda, una devocion tierna, y un consuelo del todo santo y divino. Primero, veneracion profunda. Cuando uno es espectador de tan pomposo y tan magnífico espectáculo; cuando se ve todo un pueblo humillado y postrado; cuando es testigo de la solitud de toda una parroquia ó de una ciudad que no piensa sino en manifestar su celo y tributar sus homenajes á su soberano y á su Dios, ¿podriase permanecer insensible á tantos votos y homenajes? ¡Ah! la vista de todo un pueblo penetrado de un religioso respeto ha de reanimar nuestra fé, recoger nuestra alma é invitarnos, y aun hacernos en cierto modo violencia á inclinarnos con él ante la Divina Majestad, y á mantenernos en su terrible presencia en un sentimiento de temor y de temblor: *Idèoque*

tesoro escondido. Sensible al amor y á la infinita

cum timore et reverentiâ ad hoc opus est accedendum. ⁵ Cuán culpables son, pues, esos eclesiásticos que, durante una ceremonia tan augusta, olvidando á Jesucristo, único objeto de esta solemnidad, como uno de tantos mundanos y con grande escándalo de los fieles, pasean sus curiosas miradas sobre toda clase de personas, no teniendo otra ambicion que ver ó ser vistos, presentándose en un público que se asombra de su aire de dissipacion; no fijando quizás ni una sola vez su vista y su atencion sobre Jesus, que no aparece en medio de nosotros sino para bendecirnos y colmarnos de sus mas preciosos dones. Segundo, de este sentimiento de respeto y de veneracion que inspira la ceremonia de este dia, derivan necesariamente sentimientos interiores de amor y de devocion. A vista de la caridad de un Dios que se abate hasta nosotros, ¡cuál es el corazon que no se inflamaria de repente, y que, como el del Rey profeta, no se convertiria en puro fuego! *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivunt.* ⁶ ¡Ay de mí! tal vez en esta marcha triunfal de nuestro Dios, somos los únicos á quienes la divina gracia no ha movido, y que quedamos fríos é indiferentes; gimamos por nuestra insensibilidad, y roguemos al Dios de majestad se digne darnos hoy la uncion de una tierna piedad. Tercero, esta augusta ceremonia debe, en fin, hacernos experimentar un consuelo del todo santo y divino. ¡Qué trasporte de gozo debió sentir Magdalena cuando, despues de la resurreccion, vió á su Maestro y Salvador glorioso y triunfante de la muerte! Corrió á él, arrojóse á sus piés, y le dió mil testimonios

de amor. ¡Cómo Jesús no podrá negarle el tributo de mis ho-

de respeto y de amor. Tales son los sentimientos de alegría de que está penetrada el alma de un sacerdote que ama á Jesucristo. Al verle llevar con honor y recibir los homenajes de todo un pueblo que se agolpa alrededor de su trono de misericordia, complácese en acompañar á este amable Salvador cuyos pasos todos van siempre marcados con beneficios: *Qui pertransiit benefaciendo.* ⁷ Celebra su grandeza y su bondad con himnos y cánticos de alabanza. Se tiene por feliz con poder contribuir á su gloria en la tierra, á fin de merecer triunfar con él en el cielo: *Laudo te, Deus meus, et exalto in æternum. ecce tu venis ad me, tu vis esse mecum.* ⁸

1 Psal. CXXXV, 1.

2 Psal. LXV, 4-5.

3 Imit. c. 4.

4 Psal. XCIV, 1-2.

5 Imit. c. 5.

6 Psal. LXXXIII, 3.

7 Act. X, 38.

8 Imit. l. 4, c. 2.

tesoro escondido. Sensible al amor y á la infinita

XCVI.

MEDITACION

PARA EL DIA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Reunamos hoy todos los coros de los ángeles; postrémonos con ellos delante del Sagrado Corazon de Jesus; adorémoslo inmolado, sacrificado por nuestra salud; no vive, no respira sino para nosotros; merece que le bendigan y den gracias todas las naciones de la tierra. Nosotros los ministros del santuario, somos por quienes tiene un amor mas ardiente y mas tierno; nosotros quienes debemos rendirle homenajes mas profundos y sinceros. La Iglesia nos invita á rendirle estos homenajes, y el reconocimiento nos lo exige como un deber: *Cor Jesu charitatis victimam venite adoremus.*¹ Consideremos: primero, las sublimes perfecciones de este Corazon adorable; segundo, la estension de los homenajes que merece.

1. Segun la idea y la espresion del Apóstol, el Sagrado Corazon de Jesus es soberanamente grande en todas líneas, bajo todos respectos: *Ut possi-*

leimo Jesus, no podré negarle el tributo de mis ho-

451

*tis comprehendere cum omnibus sanctis, quæ sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum.*² Sublimidad de su sér, estension de sus perfecciones, profundidad de su caridad, tres caracteres de elevacion y de grandeza. Primero, sublimidad de su sér. Vástago maravilloso de Jessé, fruto milagroso de la mas pura de las vírgenes, ese Corazon sagrado está formado de la sangre de los patriarcas, de los profetas, de los reyes de Judá. Es imágen perfecta de la sustancia de Dios Padre; el objeto de todas sus complacencias, el santuario de la divinidad que reside en él de la manera mas inefable; el hombre no puede referirlo, á él solo pertenece comprenderlo y esplicarlo: *Generationem ejus quis enarrabit.*³ Segundo, la estension de sus perfecciones es proporcionada á la elevacion de su sér. Inaccesible al pecado, exento de todas las flaquezas humanas, es fuente de toda santidad y justicia; obra maestra de la Sabiduría divina, posee en sí la plenitud de los dones de Dios; en él se ocultan los tesoros de todas las virtudes y de todas las ciencias; es un conjunto portentoso de perfecciones, de bondad y misericordia; es el Sol de justicia que alumbra á todo el género humano; de esta fuente inagotable fluyen constantemente rios caudalosos de gracias que riegan, fecundizan, fortifican y consuelan: *Bonus Thesaurus bona margarita cor tuum bone Jesu, labo omnia et comparabo mihi.*⁴ En fin, grandeza de amor del Corazon de Jesus hácia nosotros. Tercero, no vive, no respira, por decirlo así, sino para darnos cada dia pruebas de su ternura. Pero particularmente sobre el Calvario es donde mas brilla su caridad, allí donde se

tesoro escondido. Sensible al amor y á la infinita

le ve abierto para recibírnos, y donde vierte su sangre adorable para lavarnos y salvarnos. ¡Ah! si nos fuera dado penetrar en ese corazon divino, veríamos todo lo que experimenta, todo lo que desea para nuestra felicidad; seríamos testigos de esas llamas inmensas de amor al hombre en que se abrasa. Tal es el grande objeto que la Iglesia propone á nuestro culto. ¿Podríamos permanecer indiferentes? Ella invita á todos sus hijos para que vengan á tributar sus homenajes á este divino Corazon; pero invita de una manera aun mas apremiante á sus ministros para que vengan á alabarle y bendecirlo. Rindámonos á sus deseos; agrupémonos en torno de los altares que le están consagrados, y digámosle con los sentimientos del amor mas sincero: Corazon adorable, Corazon amantísimo, amabilísimo, Corazon dulcísimo y ternísimo de Jesus, alejad de mí todo lo que os desagrada, que yo os prefiera á todo, que no ame sino á vos y no viva sino por vos. Mundo engañador, placeres frívolos, bienes perecederos, restituidme mi corazon, porque lo quiero dar entera y exclusivamente á Jesus, mi Salvador y mi Dios.⁵

2. Consideremos que por la grandeza y perfeccion del objeto, deben medirse la estension y excelencia de los homenajes, y segun esto el Corazon de Jesus, siendo el objeto mas grande de nuestro culto, merece nuestros mas profundos respetos y veneracion. Le debemos en primer lugar el homenaje de nuestro respeto. Postrados delante del Corazon de Jesus, debemos exclamar con San Bernardo: "He, por fin, encontrado el Corazon de mi Rey, de mi hermano, de mi amigo, de mi amabi-

lísimo Jesus, ¿podré negarle el tributo de mis homenajes y de mis mas profundas adoraciones? No, no, demasiado ha hecho por mí para que pueda yo olvidar jamas sus beneficios: *Et ego inveni Cor regis, fratris, amici benigni Jesu, et nunquid non adorabo? adorabo utique.*" ¿Cómo podríamos rehusar á este Corazon divino el justo tributo de respeto y de honor que merece, cuando vemos hoy tantas almas fervorosas agolparse en torno de sus altares, dándole mil testimonios del amor mas sincero y de la mas tierna devocion? ¿Nos le mostraríamos menos adictos, nosotros que, por razon de nuestro estado debemos predicar y propagar por todas partes un culto tan justo, tan racional y tan ventajoso; culto que el Señor parece haber suscitado en nuestros dias para reanimar la fé y el fervor en nuestros corazones? En segundo lugar debemos al Corazon de Jesus el amor mas tierno. El amor no se paga sino con amor. Jesus nos ama, y su caridad hácia nosotros es verdaderamente incomprendible. Para honrar este corazon que tan tiernamente nos ama, seamos sensibles á sus infinitas bondades, á las impresiones de su gracia, á los ultrajes que recibe de los malos cristianos y de los eclesiásticos escandalosos. Derramemos, como Magdalena, un torrente de lágrimas sobre nuestras infidelidades é ingratitudes; en una palabra, démosle amor por amor, corazon por corazon, vida por vida. Todo lo debemos á la excelencia de su sér, á la vasta estension de sus perfecciones, á la profundidad de su caridad; pero como por nosotros mismos no podemos cumplir estos deberes, supliquémosle que supla nuestra insuficiencia con

su divina gracia. Vamos, pues, al pié de su altar y digámosle con todo el fervor de que seamos capaces: ¡Oh Jesús! que teneis en vuestras manos los corazones de todos los hombres, que los dirigís como os place, cambiad el mio, es mas frío que el hielo, abrasadlo, consumidlo con el mismo fuego en que ardeis; es insensible á vuestros beneficios, hacedlo dócil á vuestra gracia; es inconstante, fijadlo para siempre en vuestro servicio y vuestro amor, para que despues de haberos amado tiernamente durante esta vida, pueda yo alabaros, bendeciros y glorificaros con mas perfeccion en el cielo. ^{6 7}

1 Invit. offic. sacratiss. Cordis Jesu.

2 Ephes. III, 18.

3 Isaie. LIII, 8.

4 S. Bernard.

5 Quid mihi est in celo et à te quid volui super terram? defecit cor meum et caro mea, Deus cordis mei et pars mea Deus in æternum. Psal. LXXII, 25-26.

6 Inveni quem diligit anima mea, tenui eum nec dimittam. Cant. III, 4.

7 Inflammatum est cor meum et renes mei immutati sunt, et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi. Psal. LXXII, 21.

INDICE.

Las Meditaciones que van marcadas con asterisco, son las propias para los que se disponen á recibir los santos Ordenes. Todas las demas sirven para todo eclesiástico.

PAGINAS.

* I.—Meditacion sobre la necesidad de pensar en el estado eclesiástico antes de abrazarlo.....	1
* II.—Meditacion sobre la inocencia de vida necesaria para recibir los órdenes eclesiásticos.....	6
* III.—Meditacion sobre la necesidad de la vocacion al estado eclesiástico.....	11
* IV.—Meditacion sobre los medios de conocer la propia vocacion.....	16
* V.—Meditacion sobre el peligro de entrar al estado eclesiástico sin vocacion.....	21
* VI.—Meditacion sobre la necesidad de ser fiel á la vocacion.....	26
* VII.—Meditacion sobre la santidad que se requiere en los levitas del Señor.....	31
VIII.—Meditacion sobre la santidad necesaria para ofrecer el divino Sacrificio.....	36
IX.—Meditacion de la santidad necesaria para orar por los fieles.....	41
X.—Meditacion sobre la santidad indispensable para predicar con fruto.....	46
XI.—Meditacion sobre la santidad necesaria para edificar á los fieles.....	51
* XII.—Meditacion sobre la tonsura clerical.....	55
* XIII.—Meditacion de las virtudes que la Iglesia exige del tonsurado.....	59
XIV.—Meditacion sobre el hábito clerical.....	63
XV.—Meditacion sobre la corona clerical.....	67
* XVI.—Meditacion del mérito del ostiarado.....	71
* XVII.—Meditacion del celo que el ostiario debe tener por la casa de Dios.....	75
XVIII.—Meditacion del respeto que debe tener el ostiario á las cosas santas.....	79
* XIX.—Meditacion del aprecio que debemos hacer del órden del lector.....	84
* XX.—Meditacion de las funciones del lector.....	88
* XXI.—Meditacion de las obligaciones particulares del lector.....	92
* XXII.—Meditacion del mérito del exorcistado.....	96
* XXIII.—Meditacion de las funciones del exorcista.....	100

INDICE.

* XXIV.—Meditacion de las virtudes del exorcista.....	104
* XXV.—Meditacion de la dignidad del órden del acólito.....	108
* XXVI.—Meditacion de las virtudes necesarias al acólito.....	112
* XXVII.—Meditacion de la dignidad del subdiácono.....	116
* XXVIII.—Meditacion de las disposiciones necesarias al subdiácono.....	120
XXIX.—Meditacion sobre el voto de castidad.....	124
XXX.—Meditacion de la obligacion de rezar el oficio divino.....	128
XXXI.—Meditacion de la manera de rezar bien el santo oficio.....	132
XXXII.—Meditacion de las disposiciones interiores para rezar bien el oficio divino.....	136
* XXXIII.—Meditacion de la excelencia del diaconado.....	140
* XXXIV.—Meditacion de las virtudes necesarias al diacono.....	144
* XXXV.—Meditacion de las disposiciones necesarias para recibir el diaconado.....	149
XXXVI.—Meditacion sobre la dignidad del presbiterado, sacada de la etimología de la palabra "Presbyter".....	153
XXXVII.—Meditacion de la dignidad del presbiterado, sacada de la palabra "Sacerdos".....	158
XXXVIII.—Meditacion de la estimacion en que debemos tener al sacerdocio.....	163
XXXIX.—Meditacion de la dignidad del sacerdocio considerado con relacion á su institucion y duracion.....	168
XL.—Meditacion de la excelencia de las funciones sacerdotales.....	172
XLI.—Meditacion de la recompensa reservada al ministerio sacerdotal.....	177
* XLII.—Meditacion de las disposiciones necesarias para recibir el sacerdocio.....	182
* XLIII.—Meditacion de las disposiciones próximas para el sacerdocio.....	187
* XLIV.—Meditacion para la víspera de la ordenacion de sacerdote.....	192
* XLV.—Meditacion de los sentimientos de un jóven sacerdote despues de su ordenacion.....	197
XLVI.—Meditacion del temor que debe inspirar la proximidad del santo ministerio.....	201
XLVII.—Meditacion de las gracias que Dios concede á los sacerdotes en el santo ministerio.....	206
XLVIII.—Meditacion de la manera de celebrar bien el santo sacrificio de la misa.....	211
XLIX.—Meditacion de la accion de gracias despues de la santa misa.....	216

INDICE.

L.—Meditacion de la celebracion indigna.....	221
LI.—Meditacion de la administracion del sacramento de la Penitencia.....	226
LII.—Meditacion de las cualidades del confesor.....	231
LIII.—Meditacion de la conducta del confesor con respecto á sus penitentes.....	236
LIV.—Meditacion del buen ejemplo que un confesor debe dar á sus penitentes.....	241
LV.—Meditacion del celo que un confesor debe tener por la conversion de los pecadores.....	246
LVI.—Meditacion del amor que Jesucristo nos manifiesta en la Eucaristia.....	251
LVII.—Meditacion de la ingratitud de los eclesiásticos para con Jesucristo en su Sacramento de amor.....	256
LVIII.—Meditacion sobre los felices efectos de la santa comunión.....	261
LIX.—Meditacion sobre los defectos que á veces se cometen en las frecuentes comuniones.....	266
LX.—Meditacion sobre las visitas al Santísimo Sacramento.....	271
LXI.—Meditacion sobre la confianza que inspira la presencia de Jesucristo en la Eucaristia.....	276
LXII.—Meditacion sobre la necesidad de la predicacion.....	281
LXIII.—Meditacion sobre las cualidades del predicador.....	286
LXIV.—Meditacion sobre la manera de desempeñar dignamente las funciones eclesiásticas.....	291
LXV.—Meditacion sobre la presuncion de los eclesiásticos que aspiran á los ministerios mas elevados.....	296
LXVI.—Meditacion sobre las justas alarmas de un sacerdote á vista de las dignidades eclesiásticas.....	301
LXVII.—Meditacion sobre la necesidad de observar las ceremonias de la Iglesia.....	306
LXVIII.—Meditacion sobre la manera de hacer bien las ceremonias de la Iglesia.....	311
LXIX.—Meditacion sobre las funestas consecuencias del escándalo de los eclesiásticos.....	316
LXX.—Meditacion sobre la obediencia al propio obispo.....	321
LXXI.—Meditacion sobre el espíritu de desinterés necesario á los eclesiásticos.....	326
LXXII.—Meditacion sobre los tristes efectos de la avaricia de los eclesiásticos.....	331
LXXIII.—Meditacion sobre el horror que debemos tener al vicio de la impureza.....	336

INDICE.

LXXIV.—Meditacion sobre las consecuencias funestas del vicio impuro.....	341
LXXV.—Meditacion sobre la importancia de la virtud de la castidad.....	346
LXXVI.—Meditacion sobre las prerogativas de la castidad.....	351
LXXVII.—Meditacion sobre los medios para conservar la castidad.....	356
LXXVIII.—Meditacion de las tentaciones mas peligrosas.....	361
LXXIX.—Meditacion sobre nuestras relaciones con las personas del mundo.....	366
LXXX.—Meditacion sobre la manera de sufrir el desprecio del mundo.....	371
LXXXI.—Meditacion sobre el pecado mortal de los sacerdotes.....	376
LXXXII.—Meditacion sobre el fin del sacerdote.....	381
LXXXIII.—Meditacion sobre los tristes efectos del pecado mortal en los sacerdotes.....	386
LXXXIV.—Meditacion sobre la gravedad del pecado venial de los sacerdotes.....	390
LXXXV.—Meditacion sobre los efectos del pecado venial en los sacerdotes.....	395
LXXXVI.—Meditacion sobre el pensamiento de la muerte.....	400
LXXXVII.—Meditacion sobre los sentimientos de un eclesiástico á la hora de la muerte.....	405
LXXXVIII.—Meditacion sobre el juicio particular.....	410
LXXXIX.—Meditacion sobre el infierno de los eclesiásticos.....	415
XC.—Meditacion sobre la recompensa de los sacerdotes en el cielo.....	420
XCI.—Meditacion sobre el corto número de los sacerdotes que se salvan.....	425
XCH.—Meditacion sobre la importancia de los ejercicios espirituales.....	430
XCHL.—Meditacion sobre la perseverancia en el bien obrar.....	435
XCIV.—Meditacion para el dia de la Ascension del Señor.....	440
XCv.—Meditacion para el dia de la procesion de Corpus Christi.....	445
XCVI.—Meditacion para el dia del Sagrado Corazon de Jesus.....	450

2
LXXXII
NULLA DIES SINE LINEA.

SIVE:

COGITATIONES SANCTÆ,

In singulos anni dies distributæ

AC CUIVIS HOMINUM STATUI ACCOMMODATÆ

A

P. DAMIANO GREZ,

Sacerdote Franciscano.

SUPERIORUM PERMISSU.

QUERETARI. MDCCCXCIV.

Ex Typographia Luciani a Frías
et Soto

INDICE.

LXXIV.—Meditacion sobre las consecuencias funestas del vicio impuro.....	341
LXXV.—Meditacion sobre la importancia de la virtud de la castidad.....	346
LXXVI.—Meditacion sobre las prerogativas de la castidad.....	351
LXXVII.—Meditacion sobre los medios para conservar la castidad.....	356
LXXVIII.—Meditacion de las tentaciones mas peligrosas.....	361
LXXIX.—Meditacion sobre nuestras relaciones con las personas del mundo.....	366
LXXX.—Meditacion sobre la manera de sufrir el desprecio del mundo.....	371
LXXXI.—Meditacion sobre el pecado mortal de los sacerdotes.....	376
LXXXII.—Meditacion sobre el fin del sacerdote.....	381
LXXXIII.—Meditacion sobre los tristes efectos del pecado mortal en los sacerdotes.....	386
LXXXIV.—Meditacion sobre la gravedad del pecado venial de los sacerdotes.....	390
LXXXV.—Meditacion sobre los efectos del pecado venial en los sacerdotes.....	395
LXXXVI.—Meditacion sobre el pensamiento de la muerte.....	400
LXXXVII.—Meditacion sobre los sentimientos de un eclesiástico á la hora de la muerte.....	405
LXXXVIII.—Meditacion sobre el juicio particular.....	410
LXXXIX.—Meditacion sobre el infierno de los eclesiásticos.....	415
XC.—Meditacion sobre la recompensa de los sacerdotes en el cielo.....	420
XCI.—Meditacion sobre el corto número de los sacerdotes que se salvan.....	425
XCH.—Meditacion sobre la importancia de los ejercicios espirituales.....	430
XCHL.—Meditacion sobre la perseverancia en el bien obrar.....	435
XCIV.—Meditacion para el dia de la Ascension del Señor.....	440
XCv.—Meditacion para el dia de la procesion de Corpus Christi.....	445
XCVI.—Meditacion para el dia del Sagrado Corazon de Jesus.....	450

2
Lpces
NULLA DIES SINE LINEA.

SIVE:

COGITATIONES SANCTÆ,

In singulos anni dies distributæ

AC CUIVIS HOMINUM STATUI ACCOMMODATÆ

A

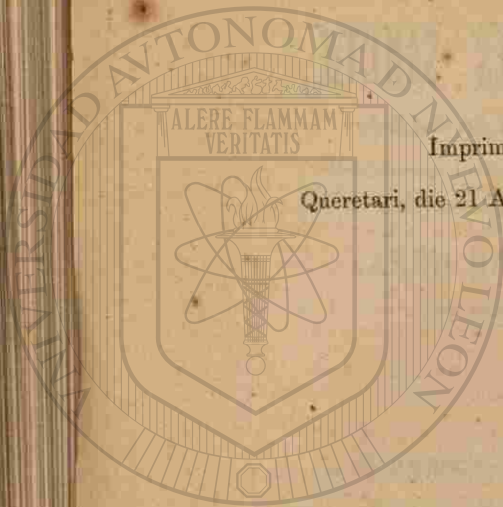
P. DAMIANO GREZ,

Sacerdote Franciscano.

SUPERIORUM PERMISSU.

QUERETARI. MDCCCXCIV.

Ex Typographia Luciani a Frías
et Soto



Imprimatur.

Queretari, die 21 Augusti 1894.

J. F. Figueroa.

ILLUSTRISIME

DOMINE ARCHIEPISCOPE CÆSARIEN-
SIS DIGNISIME VICARI CAPITULA-
RIS ARCHIEPISCOPATUS MEXICI.

*Libellum hic adjectum intitula-
tum: nulla dies sine linea, rursus
typis mandandum ac præcipue cle-
ro commodis utilitatique fore arbi-
tratus, vestrae Reverentiæ (si idem
ipsi videtur) approbationem ut re-
imprimatur humiliter flagito.*

Vestrae Rev.

Humillimus Servus.

Joannes Gregorius Pfanner.

Queretari Maji die 24 1848.

Querétaro, Mayo 24 de 1848.

Pase al Vicario Foraneo para su
revision. Lo decretó y rubricó el
Ilmo. Sr. Vicario Capitular.

R.

Dr. José María Covarrubias,
Srio.



VICARÍA FORÁNEA DE QUERÉTARO.

Septiembre 9 de 1848.

ILMO. SR. VICARIO CAPITULAR.

Antes de tener el honor con que V. S. I. se ha dignado distinguirme, pasando á mi censura el librito intitulado *Nulla dies sine linea*, ya habia logrado la satisfaccion de leer algunas de sus páginas, y desde luego entendí que podría ser esta obrita, utilísima para los individuos de uno y otro clero, especialmente para aquellos que, distraídos con las tareas penosas é incesantes de su ministerio, y con otras atenciones que los arrancan muy á su pesar del retiro tan propio de la santidad de su estado, no pueden dedicar muchas horas á la oracion mental, necesarísima para el mejor desempeño de sus tremendas y venerables funciones. Despues que, excitado al efecto por el superior decreto de V. S. I., he procurado examinar con mayor detencion el referido impreso, tengo nuevos motivos para confirmarme en el ventajoso concepto que de él tuve

ocasion de formarme con anterioridad á esta honrosa comision. Por lo que, no encontrando en aquel alguna cosa que pugne con nuestra santa fe, con las buenas costumbres, ni con las leyes que rigen esta república, soy de dictámen, salvo siempre el mas ilustrado y respectable de V. S. I., que se conceda la reimpresion que se pide.

ILMO. SR.

José Miguel Zurita.

México, Septiembre 12 de 1848.

Vista la anterior censura del Dr. D. José Miguel Zurita, damos nuestra licencia para que se imprima el librito intitulado *Nulla dies sine linea* con la condicion de que se inserte este nuestro decreto y de que no salga á luz sin estar cotejado por el Sr. Censor. Lo decretó y firmó el Ilmo. Señor Vicario Capítular.

M.

El Arzobispo de Cesarea.

José Braulio Zagazeta,
Srio.



PRAEFATIO

AD LECTOREM BENEVOLUM.

Quod corpori panis quotidianus, id animae praestat pia meditatio; sicut enim sine illo languescit caro: ita sine hac marcescit spiritus. At quod pauci admodum sint, qui pani isto spirituali animam esurientem reficiunt, jam pridem agnovit, et ingemuit Propheta Domini: *Nemo est, inquit ille, qui recogitet corde.* Alii, quibus haec esca coelestis saperet, nimio se labore impediri assuerunt. Aliis, quibus tempus suppetit, animus carnalis, qui non sapit ea, quae sunt spiritus, nauseam cibi hujus absconditi creat. Profecto et imprudentes, et incurios jure merito dixeris id genus homines. *Imprudentes;* quia, cum

aeternitati laborare deberent, temporanea aeternis praeponunt iniqui rerum arbitri. *Incurios;* quia, dum pascendo corpori plures indulgent horas, nutriendae animae nec spatium unius quadrantis consecrant; qua si mortale inmortalis praeponderaret.

Gravissimae horum hominum socordiae et opportunam, et salutarem omnino medelam suppeditat libellus iste; dum cuilibet diei *unicam* quidem, sed *sanctam* cogitationem assignat, quae meditationis loco inserviat. Cum enim unica sit, negotiis aliis nullum ponit obstaculum; cum sancta sit, nec leve poterit legenti afferre fastidium. Certe ipsi adeo Gentiles vix ullam praeterire diem passi sunt, quin unicum saltem opus bonum peragerent; unde natum est illud axioma; *Nulla dies sine linea abeat.* Quidni igitur Christianorum quilibet sedulam navare operam debeat, ut singulis diebus uni ad minimum operi bono incumbat: *ne ulla dies sine linea abeat.* Nempe nulla sit dies sine *linea meriti in tempore*, cui non correspondeat *linea praemii in aeternitate.* Lege igitur, Lector benevole, et quotidiano

usu libellum hunc tibi familiarem redde: sic enim tibi nulla dies effluet sine linea.

Quantum autem intersit, ut in mortalis vitae hujus tempore tibi nulla dies abeat sine linea; id est, sine unica saltem sancta cogitatione: tunc sane luculenter perspicies, ubi tempus non amplius datur, nempe in aeternitate. Tunc namque non amplius datur tempus *merendi*; sed vel aeternum *lugendi*, vel aeternum *gaudendi*. Ne igitur et tempus inutiliter perdas, et hoc perduto non habeas, nisi quod aeternum lugeas; cogita cogitationes sanctas, quotidie in hac vita, ut aeternum gaudeas in altera.

JANUARIUS.

1.

Esse hominis.

Quidquid es, quidquid potes, debes Creanti, Redimenti, Vocanti. S. Bernard. Creatus es, quid habes, quid potes? quod non accepisti? Tolle, quod tuum est, & quid habebis, nisi nihil? Creatus es homo; scis, unde homo?—ex humo. Cum ex te nihil possis, quid restat? quam ut te nihil facias.

2.

Finis hominis.

Opus operum est, laborare, ne pereas, cum quotidie possis perire. Totus Dei es, quia totus a Deo. Creavit te Deus in terra, sed non propter terram: finis enim tuus est aliquid, quod caret fine.

usu libellum hunc tibi familiarem redde: sic enim tibi nulla dies effluet sine linea.

Quantum autem intersit, ut in mortalis vitae hujus tempore tibi nulla dies abeat sine linea; id est, sine unica saltem sancta cogitatione: tunc sane luculenter perspicies, ubi tempus non amplius datur, nempe in aeternitate. Tunc namque non amplius datur tempus *merendi*; sed vel aeternum *lugendi*, vel aeternum *gaudendi*. Ne igitur et tempus inutiliter perdas, et hoc perduto non habeas, nisi quod aeternum lugeas; cogita cogitationes sanctas, quotidie in hac vita, ut aeternum gaudeas in altera.

JANUARIUS.

1.

Esse hominis.

Quidquid es, quidquid potes, debes Creanti, Redimenti, Vocanti. S. Bernard. Creatus es, quid habes, quid potes? quod non accepisti? Tolle, quod tuum est, & quid habebis, nisi nihil? Creatus es homo; scis, unde homo?—ex humo. Cum ex te nihil possis, quid restat? quam ut te nihil facias.

2.

Finis hominis.

Opus operum est, laborare, ne pereas, cum quotidie possis perire. Totus Dei es, quia totus a Deo. Creavit te Deus in terra, sed non propter terram: finis enim tuus est aliquid, quod caret fine.

Terra tibi est pro modico tempore hospitium, non pro omni tempore domicilium. Finis tuus est post vitae finem frui Deo sine fine: accepisti à Deo vitam, ut Deo reddas. Vide, quo tendas? nam qui tendit, quo non debet, perveniet, quo non vult.

3.

Amor hominis.

Omnis extra aeternum amorem amor non est, nisi amaror. *Totum fecisti me, ó Deus! ut totum me haberes. S. August.* Ut vivas proin Deo, peccatis morere; ut Deo placeas, paenitentia placa. Qui diu parcat, tandem punit; eo gravius, quo tardius.

4.

Actio ordinata.

Nullum est momentum temporis, cuius pretium, non sit infiniti ponderis. Per multum *cras, cras*, tandem dilabitur aetas. Si alia praeter Deum desideres, illa & perdes tu, & perdent te. Terra, cum sit infra te, calcanda est, non adoranda.

5.

Temporis observantia.

Perdes cuncta, si es cunctator: nolle redire est velle perire. Fuisse jam nihil est, esse momentaneum, fore perpetuum erit. Cogita, qualis fuisti? es? eris? ut fias talis, qualis aeternum esse cupis; ea nunc age, quae tunc acta fuisse optabis.

6.

Gratiae necessitas.

Pro gratia Dei semper ora; nam haec tibi semper necessaria. Intra te tu ipse tibi hostis, infra te totus orcus, extra te totus mundus. Sine superna gratia totam tuum ire perire est; cum gratia potes omnia. Nec gratia deerit tibi, nisi tu desis illi: Auctor enim gratiae serio cupit salvare te, *sed non sine te. S. Aug.*

7.

Salutis cura.

Totum tuum vivere levi morbo concidet. Tu prius in aeternitatem rapiaris, quam te rapiendum putabis. Non

facile autem peribis, si semper cogites, ne pereas. Tu venisti á Deo; sed non pervenies ad Deum, nisi per opem á Deo. Hinc semper tibi suspirandum est ad Deum.

8.

Vigilantia circa Mundum.

Venisti in mundum, non ut esses de hoc mundo, sed supra mundum. Tres tibi sunt animae vires velut totidem reges; non autem regent te, nisi regantur. Nusquam non, & nunquam non in mundo immundo periclitaris: ne ergo pereas, sic vive in mundo, quasi solus extra mundum cum Deo esses.

9.

Gratiae divinae influxus.

Hac in via ut eas ad vitam, opus est, ut Dei gratia te praebeat, comitetur, ac sequatur. Cum Dei gratia eris, si impense velis, non tantum inter omnes primus, sed inter omnia summus: nihil autem prodest posse, nisi sequatur velle.

10.

Mundi contemptus.

Contemptu fortunarum reddes te for-

tunatum; nihil habendo nihil non habebis. Nil quaeras praeter Deum; satis est, si invenisti gratiam apud Deum. Culpa non vacabis, si Dei gratia in te fuerit vacua: velle crescere in gratia, sancta est avaritia. Sis in mundo, sed non de mundo: sis in terra, sed supra terram.

11.

Solitudo.

Rari inter homines homines sunt; inter multa tua non eris tuus. Nunquam eris minus homo, quam in turba hominum. Ut sis unus, fige pedem in uno: turba plebis est turbo pacis. Nunquam eris minus desertus, quam in deserto. Vive Deo soli; quod amat caro, quaerere noli.

12.

Recollectio mentis.

Illic quaerendus est Deus, ubi te quaerit, id est in solitudine. Despice corde solum, suspice mente polum! Meditatio punctum est, unde pendet aeternitas. Multa abscondita revelabit tibi Deus absconditus. Princeps occupatio

sit frequens & solers meditatio; quae enim extra Deum agis, omnia erunt ut somnia.

13.

Patientia.

Ut recte vivas, plus patiendum est, quam vivendum: tota totius vitae tuae opera sit opus bonum adeoque patientia malorum. Omne tuum studium totum tuum negotium sit mala pati, bona facere. Potes quidem laborem fugere, sed non, fugare; quotidie maximus tuus labor sit, ne in vanum labores.

14.

Occupatio.

Nulli vacet vacare: nec nullus sit unquam inertiae locus. Illis labores tuos rebus consecra, quae te Deo consecrabit: quo res melior, in coelo merces erit copiosior. Ubi tot te acuunt ad laborem aculei, cave feriari, fuge otium; vitae tuae negotium nec ad momentum, admittit otium. Otia quisquis amat, vae, vae mihi? postea clamat: servus enim piger vapulabit.

15.

Tepor.

Tepiditas formidabilis est securitas. Non nobis gratia deest; sed laborandum est, ne nos gratiae desimus. Non vivamus ut anima fordeat, & corpus fulgeat; non plus calcaria, quam altaria splendeant: non plus coenum, quam coelum, non plus harae, quam arae cordi sint.

16.

Scopus actionum.

Hoc capit fiscus, quod non capit Christus. Sic peribis, si non dederis Christo: quod debetur Christo. Capit avernus: quod nod tenet olympus. Et tu ipse, necesse est, pereas, si Deo non pareas. Constabit tibi nimis caro, si tibi nimis chara sit caro.

17.

Peccati servitus.

Nihil est in nos crudelius nobis: & tam turpe peccatum est, quam pulcher est Deus. Si Deo servieris, fies ex servo unius dominus omnium. Malus, etsi

Rex est, est tamen servus tot dominorum, quod vitiorum. Deo servire tu dubites, cum ipse tibi serviat Deus? *Salvian. Lib. 1.*

18.

Erectio animi.

Hic prius doleas, ut postea gaudeas: si in terris spinæ sunt, in coelis rosæ erunt. Esto, hic sis sollicitus, sis & tristis; veniet tamen tunc copiosa lætitiæ mæsis. *Geme in aëre, ut gaudeas in horreo! Talia in coelis sequentur præmia, qualia in terris erunt tua opera. S. Aug. de temp.*

19.

Enga honoris.

Si sis ambitiosus honoris, eris inhonoratus. Non ille, qui honorem quaerit, sed quem quaerit honor, honore dignus est. Honor te quaerere debet, non ipsum tu. Equus aurum gestans, non ideo est plus corpore præstans: ille solus gloriosus est, qui contempsit se, & gloriam. *S. Aug. homil. 13.*

20.

Amor sui.

Tales erunt tui mores, qualis tuus amor; amor proprius non tantum est hostis tuus capitalis, sed & omnium hostium caput. Sic eo tu fies Deo vicinior, quo à te eris remotior: tui ipsius eris in æternum tortor, nisi tuus fueris in hac vita osor.

21.

Amatores Crucifixi.

Multi Jesum sequi volunt ad montem Thabor; pauci ad montem Golgotha. Multi Jesum diligunt, quandiu adversa non contingunt. Nonne hi omnes mercenarii sunt? Et ubi invenietur talis, qui velit Deo servire gratis? Nemo tamen isto ditior, nemo felicior; quia in Deo habet omnia.

22.

Cura æternorum.

Celerem res habituræ finem, quaerunt sine fine. S. Hieron. Homo spirat, suspirat, expirat. Ut sapias, solum quæ-

re. quae sursum sunt; ut fias coelestis, eleva te super terram. Inmodica modicum durant.

23

Misericors Deus.

Non te Deus contemnit, cum redeas, etsi tu contempseris, cum abibas. S. Chrysost. homil. in Jerem. Si peccando a Deo abeas, necesse est, ut poenitendo redeas, nisi vis, ut aeternum pereas. Nihil velocius est tempore; velocior tamen omni tempore est Dei misericordia.

24.

Conscientia inquieta.

Debes timere, quia fecisti multa timenda; debes timere, quia peccasti; & debes timere, quia peccare potes. Ast qui Deum non timet, ipsa semper non timenda timet. Poena Deum non timentium est multa, imo omnia timere. Respice Cainum. & dices me loqui verum.

25.

Patientia.

Totum tuum negotium sit, bona fa-

cere, & mala pati: velis, nolis, semper & ubique necesse est pati. Aut per patientiam cum lucro, aut per malitiam cum damno patieris. Patere igitur cum Jesu libenter, ut possis cum eo gaudere constanter.

26.

Vita hominis.

Sapientis est, nihil admittere in vita, cujus poenitere posset in fine vitae. Praestat morte mori quam vitam ducere mortis: quid est diu vivere, nisi diu torqueri? Non qui diu vivit, sed qui bene vivit, ad vitam aeternam pertingit.

27.

Conditio vitae.

Fuisti in nihilo, es in exilio, eris in tumulto. Fuisse jam nihil est, esse momentaneum, fore aeternum. Sicut in dies mortis vicinior, sic quotidie fias perfectior. *Vivens semper morere, ut moriens semper vivas. S. Ambros. Lib. 1. de fidel. resur.*

Cura vitae.

Morere quotidie superbiae, cras invidiae, perendie sensualitati, & sic perge semper, desiste nunquam: nam non bene moritur, qui sibi ipsi quotidie non moritur. Nisi spiritu facta carnis mortificaveris, ait Apostolus, partem in regno coelorum non habebis.

Vera felicitas.

Omne laetum admiscet fletum: a re terrena procedunt mille venena. In omnibus facere Dei voluntatem, ultima, & recta linea felicitatis est. Haec una est honesta avaritia, velle semper crescere in Dei gratia.

Laboris necessitas.

Sic tempus impende, ut in fine temporis nec pudeat, nec poeniteat temporis impensi. Non potest otium ex otio nasci. Laborandum est, ut quiescas, pugnandum, ut vincas, vincendum, ut coroneris.

Malum unicum.

Maximum malum est, non pati mala; nihil malum est nisi quod te efficit malum. Quos subis labores, scias Dei esse favores. Ut ergo verum malum, quod est peccatum solum, evites; libenter patere mala mundi: sic enim obtinebis Deum, qui est solus summum bonum.

FEBRUARIUS.

Levitas mentis.

Ut recte quid scias, multa legas! plura audias! plurima considerabis. At sciendi nulla satietas, legendi nullus finis; & tamen agendi parva est cura. Multa leguntur, sed lecta non seliguntur. Selecta non attenduntur. Tot inter lectores tam rari actores, quia quae legunt, delibant oculis, non expendunt animis: non considerant consideranda, omnia cogitant praeter cogitanda.

2.

Meta hominis.

Primum principium, recte sentire, alterum, sincere velle, tertium, perfecte exsequi. Positus es in via ad Patriam, in cursu ad metam, in palaestra ad prae-
mium: in navi ad portum, in carne ad tentationem. Attende ergo, cur vivas non ut libet, sed ut licet; nec ut quiescas, sed ut currendo bravium comprehendas.

3.

Praecipitantiæ malum.

De salutis, hoc est, de summo, quod tractas, negotio, delibera cum otio: scelera impetu, bona consilia autem mora valescunt. Quisquis in agendo praeceps est, proximus est, praeceptio. Semper periclitatur, qui agenda non praemeditatur. Quo impensior fuerit labor, qui praecessit, eo suavior erit, quae sequetur, quies. Hinc per vigili cura semper meditare futura: laboras enim pro aeternitate.

4.

Ingratitudo hominis.

Nulla dies abit, quo á te Deus! magna non accipiam beneficia; sed & nulla dies abit, quo te non ingratus offendam. O indigna retributio! Quotidie amas me, & quotidie res leviuscula retinet me ab amando te.

5.

Vitae modicum.

Debemus corpori dare vitam ita, ut animae non auferamus. Sed ita praeterit vita, ut ne vivere quidem discamus. Vitae non ita inhaereamus, quia vix vita est. Perituris non inhaereamus, ne pereamus. Quidquid in vita aestimatur magni ponderis, est leve: quidquid putatur longi temporis, est breve.

6.

Metus prudens.

Multi se volutant in luto, donec emergentes e luto repente mergantur orco; metue illud, unde mors tibi redditur metuenda: ita vivas, ac si post horam moreris. Est tibi vita brevis; modo vivis, cras morieris.

7.

Cautela matura.

In homine infirmo potissime poenitentia est iafirma; decet prius desinere, quam desinas: finem facere, quam finem accipias, mori, quam moriaris, sepeliri, quam sepeliaris. Nam dum minime cogitabis; ex hac vita migrabis.

8.

Memoria Mortis.

Mortis oblitio multorum est perditio. Nihil tunc erit formidabilius, quam dum mors erit fine morte. In uno omnes similes sumus, quod omnes nullo excepto ad tumulum tendamus: sed quomodo, & quando moriamur, plane ignoramus.

9.

Metamorphosis.

Post punctum ultimum, minimum, omnia, erunt maxima, aeterna. Post lapsum vitae consurgent futura nunquam moritura, vel cruciamenta, vel praemia. Cerne, quid es? Quid eris? Sic mox pius efficieris. Vile cadaver eris: hoc ergo frequens mediteris!

10.

Fortitudo Christiani.

Cum homo sis, cum christianus sis pro Deo nihil metuere, propter Deum nihil non audere, paratus sis. Etiam in oceano utique reperies portum si ubique circumferes Deum. Ubique Jesus est, ergo utique Salus; quia ubique Jesus.

11.

Tribulationis pretium.

Pati pro Deo non tantum nostrum votum sit, sed summa votorum. Contemptu tui augebis gloriam Dei. Si quaeris gloriam conditoris, non misceas paleam vanitatis. Bonum omne debemus soli Dei gloriae. Regula sit nostra sola solius Dei gloria.

12.

Virtutis studium.

Virtutibus vitia non sint affinia; nisi illa cito perimantur, perimunt nos. Qui sprete Dei gloria, se & sua jactat, veneno se lactat. Non habitat Christus, ubi colitur Belial; quam parum enim lux cum tenebris, tam parum stat virtus cum vitiis.

13.

Mortis cura.

Ultimum vitae momentum inter omnia est summi momenti. O momentum, post quod si vel momento superessem, quid facerem? Actum est, morieris! non est deliberandi locus: non est elabendi via. Velis! nolis! morieris, sed quomodo?

14.

Resignatio moribundi.

Non sunt in arbitrio tuo vita & mors; jacta est sors: excedendum est. Non est tamen mori malum, sed male mori. Mortem bene bonus accepta; plus agis, quam si mortem tollereres.

15.

Vitae meta.

Vult Deus, ut in eo requiescas; non ut eum comprehendas. Non autem pedum motibus, sed cordis affectibus, non rotis, sed votis, non scalis, sed alis tenditur in veram requiem. *S. Aug. in Psal.*

16.

Meditatio aeternitatis.

Ut sapias, loca, ubi solis paenis aeternis est locus, frequenter adeas! abdas te sub terra in infernum, & omnia tibi displicebunt, quae sunt super terram. Totus infernus cum toto tormentorum suorum apparatu unico temporis puncto à te distat: cave igitur, ne pereas.

17.

Meditatio inferni.

Sat produnt tartari Numina, quot, & qualia ibi sunt supplitia; per inferos, si serio recogites, pervenies ad superos. Medius es inter duo loca, quae, sursum est Jerusalem, & quae deorsum est Babylonem.

18.

Quies in Deo.

Deus infinitis titulis est tuus, & cum te suum fecit, & se tuum, totus tuus est Pater. Dedit se, ut reciperet te, vult tuus esse semper, cui esse semper est. Igitur sta cum Deo & stabis, quiesce in Deo & quietus eris!

19.

Vera satietas cordis.

Circumfer cor per omnia extra Deum, vagabitur, non satiabitur, ambulabit, non quiescet. Plane tu deficis, si praeter Deum aliquid tibi sufficit. Quanta est in Deo amoris intensio, tanta est tua Deum redamandi obligatio.

20.

Aeternitatis pondus.

Aeternitas vox est, quam cogitare horror est, audire pavor, pati immensus dolor. Semper in orco, nunquam in coelo, semper a Deo, nunquam cum Deo. Semper in incendio, nunquam in refrigerio. *Nunquam videbo Deum!* tempora transibunt, & gaudio vana peribunt. Incipient aeterni dolores, & nunquam accipient finem.

21.

Animae pretium.

Anima tua ad momentum in terris accola, erit aeternum aeternitatis incola; ut animam tuam aestimes, nihil sub sole speciosius existimes. Constat rei

infinitae pretio: hinc te non vendas pro teruncio. *Quam pretiosus sis? si factori forte non credis, interroga Redemptorem.* S. Euseb. homil. 2. de Symb. Satius tibi sit, perire omnes, quam te.

22.

Incuria.

Nulli magis debes vitam, quam illi, qui pro te subiit mortem. Nihil curare fere omnium est cura; ac si salus animae esset res nihili, otiosissimis occupationibus perditur dies. Tamdiu tempus negligitur, donec tempus non amplius datur.

23.

Vita distracta.

Plurimi sunt vagi, qui plus semper foris, quam apud se haerent. Singulae dies perpetuae illis sunt nundinae. Nihil temporis sumunt sibi, nihil salutis. Pro coelo, pro Deo, pro salute, pro aeternitate nihil agunt; hinc dum omnia alia agunt actum agunt.

24.

Vita otiosa.

Non vivunt, qui solius vitae causa vi-

vunt; & plurimum somniant, qui multum se fecisse putant, cum quietissime, et commodissime vitam agant. Insectabitur te omne infortunium, si secteris otium. Si ignavia torpeas, necesse est, fordeas.

25.

Obligatio Deum amandi.

Summum bonum est tuum bonum! quid ergo deest, cui summum bonum, ubique adest? S. Aug. in Psal. 102. Tot sunt in te amandi Dei tituli, quot sunt in infinito numeri; & sicut illorum numerorum nullus est numerus, sic titulorum amandi Deum nullus est exitus.

26.

Divini praeceptum amoris.

Ut Deum ames, non tantum est ipsius desiderium, sed & imperium; vult, quod non potest impetrare, imperare. Amorem sui non tantum ut amicus suadet, sed & ut Dominus jubet. Creaturae, quas amas, ideo tantum bonae sunt, quantum a Deo Bono boni participant.

27.

Pro Deo laborandum.

Quidquid quaeris in terra extra te, est infra te plerumque etiam contra te. Hinc dum illa quaeris, te perdis. Nulli magis a te debetur cura, quam omnia pro te curanti. Si autem diligens Dei es, eris etiam diligens pro causa Dei.

28.

Labor serius.

In damnis nostris, otio, voluptate diligentes sumus: dum agitur pro eo, quod unice agendum, nempe de salute aeterna! osecitamus, jacemus, torpemus, desideramus. Ast satius est laborare cum formica, quam cantillare cum Cicada: *nam veniet nox, quando nemo operari potest.* Joan. 9. 4.

MARTIUS.

1.

Labor rectus.

Fac tantum pro coelo, quantum allii pro terra; tantum pro anima, quantum

vunt; & plurimum somniant, qui multum se fecisse putant, cum quietissime, et commodissime vitam agant. Insectabitur te omne infortunium, si secteris otium. Si ignavia torpeas, necesse est, fordeas.

25.

Obligatio Deum amandi.

Summum bonum est tuum bonum! quid ergo deest, cui summum bonum, ubique adest? S. Aug. in Psal. 102. Tot sunt in te amandi Dei tituli, quot sunt in infinito numeri; & sicut illorum numerorum nullus est numerus, sic titulorum amandi Deum nullus est exitus.

26.

Divini praeceptum amoris.

Ut Deum ames, non tantum est ipsius desiderium, sed & imperium; vult, quod non potest impetrare, imperare. Amorem sui non tantum ut amicus suadet, sed & ut Dominus jubet. Creaturae, quas amas, ideo tantum bonae sunt, quantum a Deo Bono boni participant.

27.

Pro Deo laborandum.

Quidquid quaeris in terra extra te, est infra te plerumque etiam contra te. Hinc dum illa quaeris, te perdis. Nulli magis a te debetur cura, quam omnia pro te curanti. Si autem diligens Dei es, eris etiam diligens pro causa Dei.

28.

Labor serius.

In damnis nostris, otio, voluptatē diligentes sumus: dum agitur pro eo, quod unice agendum, nempe de salute aeterna! osecitamus, jacemus, torpemus, desideramus. Ast satius est laborare cum formica, quam cantillare cum Cicada: *nam veniet nox, quando nemo operari potest.* Joan. 9. 4.

MARTIUS.

1.

Labor rectus.

Fac tantum pro coelo, quantum allii pro terra; tantum pro anima, quantum

alii pro corpore; & sic diligens, eris dilectus, imo & electus. Per infortunium saepe redderis fortunatus. Labor est nullus, ubi amor erga Deum non est magnus.

2.

Cultus Mariannus.

Fige in Maria totam mentem: nam in Maria nullam reperiēs ab origine originis labem. Pleno ore Angelus Mariam extulit, dum gratia plenam protulit. Non tanta pernicitate fertur in cadaver aquila, quam in nos Mariae misericordia.

3.

Tepor.

Qui in Dei obsequio torpet, & in salutis negotio languet, in grandi est periculo, ne aeternum cum damnatis laboret. Deus, qui dator est munerum, tepidis data aufert; rapit a pigro, quae dederat talenta, & puniet aeternum.

4.

Acedia.

Quod est tinea vestibus, aerugo ferro, caries tempori, hoc est acedia homi-

ni. Tepidus in mundo diu fuit, sed non diu vixit. Nam *maledictus homo, qui facit opus Dei fraudulenter!*

5.

Temporis pretium.

Minimum temporis otium maximum est pro salute negotium. Non parvi est momenti minimum temporis momentum. Dum tempus labitur, immensi lucri occasio elabatur; gravissimum pateris damnum, cum nullum in tempore facis lucrum.

6.

Patiendi necessitas.

Tu, quae hic pateris, conjunge cum iis, quae passus est Christus. Ad coelum admittet te, qui ad terram submisit se. Sine Deum hic ferire, & in te saevire; hoc enim est per Christum ad Deum ire. Clama ad Deum; *hic ure, hic seca; modo aeternum parcas.* S. Augustinus.

7.

Solamen afflicti.

Non nos terreat via, quam Christus

ipse monstravit in vita. Prius necesse est Christum sequi quam assequi. Cum furit, atque ferit Deus, olim parcere quaerit. Quod credimus vix posse fieri, fide novimus esse factum. Non doleas hic te dolenda pati, cui aliquando dabitur Deo frui. Hic homo torquetur, ne perpetuo crucietur.

8.

Gratitudo in Deum.

Gratus est canis homini ob aliquot, quae ei projicit, ossa: ast homo ingratulus est Deo, post innumera, quae ei contulit, dona. Vide, unde te Deus eripuit! & quo te extulit! esto humanus erga hominem! Divinus erga Deum! & eris acceptus Homini-Deo.

9.

Bona caduca.

Omnia bona terrena contempsit Christus, homo factus, ut contemnenda monstraret. S. August, de Catech. c. 22. Non est scientia contemnenda, scire quae sunt contemptibilia. Christus sprexit in corpore, quidquid est corporis: nihili duxit inter mortales, quidquid est mor-

tale. Omnia bona terrena despexit, ut suaderet esse despicienda.

10.

Sequela Christi.

Homo quilibet inter homines ambit primus esse hominum: Christus inter homines factus est opprobrium hominum. Christi exemplo sit tibi vivendi regula, major duntaxat Dei gloria. Si nolis decipi mundi mendaciis, necesse est, Christi insistere vestigiis.

11.

Necessitas imitationis Christi.

In omnibus semper aspice Numen, & ex ejus aspectu accipies lumen; lumen in mente, vulnus in corde. *Non dedignetur, quod fecit Christus, facere Christianus, S. Aug. tr. in Joann.* Imitari Christum non tantum decet, quia est dignitas: sed & oportet, quia est necessitas. Satiusest propter Christum semel contemni, quam omnibus hominibus semper praeponi. Si vis salvari, Christum studeas imitari.

12

Recta via ad Coelum.

Errare in via ad vitam, est strenue properare ad aeternam poenam. *Non errabis, quando ibis ad Christum per Christum. S. Aug. ad Epicur. c. 8.* Tota Christi vita est recta ad coelum via. Ad coelum tenditur non corporis pedibus, sed virtutum actibus. Vide! quam viam ineas, ne pereas. Via crucis sola est recta ad coelum.

13.

Dotes Christiani.

Ne fias vecors, esto cum nomine concors. Non gloriemur nomine Christiano, si non faciamus, quae fecit Christus. Vivere Christo est mori mundo: mori mundo, est nil sapere eorum, quae sunt mundi. Unus tibi sit ardor, pro Christo ardere. Modus Amandi Christum est sine modo: & nolle sequi Christum inexpiabile est probrum.

14.

Moderatio somni.

Ut vitetur spiritus desidia, cavenda

est somnolentia; est, quod miseriam vitae affert: somnus vero vitam penitus aufert. Somnus animam obruit, animam sepelit; somnus animam quasi exanimem reddit. Plus quam decet dormire, est saluti indormire. Dormiens es, ac si non esses. Somnus est anime tumultus. Violenti, non somnolenti coelum rapiunt.

15.

Resignatio in adversis.

Si patieris fortiter, es quoque feliciter miser. Id, quod vult Deus, semper facere, est Deum vere diligere. Habeamus pro omnibus gratias illi, á quo habemus gratis gratias! quod autem tibi ingratum est, id te Deo saepius gratum facit. Patere, modicum, ut gaudeas aeternum.

16.

Observatio temporis.

Diu vivere nulli est integrum, bene vivere omnibus est arbitrarium. Deum ora omni hora, ne male defluat ultima hora. Nihil sane est tempore pretiosius, & nihil vulgo tractatur vilius. Tempus,

quod aeternae gloriae destinatur, otio, popinis, et affaniis donatur. Tempus quodcumque leve, est seges futurae gloriae.

17.

Imitatio cauta.

Non sit tibi illicitum multitudo errantium: nec enim minus errat, qui cum multis errat. Quod te bonum non facit, tu non voces bonum; alias tam erras in titulo, quam in iudicio. Saepissime se divites faciunt malos, caeteris mala faciendo. Est porro sibi malus, qui bonis utitur male.

18.

Notio boni, & mali.

Primum malum est esse malum. S. Chrysost. Serm. 7. de jejun. Non ergo mala credas, quae optimus dat aut bonis, aut ut faciat bonos. Nulla sunt bona, si malus es; nulla mala, si tu bonus. Illa crede mala, quae habentes reddunt peiores: nempe Bacchus, & argentum mutant mores sapientum.

19.

Indoles opum.

Superflua habenti potius sunt onera, quam accipienti beneficia. Non est dives in mundo, qui dicit, abundo. Dives est, cui satis est, quod habet. Semper inops est, qui plura capit; multa petentibus multa desunt. Tunc demum beatus eris, si te nec prospera fortuna effe- rat, nec adversa dejiciat.

20.

Contemptus sui.

Si vis beatus esse, cogita hoc primo, contemnere contemni. Quisquis sui contemptus est contemptor, nihil ambitiosius expetit, quam haberi ab omnibus contemptui. Quidquid Cachinnorum est; inquit, o dicaces Sanniones expromite! spernere mundum, spernere nullum, omnino spernere se sperni Viri est. Magna est laus aestimari a probis, & reprobari a reprobis: summa laus amari a Deo.

21.

Solamen mentis.

Quod si ab insipiente sperneris, jam te eo ipso insipientem prodixi, si te sperni credis. Tento quis Deo est vilior, quanto sibi pretiosior. Unus si te Deus contempserit periisti. Unus si te Deus laudaverit, beatus est: frendeat, liveat, & flocci pendeat mundus. Tutissimum est, nihil prae se contemnere.

22.

Invidiae contemptus.

Invidiam pati non est malum pati; nec enim ideo es malus, quia alter tibi invidet bonum. Magna est tibi gloria, dignum esse alterius invidia. Satiusest esse invisum, quam miserum. Praestat esse cum invidia Achillem, quam sine ea Thersitem. Sint potius, qui te doleant bonum, quam qui gaudeant malum. Si bonus, non eris extra teli iactum, sed intra ictum. Ast stupea erunt tela. Ars prima justus est, posse, & velle invidiam pati.

23.

Temperantia cibi.

Quidquid in edendo est nimium, est toxicum. Selectissimorum fereulorum cumulus, est certus temperantiae tumulus. Carnis sagina est mentis carnificina. Parcus vescendo, parcissimus esto bibendo. Neque enim creatus es, ut corpori servias; sed ut illud in servitutem redigas, & soli Deo vivas.

24.

Pulchritudo vana.

Saepe sub cute candida latet anima sordida. Timent multi ad venustatem frondibus, & carent ad utilitatem fructibus. Multi exterius referunt venustate Helenam, intus in corde Hecubam. Unus omnis finis manet; & pulchritudinis brevi finiendae monent nos quotidiana funera.

25.

Vanitas stirpis.

Nobilem nasci casus est: nobilem fieri est virtus. Gloriosius erit, ut in te glorientur parentes, quam tu in paren-

tibus. Avorum promerita Nepotum sunt dedecora, si ab illis degenerent. Noli gloriari nisi in cruce Jesu Christi; in hac enim sola est vera salus, summa nobilitas, aeterna felicitas

26.

Gloria vana.

Ama laudabilem esse, non laudari: *brevis vita est, & laudantis, & ejus, qui laudatur. S. Anton. Serm. 7. n. 5.* Mundi gloria velox est, vix advolat, mox evolat: pene simul incipit, & desinit. Curis plenus eris, si vis, ut in mundo glorificeris.

27.

Solacium Infirmi.

Genus quoddam sanitatis est, hominem interdum non esse sanum. Quid cogitas, dum in morbo ploras? an Deus, qui est sapientia, fallitur, & errat? an, qui est Bonitas, affligit te voluntate non bona? Corporis aegritudo hoc boni affert malis, quod homini hominem objiciat. Sinit te Deus dolorem sentire morbi, ut dolorem concipias peccati. In morbo mortalis statim se efferet super morta-

lia; ast ut plurimum infirmorum infirma sunt proposita.

28.

Consilium patiendi.

Illa, quae pateris mala, immisit is, qui solus est bonus, nempe Deus. Non tu tuus es, sed Dei: non ergo quaeras, quae tua sunt, sed quae Dei. Dum ergo pateris, ideo patere, quia Deus te vult pati, aut quia meritis es pati.

29.

Mors non timenda.

Mors tibi erit in desiderio, si vita fuerit eximia a flagitio: illi soli timenda est mors, cui adhaeret noxa mortalis: nam hoc est consuetum: comitantur tristitia laetum! Proh quanta insania est, mortem timere, quae nos Deo conjungat; & vitam amare quae tamdiu nos a coelo elongat.

30.

Voluptas mala.

Mergendae sunt malae cupiditates, ne mergant. In malis cupiditatibus ex-

trema sunt feralia, tragica omnia. Non est operae pretium, pretio tanto emere voluptatem tantillam: mala enim voluptas est vana, quia matrix malorum pessima. Turpem voluptatem sequitur aut praecox amor, aut serus dolor. Momentaneum, quod delectat; aeternum quod cruciat.

31.

Cura unius.

Fac tantum, ut animam serves, quantum plerique, ut animam perdant; omnia tibi erunt innoxia, si tibi peccando non nocet. Si Jesum discis, satis est, si caetera nescis; si Jesum nescis, nihil est, si caetera discis. Porro unum est necessarium, ut te ipsum salves: ad hunc enim finem caetera ordinantur omnia. Optimam igitur cum Maria partem ad pedes Jesu elige; & salvus eris.

APRILIS.

1.

Quies in Deo.

Affixus uni Deo, semper eris unus:

nunquam alius, nunquam non idem. Econtra, qui adhaeret creaturis, erit caduus. Uno eodemque die erit Nero, & Plato: Leo, & Lepus: Aquila, & Noctua. Virtutis munus praestare potest Deus unus.

2.

Laesio famae.

Non tantum interius verbis acerbis aliena fama violatur. Ea est malignantis natura, in crimen vocare omnia, probare nihil. Malignus, si quid boni de altero audit, silet; est Areopagita taciturnior. Si malum olet, Iliadem ex eo, & Odysseam facit.

3.

Calumniae malum.

Qui inimicorum, & sycophantarum libidini est expositus, ille in vita ipsa quodammodo caret vita. Calumniator non potest esse vir bonus: quia auctor multorum malorum est. Calumniator est fratrum iniquus accusator. *Hinc ne litem dirimas, quin prius audiveris ambos.* Non quivis sordet, quem dente calumnia mordet.

trema sunt feralia, tragica omnia. Non est operae pretium, pretio tanto emere voluptatem tantillam: mala enim voluptas est vana, quia matrix malorum pessima. Turpem voluptatem sequitur aut praecox amor, aut serus dolor. Momentaneum, quod delectat; aeternum quod cruciat.

31.

Cura unius.

Fac tantum, ut animam serves, quantum plerique, ut animam perdant; omnia tibi erunt innoxia, si tibi peccando non nocēs. Si Jesum discis, satis est, si caetera nescis; si Jesum nescis, nihil est, si caetera discis. Porro unum est necessarium, ut te ipsum salves: ad hunc enim finem caetera ordinantur omnia. Optimam igitur cum Maria partem ad pedes Jesu elige; & salvus eris.

APRILIS.

1.

Quies in Deo.

Affixus uni Deo, semper eris unus:

nunquam alius, nunquam non idem. Econtra, qui adhaeret creaturis, erit caduus. Uno eodemque die erit Nero, & Plato: Leo, & Lepus: Aquila, & Noctua. Virtutis munus praestare potest Deus unus.

2.

Laesio famae.

Non tantum interius verbis acerbis aliena fama violatur. Ea est malignantis natura, in crimen vocare omnia, probare nihil. Malignus, si quid boni de altero audit, silet; est Areopagita taciturnior. Si malum olet, Iliadem ex eo, & Odysseam facit.

3.

Calumniae malum.

Qui inimicorum, & sycophantarum libidini est expositus, ille in vita ipsa quodammodo caret vita. Calumniator non potest esse vir bonus: quia auctor multorum malorum est. Calumniator est fratrum iniquus accusator. *Hinc ne litem dirimas, quin prius audiveris ambos.* Non quivis sordet, quem dente calumnia mordet.

Ornatus corporis.

Turpis est corporis cultus, si animus est incultus. Comptulus plerumque idem est, ac sordidulus. Odores in vestibus, gemmae in auribus, annuli in digitis aucupes sunt libidinis. Nimius ornatus vestis: saepius est animae pestis. Plerumque dum corpus nimium ornas, animam exarimas. Superbia est gloria in gloria, quam homo mutuatur a bestiarum exuviis. Non ergo glorieris corporis amictu, sed virtutum apparatu.

Solitudo.

Assuesce habitare tecum, & pax erit tecum. Noli in aliénis domibus esse domesticus. Sancta ignorantia est, nescire nescienda; & nihil est probrosius, quam alienas frequentare domus, ut ibi sis Momus. Regnum Dei intra nos est. Qui ad externa curiosus est, interna despicit: praeterita non respicit, praesentia non inspicit, futura non prospicit. Pax huic soli servatur, qui secum in corde moratur.

Vitium curiositatis.

Multi inquirunt, quid agatur in orbe, & non attendunt, quid agatur in corde: praestat ista transire, quae non prodest scire. Si omnia nova cognoveris, fies scientior, non ideo autem melior. Utilius etiam discas modum pulsandi corda, quam chordas. Expedit quoque nos fulgere ut stellas, quam nos perspicere stellas.

Humilitas.

Tunc Deus hominem aestimat, cum se nihil esse homo existimat; *Deus superbis resistit, & humilibus dat gratiam*, ait Scriptura. Non nocebit, si te postposueris omnibus: nocebit autem immaniter, si te praeponas vel uni. Quantum times, ne pereas, tantum cave, ne superbias.

Fuga libidinis.

Ubi rosa, ibi spina, ubi luxuria, ibi tristitia; ubi stimulus carnis, ibi acu-

leus cordis. Satius est fugiendo vincere, quam pugnando cadere: fugiendo effugies flagitium, & flagitii periculum. Talis libidinis genius est, ut, si nutrias, esuriat.

9.

Vitium Gulae.

Tam paucis natura est contenta, ut illi abunde sufficiat aqua & polenta: multi credunt se maiorem habere ventrem, quam famem. Condidit te Deus parem angelis, & facis te gula non imparem bestiis. Comede, ut corpus reficias, non ut conficias. Ubi ventris est ingluvies; illic mentis est illuvies. Si multum bibis; non diu eris in vivis. Uti multi pereunt in aqua, sic multi pereunt in vino. Insanit ultra modum, qui bibit supra modum.

10.

Segnities.

Quod est vesti tineas, hoc est menti pigritia. Sensim sine sensu exedit spiritum. Homo in Dei obsequio deses, nunquam erit coeli haeres. Non jacet in molli lecto scientia, multo minus ae-

terna gloria. Deus laudandus est non tam sermone, quam actione.

11.

Conscientiae morsus.

Est morte atrocius malum, vitam traducere malam. Sceleris in scelere supplicium est. Culpa & paena sunt contermina. Sceleris admissi testimonium est supra omne supplicium. Nihil te unquam tanto afficit damno, quam conscientia damnas. Eneca ergo nunc vermem conscientiae, ne aeternum luas apud eos, quorum vermis non morietur.

12.

Instantia mortis.

Omnibus peractis restat mori. Continget tibi, quod parentibus, fratribus, ac sororibus tuis; quo hi abiere? morti succumbere. Mors ultima scena est. Multi sani dormierunt, & obdormierunt. Multi transacto mane non attigerunt vesperam. Hodie mihi; cras tibi.

13.

Laus vana.

Ubi multa laus, ibi multa fraus. Frus-

tra de te dicitur, quod de te non verificatur. Nunquam quietus est, qui humanam laudem appetit: semper enim aducsitiet. Boni magis videri, quam esse cupimus: mali autem esse volumus, & tamen mali non videri. Qui descendit, ipse est, qui ascendit. Velle laudari magna est vanitas. Gloria sit soli, qui regit astra poli.

14.

Meta recta.

Praestat inter saevissima animalia versari, quam inter mundi vitia periclitari. Vera laetitia tantum est in aeternitate, non in mundana vanitate. Coelum suscipe, terram despice; si mundum despereris, mundus, atque beatus eris.

15.

Mundi fraus.

Mundus histrio est, modo Caesaris, modo Socratis. Mundus siccus saccus est: quidquid injeceris, abiecisti. Mundus foenum est, jam viret, mox aret, postea ardet. Mundus theatrum est, in quo pes-

simi optimi. Mundus sonus est, dum incipit, desinit.

16.

Labor pro Deo.

Amo hominem, ait Deus tuus, & sufficit hoc, ut fiam homo pro homine. Hinc nil debet esse grave homini, qui veniam sperat, coelum exspectat. Crucifixum adorat. Modo! modo homo debet agere poenitentiam, qui vult evadere gehennam.

17.

Virtus in adversis.

Dum Christus in terris coepit vivere, caepit ad crucem currere. Virtus in deliciis inficitur, in adversis perficitur. Arcam Noe cogita, surgebat surgentibus undis. Fit via vi; qui est via, ac vita, suo sanguine signat viam ad vitam. *Non alia Dei Filio fuit causa nascendi, quam ut cruci possit affigi.* S. Leo Serm. 10. de quadrag.

18.

Intentio recta.

Quod ex intentione recta non prodie-

rit, nihil proderit: nihil omnino bene est factum, quod Dei nomine non est peractum. Ama Deum, & ama! ut ameris; ama ipsum in te ipso, at propter ipsum. Ama Deum in omnibus; age propter eum omnia: sic omnia tibi cooperantur in bonum.

19.

Patientia.

Tribulas te? an tribularis ab alio. cogita! transit tribulatio, manet retributio. Non es melior Dei Filio: praevit ille, tu sequere. Si crux nimium premat, non est pondus crucis, sed est defectus amoris. Marcet sine adversario virtus.

20.

Diffidentia erga Mundum.

Nunquam attende, quid sit alieni iudicii! sed quid sit tui officii! inquietus es, si hominibus placere studes. Si vere laudabilis esse cupis, laudes hominum ne requiras. S. Hieron. Ne famuleris mundo, mellea promittit: ast sunt fellea, quae dicit mellea. Mundus promittit

rosas, & tamen dat spinas: cave, ne decipiaris.

21.

Finis hominis.

Ad finem semper pergendum est; ad finem non pergit, qui creaturis servit. Fecit Deus hominem, ad se; ergo ille tuus finis est, qui fecit te. Cum tu es, necessarium est, te esse á Deo, te esse Dei, te esse propter Deum. Dei es: cuius ergo necessario es, illius voluntarie sis. Plus debes Deo tuo, quam olla figulo suo.

22.

Conversio vera.

Relinque mundi nihilum, & habebis coelum; cessat vindicta divina, si praecurrat confessio humana. Cum homo sua peccata agnoscit, Deus ignoscit. Quid confessione salubrius? quid utilius? quid facilius? quod per confessionem notum est confessario, in omni abscondito est magis absconditum. Conscientiam frequenter emunda, & menda de mundo solerter emenda: mundi corde Deum videbunt.

23.

Propositum servum.

Si hucusque antecedens tua vita fuit pessima, fac, ut consequens sit optima. Deus bonus est ergo tu cessa esse malus. Bonum proposuisti propositum; sed fac, ut maneat bene positum. Bona proposita formare non tanti laboris est: sed proposita bona bene servare, hoc opus hic labor est.

24.

Mortificatio.

Nisi te ipsum mortificaveris, semper luctaberis, nulli magis molestus, quam tibi. Quo plus voluptati concesseris, eo plus concedi concupiscet. Volupe est voluptatem despiciere; á Deo deficit, qui concupiscentiae satisfacit.

25.

Conscientiae quies.

Melius gaudebis de bona conscientia inter molestias, quam de mala inter delicias. Si malus es, maximus tibi inimicus es. Fuge! fuge itaque a te!—quo? á

te malo, ad te bonum. Malus es? ergo emendare, ut bonus evadas.

26.

Exemplum bonum, vel malum.

In agro seritur triticum, in domo, & foro exemplum operum. Plures periere malo exemplo, quam gladio. Nemo plus nocet, quam qui alios male agendo male agere docet. Praelati vitium, totius gregis est offendiculum. At superioris bonum exemplum, totius populi est speculum.

27.

Vestis superba.

Tales multi se putant, quales vestes portant. Bonae vestes non bonum faciunt: sed vel bonum, vel malum tegunt. Truncus vestiri potest, non ideo homo est; & homo superbe vestitus, saepe truncus est. Vide, qualis sis coram Deo.

28.

Laus vana.

Noli tibi placere, ne Deo displiceas; noli humanis inhiare laudibus, ne priveris virtutibus. Laudaris á mundo, &

damnaris á Deo. Quanto magis hominum laudes vitaveris, tanto magis á Deo laudaberis. Sperne ergo vana, & sectare aeterna.

29.

Necessitas patiendi.

Quanto casus videtur desperatior, tanto Deus ad juvandum est propior. Vita nostra tempus tribulationis & pugnae est. Velis nolis, patieris; si libenter, maxime lucraberis: sin minus, frustra cruciaberis. Mala, quae pateris, libenter patieris, si patiaris amore Dei. Mundus universus vallis lachrymarum est; quisquis eam intrat, plorat. Communis in hac vita lex est pati.

30.

Pretium tribulationis.

Melius est cum Christo pati, quam cum Paulo usque ad tertium Coelum rapi. Donum patiendi aestimant, qui Deum amant. In terris Filius Dei nihil pretiosius potuit cruce invenire: hinc in ea voluit obire. Disce in doloribus gaudere, & in gaudiis dolere.

MAJUS.

1.

Amicus verus.

Quaere amicum semper, qui Dei non sit inimicus. Amicitia vera parem aut invenit, aut facit. Qui propter Deum amat hominem, amat in homine Deum. Ama Deum, & homines; homines propter Deum, Deum propter se. Illum amicum dilige, illum amicum retine, qui omnibus recedentibus te non relinquit, & ubique ad Deum te manuducit.

2.

Spes stabilis.

Beatitudinem aeternam, dum bene spero, bene sperando acquirō. Quisquis spirat, speret: sperare non desinat, donec spirare desistat. Mortalis vitae vita est spes vitae immortalis. Major est misericordia Dei, quam miseria hominis rei, Plus valet unica sanguinis Jesu guttula, quam totius mundi abundantia.

damnaris á Deo. Quanto magis hominum laudes vitaveris, tanto magis á Deo laudaberis. Sperne ergo vana, & sectare aeterna.

29.

Necessitas patiendi.

Quanto casus videtur desperatior, tanto Deus ad juvandum est propior. Vita nostra tempus tribulationis & pugnae est. Velis nolis, patieris; si libenter, maxime lucraberis: sin minus, frustra cruciaberis. Mala, quae pateris, libenter patieris, si patiaris amore Dei. Mundus universus vallis lachrymarum est; quisquis eam intrat, plorat. Communis in hac vita lex est pati.

30.

Pretium tribulationis.

Melius est cum Christo pati, quam cum Paulo usque ad tertium Coelum rapi. Donum patiendi aestimant, qui Deum amant. In terris Filius Dei nihil pretiosius potuit cruce invenire: hinc in ea voluit obire. Disce in doloribus gaudere, & in gaudiis dolere.

MAJUS.

1.

Amicus verus.

Quaere amicum semper, qui Dei non sit inimicus. Amicitia vera parem aut invenit, aut facit. Qui propter Deum amat hominem, amat in homine Deum. Ama Deum, & homines; homines propter Deum, Deum propter se. Illum amicum dilige, illum amicum retine, qui omnibus recedentibus te non relinquit, & ubique ad Deum te manuducit.

2.

Spes stabilis.

Beatitudinem aeternam, dum bene spero, bene sperando acquirō. Quisquis spirat, speret: sperare non desinat, donec spirare desistat. Mortalis vitae vita est spes vitae immortalis. Major est misericordia Dei, quam miseria hominis rei, Plus valet unica sanguinis Jesu guttula, quam totius mundi abundantia.

3.

Vindicta dedecens.

Si quis in te exspirabit injuriam, noli spirare vindictam: vindicta christianorum est, diligere inimicos. Si inimicus potentior? parce tibi; si imbecillior? parce illi. Non poteris concordiam habere cum Christo, si concors esse nolueris cum christiano.

4.

Avaritia.

Avarus semper sibi est amarus. Non habita concupiscit, ut habeat: habita recondit, ne amittat. In adversis sperat prospera, in prosperis timet adversa. Qui pecuniae servit, praesentibus stringitur compedibus, & paratur futuris.

5.

Eleemosina.

Optime pecunia servatur, cum in manu pauperum collocatur. Da pauperi, ut des tibi. Vis audiri a Deo, exaudi in paupere Deum, vis aperiri coelum, aperi pauperi manum. Noli relinquere tua hic, unde exiturus es: sed ea prae-

mitte, quo iturus es. Si non potes multum dare, da parum; si non potes dare effectum, da affectum.

6.

Animae cura.

Ab anima, & propter animam vivimus: nisi passiones tuas probe devicearis, pacem habere non poteris. Patieris aliquid, ne culpam facias: patieris, quia fecisti. Corpus non vento, & anima non satiatur argento.

7.

Consuetudo.

Qui virtuti non assuescit, dum juvenescit, a vitiis, dum senescit, discedere nescit. Quanto amplius peccare quis consueverit, tanto minus se peccasse intelligit. Cave, diu desinere nolle, ne desinas posse.

8.

Cognitio sui.

Si te ipsum nescis, misere inscius es: scire tuum nihil est, nisi ipse probe scias tuum nihilum. Qui nimium feriat, feritur; qui ultra captum quietem captat, capitur: qui otatur, diabolo negotiatur.

Faeminae fuga.

Tutior est virgo inter Leones, quam inter Lenones. Hercules Leaenam, Lenam superare non potuit. Heu! quem fera vincere non potuit, vicit hera. Semper domesticum faemina est in domo periculum. Cum faemina superbe amicta, in facie pieta, in verbis ficta, dira est lucta: fuge ni velis vinci.

Emendatio vitae.

Dies iste dies conversionis tuae sit; vel a malo ad bonum, vel a bono ad melius. Dic cum Paulo, *Domine, quid me vis facere?* Contra stimulum ne calcitres, ne alius accipiat coronam tuam; quae non dabitur, nisi legitime certaveris.

Invidia.

Invidus, fortunatorum antagonista, in propria saevit viscera. O quam malesunt, quibus non bene est, nisi aliis male sit: invidet! occide invidiam, ne occidaris ab ea. Nisi enim bonus sis erga

alios in tempore; cum malis tibi male erit in aeternitate.

Vanitas extra Deum.

Tantus, quantus es, Dei magis, quam tuus es. Multi, dum multa secum statuere, ad crastinum non pervenire. Sub sole quidquid nascitur, denascitur. Omnia humana, dum sunt, desinunt. Sicut, qui in somno manducant, non saturantur; sic qui in mundo abundant, non oblectantur. Praetereunt omnia praeter amare Deum.

Tentatio.

Tantum Deus permittit tentationis, quantum tibi prodest, ut exercearis. Versatus, & versutus est hostis noster: nunc agnum nunc lupum, nunc lucem, nunc tenebras simulat, ut nos decipiat. Vigila! in vigilia est victoria.

Vitae donum.

Hesterno die mori potuisses, sed mortuus non es; ergo vivis, ut melius vivas.

Cum sano sana, cum infirmo infirma, cum mortuo mortua est paenitentia. Antequam animam agas, agenda est paenitentia; ne antequam te vere poeniteat anima aeternum pereat.

15.

Timor utilis.

Facere flagitium est ruere in barathrum: labilis, & mutabilis est homo, nunc gravitate Cato, nunc feritate Nero. Mane saepius est homo in coelo, meridie in solo, vespere in caeno. Si sapis, quo es perfectior, eo sis timidior; qui onustus est auro, illi vitandus est latro: jam in sanctitatis fastigio, si, non times, proximus es praecipitio.

16.

Custodia boni.

Quod est flos in horto, hoc est homo in mundo. Parva parvi ne facias, minima maximi aestima: omne bonum, quod habes, contaminat unica labes. Nemo tam est doctus, qui non egeat doceri. In ipsa etiam Helena invenitur a Mo-
mo macula. Inter omnia, quae discis,

unum disce; aestimare, quae sunt vere aestimabilia.

17.

Ebrietas.

Crapula promit stulta, detegit occulta. Turpe est, plus vini ingerere, quam possis digerere: qui omnes vincit bibendo, vincitur a dolio. Ebrietas faciem mutat, colorem variat; hominem in non hominem deformat. Plures occumbunt poculis, quam spiculis. Sunt quibus Caena fit paena, lagena vagina, prandia fiunt praelia. Alterius sanitatem bibendo saepe tuam perdis.

18.

Cura sui.

Miseret te aliorum, non miseret te tui; quasi ipse tibi esses minus, quam alius. Dolet quis ex calculo, jam totum tu condoles animo: ast minimus in tuo animo naevus pejor est, quam pessimum in corpore ulcus. Si velles, aut valeres peccati tui foeditatem cernere, confestim desineres peccare. Minima macula animae reddit animam quasi stabulum

augiae. Noli ergo inire foedus cum foedissimo peccato.

19.

Peccati malum.

Peccatum non tantum peccantem contaminat, sed & peccatorem exerceat. Ubique est culpa, ibi & comes est poena. Peccatum non tantum movet bella ut in campo, sed & tempestates ut in freto. Hinc tu, si timeas, ne pereas, facias continuum cum carne duellum.

20.

Voluptas damnifera.

Voluptas abominanda est ut furia, non amplectenda ut filia. Tentatus tentatori dicas; *non tanti emo paenitere*, pudere, taedere, perire. Voluptas venit ut advena; sed quae inde mox sequitur acerbitas, est incola. Satiusest quietis esse compotem in caula, quam hujus expertem vivere in aula.

21.

Fuga faeminae.

Malum est videre mulierem, pejus alloqui, pessimum tangere. Visne ergo

tibi consultum, despice faemineum cultum, nec respice vultum: & ut bene audias, neganda est illis audientia, qui loquuntur impudentia. Non caret vitio, bibulam praebere aurem linguae vitiosa loquenti.

22.

Forma Christicolae.

Miles es Christi, hinc armare, non comere te decet; athleta es, hinc vir sis, non comptula pupa, & estibio delibuta. Est turpe viro faeminarum more fragrare musco mure. Operum, non odorum fragret unguentum. Non unguenta ex Arabia, sed aromata e coelo petamus.

23.

Gulae Vitium.

Accipienda sunt fercula, fere ut pharmacaca. Nulli minus gustant, quam suavis sit Dominus, quam mancipia ventris. Lurcones, & liguritores asoti magis suspiciunt palatum, quam coeli palatium. In patinas mentum, & mentem imittere, summa dementia est.

24.

Cultores Ventris.

Sunt ventris mancipia, qui tunc tantum sudant, dum manducant, & potant; quibus non est frequentior locus, quam focus, ubi laborat coquus. Tales merentur excludi ab albo hominum, & adscisci in classem pecudum. Non tot certe sustulit in campo gladius, quam in caupona cantharus. Nemo minus est sui Dominus, quam, qui servit abdomini. Officies menti dans pinquua fercula ventri.

25.

Exempli Vis.

Qui cum Lippis assidue degit, fit Lippus; & qui juxta claudum ambulat, de novo & ipse subclaudicat. *Nihil citius hominem pervertit, quam alter homo.* Oleaster in num. 33. Avarus, corruptor, saevus, lascivus, fraudulentus, si prope te sint, mox intra te erunt. Proximus periculo est proximus exitio: proximum autem periculum est, ubi malum est consortium. Melius est habere ma-

lorum odium, quam consortium. Ante circumspice, cum quibus edas, aut bibas; quam quid edas, aut bibas,

26.

Cautela Linguae.

Quare tam libenter loqueris, & tam diu fabularis, cum tam raro sine laesione conscientiae ad silentium revertaris? Si loqui licet, & expedit, quae utilia sunt, loquere, ni velis animam tuam perdere. Nam malorum universitas, uti ait Scriptura, est linguae effrenis libertas.

27.

Voluntas propria.

Mors propriae voluntatis est vita sanctitatis. Voluntas propria hostibus nos primo prodit, deinde tradit, denique perdit. Hostis hic tibi eo periculosior, quo occultior; eo perniciosior, quo blandior. *Cesset amor proprius, & cessabit infernus.* S. Bernardus.

28.

Respectus humanus.

Respectus humanus est Dei despec

tus prorsus inhumanus. Pereat malus pudor, ne tu male pereas, Tunc pudendum, cum pudenda facienda sunt. Quisquis placere Deo cupit, impiis displiceat, necesse est. Quid! ut Deo displiceas, tantine valeat unius homunculi rauca vocula? Facturam factori suo praeponere noli!

29.

Virtutis constantia.

Totus homo constans incostantia est; cogita semper voluptas vera est voluptatibus propter Deum abstinere. Natus es in immunditia, vivis in miseria, morieris in angustia hinc constans esto in boni constantia! Daemonis est mala suggerere, tui est non consentire sed in bono usque in finem perseverare; qui enim perseveraverit, solus ille salvus erit.

30.

Resistentia fortis.

Diabolus, dum ei resistis, hostis est, quando consentis, hospes erit; nonne melius est illum habere hostem, quam hospitem? si daemoni ab initio resistitur, quasi formica conteritur; gravia

peccata non regnabunt in corpore, si Dominica Passio circumfertur in corde.

31.

Meditatio Passionis Dominicae.

Ab horto voluptatis patefactus est interitus, ab horto Passionis patet salus. Vah! pavet in horto hominum Salvator, & ridet in campo peccator. Amor tuus crucifixus pendet in patibulo, & tu voluptati adhaeres obcaecato prorsus animo. S. Bernardus.

JUNIUS.

1.

Rectus usus Scientiarum.

Quanto plus, & melius scis, tanto gravius inde judicaberis; nisi sanctius viveris. Noli ergo extolli de ulla arte, vel scientia; sed potius time de data tibi notitia. Si tibi videtur, quod multa scis, scita simul, multa plura esse, quae nescis.

2.

Perseverantia.

Praemium bene inchoantibus promittitur, sed perseverantibus datur. Bene caepisse multorum est, sed perfecisse paucorum. Bene inchoare & male consummare monstrosus est, & cuncta perdit, qui in fine deficit. Igitur quidquid agis, prudenter agas, & respice finem.

3.

Vita cum Deo.

Recedere debet ab hominibus, qui accedere vult ad Deum. Omnes, qui cum hominibus perexerunt, jam obierunt, & plerique in Viam Cain abierunt. Merces mundi non modo est parva nimis, sed & prava nimis. Si dulcis est tibi mundus, dulcior erit Christus: ille enim decipit, & transit: hic verax est, & aeternum delectat.

4.

Imitatio Sanctorum.

Qui Sanctorum vitam commendat, & suam non emendat, se ipsum condem-

nat. Probrum est Sanctos colere, & Sanctitatem temnere; qui Sanctos miraris, sis ipse sanctitate mirabilis. Vita haec via est, vis in via autem non errare? Sanctos imitare!

5.

Judicium hominum.

Non est malus, qui malis displicet, sed qui malis displicere timet; si odis vitia, oderunt te vitiosi: vita proborum semper offensa est reproborum; malis autem displicere laudari est. Tua vita Gloria sit Soli, qui regit astra Poli.

6.

Cognitio sui ipsius.

Haec est altissima, & utilissima lectio, sui ipsius vera cognitio, & despectio. De seipso nihil tenere, & de aliis semper bene sentire; magna sapientia est, & alta perfectio. Omnes fragiles sumus sed tu neminem te ipso fragiliorem tenebis.

7.

Vitae Scopus.

Dies peccatorum, dies vitae non sunt,

si vita forent, mortem sempiternam non gignerent. O quam vana sunt, quae desinunt! ad Deum creatus es, quid ergo tibi cum creaturis? praeterit isthaec dies, & nescitur origo secundi. Pro aeternitate negotiamur. Qui pro hac non laborat, delirat.

8.

Vita probi & reprob.

Saepius solet Deus perituris gaudia dare peritura! crucis cultoribus cruces largitur. Dat Deus Herodi regnum, Petro lignum, Holoferni dulce massicum, dilecto Joanni fervens oleum. Saepe infelix felicitas terrena est: nunquam infelix aeterna felicitas.

9.

Admonitio Peccatoris.

Audi peccator audax! dilatavit infernus se, ut devoret te! ne itaque hoc veniat super te, in hoc momento emenda te. Male tibi in peccatis securo securis ad radicem est posita.

10.

Vanitas vitae praesentis.

Vanitas est, longam vitam optare, & de bona vita parum curare. Vanitas est, praesentem vitam solum attendere, & quae futura sint, non caute praevidere. Vanitas est, diligere, quod cito transit, & illum non timere qui aeternum punit.

11.

Periculi fuga.

Ne priveris tuo arbitrio, cave semper a periculo. Positus in peccandi periculo proximus es praecipitio. Cavendum est, ne, qui in carne vivimus, carni vivamus. Nullus tam noxius coluber, quam blandiens mulier. Facilius est, se continere a pugna, quam in pugna: facilius est occasionem fugere, quam in ea vincere.

12.

Occasio prava.

Affinia sunt occasio, & occasus; in verbo discrimen, & crimen est, hinc declina discrimen, si non vis conjugere crimen! occasio peccati, saepius est peccatoris occasus. Jacis aleam, dum peri-

culo exponis animam, & dum talis jacitur alea, jacet anima: si pecandi occasionem fugis, peccata fugas.

13.

Inimici dilectio.

Benefacite his qui oderunt vos! est consilium illius, qui est magni consilii angelus. Vicisti, dum pepercisti, omnis inimicitia sic tibi cadit victima; aut si lubet mactare inimicum! macte! beneficiis macta!

14.

Amor impurus.

Ut tuos recte excolas mores, vide quod tui ferantur amores. Salomon extreme sapiens, factus est amando sic amens, ac si nulla in eo esset mens; per venerem factus est vecors & excors. Hamus est amor, capit, dum capitur; quasi facem, fuge mulieris faciem.

15.

Mundi dolus.

Crede mihi! angustus tibi est animus, si te delectat mundus, cum in eo non est

nisi dolus. Magna in mundo fortuna maximum est infortunium. Facessant opes, quia facessunt operam non solum inanem, sed valde exitiosam: nemo enim potest Deo servire, & mammonae.

16.

Vita Temporalis.

Extrema caecitas est, vitam hanc miseram maximi facere, quam oportet maxime spernere! quisquis amat mundum, quaeso! cogita, quo sit eundum! qui juvat saecula vivere centum, cum vides universa transire ut ventum! vita haec in spatio brevis, nisi bene transigatur, est pretio levis; quinimo aeternae jacturam vitae inducit.

17.

Fortuna fluxa.

Ut semper tuus sis, nunquam esto tuus; firmissima fortunae certitudo incerto est. Nulli fortunae minus, quam optimae credas. In rebus tranquillis semper metuas adversa sub illis.

18.

Miseria hominis.

Nasci, vivere, mori sunt compendia omnis nostri mali. Nascendo homo plorat, & plorandi materia homini quotidie nascitur. Quid est homo? *Diu infans, vix puer, tarde homo.* Tertull. *Orat funeb.* Theod. Dum vitae vadum trajicimus, mortis pelagus prostat; post omnes in vitae nostrae fabula actus superest ultimus actus a quo tota pendet aeternitas.

19.

Gaudium verum.

Gaudet bonus non de plurimo nummo sed de bono summo. Non potest gaudere nisi justus, quia nihil sibi lucratur injustitia nisi supplicia. Mundi gaudia non sunt gaudia, sed mera taedia.

20.

Oratio.

Quid est Oratio? est Deo Sacrificium, sanctis delictum, justis auxilium, oranti subsidium, purgatorio refrigerium, Diabolo supplicium. Oras; sed dic! an

bonus? an bone? an bona? saepe Deus non exaudit voluntatem, ut exaudiat salutem.

21.

Cognitio sui.

Quid infirmo sit melius? novit Medicus melius, quam aegrotus. De te semper cogita, quod sis horror scelerum, faccus stercorum, cibus vermium, ac merum nihilum. Aliter cogitare non est orare sed Deum subsannare.

22.

Fervor ad Deum.

Vim facinus Deo, non compellendo, sed flendo; non provocando injuriis, sed exorando Lachrymis. Deum aspice semper, qui te respicit indesimenter. Si Deum non petis, non petis oracula sed lenocinia.

23.

Falctas.

Politicorum sententia est; scenae, & tempori deservendum. Spontentur ore maxima, negantur opere minima, servat, re ipsa nihil: sed mentitur iniqui-

tas sibi, se ipsum laedit, qui alios ludit, Fides assimilatur fidelibus, si non concordant, male sonant. Veritas adamentur ut adamas!

24.

Deus ut medicus.

Deus saepe punit corpus, ut servet animam; non considerat vulnerati dolorem, sed vulneris sanitatem; Deus Patrem agit, non cupit te perire, sed redire! Medicum agit, qui affligit, ut sanet, mortificat, ut vivificet.

25.

Gratia Dei.

Cum Dei Gratia es quasi Seraphinus, sine gratia miser Scarabeus. Cum Gratia perspicis ut Aquila, sine Gratia caecus ut noctus. Quantum perire times, tantum ne pereas, gratiam ambias.

26.

Gratiae necessitas.

Sine gratia ut cito pereas, vel ut nihil valeas, sufficit una locusta, vel musca. Illos locutarum & muscarum occi-

derunt morsus. Sap. 10. Minima cadendi occasio, tui saepe tota est perditio.

27.

Conversio ad Deum.

Omnes quidem sunt in Deo, sed non omnes sunt cum Deo. Eris mox innocens, si doleas te fuisse nocentem. Aperi Sacerdoti tua crimina, & mox tua anima erit tota pulchra: ast crimina si celas, claudent tibi crimina coelum.

28.

Boni operis cura.

Quaelibet respiratio oris sit ad Deum respiratio cordis! sint tibi quaelibet temporis feriae virtutis comparandae nundinae. Ubi deficit virtus, ibi deficit omnis actus. Quidquid agis, pro aeternitate agis; igitur lente festina, & sancte labora.

29.

Legis observatio.

Sine Dei lege, & gratiae luce pugnamus ut Andabatae; palpamus in tene-

bris, ambulamus in laqueis: ubi non est Lex, ibi non est Lux. Sine sole involveris nocte, sine lege jaces in faece. Ut tenebris nihil funestius, sic luce, & lege nihil venustius.

30.

Opera salutaria.

Exlex qui vivit, merito sine lege peribit. Virtutem probes exercitio virtutis. Maxima virtutis commendatio est virtutis actio. Virtus non tantum vult a nobis coli, sed vult nos se ipsa uti. Defuncto mundus dat nihil: sola virtus insepulta juvat sepultum.

JULIUS.

1.

Virtus necessaria.

Plus requiritur in malo, ut sit malus, quam in Bono ut bonus sit. Tu semper frugi sis, non Naucil quaeras virtutem, si vis reperire salutem. Virtus sola via ad vitam beatam est. Ad aeternitatem cum eas, cave, ne per vias invias devies. A tuo delectu pendet, ut sis inter electos.

2.

Patiendi necessitas.

Si non vis pati non debuisses nasci; nihil scis, si tentatus non sis; ut probus sis prius probatus. Nondum se nosse caepit, qui nunquam miser fuit. Marcescit sine adversario virtus. Amor Crucis probat, quantum Crucifixum diligas.

3.

Amor Proximi.

Ames proximum per Deum, secundum Deum, propter Deum, & in Deo. Cave fastidium; desinit non raro in odium. Non bis vixerunt veteres, vivimus nos futuri; nemo vivat sibi soli, sed Deo, & proximo propter Deum.

4.

Animus Contentus.

Esto, qui es! sufficis Deo, suffice tibi. Vellis, nolis, acquiescendum est Deo. Felix est, qui eo, quod est, contentus est. Vis veram libertatem? sperne voluptatem. Contemptus voluptatis est regimen libertatis.

bris, ambulamus in laqueis: ubi non est Lex, ibi non est Lux. Sine sole involveris nocte, sine lege jaces in faece. Ut tenebris nihil funestius, sic luce, & lege nihil venustius.

30.

Opera salutaria.

Exlex qui vivit, merito sine lege peribit. Virtutem probes exercitio virtutis. Maxima virtutis commendatio est virtutis actio. Virtus non tantum vult a nobis coli, sed vult nos se ipsa uti. Defuncto mundus dat nihil: sola virtus insepulta juvat sepultum.

JULIUS.

1.

Virtus necessaria.

Plus requiritur in malo, ut sit malus, quam in Bono ut bonus sit. Tu semper frugi sis, non Naucil quaeras virtutem, si vis reperire salutem. Virtus sola via ad vitam beatam est. Ad aeternitatem cum eas, cave, ne per vias invias devies. A tuo delectu pendet, ut sis inter electos.

2.

Patiendi necessitas.

Si non vis pati non debuisses nasci; nihil scis, si tentatus non sis; ut probus sis prius probatus. Nondum se nosse caepit, qui nunquam miser fuit. Marcescit sine adversario virtus. Amor Crucis probat, quantum Crucifixum diligas.

3.

Amor Proximi.

Ames proximum per Deum, secundum Deum, propter Deum, & in Deo. Cave fastidium; desinit non raro in odium. Non bis vixerunt veteres, vivimus nos futuri; nemo vivat sibi soli, sed Deo, & proximo propter Deum.

4.

Animus Contentus.

Esto, qui es! sufficis Deo, suffice tibi. Vellis, nolis, acquiescendum est Deo. Felix est, qui eo, quod est, contentus est. Vis veram libertatem? sperne voluptatem. Contemptus voluptatis est regimen libertatis.

5.

Fiducia in Deum.

Confidere in se ipso infirmitas est; confidere in mundo fallacia est: confidere in sapientia stultitia est: confidere in Deo felicitas est. Nec Deus te deseret, si non prius a te deseratur; qui de suo presummit, expugnatur, antequam pugnet.

6.

Propositum serium.

Omni die renovare debemus bonum propositum, & ad fervorem nos excitare, atque ad Deum clamare: Adjuva me, Domine Deus, in bono proposito, & tuo sancto servitio. Da mihi nunc perfecte incipere; quia nihil es, quod hactenus feci.

7.

Terra spernenda.

Despice hoc punctum terrae coelo natus. O quam speciosa debet esse Jerusalem caelestis, si sic Roma fulget terrestri! considera coeli gaudia, quoties patiuntur corporis membra. Nihil sen-

tit crux in nervo, cujus animus est in coelo.

8.

Iracundia.

Quod canis impudens est inter animalia, hoc inter homines est iracundia. Saepe levia sunt, propter quae non leviter exardescis. Sanctitatem expellis, si iram non repellis. Pacem fugas, si iram non fugas. Serviat tibi ira, non tu irae.

9.

Virtutis fructus.

Habet virtus pulcherrima privilegia plurima. Mentitur iniquitas sibi, si piorum vitam divulgat ut miseram. Major jucunditas est passiones vincere, quam ab illis vinci. Bene vive! vitia fuge! & dabit tibi vera virtus fructus honoris, & aeternae felicitatis.

10.

Exaltatio periculosa.

Honores mutant mores, sed raro in meliores, saepissime in peiores. Amorem suis comodis metiri non est amare, sed mercari; amor sincerus non est mer-

cenarius. Honore dignum esse, & honorem fugere, character magnorum Dei Servorum est. Quamprimum tibi fueris minimus, eris Deo maximus.

11.

Tribulationis fructus.

Tribulatio bonos probat, malos reprobat: multi aeternum miseri essent, si miseri non fuissent. Quae nocent, docent. Nobilis vincendi modus est Patientia; vincit, qui patitur; si vis vincere disce pati. Fortius & felicius ages omnia pacatus, quam iratus.

12.

Actio providi.

Saepe loquuntur opera, dum tacet lingua. Efficacius loqueris factis, quam verbis. Prudens est procul videns. Ante omne opus vide: num liceat? num deceat? num expediat? Propter Deum pati gloria est, certare victoria, mori pro Deo salus est.

13.

Vera nobilitas.

Si quis nobilis est, ideo est, quia Deo

subjectus est: cor Deus inspicit, cor petit. Si cor non orat, in vanum lingua laborat; non clamor, sed amor splendet in vultu Dei. Vult Deus honorari non voce clamorosa, sed conscientia recta.

14.

Temporis usus.

Non solum aurora, sed & omnis hora est aurea; quam si bene expendis, pro coelo impendis. Si tempus distulisti, differendo perdidisti; quoties tempus differtur? Omnia tempus habent, omnia habet tempus: operare bona in tempore, ne egeas in aeternitate, ubi non amplius est tempus merendi.

15.

Gratiae Div. necessitas.

Vita nostra Organum est; exclude auram, puto, Dei gratiam, tacebit. Vita nostra Fabula est, non quam diu, sed quam bene acta sit, refert. — Trossule! exspecta paulisper, & brevi de te dicetur — cecidit flos. Illis qui sunt, clamant, qui fuerunt: — Nos quoque floremus, sed flos erit iste caducus.

16.

Vitae brevitās.

Vita hominis aqua est fluminis: tempora praeteriunt more fluentis aquae. Quod inter te natum, & inter tuum tumultum est medium, est minimum, est punctum. Homo vernat parvulus: vix dum senescit, incanescit, evanescit, putrescit. Hodie es floridus, fors cras morbidus, perendie mortuus, deinde sepultus.

17.

Superbia vitae.

Vitae superbia est columna, ast culmina feriunt fulmina. Quidquid in terra est, terra vera est, aut vanitas mera. Quid sunt gaudia? quid omnia? somnia; instat aeternitas, & tamen tam male impenditur aetas.

18.

Timor salutaris.

Toties infernum meruisti, quoties Deum offendisti. Didicerunt alii maledicenda diligere. Tu disce maledicta contemnere. Dilata, non mutata est sententia, si non sequatur poenitentia.

Talis tibi erit Deus, qualis tu es Deo. Ad Deum non pedibus, sed moribus, & amoribus eundum est.

19.

Mors certa.

Lege! Luge! Lata est Lex: Morieris. Velis, nolis, abibis, ac ibis in aeternum, & non redibis. Jacta est sors, vocet te mors: discedent res, arescent spes. Ne tu cum perituris pereas, noli perditte diligere peritura. Ne moriaris male, vive bene. Erit aliquando dies, quo aut aeternum vives, aut aeternum morieris.

20.

Linguae moderatio.

Ars artium est, recte loqui: plurimi plures linguas sciunt, nec tamen sciunt recte loqui. Sermo saepe facile volat, sed saepius pessime violat. Sicut eligis, quo vescaris, sic semper elige, quid loquaris? S. Aug. de Nat. & Gratia.

21.

Amor Proximi.

Omne tempus de vitae tempore amputas, quod Deo non Consecras. Nec

potes nimium, aut nimis cito servire Deo. Sustinet te Deus, ut fias melior: sustine tu malos, ut facias meliores. Proximo prestemus, quod Deo debemus: Deum enim non diligit, qui proximum negligit.

22.

Quies in Deo.

Omnis Copia, quae Deus non est, inopia est. Non copia rei, sed gratia Dei voluntas contenta fit. Melius est tibi Deo servire, quam Regem agere. O quam bonum & jucundum, vincere semetipsum! talis semper Deo sis, qualem tibi Deum esse aeternum cupis.

23.

Cura Vitae rectae.

Totam teris vitam, ut audias doctus; vix diem, ut evadas pius. Nemo tamen superatur, nisi volens. Et vahl! quam turpe est posse vincere, & velle superari! tanto periculum tuum es gravius, quanto tu resistis ignavius. Accipiet dona majora, qui vincit mala minora.

24.

Scandalum.

Bis impii sunt, qui aliis scandalo sunt; semel suo flagitio, iterum malo in alios exemplo. Tot sententiis damnaberis, quot animas praecipitaveris. Saepe unius hominis scandalum, totius est populi excidium. Plures, quae ab aliis vident, haec sibi facienda censent. Cave, ne alios perdas; ne si perdas, una cum illis pereas.

25.

Irae damnum.

Satius est viperam in sinu fovere, quam iram in corde habere. Iratus nemini magis nocet, quam sibi. Ergo deliras, si pectore concipis iras; cedendo, non caedendo iram extinguas. Multum aliis irasci desinunt; irae suae irasci incipiunt. Irascimini, & nolite peccare, ait Propheta Domini. Psalm. 4.

26.

Castigatio sui.

Melius est seipsum punire, quam ab alio puniri: ergo cum peccatum non pos-

sit esse impunitum, peccatum puniatur a te, non tu pro peccato. Toties Christum caecidisti, quoties in peccatum incidisti; igitur oportet, te in flagella paratum exhibere, ni malis aeternum perire.

27.

Voluptatis paena.

Multi mali sunt, quia malis placere cupiunt. Ast brevis est voluptas vitae et vita voluptatis. Et quod pejus est, qui in deliciis est, in periculis est. Omnis fluxa voluptas plus fells, quam melis habet. Transit oblectamentum, & manet tormentum. Cogita saepe; momentaneum est, quod delectat, aeternum, quod cruciat.

28.

Luxuriae remedium.

Priusquam tuae voluptati servias Christi vulnera aspicias. Christus flageliatur, & homo deliciatur. Multis momentum honoris fuit monumentum horroris. Vitia vitabis, si vitiorum exitum cogitabis. Annos aeternos in mente habes; & certe Venus exulabit e corde.

29.

Adulatio.

Qui adulatur, non amatur: adulator est amicus officio & hostis in animo, comptus verbo, turpis facto. Dum arridet, deridet: dum alludit, deludit. Dum laudat, fraudat. *Meliora sunt vulnera diligentis, quam fraudulenta oscula odientis. Prov. 27.* Melius est odio haberi cum veritate, quam amari in iniquitate. Propriae conscientiae testimonium est optimum.

30.

Sequela Christi.

Multi volunt cum Christo regnare, sed pauci cum eo crucem portare. Frustra autem currit, qui ante metam deficit. Et Paradisi non erit haeres, cui perseverantia non fuerit comes. Oportuit pati Christum, & ita intrare in gloriam: patientem sequere; si vis aeternum gloriari.

31.

Amor genuinus.

Amare, a quo possis non amari, pe-

riculum est: amare, a quo non possis amari, error est: amare, a quo non possis non amari, felicitas est. Error est in amore temporalium, periculum est in amore mortalium: felicitas sola in amore Dei est. Tunc vere vivimus si auctorem vitae rite diligimus.

AUGUSTUS.

1.

Crucis dignitas.

Crux est nota Dei Filiorum. Crux est schola ac scala coelorum. Quisquis Christi est, non procul a cruce sit. Deus ipse crucis faber est, & amanti & amato Crucem fabricat. Hypocrita est qui cruce signat frontem, & alienam a Cruce fovet mentem.

2.

Voluntas Dei.

Dei tibi non tuam, sed suam voluntatem sequendam proposuit. Nescio, an homo verus sit, qui Deum diligere negligit. Idem identidem clames. Impone mihi Domine, quidquid vis; quid ferre

possim, tu ipse scis. *Da mihi, quod jubes, & jube, quod vis. S. Agustinus.*

3.

Finis hominis.

Triginta fors jam annorum es? ast triginta annis non vixisti, sed tantum fuisti, si soli Deo non vixisti. Omne tempus prorsus est perditum, ex quo non refert meritum. Si cupiditatibus tuis cooperaris, operum & operae pretium perdis. Pessime vivis in ipsa vita, si non vivis bonam vitam: dum differs bonam vitam, mors vitam auferit.

4.

Perfectio Christiana.

Frustra vivit, qui non bene; at qui male, pessime moritur. Carent opera fructibus, dum operans non proficit virtutibus: agit animam, cujus animus nihil agit. *Quod immobile est, omnino inutile est.* Vacua est vita, quam non implet bene vivendi cura. *S. Chrysost. Serm. 15.*

5.

Progressus in bono.

Ascendit virtus, dum procedit; pro

ficit, dum proficiscitur: surgit, dum pergit. Bona est mens subtilia intelligens, salutaria eloquens, & bona bene faciens, ac semper proficiens. In virtutis stadio non stes: nam stando cades, cadendo jacebis, ac tandem jacendo peribis. Dum repetis *cras, cras*, sensim dilabitur aetas.

6.

Prudentia.

Prudentia tibi lux, Dux, & lex sit. Hac luce ac Duce secure vadis etiam inter vada, cautus inter cautes, prudentia comitante non cades. Magna prudentia, non esse praecipitem in agendis nec pertinaciter proprio inniti iudicio.

7.

Infirmetas hominis.

Nullus tam est sapiens, sit licet Salomon, in quo non plus requiratur, quam reperiatur prudentia. *Omnis perfectus perfectione est indigus*: ait Fulgentius. Tunc caepisti sapere, cum didicisti te ipsum noscere. *Nosce te ipsum*. Hac sine doctrina, tua vita est foeda latrina.

8.

Gratiae Divinae necessitas.

Sine Dei gratia manca sunt omnia hominis opera, et nisi gratia sit pedissequa, omnis nostra via est devia. Non tantum mala si fugias, sed & bona si facias, tunc bonus eris. Subjiciatur corpus animo. Dominetur vitiis ratio; tunc vera est tua perfectio. *S. Prosper. l. de vit. contempt.*

9.

Providentia hominis.

Raro errat, qui cuncta ponderat: homo prudens praeterita cogitat, praesentia ordinat, futura providet. In tria tempora tota dividitur vita, quid fui? — quid sum? — quid ero? Quod egi, certum est: quod ago, breve est: quod acturus sum, est dubium. — Dubiis ne fide; sed tutiorem partem elige.

10.

Moderantia.

Praevalet in cunctis discreta modestia punctis. Jejunes, sed non, ut palpitantes: accumbe mensae, sed non ut suc-

cumbas gulae. Impallesce libris, sed non ut tradaris morbis: incumbe in studium, sed non ut frangas cerebrum. Violenta non durant; sed est modus in rebus, sunt certi denique fines.

11.

Amicus verus.

Vera amicitia melior est omni elemosina: sed Amicus dilectus sit tibi ex millibus electus, Amicus verus diu quaeritur, vix invenitur, difficile servatur. In prosperis amicorum, est multitudo, in adversis solitudo. — *Ad januam Tabernae multi Fratres & Amici, ad januam carceris neque amici, neque Fratres sunt.* Qui aliquid diligit in amico praeter Amicum, non amicus, sed Negotiator est. Verus amicus erit, qui plus te, quam tua quaerit.

12.

Correctio proximi.

Sincere non diligit, qui peccantem negligit, errantem non corripit. — *Plus erga corrigendos agat cohortatio, quam commotio, plus charitas, quam potestas.* D. Leo. Peccare est pessimum, corripe-

re peccantem est omnium optimum. — Tu tantum aude pro Deo, quantum impius contra Deum. Justi vexantur, nisi pravi corripiantur.

13.

Dilectio inimici.

Inimicum diligere Deus non tantum ut amicus consulit, sed etiam ut Dominus praecipit. Melius est inimico parere, quam se propter inimicum perdere: praestat mala pati, quam esse malum. — Deus te suum non agnosce, nisi tu Inimico ignosces. Inimicus est tibi seges gloriae, si tu es immemor injuriae.

14.

Gratitudo in Deum.

Totum, quod es, illi debes, a quo totum habes, S. Bernard. — Velut lumina Deus Pater luminum diffundit sua munera. Sed gratia quando datur, studeas, ut restituatur. Dedit se Deus optimo modo in socium, in pretium, in cibum. Redde totum, quod es, & tamen necdum reddidisti, quod debes. — Fac,

quod tibi facere est integrum: supplē votis, quod non potes factis.

15.

Beneficia Dei.

Quidquid accipis a Deo, est gratia: quia datur gratis. Hinc omnis tua respiratio, sit continua gratiarum actio. S. Augustinus ait: *Semper illi gratias deamus, a quo semper gratia gratis datur.* Omni momento accipis gratiam: omni ergo momento esto gratus.

16.

Judicium temerarium.

Ad te ipsum oculos reflecte, & aliorum facta caveas judicare. Si alium judicas, frustra laboras; saepius erras: semper peccas. Si te ipsum judicas; non judicaberis; sed jam judicatus es.

17.

Agnitio sui.

Totus quantus es, non es nisi miseria, ignorantia, inopia. — Si nolis Deum revcreri, saltim tui velis misereri. Non minus misericors est Deus, quam tu mi-

ser. Hinc Deum ora, implora: sed cum oras, clama non ore, sed mente.

18.

Mentis in Deum elevatio.

Magnus ad Deum est clamor tacitus in pectore amor. — Perit omne opus ei, qui non continuo invocatur opem Dei: nullas vero metues insidias, ubi amor Dei habet excubias. Dum spiras, saepius suspires ad Deum: sic pie olim expirabis, & aeternum olim respirabis.

19.

Attenta oratio.

Saepius homo, cum est in se, non est secum. In pio cum Numine commercio requiritur omnis animi attentio. Cura ergo, ut, cum sis in te, etiam sis tecum. — Deus autem in illum gratias non erogatur, qui est arrogans: sed humilibus dat gratiam.

20.

Amor Tribulationis.

Multi Jesum diligunt, quamdiu adversa non contingunt; volunt esse cum Petro in monte Thabor, & nolunt per-

manere cum Joanne sub cruce. Ama crucem; alias non es crucifixi discipulus.

21.

Tempus pretiosum.

Consulo tibi, ut tempori consulas. — Punctum temporis male impensum, irreparabiliter est amissum. — Quam tibi chara tua est salus tam tibi charum sit omne tempus. Omni ad mortem hora curritur absque mora. Tempus ah! inde perit, dum corpus dulcia quaerit.

22.

Spes in Deum.

Non sit illi de saeculo timor, cui Deus in saeculo Tutor. S. Cyprian. — Deo fretus homo, qui est nihil, per Deum nihil non potest. — Ubi adest Christus aranea murus est; ubi Christus deest, murus aranea est. S. Paulin. Tolle gratiam Christi, & jam cares solida basi.

23.

Patientia.

Nihil familiarius est quam pati; hinc nihil utilius quam patientia. Commune hominis pharmacum, patientia est, &

silentium. — Magnum malum est, non posse pati mala. Vitae humanae primitiae jam sunt lachrymae. Pati est homini primum, quod docetur: ultimum, quod dedocetur. — Animo non tristi fer poenam, quam toties meruisti.

24.

Constantia.

Constantia per injurias non multum latet, sed magis claret. — Magnus animus aerumnis utitur, non frangitur. Inter mala & malos summum opus est, non cessare a bono opere. — Insta! ne cesses, aderit post semina messis optata.

25.

Perseverantia.

Ut obtineas regnum, cujus nullus est finis, necesse est, ut perseveres usque ad finem. Quasi nihil est factum, si aliquid adhuc restat faciendum. Inchoantibus praemium promittitur, perseverantibus datur. S. Aug. Sic enim scriptura clamat, finis, non pugna vincentem coronat,

26.

Temperantia.

Prima Lex, quam Deus tulit, fuit abstinentiae, ut servaretur bonum Innocentiae. Charum non, habet Deus eum, cui venter charus Deus est.— Helluonis, & voracis stomachus nihil aliud est, quam mortuorum animalium tumultus. Non vivis, ut comedas, sed vivis, ut moriaris: & comedas, ne cito moriaris. Cibus sit tibi pharmacum, non mortis toxicum.

27.

Abstinentia.

Raro est sanitas mentis, ubi est saturitas ventris. *Vinum semper cum mensura emitur, & sine mensura bibitur. S. Chrysost.*— Abstinentia autem non tantum sit ciborum, sed & vitiorum.

Parum edere, & male agere, est actum agere: minor autem erit vitiorum copia, ubi major est cibi, & optus inopia.

28.

Sobrietas.

Tres vitis fert botros. Primum vo-

luptatis, secundum ebrietatis, tertium molestiae. Homo vinolentus plerumque est & somnolentus, & ideo ad Dei cultum lentus.— Regnum coelorum rapiunt violenti; non vinolenti, qui faciles sunt ad bibenda vina, etiam fragiles sunt ad gerenda arma.— Piscenninus dixit militibus: Erubescite! qui nos vincunt, nihil aliud, quam aquam bibunt.— Sic vino saepe amittitur palma, quae acquiritur aqua.

29.

Pax cum proximo.

Humanos tolerare naevos hominis est. Ubi apparet proximi calamitas, ibi se ostendere debet tua humanitas.— Homini laudabile est, praebere se omnibus humanum.— Vis omnibus esse gratus? Confer omnibus gratiam. Vis frui pace? Proximum ut teipsum dilige.

30.

Recreatio.

Tua corporis refectio, nunquam sit animi defectio.— Relaxa animum, ut non noceas animae.— Exhilara mentem; sed non una simul contristare

Deum. Sint tibi temporalia quidem in usu; at semper aeterna in desiderio: non enim propter illa, sed propter haec creatus es,

31.

Modestia.

Magna est virtus, si non laedas, a quo laesus es. S. Isidor. Non claudis tuum vulnus, si aperias alterius latus: non fuit cum alieno sanguine balsamum tuae plagae.— Si vis irasci, non melius irasceris, quam tibi irascenti, & tuae iracundiae.

SEPTEMBRE.

1.

Humilitas.

Tantum deficiis in sanctitate, quantum non proficis in humilitate. Quidquid facis, nihil facis, nisi te nihili facias. Ut boni, quo bonus fias, aliquid facias, oportet, ut te penitus exinanias. Tunc Deus te respicit, cum tu te despicis. *Qui sine humilitate virtutes congre-*

gat, quasi in ventum pulverem portat. S. Gregor. in explicat. 3. Psalmi paenit.

2.

Providentia.

Si desis gratiae, deerit tibi gratia. Ut recte agas, agenda praevide: quod agis attende; quae egisti, respice. Si cupis esse pugil, jugiter esto vigil. Plus fortis vigilare, plus vivere est. Praeterrita emenda; praesentia rectifica; ad futura te caute praepara.

3.

Virtutis Comparatio.

Quotidie in bono ferveas, ut veram virtutem obtineas; ardua enim est virtus, nec nisi per ardua reperitur. Macete animo esto; nam uno actu heroico potieris virtutis bravio. *Potuerunt isti, & istae; nunquid et tu poteris? S. Augustinus.*

4.

Cura prima salutis.

Si subtraxeris te a superfluis locutionibus, & otiosis circuituionibus, nec

Deum. Sint tibi temporalia quidem in usu; at semper aeterna in desiderio: non enim propter illa, sed propter haec creatus es,

31.

Modestia.

Magna est virtus, si non laedas, a quo laesus es. S. Isidor. Non claudis tuum vulnus, si aperias alterius latus: non fuit cum alieno sanguine balsamum tuae plagae.— Si vis irasci, non melius irasceris, quam tibi irascenti, & tuae iracundiae.

SEPTEMBRE.

1.

Humilitas.

Tantum deficiis in sanctitate, quantum non proficis in humilitate. Quidquid facis, nihil facis, nisi te nihili facias. Ut boni, quo bonus fias, aliquid facias, oportet, ut te penitus exinanias. Tunc Deus te respicit, cum tu te despicis. *Qui sine humilitate virtutes congre-*

gat, quasi in ventum pulverem portat. S. Gregor. in explicat. 3. Psalmi paenit.

2.

Providentia.

Si desis gratiae, deerit tibi gratia. Ut recte agas, agenda praevide: quod agis attende; quae egisti, respice. Si cupis esse pugil, jugiter esto vigil. Plus fortis vigilare, plus vivere est. Praeterrita emenda; praesentia rectifica; ad futura te caute praepara.

3.

Virtutis Comparatio.

Quotidie in bono ferveas, ut veram virtutem obtineas; ardua enim est virtus, nec nisi per ardua reperitur. Macete animo esto; nam uno actu heroico potieris virtutis bravio. *Potuerunt isti, & istae; nunquid et tu poteris? S. Augustinus.*

4.

Cura prima salutis.

Si subtraxeris te a superfluis locutionibus, & otiosis circuitionibus, nec

non ab audiendis rumoribus, inuenies tempus sufficiens pro negotio tuae salutis. Deo, & tibi soli vaca: quoties enim inter homines eris, minor redibis.

5.

Lectio Librorum.

Nullus victor tot ex bello reperit praedas, quot sedulus Lector in Libello reperit gazas. Non refert tamen, quam multos, sed quam bonos habeas libros. Magna in libris voluptas, quia maxima apud multos legendi est cupiditas. Non est semper utile, multa legere; sed utilius est, & bona legere & bene legere.

6.

Animi quies.

Mala, quae patimur, sunt plurima, quae facimus, maxima: hinc magno opus est contra tot morbos pharmaco. Solatium tibi optimum erit cum optimo, id quod non nisi Deus est. Nam quidquid est mundi, est instar fungi. Frustra quaeris futilia fortunae frustra: solus enim est Deus, qui potest implere, & satiare pectus.

7.

Oratio continua.

Patiaris malum, ut potiaris bono: saepe Deus non exaudit votum, ut majus conferat bonum. Esto proin in oratione perpetuus: clamet pectus, clamet lingua, sed simul bona clamet vita. *Oratio justis continua coelos penetrat; iram Dei mitigat, & orantem perpetuo salvat.* S. Basilus.

8.

Fides operans.

Si nunc malus eris, tunc aeterna mala patieris. Non satis est per fidem credere vera, sed oportet etiam agere bona. Quid prodest, si quis Catholice credat, & gentiliter vivat? aliter credere, & aliter agere daemonum est.

9.

Vanitas mundi.

Miser est, & erit, mundi qui prospera quærit. In mundo solum boni putantur, qui mali sunt, & mali sunt plurimi. Corruptere, & corrumpi saeculum vocatur. Qui voluptatem maxime

sequuntur, minime consequuntur. Quid gloriaris de tuo corpore? custodietur brevi sub parvo lapide.

10.

Consolatio animi.

Refugienda est ampla possessio, ne subsequatur profunda perditio Salvian. Heu! stolidae mentes pereunt, peritura sequentes. O vere nimis est vilis, cui Deus viluit: peribis, si adhaeres perituris. Vilescat tibi totum, quicquid est praeter Deum. Tuus solus satiabit te Deus.

11.

Quies in Deo.

Ea sequi desine, quae assequi miserum est. S. Bernard. Post mundi spolia tua sequentur vulnera. Nunquam magis eris tuus, quam dum totus Dei es, & non tuus. Nihil amare in terris praeter Deum, est fabricare sibi in terra coelum.

12.

Miseria extra Deum.

Exulat omnis melancholia ex divini

amoris monarchia. Non amari summum bonum flere fecit Jacobonum. Amanatur opes, nullam nobis aliquando allaturae opem. Pluris tibi semper sit coelum, quam omne aurum. Mundus nihil est, nisi nundinarium forum rerum pereuntium. Deus est verum gazophylacium bonorum omnium: hunc igitur quaere, & habebis omnia.

13.

Fortitudo in adversis.

Sapientis est malle pati in hac vita levia, quam post illam gravia. Assuesce dura agere, ut possis dura pati. Quod nocet, docet: & quod pungit ungit. Deus justos dum percutit, perficit: quem enim Pater filium diligit, corripit.

14.

Castigatio toleranda.

Ubi praecessit culpa, necesse est, sequatur poena. Quid miraris te corripi, si comisisti corripienda? *Sustine virgam corripientem ne sentias malleum contententem S. Bernard.* Ne delinquas, relinquant, necesse est, delinquendi ansas.

Si formidas diros ictus, fuge malos actus. Effugies virgam, si fugieris culpam.

15.

Temporis usus.

Quid tempus perdis, cum nullo non tempore Deo satisfacere queas? Si bene vis vivere nunquam bono vacuum perdas horam. Ut parvuli circuli sunt annuli; sic nil nisi brevis circulus est annus. Quis noster est finis? bene agere in tempore, ut bene sit nobis in aeternitate.

16.

Dei recordatio.

Primas in omnibus tribue Deo; quia est omnium primus. Satis ut metuas, ne pereas, est, posse perire. Nolle ad Deum redire est velle perire. Non sit tibi ansa peccandi audacter: quia Deus tibi pepercit clementer. Deus enim qui diu parcat, etiam repente punit; & saepe etiam aeternum, punit.

17.

Fiducia in Deum.

Dum oras, oris exordium, sit mentis

suspirium. Urget Deus, & petit, ut petas ab eo: cave autem ne ores ore, & non corde. Honores Deum non tam labiis, quam suspiriis: dum enim cor non orat, nec quidquam lingua laborat.

18.

Oratio ad Deum.

Sine cibo pereat, necesse est homo: quod vero anima est corpori, hoc oratio est animae. Semper Deus nobis est praesto, beneficia praestando. Hinc gratias Deo Maximo semper agamus maximas: nam nolle Deum orando rogare, est Deo injuriam maximam irrogare.

19.

Meditatio.

Sicut necessaria est, ut Deum consulas oratio; sic necessaria est, ut tibi consulas meditatio. Ut oratio sit fervens, sit meditatio frequens. Qui pavet, cavet. Fidei probatio non sit nuda confessio sed actio.

20.

Rectus rerum usus.

Amor opum reddit te virtutibus ino-

pem; & pruritus vanae gloriae obscurat Dei gloriam. Appetitus laudum est congeries fraudum. Haec si in te vivant, nihil minus in te est, quam vita. Utere tempore cum faenore; utere gratiarum thesauro: quia pretiosior est omni auro.

21.

 Applicatio sui.

Usus tui tuum officium est, frui est vitium. Utere corpore ut animae jumento. Sit corpus usui, non oneri. Utere cibo ut pharmaco: quidquid enim excedit modum, nocet supra modum. Ubi ciborum est in gluvies, ibi vitiorum est congeries. Utere mero mere ob stomachi debilitatem; nam quidquid hic est nimium, est venenum.

22.

 Vestimentum.

Uti pinguedo corporis est languedo spiritus, sic vestium superba concinnitas est animae nuditas. Vestimentum sit nuditatis tegumentum, non vanitatis ornamentum. Uti sub levi palliolo saepius Pallas, sic sub vili amictu haud

raro latet castitas. Noli splendere vestibus, sed moribus.

23.

 Laus ex opere.

Parum proderit dicere, *Domine! Domine!* nisi servias Domino. Magnum est intervallum inter hae duo, *dicere*, & *facere*; inter verba & facta, inter linguam, & vitam. Pauci sunt, qui faciunt multa, & dicunt pauca: ast multi sunt, qui multa dicunt, & pauca faciunt. Multi sunt exterius garruli hirundines, intus inanes arundines. Indutus purpura frustra cum Joanne pilos praedicat Camelorum. Tunc cygni cantabunt, cum graculi tacerint. *Doctrina in dictis scientia, in factis virtus est.* S. Chrysost. serm. 167.

24.

 Conditio hominis.

Serva te tanquam peregrinum, & hospitem super terram, ad quem nihil spectat de mundi negotiis. Serva cor liberum a terrenis rebus; quia non habes hic manentem civitatem. Serva cor mundum; nam *beati mundo corde; quoniam ipsi Deum videbunt.*

25.

Deus solus quaerendus.

Totum hominis vivere est aliquid quaerere; & quidem solus quaerendus est Deus. Ast frustra Deus quaeritur inter frustra mundi. *Vide, ne forte, dum colligis colligaris, dum vis esse praeda, fias praeda. S. August. in Psal. 38. Causa diligendi solum Deum, Deus est. S. Bernard. de dilig. Deo.* Tanti singula aestima, quanti aestimanda. Deo plus aliquid aestimare est errare, est peccare, est aeternum perire.

26.

Modus in rebus.

Vis stare in felicitatis apice, cura ut omnia fiant in ordine: recte te habeas ad superiora, media, & inferiora. Ultra primum, quod est Deus, prius ne quid ames, sed propter eum omnia: Patieris multa, si in multis ordinem rectum scindi patiaris.

27.

Omnia per Deum.

Non potes movere manum, quin a

manu Dei accipias bonum; quaelibet respiratio est nova obligatio. Dic! *quis sic delectat, quam ille, qui fecit omnia, quae delectant?* S. Aug. in Psal. 32. Non tantum quaeris semper habere summa, sed ambis esse sumus. Ast ut semper sis summus tantum delectare in summo; & ut semper gaudeas in Domino, unum tantum admittas cordis tui Dominum.

28.

Vera musica.

Quid prodest, dum hymnum cantat tua lingua, si sacrilegium exhalat tua vita? S. Aug. in Psal. 102. Si cantare est pie amare, haec concordia est jucundissima coellitibus Musica. Consonent nota & vita: dum Deo modularis, carni non blandiaris. Melior est Musica, quae resonat moribus, quam vocibus: melius canitur corde quam cordis. Potius decet plangere, quam plaudere. ubi cor gemit peccati vulnere.

29.

Deus unicum bonum.

Bona extra summum bonum non sunt

tua, sed tu illorum: te illa possident. non tu illa. Ne aeternum pereas, vide! cui adhaereas: si adhaereas mundo, eris immundus. Si vanae gloria, eris inglorius: si famae vanae, evades infamis: si divitiis, scatevis viitiis. Itaque adhaereas vero bono, ut tibi bene, optimo, ut tibi sit optime.

30.

Misericordia erga proximum.

Qui non miseretur, misericordiam non meretur. Magis nocet vindicta, illam quaerenti, quam eam patienti. Potuisse nocere fortius est, quam nocuisse. Satius est tuam cupiditatem, quam hostem vincere. Ne miser fias, semper esto misericors.

OCTOBER.

1.

Dei Longanimitas.

Quo diutius Deus peccantem tolerat, eo terribilius damnat. Paenam dum Deus differet, non aufert. Modo Deus expectat, ut tunc plus feriat. Peccas, &

nihil mali toleras? Dei haec patientia est, non negligentia est: cave, ne abutaris.

2.

Lascivia.

Libidinis fructus amarior felle est, crudelior gladio, peior diabolo; non solum mentem effaeminat, sed totum hominem foedat. Major es, quam ut tui corporis sis mancipium. Fuge libidinis illicium, si vis effugere exitium. Libidinis assecla non raro fit apostata: nam Asmodaeus est omnium haeresum Coriphaeus. Visne tantum effugere malum? — *Otia si tollas, periere cupidinis artes.* — Item; necit ferocire fame enecta caro.

3.

Mortis memoria.

Peccatoribus oculi aperiuntur, cum franguntur; quam pravus, ac parvus mundus sit, cernitur, cum relinquendus est. — *Ut tibi mors felix contingat, vivere discere: ut felix possis vivere, discere mori.*

4.

Vulnera Christi.

Redemptoris vulnera sunt amoris

symbola; si non amaret, tanta amoris pignora non daret. In vulneribus Christi si fueris, victor eris. Per aperta vulnera vides Christi viscera. Quoties peccas, Dominum vulneras: noli reiterare scelera, ne superaddas vulnera. Ad coeli gaudia patet janua per Christi vulnera.

5.

Animae pretium.

Quidquid in terris magnum est, infra animam est. Animam habes unicam, hanc si perdidisti, periisti: anima sola est, qua a besties distas. Redde, quae Dei sunt Deo; anima imago Dei est, huic reddenda est. Nihil ita tuum est, ut anima; nihil ita aestima ut animam; nihil ita orna, ut animam.

6.

Minimorum cura.

A minimis maxima crescunt: a venialibus itur ad mortalia, & tandem ad infernum. Non es sanctus natus; fac, ut sis sanctus factus. A minimis incepere Maximi. Quotidiana aut vides, aut audis funera; nec tamen emendas scelera, quae e minimis fiunt maxima.

7.

Fluxa gaudia.

Mala est vita, quae non recogitat finem vitae. Illud regnum noster est finis, cujus nullus est finis. Offert hostis pomum, ut rapiat coelum; gaudia fluxa, ut auferat aeterna. Qui solum curat, ut male vivat, non habet, nisi ut pereat. Momentanea sunt, quas a te cernuntur: aeterna sunt, quae tibi reservantur.

8.

Hominis vanitas.

Totius miseriae compendium homo est. Brevi in non hominem vertitur omnis homo. Finge tibi animal miserimum, & delineasti te ipsum. Undique te miseriae circundant: vide tuam vilitatem, & amplectere humilitatem.

9.

Solus Deus quaerendus.

Vae animae audaci, quae credidit, si a te recessisset, se melius aliquid inventuram! Cui tuo bonum infinitum non sufficis, quid ei sufficiet? Te mihi da, caetera desint omnia: te solo beatus ero.

Fiducia in Deum.

Qui brachio mobili inaedificat, cadet cum mobili. Tu Deus meus immobilis es; qui tibi inaedificat sortem suam, non commovebitur in aeternum: quidquid contra moliantur omnes homines & Diaboli.

Solertia in negotiis.

In pertractandis negotiis angeli simus. Omnem in iis diligentiam praestemus; eventus autem, quicumque sit, nihil de tranquillitate nostra decerpit. Satis erit, id, quod nostrarum partium erat, fecisse.

Meditatio passionis Dominicae.

Estne possibile, ut ad dictum aculeatum, aut ad oculum malignantem conturber; si te o Redemptor, aut a Judaëis agitatam, aut in probrosissimo Crucis patibulo suffluxum aspicio? Probra tua, & vulnera tua sunt invitamenta mea, aut certe aeterna confusio mea.

Cor rectum cum Deo.

Investigabo, an in me cor reperiam. Ubi amor meus est, ibi cor meum est. Terram amo? in terra cor meum est. Hominem amo? homini cor meum tradidi. Deum amo? Deo cor meum consecravi. Ibi cor, ibi amor sit, ubi aeternum esse volo. S. Augustinus.

Optio melioris boni.

Idcirco majus bonum prae minore eligendum est: quia Deo magis gratum est, non quia majoris praemii est. Quod enim Deo offertur, summo bono offertur: igitur quod ei magis gratum sit, necesse est, detur.

Dotes superioris.

Superior, qui omnia dissimulat, aut non satis animi habet, aut virtutis. Si illud? non utitur sua potestate. Si hoc? potestate sua non est dignus. Nec omnia dissimulare debet, nec nihil: aut enim ille officio, aut illi prudentia defuit.

16.

Motivum patientiae.

Res tan magna est coelum, & res tam parva est passio nostra: & dies nostri tam breves, ut prae erubescencia mori nos oporteret, si in ulla re queri nos contingeret. Cogita; aut patiendum esse, aut ardendum. *S. Theresia.*

17.

Vana excusatio.

Neque in locum, neque in tempus, neque in illos, quibuscum habitas, potes culpam conijcere, quod in virtutum studio progressus majores non facias. Omnia, si tu te ipse non impedires, tibi adjumento ad perfectionem essent.

18.

Fragilitas propositi.

Dum flecto ad oratorium genua mea, quanta facio proposita? Cum ad rem venit, quanta est mea desidia? Aliam difficultas faciem habet, cum ante oculos est: aliam, cum procul abest.

19.

Vera cordis laetitia.

Qui extra Deum nihil sperat, nihil timet, nunquam tristis erit. Qui nihil sperat, nihil amittit. Qui nihil timet, sine cura est. Qui nihil amittit, & nihil curat; praeter Deum, nunquam tristis erit.

20.

Pretium temporis.

Quid volo hoc, aut illud bonum differre in crastinum, quod possum exequi hodie? Hodie mihi gratiam suam Deus offert: an eandem sim cras habiturus, aut eam ego acceptaturus, incertum est. Sera nimis vita est crastina: vive hodie.

21.

Dominium affectuum.

Ducimur affectu. Quos amamus, quidquid fecerint, toleramus, & excusamus. Quos odimus aut saltem non amamus, quidquid egerint, carpimus, aut excusamus: raro rem, ut in se est, judicamus.

22.

Utilitas silentii.

Loqui suo tempore, & suo tempore

silere, utrumque artis est: quodnam ex his majoris? Credo equidem, saepius te poenitentia fuisse ductum locutionis, quam silentii. Parrior ergo in loquendo, & promptior in silendo sis, oportet.

23.

Providentia Dei.

Sine, ut arbitrio suo Numen disponat omnia. Miraberis aliquando, summe tibi profuisse, quod credideras obesse. Nunc tibi satis sit, sapientissimum Deum sic voluisse; quia plura longe potest facere, quam tu capere.

24.

Amor Dei.

Nemo querulus dixerit, se parum posse, nullam esse operam suam. Multum potest, qui potest Deum amare. Caetera desint omnia, hoc uno poteris omnia.

25.

Deceptio passionum.

Oculus animae intellectus est, ocularia passiones. Per haec quidquid intuitus fueris, colore vitri imbutum credes. Si sincere, rem vis videre ocularia tua

sine colore sint; si intelligere, animus sine passione.

26.

Correctio sui ipsius.

Ita peccatis, & imperfectionibus scatemus, ut, si his corrigendis insistere voluerimus, tempus & moram habituri non simus, quo aliorum defectus examinare possimus. Igitur Medice! cura te ipsum.

27.

Defectus verae virtutis.

Omnes tanquam vitrei tractandi sumus: quia solida virtute instructi non sumus. Tinnimus, cum tangimur; tinniendo prodimus, quod solidi non simus.

28.

Injustitia irae.

Multa aegre fero, & modo huic, modo illi indignor; sed plane immerito, cum a me ipso impetrare non possum, quae velo. Tibi irascere, donec a te impetraveris omnia: dein iram in alios extendere.

Necessitas patientiae.

Ut nihil, quod patiaris, habeas, in tua non est potestate. Ut vero, quod pateris, patiaris bene, in tua est potestate cum gratia Dei. Pati aliquid debes; tantum cura, ne frustra, ne sine merito, ne cum damno.

Affectus malus.

Avicula, ne avolare possit, a minimo etiam filo tenetur. Anima, quo minus ad Deum se levet, ab uno ligatur affectione. Utut haec sit modica, tenet tamen, & a non modico retinet profectu. Nam modica qui spernit, paulatim decidet; & qui in modico non est fidelis, nec in magno diu fidelis erit.

Vanitas mundi.

Quid plausus hominum, quid pompa juvat? pauculi labentur anni, & dicetur tibi: migrandum est. Et migrantem neque ora hominum, neque luxus vestium, neque loculi sequentur.

NOVEMBER:*Mortalitas hominis.*

Genarum purpura, oculorum vigor, & corporis totius habitus mutabitur. Carnem tuam vermes exedent, & tui memoria etiam apud amicissimos paulatim interibit. Interim ubi erit anima?

Inconstantia in promissis.

Vide, ne lingua tua manu major sit. Erit autem, cum plura promiseris, quam feceris. Aut non promitte, aut quae promittis, imple. Fides aut non danda, aut servanda. Aut Deo nihil vove; aut, quae vovisti, redde.

Recta vitae methodus.

Sic vive hodie, quasi dies iste vitae tuae foret ultimus. Si in crastinum supervivis, etiam crastinum tibi ultimum crede. Unus certe erit ultimus; & ille, si sic vixeris, optimus.

Necessitas patientiae.

Ut nihil, quod patiaris, habeas, in tua non est potestate. Ut vero, quod pateris, patiaris bene, in tua est potestate cum gratia Dei. Pati aliquid debes; tantum cura, ne frustra, ne sine merito, ne cum damno.

Affectus malus.

Avicula, ne avolare possit, a minimo etiam filo tenetur. Anima, quo minus ad Deum se levet, ab uno ligatur affectione. Utut haec sit modica, tenet tamen, & a non modico retinet profectu. Nam modica qui spernit, paulatim decidet; & qui in modico non est fidelis, nec in magno diu fidelis erit.

Vanitas mundi.

Quid plausus hominum, quid pompa juvat? pauculi labentur anni, & dicetur tibi: migrandum est. Et migrantem neque ora hominum, neque luxus vestium, neque loculi sequentur.

NOVEMBER:*Mortalitas hominis.*

Genarum purpura, oculorum vigor, & corporis totius habitus mutabitur. Carnem tuam vermes exedent, & tui memoria etiam apud amicissimos paulatim interibit. Interim ubi erit anima?

Inconstantia in promissis.

Vide, ne lingua tua manu major sit. Erit autem, cum plura promiseris, quam feceris. Aut non promitte, aut quae promittis, imple. Fides aut non danda, aut servanda. Aut Deo nihil vove; aut, quae vovisti, redde.

Recta vitae methodus.

Sic vive hodie, quasi dies iste vitae tuae foret ultimus. Si in crastinum supervivis, etiam crastinum tibi ultimum crede. Unus certe erit ultimus; & ille, si sic vixeris, optimus.

4.

Amor sapiens.

Amare, a quo non possis amari, erroris est: a quo possis non amari, periculi; a quo non possis non amari, felicitatis. Errorem habebis in amore temporalium; periculum in amore hominum; in amore Dei felicitatem perpetuam.

5.

Humana fragilitas.

Quomodo Deo audes toties aliqua promittere, & non praestare promissa; qui gloriaris, etiam homini nihil promittere, quae non praestes? *S. Basilus.* Qui in virtute se exercuit, gaudiis nunquam caret, qui peccavit, nunquam dolore. *Idem.* Thesaurus tuus humilitas; sine hac enim divitiae tuae nihil sunt; cum hac etiam inopia tua divitiae erunt. *Idem.*

6.

Cura sui ipsius.

Ibi nulla virtus, ubi occulta in aliorum vitam curiositas. Quantum curae quisque aliis impendit vitiose, tantum sibi detrahit. Dum alios male observat, se negligit, & nec illum, nec se corrigit.

7.

Contemptus sui ipsius.

Plerique in domo Dei non patiuntur haberi contemptui, qui in sua non nisi contemptibiles esse potuerunt: ut, quia videlicet, ubi a pluribus honores appetuntur, ipsi locum habere non meruerunt, saltem ibi honorabiles videantur, ubi ab omnibus honores contemnuntur.

8.

Pretium veritatis.

Nihil diu praeponderat veritati. Quare certis in causis praestat silere, quam loqui: nec vindice opus est stylo, ubi sui ipsius vindex, & propugnatrix est veritas. *S. Ignat.* Vivere non possem, si quid in anima mea humanum, & non omni ex parte divinum adverterem. *Idem.*

9.

Studium perfectionis.

Qui mundum semel felici fuga contempsit, ut Deo serviret, non timet a mundo per partem exire. *S. Dominicus.* Negligentia, quae ex fiducia propriae

virtutis exiit, tentatio omnium periculosissima est. *Idem.* Ut cito quis doctus fiat, legat librum amoris, & vulnere Christi. *Idem.*

10.

Fiducia ergo B. V. MARIAM.

Cum omnia desperata sunt, & totus mundus contra vos, & amicos vestros conjurat; accedite ad pedes Deiparae Virginis, & in sinum illius vos conjicite. Mihi credite, quia liberabit vos. Tempus autem eidem nolite praescribere: scit enim illa melius, quid, & quando vobis expediat.

11.

Humana Solotia.

In statera lances duas considera. Quantum una repletur solatiis humanis, tantum altera veris gratiae vacuat divitiis. Has augere vis? illa minue. Ambo non convenient: a coelo enim non datur immediatus ad coelum transitus.

12.

Voluntas Dei.

Tria haec frequenter examina. Pri-

mo: quid tu a Deo velis? Secundo: quid a te velit Deus? Tertio: quae res impediat, quo minus hoc exequi studeas.

13.

Amor Creaturarum.

Utrum male ames creaturam, inde colliges, si creaturae amor te impediat ab amore creatoris. Impediet autem certo, si ratio amandi creaturam non sit ipse creator. Quomodo, aut quid hactenus amasti?

14.

Tria hominum genera admodum rara.

Tres viri non inveniuntur in orbe: vere industrius, qui victu necessario careat: qui moderata abstinencia valetudini noceat: qui cum possit, audire verbum Dei negligat, frugi tamen sit.

15.

Amicitiae fallaces.

A te vero gaudio o bone Deus! per exteriora recedens, dum te solo careo, adulterinas amicitias in his exterioribus quaero. Sic miser ego cor meum, quod tibi soli debui toto amore, totoque

affectu impendere, vanitati dedi: & ideo vanus effectus sum, dum vanitatem dilexi.

16.

Memoria Dei.

In manibus tuis descripsisti me, ut semper sit memoria mea apud te, si tamen memoria tui jugiter fuerit apud me. *S. August. Solil. c. 13.* Cum hoc diligenter considero, Domine Deus meus, terribilis & fortis, timore pariter, & ingenti rubore confundor: quoniam nobis magna est indita necessitas juste recteque vivendi, qui cuncta facimus ante oculos iudicis cuncta cernentis. *Idem.*

17.

Bonitas Dei.

Omni momento me tibi obligas, dum omni momento mihi tam magna beneficia praestas. Sicut ergo nulla hora est, vel punctum in omni vita mea, quo tuo beneficio non utor: sic nullum debet esse momentum, quo te non habeam ante oculos in mea memoria, & te non

diligam ex omni fortitudine mea. *S. August.*

18.

Pericula virtutum.

Periclitatur castitas in deliciis; humilitas in divitiis; pietas in negotiis; veritas in multiloquio; innocentia in occasionibus; justitia in muneribus; virtus in prosperitate. Quis evadet? Cautus. Cautus esto; res ubique plena periculi est.

19.

Imago vitae praesentis.

Vita humana ludus quidam est, ac comoedia; in qua non illi excellit, qui principem personam agit, sed qui bene suam. Illud in potestate choragi est, hoc in tua.

20.

Testamentum Christi.

Auctor pietatis in cruce pendens testamentum condidit, singulis pietatis opera distribuens. Apostolis persecutionem, judaeis corpus, Patri spiritum, paronymum virgini, latroni paradisum, peccatori infernum, christianis vere poe-

nitentibus crucem commendavit. *S. August.*

21.

Dotes veri Doctoris.

Ad docendum mirabiliter propendimus, & saepe ante, quam docti simus; & longe saepius ante, quam docenda exerceamus. Non ita Christus coepit facere, & docere. Triginta annis in exercitatione fuit, tres docuit.

22.

Vera gaudia speranda in coelo.

Delicatus es, frater, si & hic vis gaudere cum saeculo, et postea regnare cum Christo. *S. Hieron.* Alias enim dicitur tibi, quod olim Abraham Epuloni dixit: *Fili recepisti mercedem tuam.* Toleram igitur mala cum Lazaro, ut recipias bona in coelo.

23.

Constantia in bono.

Vix, quod valde bonum est, sine luctu incipitur. Vix, quod ineptum est, sine taedio continuatur. Vix, quod continuatum est, eodem fervore finitur.

Non qui bene coepit, sed qui bene finit, coronatur: finis enim coronat opus.

24.

Purus Dei amor.

Quia Deo non omnia, sed tantum usum fructum damus, fundum vero, & haereditatem affectuum nobis retinemus: ideo purum, & perfectum Dei amorem non consequimur. Qui dedit omnia, meretur omnia.

25.

Praestantia obedientiae.

Nulla via hominem citius, expeditiusque ad summam perfectionem adducit, quam obedientia. *S. Theresia.* Plus amat Deus in te minimum obedientiae, & submissionis gradum, quam obsequia multa quae illi praestare cogitas.

26.

Timor inutilis.

Multa aversamur ante, quam causam aversandi habeamus. Difficultatem saepe facit difficultatis timor, Heroica rerum difficilium experientiae aut non sentit difficultatem, aut tollit. Aude; Triumphabis.

27.

Ignis purgatorii.

Qui in aliud saeculum distulit fructum conversionis, prius purgabitur igne purgationis. Hic ignis, etsi non sit aeternus, miro tamen modo gravis est; superat enim omnem poenam, quam homo unquam passus est in hac vita, vel pati potest. *S. August.*

28.

Scopus animae.

Anima, quam creasti, ita facta est capax majestatis tuae, quod a te solo, & a nullo alio impleri possit. Quando autem te habet, plenum est desiderium ejus: & jam nihil aliud quod desideretur exterius, restat. *S. August.*

29.

Cura minimorum.

Imitemur Deum faciendo bona quaecumque sine turbatione, sine proprio quaestu, sine praesumptione; sed quasi forent exigua. Non minorem diligentiam adhibeamus in parvis, quam in magnis: sicut etiam Dei perfecta sunt

opera omnia, non minus formica, quam Elephas.

30.

Varia hominis aetas.

Adolescentia nostra ver est: floret spe. Juventus nostra aestas est: fervet cupiditate, Virilitas nostra autumnus est: pollet fruge, Quid senectus nostra? Hyems non sit. Nulla aetas sit sine fructu; nec ulla carebit optato praemio.

DECEMBER.

1.

Bonitas Dei.

Dominus miseretur, castigat, hortatur, custodit, & in doctrinae mercedem ex redundanti amoris copia nobis regnum coelorum promittit: hunc solum fructum percipiens ex nobis, quod salvi fiamus. Tanta Deus pro te; & quid tu pro Deo?

2.

Divitiarum abundantia.

Aurum, & argentum vel privatim vel publice est odiosa possessio: si usum

excesserit, rara ad acquirendum, difficilis ad custodiendum, & non apta ad utendum. Congrega ergo thesauros in coelo; ubi nec tinea, nec aerugo eos corrumpit.

3.

Verae divitiae.

Verae sunt divitiae justitia, & Dei gratia. Quae quidem divitiae non ex praediis augentur, sed a Deo donantur. Divitiae, quae auferri non possunt; quarum est thesaurus casta anima, quae hominem vere reddit beatum.

4.

Fons eleemosynae.

Quemadmodum quicumque putei scaturiunt, exhausti in pristinam mensuram revertuntur: ita etiam cleemosyna, quae est bonus fons benignitatis, potum sitientibus communicans rursus augetur, & repletur. Quemadmodum ad ubera, quae suguntur, solet lac confluere.

5.

Bona voluntas.

Eundem honorem consequuntur ii,

qui voluerunt, cum iis, qui potuerunt: quorum est, voluntas aequalis, etsi facultates sint inaequales. Fac igitur velis, quod actu non potes: nec frustra volens. Deus enim scrutatur renes, et corda.

6.

Dei cultus.

Dei cultus est continua animae cura ei, qui est praeditus cognitione; & ejus perpetua in Deo occupatio per charitatem, quae nunquam intermittitur.

7.

Character Christiani.

Christiani non aliunde noscibiles, quam de emendatione vitiorum pristinorum. Christi enim sententia est: *Qui vult meus esse discipulus, abneget semetipsum; tollat crucem suam, & sequatur me.*

8.

Spectacula Theatrorum.

Impudicitiam omnem amoliri jubemur. Hoc igitur modo etiam a theatro separamur, quod est privatum consistorium impudicitiae: ibi enim nihil probatur, quam quod alibi non probatur.

Vanitas mundi

Tu peregrinus es mundi hujus, civis supernae Hierusalem. Nihil tibi cum gaudiis saeculi: imo contrarium habes. Saeculum enim gaudebit; vos vero lugebitis. Et felices ait lugentes: quia consolabitur eos Dominus in aeternitate.

Vis gratiae.

Non qui beneficiorum terrestrium mos est, in capessendo munere coelesti, mensura ulla, vel modus est. Profluens largiter spiritus, nullis finibus premitur. Manat jugiter: exuberat affluenter. Nostrium tantum sitiatur pectus, & pateat; quantum enim fidei capacis afferimus, tantum gratiae inundantis haurimus.

Virginitatis excellentia.

Virgines sunt flos ecclesiastici germenis; decus, atque ornamentum gratiae spiritualis. Virginitas est laudis & honoris opus integrum, atque incorruptum; Dei imago respondens ad sancti-

moniam Domini, & illustrior portio Christi. Tu quis es? fuisti? aut esse potes?

Efficacia orationis Dominicae.

Quando peccatores pro delictis veniam petimus, advocati nostri verbis rogemus. Nam cum dicat: quia, quodcumque petierimus a Patre in nomine ejus, dabit vobis: quanto efficacius impetramus, quod petimus in Christi nomine, si petamus ipsius oratione?

Mors optanda.

Tot persecutiones animus quotidie patitur, tot periculis pectus urgetur; & delectet tot inter diaboli gladios diu stare? Nonne magis optandum est, ad Christum, subveniente velocius morte, properare? Certe S. Paulo mori lucrum, & vita mors erat.

Jejunii emolumenta.

Jejunium morbos sanat, distillationes exiccat; daemones fugat, malasque

cogitationes expellit. Mentem nitidiorē reddit, & cor purgatius & corpus salubrius; & ad thronum Dei homines sistit.

15.

Sensa humilitatis.

Humilis est anima, si non observat, neque judicat aliorum lapsus: sed tantummodo sua curat, & aeterna poena se dignam existimat. Sic vive, & vere humilis es: humilibus autem dat gratiam Deus, qui superbis resistit.

16.

Semper vigilare.

Nullus justus diem sine metu transigit: scit enim omnes dies plenos insidiarum sibi esse, atque diabolū ejus exidium sibi semper moliri. Scit insuper illam diem Domini occultam, insperatam, & modo nocturni furis repentinam esse futuram.

17.

Arbiter Conscientiae.

Summa vigilantia operam dato, ut aliquem tibi Virum invenias, quem in

omnibus delectae tuae vitae studiis dūcem sequaris. Talem Virum, qui rectum iter, ad Deum volentibus pergere, sciat commonstrare; qui ornatus virtutibus sit; cui totius vitae actiones testimonio sint, charitatem in eo erga Deum inesse uberrimam.

18.

Modus bene docendi.

Alios docere aggredi, priusquam ipsi satis edocti simus, valde stultorum, aut temerariorum hominum esse videtur. Stultorum, si ne incitiam quidem suam agnoscant: temerariorum, si cum eam cognitam habeant, hoc tamen negotium aggredi non verentur,

19.

Puritatis remedia.

Tria sunt excolendis virtutibus, ac coelesti puritati perquam accomoda. Temperantia ventris, moderatio linguae, & oculorum fraenum. Castiga ergo corpus; ori pone custodiam, & oculis repagulum.

20.

Necessaria petenda.

Quaerere jubemur id, quod est satis

ad naturam corporis conservandam. Panem da, ad Deum dicimus; non luxum, non delicias, neque divitias. Neque quidquam petamus, per quae anima a divinis, & a salutis cura abstrahitur; sed panem.

21.

Timor mortis.

Certe iis, quibus est gravis timor mortis, non est grave mori; sed grave est vivere sub metu mortis. Non ergo mors gravis, sed metus mortis. Metus autem opinionis est; opinio vero nostrae infirmitatis, quae semper est contraria veritati.

22

Gratiae Christi efficacia.

Negavit Petrus, & non flevit; quia non respexerat Jesus. Negavit secundo, & non flevit; quia non respexerat Dominus. Negavit tertio; respexit Jesus, & statim flevit, & flevit amare. Fac igitur, ut cor tuum contritum respiciat Jesus; sic enim tuus exaudietur fletus.

23.

Paena peccati.

Gravior adversarius nobis culpa est nostra: nam sollicitat otiosos, affligit sanos, contristat laetos, inquietat placidos, exagitat mites, exitat dormientes. Rei sumus sine accusante, sine tortore cruciamur, sine vinculis adstringimur.

24.

Bona correctio.

Plus proficit amica correctio, quam accusatio turbulenta. Illa pudorem incutit, haec indignationem movet. Celebretur potius, quod prodi noceat: qui enim incaute vulnus tractat, nocet saepius, quam curat.

25.

Vera amicitia.

Vera illa necessitudo est, & Christi glutino copulata, quam non utilitas rei familiaris, non praesentia tantum corporum; non subdola, aut palparis adulatio, sed Dei timor, & divinarum scripturarum studia conciliant.

26.

Fuga temptationum.

Cur, inquires, pergis ad eremum? ut bella non patiar. Respondebis, hoc non est pugnare, sed fugere. Fateor imbecillitatem meam: nolo spe pugnare victoriae, ne perdam aliquando victoriam. Non vinco in eo, quod fugio; sed ideo fugio, ne vincar. Nulla securitas est vicino serpente dormire. *S. Hieronymus.*

27.

Tribulationes.

Quotiescumque angustiis subiaceamus, mala recipimus a Deo, & examinamur persecutionibus, ut quidquid in nobis adulterinae materiae est, tribulationum, & miseriarum exuratur ardoribus. Argentum enim Domini igne examinatum, probatum terrae, & purgatum est septuplum.

28.

Mortis memoria.

Facile contemnit omnia, qui se semper cogitat, esse moriturum. Beatus proin est homo, qui horam mortis suae

quotidie ante oculos habet; sic enim & bene vivet, & sancte morietur. *Memorare novissima tua*, ait Christus, & in aeternum non peccabis.

29.

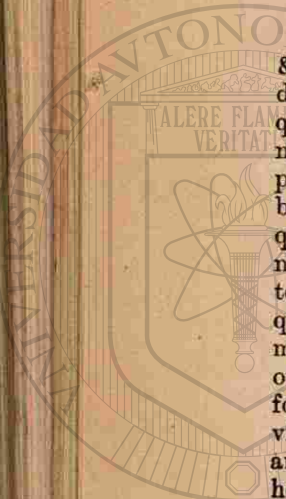
Verae divitiae.

Verae divitiae sunt & inexhaustae facultates, desiderare tantum, quantum usui satis, & ea, quae usum exedunt, recte dispensare. Si tu omnem vitabis excessum, Deus sublevabit defectum; nam in ipso, per ipsum, & ab ipso sunt omnia.

30.

Vanus timor Hominum.

Quis es tu, ut timeas a mortali homine? hodie est, & cras non comparet. Deum time, & terrores hominum non expavesceas; si enim ille pugnat pro te, quis stabit contra te? Aut quid potest aliquis in te verbis, aut injuriis? sibi potius nocet, quam tibi; nec poterit iudicium Dei effugere, quicumque demum sit ille. *Thomas de Kemp.*

Procrastinatio Conversionis.

Noli inter spes meliorum temporum, & occasionum vitam transigere; & de die tuam differre conversionem. Si aliquando bene victurus es, quia poteris; nunc bene vive, quia potes. Omne tempus, omnisque occasio ei, qui vult iis bene uti, ad bene vivendum congruunt: qui enim redemit te omni die, hora omni, & momento manus suas expandit ad te. Sed memento, & serio reflecte te; qui tibi dat diem hodiernum nec promisit, nec debet crastinum. Multi per orbem hodie in fine anni finiunt vitam; forsitan & hic annus, aut proximus erit vitae tuae ultimus. Ut autem quilibet annus sit tibi optimus; sic vive semper hodie, quasi cras moriturus.

FINIS.UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

